

EOPLÁN

REVISTA POPULAR ARGENTINO



Este número:

ELLA Y ÉL
ELI, EL PASTOR

Texto íntegro de la famosa novela de
amor de **JORGE SAND**

Novela dramática de **GIOVANNI VERGA**

7 Junio 1946

30

centavos en
todo el país

SUFRIENDO HAMBRE PARA COMPRAR VELAS *logró triunfar!*



Luchando contra la pobreza más absoluta, Emilio Zola, el gran escritor francés, consiguió sus triunfos.

Cuanta el mismo que, aun en el invierno más crudo, el fuego era un hijo desconocido en su buhardilla, y que con tres manzanas se alimentó dos días. Y agrega que se sintió "el más feliz vecino de París cuando pudo adquirir una vela a cuya luz estudiar".

Pobre, desconocido, sin la ayuda de nadie, así comenzó Emilio Zola su carrera, que había de llevarlo hasta la cima del éxito!

¿Qué diferente es la situación de los jóvenes de hoy! **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA**, con ayuda de la Universidad, logra a través de más de tres lustros, pone a su disposición todo cuanto necesitan para triunfar!

No importa dónde vivan; no importa que sus recursos sean reducidos, ni que dispongan de poco tiempo libre: con los cursos de esta Universidad cualquiera puede estudiar sin dificultad!

¡Aproveche esta oportunidad! ¡Inicie hoy mismo sus estudios, y pronto triunfará Ud. también!

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros.....	\$ 60	Técnico en Pinturas, Barnices y Materias	
Contador General.....	\$ 190	Colorantes.....	\$ 60
Contador Mercantil.....	\$ 130	Acetiles y Grasas.....	\$ 80
Jefe Oficina.....	\$ 100	Dibujo Artístico.....	\$ 100
Empleado Bancario.....	\$ 105	Dibujo Ind y Com.....	\$ 105
Cajero.....	\$ 40	Adminis. de Hoteles.....	\$ 100
Emp. de Comercio.....	\$ 40	Radioelefónica.....	\$ 170
Corresponsal.....	\$ 40	Electroléctrico.....	\$ 100
Secretariado.....	\$ 95	Construcción.....	\$ 170
Mecanografía.....	\$ 18	Arquitectura.....	\$ 185
Taquigrafía.....	\$ 42	Mecánico Automóvil.....	\$ 140
Téc. Arg. Cinem.....	\$ 175	Motors a Explosión.....	\$ 140
Taquí-mecanógrafo.....	\$ 50	Perito Agrónomo.....	\$ 195
Caligrafía.....	\$ 30	Adm. de Estancias.....	\$ 100
Aritmética Comercial.....	\$ 28	Técnico Tambero.....	\$ 60
Redac. y Ortografía.....	\$ 37	Mecánico Agrícola.....	\$ 65
Martillero Público.....	\$ 54	Avicultura.....	\$ 45
Procuración.....	\$ 150	Jard. y Arboricultura.....	\$ 78
Prep. p/Id. Farmacia.....	\$ 130	Motors Diesel.....	\$ 160
Química Industrial.....	\$ 125	Corte y Confección.....	\$ 39
Técnico en		Radioelefografía.....	\$ 165
Vinos y Licores.....	\$ 100	Inglés (c. discos).....	\$ 150
Jabones y Perfumes.....	\$ 100		
Telegrafía (c. discos).....	\$ 110		

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olono, Medellín

REPRESENTANTES EN:
BOLIVIA
Colle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411, Casilla de Correo 1307, La Paz

PARAGUAY
Ramón Ortiz C...
Brasil 142, Asunción

Sr. Ing. B. Margulien, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 (R-25). — Buenos Aires.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE
DIRECCIÓN
LOCALIDAD

Pág.

Y EL, texto íntegro de la famosa novela de amor de Jorge Sand.....	50
EL PASTOR, texto íntegro de la famosa novela de Giovanni Verga.....	4
CIUDAD DE LOS NARDOS, crónicas de una argentina que viaja, por Dinorah Olmos.....	8
EXTRANJERO, cuento dramático, por Pedro Antonio de Alarcón.....	12
NOVELAS DEL CONOCIMIENTO, ensayo de Eduardo Mallea.....	16
ACTUALIDADES GRAFICAS.....	18
LAS TABLAS AL CIELO, reportaje de Carles, la actriz aviadora, por Regina Monsalvo.....	20
¿CÓMO VIVE LA PRIMERA DAMA DE LOS ESTADOS UNIDOS, por Pedro Patti.....	22
BERNICE, cuento de Gran Guiról, por Edgar Allan Poe.....	24
¿CÓMO USTED... NUESTRAS ESTADUAS?, interrogación a los lectores.....	28
DEPENDENCIA EN "LOS BAGUALES", cuento campero, por Sera Poggi.....	30
¿CÓMO por Amelia Monti.....	32

Sumario

Pág.

EL ENIGMA DE LA TERCERA SINFONIA, nota de arte, por Conrado A. Finzi.....	34
MI AMIGO LARCO, cuento sentimental, por Brillante Placino.....	36
CAZADORES DE TORTUGAS en NUEVA GUINEA, ventana al mundo, por Remo Valcarlos.....	38
A FLORENCIO VARELA LO ASESINO UNA SOMBRA, evocación histórica, por Valentín de Pedro.....	40
UNA CUESTION DISCRETA, cuento humorístico, por Andor Gábor.....	42
OCASO DE LAS VICTROLERAS, nota local, por Manuel Hernández.....	44

Pág.

EL VELORIO DEL ANGELITO, cuento de costumbres, por C. Selva Andrade.....	46
ELLA Y EL, LOS AMANTES DE VENEZIA, anotaciones a la célebre novela de Jorge Sand, por Julio Elenco de la Seta.....	48
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa.....	98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "LEOPLÁN".....	98

Ilustraciones de: RAUL VALENCIA, FAIRHURST, VALDIVIA, ARTECHE y MARIANO ALFONSO. Historietas de: CAO, TOONDER, VILLAFARE, HALEBLIAN Y DEL CASTILLO, HERGOTT, GONZALEZ FOS-SAT, J. CHRISTIE M., etc., etc.

DE LAS TABLAS AL CIELO

Tal ha sido la trayectoria de Elida Carles, joven y destacada figura de nuestro teatro y una de las más brillantes de la selección femenina nacional. Una de las páginas 20 y 21 el interesante reportaje de Regina Monsalvo a la actriz aeronauta. Foto de Pedro Giménez.



próximo número:

LOS ASESINATOS DEL CANAL, una novela policial de **GEORGES SIMENON**
MI RIVAL EL DIFUNTO, una novela argentina de **PILAR DE LUSARRETA**

Ambas con su texto íntegro

trabajos de: JUAN VALERA, ALCALA ZAMORA, HECTOR PEDRO BLOMBERG, MAX Y ALEX FISCHER etc. etc.

"LEOPLÁN" aparece el 21 de junio • Treinta centavos en todo el país



JELI EL PASTOR

TEXTO ÍNTEGRO
de la famosa novela corta de
GIOVANNI VERGA

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

CUANDO Jeli, el guardián de caballos, conoció a don Alfonso, el señorito, tenía trece años, mas era tan pequeño, que no alcanzaba a la panza de la "Blanca", la vieja yegua que llevaba la esquila de la manada. Siempre se le veía de un lado para otro, por cerros y valles, donde apacentaba su ganado, erguido e inmóvil sobre algún muro o sentado en una piedra. Su amigo don Alfonso, cuando estaba veraneando, iba a buscarlo todos los días a Tebidi, y entrámbos se repartían las provisiones: los buenos bocados del amigo, el pan de maíz del pastorcito y la fruta robada en algún cercado. Jeli, al principio, trataba de "excelencia" al señorito, como se acostumbra en Sicilia; pero después que se habían vapuleado de firme, su amistad se estableció fuertemente. Jeli le enseñaba a su amigo a trepar hasta las copas de los nogales, más altos que el campanario de Licodia, para agarrar los nidos de las urracas; a derribar un pájaro, en pleno vuelo, de una pedrada; o a montarse de un salto, a pelo, en las indómitas yeguas, agarrando por la crin a la primera que se ponía a su alcance, sin asustarse de los relinchos de rabia de los

potros salvajes ni de sus brinco desesperados. ¡Ah, qué escapatorias por los verdes campos, con las crines al viento! ¡Los buenos días de abril, cuando el aire enmarcaba en ondas la hierba verde, y las yeguas relinchaban en las praderas! ¡Los claros mediodías estivales, en que el paisaje blancuzco callaba bajo el cielo fosco, y las chicharras brincaban entre los surcos, como si se incendiasen los rastrojos! El límpido cielo de invierno, a través de las desnudas ramas de los almendros, que se sacudían al soplo del cierzo, y el helado sendero que resonaba bajo los cascos de los caballos, y las calandrias que canaban en lo alto buscando el calor y el azul. Las preciosas noches de verano, en que se esparcían poco a poco, como la niebla, el buen olor del heno, en que se hundían los codos; el melancólico y monótono zumbido de los insectos nocturnos, y aquellas dos notas de la flauta de caña de Jeli, siempre las mismas — ¡juh, juh, juh! —, que hacían pensar en las cosas distantes, en la fiesta de San Juan en la Nochebuena, en el alba de la jira campesina, en todos los sucesos ya pasados, que a la distancia parecen tristes y hacen mirar a

lo alto, húmedos los ojos, como estrellas que van prendiéndose y mienta lloviesen en el corazón y

Jeli no tenía melancolías serenas; manecía sentado en un ribazo, los molletes, dado a tocar y más juh, juh! —. Luego congregaba a fuerza de gritos y pedradas y la cuadrada, más allá del cerro

Anhelante, escalaba la cuesta del valle, y a veces gritábale a don Alfonso:

— ¡Llama al perro; ¡eh!, llama a las estrellas! —. También: "Tírale una piedra a don Alfonso, que está remolón y va parándose en las matas del valle". O: "Llévame una aguja gruesa, de las de la

Sabía realizar toda clase de cosas, y siempre llevaba consigo unos paños para remendarse los calzones del jubón; también sabía rejer el crin de caballo, y él mismo se lo mo con creta del valle el pañuelo nia al cuello cuando sentía frío, con tal de tener su zurrón, no le importaba nadie en el mundo, aunque se



los bosques de Resendone o perdido en el último de la llanura de Caltagirono. La "ñá" Lía solía decir:

—Ahí tenéis a Jeli el pastor; como esto siempre solo por el campo, cual si le hubieran parido sus yeguas, sabe arreglárselas.

Por lo demás, muy cierto es que Jeli precisaba de nadie; pero todos los de hacienda habrían hecho gustosos cualquier cosa por él, porque era un muchacho sercial y siempre había que ir a pedirle al La "seña" Lía le cocía el pan por amor prójimo, y él se lo pagaba con preciosos nastos de mimbres para los huevos, mesas caña y otros enseres.

—Hagamos como sus animales —decía "seña" Lía—, que se rascan por turno el puzo.

En Tebidi, todos le conocían desde pequeño, cuando todavía no se le veía en las colas de los caballos, según pastaban el llano del Litcrero, y puede decirse que sus ojos había crecido, aunque nadie le ve nunca, andando, como andaba, de un lado a otro con su ganado. Era como los que

tienen casa ni padres, y que según reza el proverbio: "Había caído del cielo, y la tierra lo había recogido". Su madre servía en Vizzini, y sólo lo veía una vez al año, cuando iba él con los potros a la feria de San Juan, y el día que se murió, un sábado por la noche, fueron a llamarlo, y el lunes ya había vuelto Jeli con la manada; de suerte que no perdió ni un día; pero tan desolado volvió el pobre chico, que los potros se le escapaban a veces por los sembrados.

—¡Eh, Jeli! —gritábase entonces el señor Agripino desde la era—. ¿Es que quieres que te alumbré con el vergajo de las fiestas, hijo de perrea?

Jeli se largaba a correr tras los potros demandados, y poco a poco los llevaba hacia el cerro. Pero siempre tenía ante los ojos a su madre, con la cabeza envuelta en aquel blanco pañuelo, sin hablar ya.

Su padre estaba de vaquero más allá de Licodia, en Ragoleti. "Donde se respiraba la malaria", según decían los campesinos de los contornos; pero en los terrenos pantanosos, los pastos son buenos y las vacas no agarran las fiebres. Jeli, en consecuencia, permanecía todo el año en el campo, ya en Domferrante, ya en los cerzadores de la Encomienda o en el valle del Tacitano, y los cazadores o los viandantes que tomaban los atajos, siempre lo veían de aquí para allá, como perro vagabundo. No lo pasaba nial, porque estaba habituado a ir con los caballos, que andaban paso a paso delante de él mordisqueando el trébol, y con los pájaros, que revoloteaban en bandadas sobre su cabeza, mientras el sol hacía su lento viaje, hasta que se alargaban las sombras, desapareciendo luego; tenía tiempo para ver amontonarse las nubes poco a poco, semeando montes y valles; sabía cómo sopla el viento cuando hay tormenta y de qué color son las nubes cuando está por nevar. Cada uno tenía su aspecto y significación, y siempre había cosas que ver y que oír a toda hora del día. Así, cuando al anochecer, Jeli se ponía a tocar en su flauta de saúco, la vegua negra se aproximaba, masticando trébol, y se quedaba mirándole fijamente, con grandes y pensativos ojos.

Donde le daba melancolía era únicamente en las desiertas landas de Passanietello, en las que no hay ni un arbusto ni una mata, y en los meses de calor no vuela un pájaro. Los caballos agrupábanse en corro, con la cabeza baja, para hacerse sombra los unos a los otros, y en los largos días de la siega caía aquella gran luz silenciosa, siempre igual y agobiante, durante dieciséis horas.

Pero en los lugares en que el pasto era abundante y los caballos estaban a gusto, Jeli ocupábase en cualquier otra cosa; confeccionaba jaulas de caña para grillos, pipas incrustadas y canastos de junco con cuatro asas; sabía levantar un cobijo cuando la tramontana arrojaba hacia el valle las largas bandadas de cuervos, o cuando las cigarras barían las alas al sol que caldeaba los rastrojos; asaba en las brasas de los sarnientes de zumague las bellotas del encinar, que parecían tostadillas, o cocía grandes rebanadas de pan cuando comenzaba a tener la barba del moho, puesto que cuando estaba en Passanietello, durante el invierno, los caminos se ponían tan intransitables que, a veces, transcurrían dos semanas sin que pasara por ellos alma viviente.

Don Alfonso, que estaba pegado a las polleras de su madre, en-

viadiba a su amigo Jeli el zurrón en que llevaba todo su bagaje, pan, las cebollas, la botellita de vino, el pañuelo para el frío, el de trapos con el hilo y las agujas gruesas; la caja de hojalata con yesca y el pedernal; también le envidiaba la soberbia vegua. El animal aquel de las enlurdas crines en la frente, que tenía malos ojos y hinchaba los morros como un mastín receloso, algún quería cabalgar sobre ella. A Jeli, por el contrario, le daba cabalgar y rascar las orejas, que le gustaba mucho, y se quedaba escuchando lo que le decía.

—Deja a la "Pia" —le advertía Jeli—. No es mala; pero a ti me conoce.

Después que Scordú, el recovery, se llevó la vegua calabresa había comprado por San Juan, para que se le tuviesen allí con ganado hasta la vendimia, el potro zaino, una vez huicirón, no se daba tranquilo y correteaba monte arriba con lanos y laurencos linchos, al viento las crines. Jeli marchaba tras él, llamándolo, fuertes gritos, y el potro se paraba a escuchar, tenso el pescuezo, enhiestas las orejas, sacudiéndose los flancos con la cola. "Como si sacado la madre, no sabe lo que le pasa —observaba el pastor— que estar alerta con él, porque sería capaz de arrojarse por el abajo. También yo cuando se me murió mi madre andaba a zai."

Y cuando el potro comenzó de nuevo a olisquear el trébol y a algunas dentelladas de mala gana, repetía: "Mira, poco a poco le va olvidando. Pero a él también lo venderán. Los caballos para que se vendan, como los corderos para el matadero y las vacas para traer la lluvia. Sólo los pájaros no tienen otra cosa que hacer cantar y volar todo el día".

Las ideas no se le ocurrían rápidamente y una tras otra, rara vez había tenido con quien hablar, y por eso no tenía apuro sacárselas de la cabeza, donde estaba habituado a que surgieran a poco, como las yemas de los árboles bajo el sol. "También pájaros —agregó— tienen que buscarse la pitanza, y cuando la ve cubre la tierra pereren".

Luego reflexionó un instante: "Tú eres como los pájaros: cuando el invierno llega te puedes estar al fuego sin hacer nada". Don Alfonso expresaba que él también tenía que ir a buscar el color. Entonces Jeli abría mucho los ojos y se volvía todo el señorito se ponía a leer, mirando al libro y a él con ojos confiados, y permaneciendo atento, con ese leve temblor de pájaro que revela la intensidad de atención en los animales que se acercan al hombre. Le agradaban los versos, que le acariciaban al oído con la armonía de una incomprensible canción, y a veces las cejas, adelantada la barbilla y parecía como si en su interior tuviera germinando un grave pensamiento; entonces con la boca decía que sí, sonriendo burlescamente, y se rascaba la nuca. Después el señorito se ponía a escribir, para hacer ver que cosas que sabía, Jeli hubiese estado mirándolo horas enteras de pronto debía escapar una mirada de desconfianza. No comprender que en el papel se pudiesen repetir las palabras había dicho o que había dicho don Alfonso, y aun cosas que no había pronunciado; tanto, que acababa por echarse hacia atrás, con sonrisas maliciosas.

Toda idea nueva que llamaba a su cerebro queriendo escapar, *bale que sospechar, y parecía como si se oliscase con la misteriosa tintina desconfianza que su vegua "Pia". Pero de nada se movía si le hubieran dicho que los caballos ven en coche en el campo se habría quedado impasible, con esa máscara de indiferencia que forma la dignidad del campesino siciliano. Parecía abrumado insistentemente en su ignorancia, como si fuese la fuerza la pobreza. Siempre que carecía de argumentos, exclamaba: "Yo me da. Yo soy pobre", con una sonrisa obstinada y algo maliciosa.

Cierto día pidió a su amigo Alfonso que le escribiera el nombre de Mara en un pedazo de papel que había encontrado quemado, porque recogía del suelo cuanto veía, y lo había puesto el lio de los trapos. Otra tarde, luego de estar un rato callado, rando muy pensativo de un punto a otro, dijo con toda seriedad:

—Yo tengo mi novia.

Alfonso, aunque sabía leer, abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí —agregó Jeli—; Mara, la hija del señor Agripino, que está aquí, y que ahora marchó a Marineo, a ese caserío tan grande y llano que se ve desde el muro del Literato, allá arriba.

—Conque... ¿te casarás?

—Sí; cuando sea mayor y gane seis onzas de salario al año todavía no sabe nada.

—¿Por qué no se lo dijiste?

Jeli movió la cabeza y se puso a reflexionar. Después destapó y desdobló el papel en que le habían escrito el nombre de Mara.

—Es verdad que aquí dice Mara; lo leyó don Jesualdo, el de fray Colás, cuando vino a buscar las habas. Uno que sepa escribir —observó luego— es como uno que guardase bien las llaves de la caja del estabón y pudiese llevarlas en el bolsillo y marcharse adonde quisiera.

—¿Qué vas a hacer ahora tú, que no sabes leer, con ese papel? —le preguntó Alfonso.

Jeli se encogió de hombros; pero siguió doblando cuidadosamente el envoltorio de los trapos su papel escrito.



Mara la había conocido cuando niña, que bien se pegaron al cerro en el valle, agarrando moras en las zarzas. La chiquilla, que "aquello era cosa suya", aferró a Jeli por el pescuezo, como un ladrón. Se dieron sus buenos puñetazos, por turno riguroso, sacó el tonclero con los aros de los toncles, y cuando se calmáronse poco a poco, pero no se soltaron.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

—¿quién eres? —le preguntó Mara.

padre, el vaquero, que había agarrado la malaria en Ragoleti, y no podía ni tenerse sobre el burro que le llevaba. Jeli prendió el fuego a toda prisa y corrió "a las casas" a buscar algún huevo.

—Extiende un poco de paja cerca del fuego—le dijo su padre—, que siento que la fiebre me vuelve.

El calorífico de la calenura era tan intenso que el compadre Menu, sepultado bajo su gran tabardo, el zurrón de Jeli y la albarda del asno, temblaba como las hojas en noviembre ante la hoguera de sarmientos, que le reflejaba una cara blanca como la de un muerto. Los hombres de la hacienda se acercaban a preguntarle:

—¿Cómo va, compadre Menu?

El pobrecillo sólo respondía con un quejido como el de un perro nuevo.

—Es malaria de la que mata como un escopetazo —decían los amigos acercando las manos al fuego.

Llamaron, sin embargo, al médico; pero eran dineros despilfarrados, porque la enfermedad era tan clara que sabría curarla, un niño; y si la fiebre no era de las que matan de todos modos, con el sulfato se curaba pronto. El compadre Menu se gastó en sulfato un ojo de la

(CONTINUA EN LA PÁGINA 92)



BUENA CABEZA!

GENIOL

CALMANTE DE TRIPLE FORMULA

LA CIUDAD

Despertar

Los pájaros de la plaza vecina han comenzado a disputar. Me asomo al balcón. Allí al fin de la callecita larga se eleva majestuosa la montaña recorrida sobre un cielo claro. Un viento vagabundo sopla por la ciudad colonial colándose por las celosías y atisbando por las rejas oscuras.

En la plaza, el surtidor fresco de las palmeras se mueve al viento. Hay sombra en las recovas. Pasa una "victoria" con ruido de cascadas de madera sobre el asfalto. Circula uno que otro taxi moderno con los faros encendidos. Se extraña un ruido característico: el de los tranvías. Y es que Salta no los tiene.

Pasa un indio, emponchado y sombrío, a lomo de burrito. Una viejecita arrebujada en el mantón negro, con labios rezadores hundidos en un sol de arrugas, cruza hacia las recovas.

Se apagan las luces de la plaza. La campana de San Francisco llama con voz cascada, con voz antigua que resonó a través de los tiempos, cuando la patria era aún niña. Su voz despierta una disputa de lenguas de bronce. Una vecina madrugadora barre la vereda.

Poco a poco la ciudad se anima, la gente y el tránsito se multiplican: bicicletas, personas atardecadas, persianas que se levantan, y la vida de todos los días.

La montaña se quita su reboso de nieblas y una luz rosada se extiende por las calles. Detrás de las moles rocosas y cercanas aparece, poco a poco, un sol rojizo y deslumbrante como una moneda de cobre recién acuñada.

Ante Aquel cuyo nombre endulza los labios

—Con permiso. ¿Puedo retirar el desayuno? La cara morena de la nuca sonríe con deslumbramiento de dientes blancos.

—¿A qué hora es la misa en la catedral?

—Y ahorita no más hai ser...

Una mantilla española, el misal, y me encamino al templo.

Entro en la catedral—edificio armonioso y de un estilo puro. Tres naves amplias recamadas de oro, un altar monumental y doce estrellas claras. Además, capes pluviales, ornamentos violados y olas de armonía. Misticismo y oración—. Un coya reza de rodillas en el suelo, brillándole en los ojos negros una fe sencilla y pura, que envió desde el fondo del alma.

Más tarde me enfrento con la imagen milagrosa. Allí en

He aquí una ciudad, vista desde el monumento a Güemes. Salta se extiende entre un cerco de montañas, y la paz, que es corolario de la dulzura de costumbres, hace de ella un oasis dentro de la afiebrado vida moderna.

Güemes, la figura central de la más grande epopeya argentina, parece alisar, desde la cumbre del monumento que le levanta la gratitud criolla, la llegada de los eventos de un porvenir, de cuyos muros recibió la muerte y la gloria.



La foto artística que reproducimos fué tomada desde la catedral, y hermana en una sola plaza los sentimientos que mueven a la serena ciudad: religiosidad y tradición.



LOS NARDOS

Por Dinerah Olmos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOS DE ACEDO Y GARCIA

está pendiente. Aquel cuyo nombre endulza los labios. Señor del Milagro, para cuya procesión llegan gentes de rincones de la República, se ofrece con su cuerpo desangrado; con sus labios, que parecen dejar escapar el último aliento, los llagados, que una mujer ungiera con nardos y con besos. Hermosa talla descansa en un altar lateral, pero al mirarla se diría que descansa, sino que sufre, que sufre con un dolor constante y Al contemplarlo, los labios se olvidan de rezar, y solamente se incienso de una plegaria muda. La húmeda huella del agua bendita es un dedo frío sobre mi

ando

las 11. Un vestido fresco, el cabello peinado, y a la calle. ¿Pre-Cualquier cosa; comprar unos bizcochos para acompañar el de leche con canela", a la tucumana.

centricas, ciudadanas, y los negocios de siempre. Tras una misma corbata que compré por original en un negocio de Santa Fe de Buenos Aires, panadería no aparece. Los bizcochos van resultando artículos

ras y más cuadradas en dirección a las montañas. Mis ojos indisciplinados en los portales. Me derango ante uno de tantos. Tras un patio colonial, columnas trepadas de jazmines corredores de flores, macetas con helechos y luz conventual. Una niña en delantal de algo blanco y espumoso. A su lado, algarabía de pájaros azules, y pendiente del techo de la galería un globo de vidrio rojo encatadura la escena.

ciudad, descanso para los nervios doblados y tensos y para esta ciudad, ciudades afiebradas. Todavía existen en provincias rincones por donde se vive y se sueña y donde la vida se detiene en un

de paz.

Escucha algo?

gracias.

mi camino. Arrabales, gentes cobrizas de ojos alargados y pó-

altos, frases cantadas y con terminaciones musicales.

una mujer oscura, emponchada de rojo y a lomo de mula. A

lados de la cabalgadura lleva canastas llenas de verdura. Tiene

ras retintas y los ojos impenetrables. Mira a lo lejos y en sus

negras hay un destello celeste de cielo.

indefinida, quizá la misma que vi esta mañana desde mi balcón.

sonríe mirándose con sus ojos acuosos.

los días —dice amigable.

los días, abuela.



En la catedral solista se conserva, para la veneración de los fieles, este precioso relicario con la miniatura de la virgen que floró por los dolores de la humanidad.





El Parque San Martín es el Palermo saltreño. Este riscón poético, donde se está, formando actualmente un interesante jardín de tunas, tiene

Y todo esto, que es sencillez, que es dulzura de costumbre, que es entendimiento de la vida, me va ganando el corazón.

Un alto en el camino. Entro en San Francisco. Calidoscopio de vidrieras, luz hecha trizas, losas venerables, sombras rezadoras y perfume de nardos.

Sigo mi camino. Los cerros que creía cercanos, se alejan cada vez más. El sol blanco cae a plomo. Desde una ventana me llega una voz:

—¿Ya son las doce?

—¡Las doce! ¿Y mi pretexto?

Vuelvo. En una confitería céntrica me informo.

—A esta hora va a ser difícil. En cambio compre "tortitas". Es

aquí cerca..., dos cuadradas, no más.

Al fin entro en el negocio que he buscado toda la mañana y que tenía a dos cuadras del hotel. Me entregan unas galletas redondas, calientes y de promotor perfume.

Con paso apresurado me encamino de vuelta.

Un paseo en "victoria"

Bajo la capota de bebé de un coche a caballo, miramos desfilan la ciudad. Quiero verla paso a pasito, y por eso he desdiseñado los taxis modernos.

Casos coloniales, calles estrechas y rectas. Es esta una ciudad de un "dinamismo tranquilo". Las cosas se hacen y bien, pero sin prisas ni nervios. Además, se puede decir con un sentimiento de justicia, que es culta hasta la galantería, y limpia hasta la pulcritud.

Poco a poco dejamos los barrios centrales. Allí, al pie de la montaña, se ve el convento de las Carmelitas.

Nuestro caballo va no pisa asfalto, sino barro.

Parques de adobe donde se asoman las caritas curiosas de los niños. Una plaza amplia, con árboles centenarios, y en un rincón un jardín de las tunas. Cantos de pájaros, un temblor de alas y el cerro.

El jardín de los angelitos

Covitas, mestizos y gente humilde. Pobreza que no parece maldad, sino un dejarse estar resignado y natural en conformidad. Los hechos. Caritas cobrizas que a una insinuación de sonrisa responden con toda la ingenuidad de un corazón sano y libre de malicia.

—¿Entramos en el cementerio?

—¿Al cementerio en una mañana tan alegre? ¿No se te ocurre otra cosa?

—¿Por qué no? Veamos cómo Salta honra a sus muertos.

Calles de cipreses. Nombres tradicionales: Solá, Cornejo, Leguizamón... Soledad interrumpida por la algarabía de los niños que corren y juegan. Rostros que sonríen desde el más allá; flores frescas y sencillas. Nada de columnas rotas, ni gritos de desesperación. En este lugar hay un sentimiento de confianza y un pensamiento de amor, renovado en los cientos y cientos de flores frescas.

Vemos un campo extendido, un campo de cruces blancas y negras y en el lado opuesto otro de cruces negras.

—¿Por qué esa división de colores?

—Es que éste es el lado de los "angelitos", y el otro el de los "malos". Abandonamos el lugar. Ya al dejar el jardín de los niños, tengo ante una cruzcita humilde, pendiente de la cual hay una

La recua de burritos leñateros recorre los arrabales y pone su pintado provinciano que





...ndalocion de los cerros y el cielo puro y sin nubes.

...pájaro. Dentro de ella, un osito de celuloide me mira
...vivos y negros.
...enturbiada de tristeza?
...como saturada de ternura.

...duerme

...y hogareño. Desde mi balcón veo la plaza rodeada por
...aromada de naranjos. Los cortos chaparrones, que a me-
...el ambiente, han preparado para esta hora una tem-
...delal.

...las luces y la "banda" comienza su programa. Los jó-
...Miradas y sonrisas. Música de Verdi.

...de la puerta que da al balcón se mueven al viento.

...de mi pieza, aroma de nardos. Estas flores perfumarán para
...recuerdos de mi viaje a Salta y quedarán asociadas a
...eres queridos.

...que por montones, por brazadas, encuentro por donde voy:
...mesas del hotel, en las manos cobrizas de las vendedoras, ante
...de los santos y a mi alcance mientras escribo. Nardos, con
...rosados y tiernos y su estrella carnosa y perfumada, con
...de tierra húmeda y de arroyos puros donde se deslie
...flor de escarcha la sombra de una estrella...

...vuelvo al balcón que quedará abierto toda la noche, para que
...sombra fresca y la luna extienda un sudario de plata sobre la
...calle, en el fondo de la calle, la noche se condensa en las mon-

...recitillo trae un hábito de flores silvestres y un mensaje de
...lanas donde ha muerto el sol... ♦

...el colorido local.



quior

MEDIAS FINAS

ZULEMA

ELEGANCIA SUPREMA



COLONIA
BRANCATO

El perfume
de moda

EL EXTRANJERO

—¡Cabales! — exclamó.

Y volvió a quitarse el sombrero y a santiguarse.

Estábamos bajo unas higueras cubiertas ya de hojas, y a la orilla de un hermoso torrente. —¡A ver, abuelito!... (dije, santandome sobre la hierba). Cuénteme usted lo que ha pasado aquí.

—¿Cómo? Usted sabe...? — replicó él, estremeeciéndose.

—Yo no sé más... (añadí con suma calma), sino que aquí ha muerto un hombre...; ¡y de mala muerte, por más señas!

—¡No se equivoca usted, señorito, no se equivoca usted! — Pero ¿quién le ha dicho...? — Me lo dicen sus oraciones de usted.

—¡Es mucha verdad! Por eso rezaba. Miré tenazmente la fisonomía del minero, y comprendí que había sido siempre hombre honrado... Casi lloraba, y su rezo era tranquilo y dulce.

—¡Sientese usted aquí, amigo mío... — le dije, alargándole un cigarro de papel.

—Pues verá usted, señorito... — Vaya, ¡muchas gracias! — ¡Delgadillo es!...

—Reuna usted dos, y resultará uno bastante grueso — añadí, dándole otro cigarro.

—¡Dios se lo pague a usted! — Pues, señor... (dijo el viejo, santandome a mi lado): hace cuarenta y cinco años que una mañana muy parecida a ésta, pasaba ya casi a esta hora por este mismo sitio...

—¡Cuarenta y cinco años! — medité yo. Y la melancolía del tiempo cayó sobre mi alma... — ¿Dónde estaban las flores de aquellas cuarenta y cinco primaveras? — ¡Sobre la fren-

te del anciano blanqueaba la nieve de los inviernos!

Viendo él que yo no decía nada, cesó y escas, encendió el cigarro y continuó modo:

—¡Flojillo es! — Pues, señor, el día que a usted, venía yo de Gergal con una ga de barrilla, y al llegar al punto en el que nos dejamos el camino para tomar esta, me encontré con dos soldados españoles llevaban prisionero a un polaco. — ¡Entonces era cuando estaban aquí los franceses, no los del año 23, sino los otros... —

—¡Ya comprendo! Usted habla de la de la Independencia.



1
«No consiste la fuerza en cebar por tierra al enemigo, sino en donar la propia cólera» — dice una máxima oriental.

“No abuses de la victoria” — añade un libro de nuestra religión.

“Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, cócidalele hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto estuviere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrale piadoso y elociente, porque, aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia” — aconsejó, en fin, D. Quijote a Sancho Panza.

Para dar realce a todas estas elevadísimas doctrinas, y cediendo también a un espíritu de equidad, nosotros, que nos complacemos frecuentemente en referir y celebrar los actos heroicos de los españoles durante la Guerra de la Independencia, y en condenar y maldecir la perfidia y crueldad de los invasores, vamos a narrar hoy un hecho que, sin entubiar en el corazón el amor a la patria, fortifica otro sentimiento no menos salubre y profundamente cristiano: el amor a nuestro prójimo; sentimiento que, si por congénita desventura de la humana especie, ha de transigir con la dura ley de la guerra, puede y debe resplandecer cuando el enemigo está humillado.

El hecho fué el siguiente, según me lo han contado personas dignas de entera fe, que intervinieron en él muy de cerca y que todavía andan por el mundo. — Oid sus palabras textuales:

II

—Buenos días, abuelo... — dije yo.

—Dios guarde a usted, señorito... — dijo él.

—¡Muy solo va usted por estos caminos!...

—Sí, señor. Vengo de las minas de Linares, donde he estado trabajando algunos meses, y voy a Gádor a ver a mi familia. — ¿Usted irá...?

—Voy a Almería... y me he adelantado un poco a la galera porque me gusta disfrutar de estas hermosas mañanas de abril. Pero, si no me engaño, usted rezaba cuando yo llegué... — Puede usted continuar, — Yo seguiré leyendo entretanto, supuesto que el escaso andar de esa infame galera le permite a uno estudiar en mitad de los caminos...

—¡Vámonos! Ese libro es alguna historia... — Y ¿quién le ha dicho a usted que yo rezaba?

—¡Toma!, ¡yo, que le he visto a usted quitarse el sombrero y santiguarse!

—Pues ¿qué demonio! hombre... (¡Por qué he de negarlo?) Rezando iba... — ¡Cada uno tiene sus cuentas con Dios!

—Es mucha verdad.

—¿Piensa usted andar largo?

—¡Yo? Hasta la venta...

—En este caso, échese usted por esa vereda y cortaremos camino.

—Con mucho gusto. Esa cañada me parece deliciosa. — Bajemos a ella.

Y, siguiendo al viejo, cerré el libro, dejé el camino y descendí a un pintoresco barranco.

Las verdes tintas y diafanidad del lejano horizonte, así como la inclinación de las montañas, indicaban ya la proximidad del Mediterráneo.

Anduvimos en silencio algunos minutos, hasta que el minero se paró de pronto.

Por **PEDRO ANTONIO DE ALARCON**

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

—¡Hombre! ¡Pues entonces no había usted nacido!

—¡Yo lo creo!

—¡Ah, sí! Estará apuntado en ese libro que venía usted leyendo. — Pero ¡ca! ¡Lo mejor de estas guerras no lo rezan los libros! ¡Ahí ponen lo que más acomodó..., y la gente se lo cree a puño cerrado! — ¡Ya se ve! ¡Es necesario tener tres duros y medio de vida, como yo los tendré en el mes de San Juan, para saber más de cuatro cosas! — En fin, el polaco aquel servía a las órdenes de Napoleón... —del bribonazo que murió ya... — Porque ahora dice el señor Cura que hay otro... — Pero yo creo que ése no vendrá por estas tierras... — ¿Qué le parece a usted, señorito?

—¿Qué quiere usted que yo le diga?

—¡Es verdad! Su merced no habrá estudiado todavía de estas cosas... ¡Oh! El señor Cura, que es un sujeto muy instruido, sabe cuándo se acabarán los mamelucos de Oriente y vendrán a Gálor los rusos y moscovitas a quitar la Constitución... Pero, ¡entonces ya me habrá muerto!... Conque vuelvo a la historia de mi polaco.

El pobre hombre se había quedado enfermo en Fiñana, mientras que sus compañeros fugitivos se replegaban hacia Almería. Tenía cuidado por caridad, sin reparar que era un enemigo... ¡(Muchos años de gloria llevará ya la viejecita por aquella buena acción!); y a pesar de que aquello la comprometía, guardábalo escondido en su cueva, cerca de la Alcazaba...

Allí fué donde, la noche antes, dos soldados españoles, y que iban a reunirse a su batallón, y que por casualidad entraron a encender un cigarro en el candil de aquella solitaria vivienda, descubrieron al pobre polaco, el cual, echado en un rincón, profería palabras de su idioma en el delirio de la calentura.

—Presentémoslo a nuestro jefe! (se dijeron los españoles). Este bribón será fusilado mañana, y nosotros alcanzaremos un empleo.

Iwa, que así se llamaba el polaco, según luego me contó la viejecita, llevaba ya seis meses de tercianas, y estaba muy débil, muy delgado, casi hético.

La buena mujer lloró y suplicó, protegiendo al extranjero no podía ponerse en caso sin caer muerto a la media hora...

Pero sólo consiguió ser apaleada por su ta de *patriotismo*. ¡Todavía no se me olvidado esta palabra, que antes no había pronunciado nunca!

En cuanto al polaco, fíjese usted miraría aquel lance. Estaba postrado por fiebre, y algunas palabras sueltas que de sus labios, medio polacas, medio españolas, hacían reír a los dos militares.

—¡Cállate, *didón*, perro, gabacho! —le dijo Y. a fuerza de golpes, lo sacaron del Para no cansar a usted, señorito; en una disposición, medio desnudo, hanbriéndose bamboleándose, muriéndose..., ¡anduvo feliz cinco leguas!...

—Cinco leguas, señor!... ¿Sabe usted los que tienen cinco leguas? Pues es Fiñana hasta aquí... ¡Y a pie!..., ¡descá!

—¡Piénselo usted!... ¡Un hombre fin joven hermoso y blanco como una muñeca enferma, después de seis meses de tercia y con la terciana en aquel momento mío!

—¿Cómo pudo resistir?

—¡Ah! ¡No resistió!...

—Pero ¿cómo anduvo cinco leguas?

—¡Toma! ¡A fuerza de bayonetazos!

—Prosigas usted, abuelo... Prosigas usted.

—Yo venía por este barranco, como era costumbre, por ahorrarme terreno, y me fui por allá arriba, por el camino. Detuve aquí mismo, a fin de observar el remanecer del horror, mientras fingía picar un clavo negro de los de entonces...

Iwa jadeaba como un perro próximo a morir... Venía con la cabeza descubierta, rillo como un desenterrado, con dos encarnadas en lo alto de las mejillas, los ojos llameantes, pero caídos... ¡Hecho fin, un Cristo en la calle de la Amargura!

—¡Mi querir morir! ¡Matar a mí, por bálbulas el extranjero con las manos zadas!

Los españoles se reían de aquellos detalles, y le llamaban *franchute*, *didón* y cosas.

Dobláronse al fin las piernas de Iwa, redondo al suelo.

Yo respiré, porque creí que el pobre dado su alma a Dios.

Pero un pinchazo que recibió en un brazo le hizo erguirse de nuevo.

Entonces se acercó a este barranco para cipitarse y morir...

Al impedirlo los soldados, pues no le movaba que muriera su prisionero, no ron aquí con mi mulo, que, como he estaba cargado de barrilla.

—¡Eh, camarada! — me dijeron, apuntando con los fusiles... Suba usted ese mulo!

Yo obedecí sin resistir, creyendo lo favor al extranjero.

—¿Dónde va usted? — me preguntaron do hube subido.

—Voy a Almería... — les respondí... que ustedes están haciendo es una inlad!

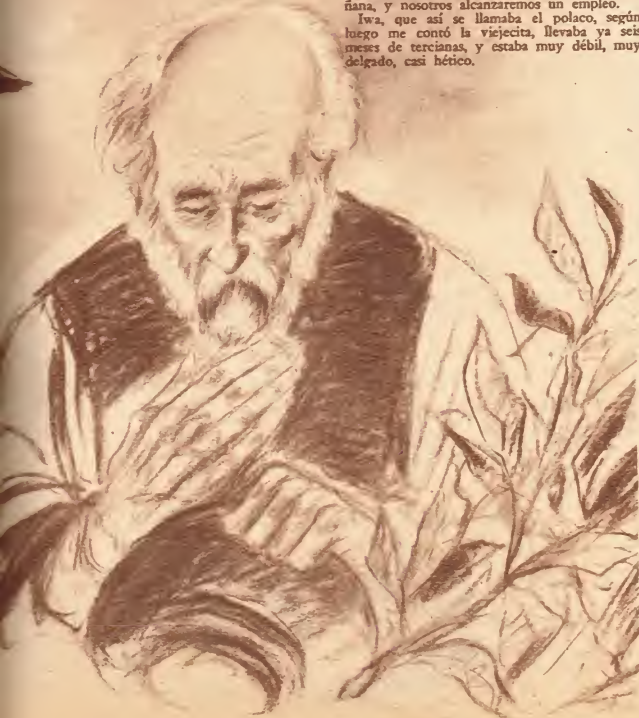
—¡Fuera sermones! — gritó uno de los duros.

—¡Un arriero *afrancesado*! — dijo el

—¡Charla mucho... y verás lo que te de!

La culata de un fusil cayó sobre mi

—¡Era la primera vez que me pegaba un bre, fuera de mi padre!



La Fábrica HOMEDES, Labardén 222, Buenos Aires, que con tanto éxito lanzó al mercado argentino su

PANTUFLA - CHINELA (SLIPPER)



Art. 102. Forro de con bolano.

Art. 102. Modelo con suela de material, a pesos **2.50**

PRESENTA SUS MODELOS DE INVIERNO



ARTICULO 111



ARTICULO 112

Art. 111 - 112. Colores: negro, azul, rojo, marrón y gris; suela de material con tazo, forro de lana. Precio por par, a... **\$ 3.50**

Envíos contra reembolso agregar \$ 0.50

FABRICA HOMEDES, LABARDEN 222 — BUENOS AIRES

Tenemos algunas variantes de Representantes, disponibles para poblaciones importantes del interior. Los interesados deberán ser personas a firmas solventes, que estén dispuestas a adquirir contra reembolso los nuevos muestrarios.

ESTUDIE UNA PROFESIÓN

... en su caso, durante sus ratos desocupados, por nuestro sistema que es el más FACIL, RAPIDO y ECONOMICO. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Envíe lleno este cupón y recibirá, a vuelta de correo, informes muy interesantes. Estas famosas escuelas (fundadas en 1915) enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMIA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
ENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Nombre

Dirección

Localidad

— ¡No irritar, no incomodar! — exclamó el polaco, asintiendo a mis pies; pues había caído de nuevo en tierra.

— ¡Descarga la barrilla! — me dijeron los soldados.

— ¿Para qué?

— Para montar en el mulo a este judío.

— Eso es otra cosa... Lo haré con mucho gusto — dije, y me puse a descargar.

— No... no... no... — exclamó Iwa—. ¡Tú dejar que me mate!

— Yo no quiero que te mate, desgraciado! — exclamé, estrechando las ardientes manos del joven.

— ¡Pero mí si querés! ¡Matar tú a mí, por Dios!

— ¿Quieres que yo te mate?

— ¡Sí... sí... sí... hombre bueno! ¡Sufrir mucho!

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Volvíame a los soldados, y les dije con tono de voz que hubiera conmovido a una piedra.

— Españoles, compatriotas, hermanos! Otro español, que ama tanto como el que más a nuestra patria, es quien os suplica... ¡Dejadme solo con este hombre!

— ¡No digo que es afrancesado! — exclamó uno de ellos.

— ¡Atiéndelo el diablo! — dijo el otro—. ¡Cuidado con lo que me dices! ¡Mira que te rompo la crisma!

— ¡Militar de los demonios! — contesté con la misma fuerza—. Yo no temo a la muerte. ¡Sois dos infantes sin corazón! ¡Sois dos hombres fuertes y armados, contra un moribundo inerme!... ¡Sois unos cobardes! Dadme uno de esos fusiles, y pelearé con vosotros hasta mataros o morir...; pero dejad a este pobre enfermo, que no puede defenderse. ¡Ay! — continué, viendo que uno de aquellos tigres se ruborizaba—. Si, como yo, tuvieses hijos; si pensarais que tal vez mañana se verán en la tierra de este infeliz, en la misma situación que él, solos, moribundos, lejos de sus padres; si reflexionarais en que este polaco no sabe siquiera lo que hace en España; en que será un quinto robado a su familia para servir a la ambición de un rey... ¡qué diablo!, vosotros le perdonaríais... ¡Sí! porque vosotros sois hombres antes que españoles, y este polaco es un hombre, un hermano nuestro! ¡Que ganará España con la muerte de un terciario? ¡Batíos hasta morir con todos los granaderos de Napoleón; pero que sea en el campo de batalla! Y perdonad al débil; ¡sed generosos con el vencido; sed cristianos; no seáis verdugos!

— ¡Basta de letanías! — dijo el que siempre había llevado la iniciativa de la crueldad, el que había andado a Iwa a fuerza de bayonetas, el que quería comprar un empleo al precio de su cadáver.

— ¡Compañero, ¿qué hacemos? — preguntó el otro, medio conmovido con mis palabras.

— ¡Es muy sencillo! — repuso el primero — ¡Mira!

Y sin darme tiempo, no digo de evitar, sino de prever sus movimientos, descerrajó un tiro sobre el corazón del polaco.

Iwa me miró con ternura, no sé si antes o después de morir.

Aquella mirada me prometió el cielo, donde acaso estaba ya el mártir.

En seguida los soldados me dieron una paliza con las baquetas de los fusiles.

El que había matado al extranjero, le cortó una oreja, que guardó en el bolsillo.

¡Era la credencial del empleo que deseaba! Después desnudó a Iwa, y le robó... hasta cierto medallón (con un retrato de mujer de santa) que llevaba al cuello.

Entonces se alejaron hacia Almería.

Yo entré a Iwa en ese barranco... ahí... donde está usted sentado... y me volví a Géral porque conocí que estaba malo.

Y, en efecto, aquel lance me costó una terrible enfermedad, que me puso a las puertas de la muerte.

— ¿Y cómo volvió usted a ver a aquellos soldados? ¿No sabe usted cómo se llamaban?

— No, señor; pero, por las señas que me dio más tarde la viejecita que cuidó al polaco, supe que uno de los dos españoles tenía el apodo de *Risas*, y que aquel era justamente el que había matado y robado al pobre extranjero.

En esto nos alcanzó la galera: el viento... yo subimos al camino; nos apretamos la mano, y nos despedimos muy contentos el uno del otro. ¡Habíamos llorado juntos!

III

Tres noches después tomábamos café varios amigos en el precioso casino de Almería.

Cerca de nosotros, y alrededor de otra mesa, se hallaban dos viejos, militares retirados. Comandante el uno y Coronel el otro, según dijo alguno que los conocía.

A pesar nuestro, oíamos su conversación, pues hablaban tan alto como suelen los que han mandado mucho.

De pronto hirió mis oídos y llamé mi atención esta frase del Coronel:

— El pobre *Risas*...

— ¡*Risas*! — exclamé para mí.

Y me puse a escuchar de intento.

— El pobre *Risas*... — decía el Coronel — fué hecho prisionero por los franceses cuando maron a Málaga y, de depósito en depósito, fué a parar nada menos que a Suecia, donde yo estaba también cautivo, como todos los que no pudimos escaparnos con el Marqués de la Romana. Allí lo conocí, porque intimé con Juan, mi asistente de toda la vida, o de toda mi carrera; y cuando Napoleón tuvo la crueldad de llevar a Rusia, formando parte de su Gran Ejército, a todos los españoles que estaban prisioneros en su poder, tomé de ordenanza a *Risas*. Entonces me enteré de que tenía un medio cervical a los polacos, o un terror supersticioso a Polonia, pues no hacían más que preguntarnos a Juan y a mí "¿si tendríamos que pasar por aquella tierra para ir a Rusia?", estremeciéndose a la idea de que llegase a acozarse. Indudablemente, a aquel hombre, cuya cabeza no estaba muy firme por lo mucho que había abusado de las bebidas espirituosas, pero que en lo demás era un buen soldado y un mediano cocinero, le había oca-



algo grave con algún polaco, ora en la guerra de España, ora en su larga peregrinación por otras naciones. Llegados a Varsovia, donde nos detuvimos algunos días, *Risas* se puso gravemente enfermo, de fiebre cerebral, resultados del terror pánico que le había sufrido desde que entramos en tierra polaca, y yo, que le tenía ya cierto cariño, no lo dejé allí solo cuando recibimos la orden de marcha, sino que conseguí de mis amigos que Juan se quedase en Varsovia cuidándolo, sin perjuicio de que, resuelta aquella

de un modo o de otro, saliese luego en busca con algún convoy de equipajes y viveres, de los muchos que seguirían a la cabeza de gente en que mi regimiento figuraba vanguardia. ¡Qué fué, pues, mi sorpresa cuando, el mismo día que nos pusimos en camino, y a las pocas horas de haber echado a andar, se me presentó mi antiguo asistente, lleno de terror, y me dijo lo que acababa de suceder con el pobre *Risas*! ¡Dígame a usted el caso es de lo más singular y estupendo que haya ocurrido nunca! Oígame, y verá si encuentro un motivo para que yo no haya olvidado esta historia en cuarenta y dos años. Juan había buscado un buen alojamiento para cuidar a *Risas*, en casa de cierta labradora viuda, con muchas hijas casaderas, que desde que llegamos a Varsovia los españoles no había dejado de presentarnos a varios, por medio de intérpretes polacos, si sabíamos algo de un hijo suyo llamado *Lucá*, que vino a la guerra de España en 1808, y de quien hacía tres años no tenía noticia alguna, cosa que no pasaba a las demás familias que se hallaban en idéntico caso. Como Juan era tan zalamero, halló modo de consolar y esperar a aquella triste madre,

le aquí el que, en recompensa, ella se brindó a cuidar a *Risas* al verlo caer en su presencia atacado de una fiebre cerebral... Llegados a casa de la buena mujer, y cuando ésta ayudaba a desnudar al enfermo, Juan la vio padecer de pronto y apoderarse convulsivamente de cierto medallón de plata, con una fotografía o retrato en miniatura, que *Risas* llevaba siempre al pecho, bajo la ropa, a modo de amuleto o conjuro contra los polacos, por creer que representaba a una Virgen o Santa de aquel país. "¡Viva! ¡Viva!", gritó después la viuda de un modo horrible, sacudiendo al enfermo, que nada entendía, alargando como si le daba por la fiebre. En esto acudieron las hijas y, enteradas del caso, tomaron el medallón, le pusieron al lado del rostro de su madre, llamando por medio de señas la atención de Juan para que viese, como vio, que el tal efígie no era más que el retrato de aquella mujer, y encarándose entonces con él, visto que su compatriota no podía responderles, comenzaron a arrojarle mil cosas con palabras ininteligibles, bien que con gestos y ademanes que revelaban claramente la más siniestra furia. Juan se encogió de hombros, dando a entender por señas que él no sabía nada de la procedencia de aquel retrato, ni conocía a *Risas* más que de muy poco tiempo... El noble semblante de mi humilde asistente debió de probar a aquellas cuatro leonas encolerizadas que el pobre no era culpable... ¡Además, él no llevaba el medallón! Pero el otro... ¡el otro, al pobre *Risas*, lo mataron a golpes y lo hicieron pedazos con las uñas! Es cuanto sé con relación a este drama, pues nunca he podido averiguar por qué tenía *Risas* aquel retrato.

—Permítame usted que se le cuente yo... —dije sin poder contenerme.

Y acercándome a la mesa del Coronel y del Comandante, después de ser presentado a ellos por mis amigos, les referí a todos la espantosa narración del minero.

Luego que concluí el Comandante, hombre de más de setenta años, exclamó con la fe sencilla de un militar antiguo, con el arranque de un buen español y con toda la autoridad de sus canas:

—Vive Dios, señores, que en todo eso hay algo más que una casualidad! ♦

TODDY GUSTA MAS!



Y
**RINDE
MUCHO MAS**

Tal para cual!... Para una verdadera felicidad, los hijos!... Y para la felicidad de los hijos, TODDY, que los nutre, los vigoriza y les proporciona esa energía que los mantiene tan vivaces y

tan sanos! Y TODDY rinde mucho más!... De cada tarro de TODDY sale una "ponchada" de tazas para una infinidad de deliciosos desayunos!... Pruébalo!... A usted también le va a gustar como a sus niños!... Lo tomará y lo servirá TODDYta la vida!



APENAS UNAS MONEDAS!...
...le bastan para darse el gusto de probar el delicioso TODDY! Pida ahora mismo el económico-estuche familiar a su almacenero!

MICROCOMEDIAS TODDY

Escuche por LRI RADIO EL MUNDO y la Red Azul y Blanca tododytas los miércoles a las 20 hs. este maravilloso y original programa con que le obsequia TODDY!

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA

LAS NOVELAS DEL



DR
**DUARDO
ALFARO**

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

No siendo, como no soy, buen lector de novelas, soy un excelente buscador de ellas, si es que algún perdón existe por llamarse a sí mismo excelente en algo. Mal lector de novelas, desecho pronto aquellas en las que no me siento ni por instinto ni por la empírica vía de una lectura de las primeras páginas llevado a encontrarme con algo realmente exquisito en el género. En arte, lo que no es de primer orden me parece difícilmente soportable. Y en materia de novelas, los ha-

zgos y la novedad se hacen de día en día más difíciles. Recientemente he vuelto a la lectura de los grandes novelas clásicos. Esto es una buena experiencia. Uno descubre e son siempre nuevos, y aun los más vilipendiados por ese ganismo productor de jugos ácidos que se llama la "intelectualidad", aparecen llenos de virtudes cándidas y dotados de una fuerza, un cuerpo, una animación y un fervor que no sólo encontramos ya en el arte, sino que no descubrimos tampoco en la vida misma.

He vuelto a leer — con inagotable placer — el *David Copperfield* y el *Pickwick*, libros que yo llamaba, en mis años infantiles, de convalecencia, porque llenaban los días de cama de esas triviales enfermedades con su fuente riquísima de deleite. Yo era también aquel gran Quijote con ilustraciones de Doré (una negra, descomunal Biblia familiar, cuya pérdida lloredo entonces.) Junto con la lectura de Dickens he visto que si al mismo tiempo lo releía — y comentaba — mi ilustre amigo don Ramón Pérez de Ayala, cuyos excelentes ensayos sobre el insigne novelista son de pasta dickensiana ellos mismos y uno los lee como leyendo la novela-vida del Dickens novelista. Y no digo vida novelada, sino novela-vida, matiz que percibirán mis lectores y que presumo que los pondrá de nuevo en la falta de hallar tan admirables como se cree las famosas biografías noveladas, invención periodística que confunde la biografía y la novela, despojando a la primera y a la segunda sus excelencias privativas y peculiares, sin habernos dado cuenta de un solo libro que la redima de semejante pecado.

La lectura de Dickens ha ido en mí acompañada de una lectura de Henry James, de Fielding y de Meredith. No puede haber cuatro más distintos. Y, sin embargo, algo tienen de común: su caudalosa riqueza de visión. Esto es,

por lo demás, lo que se ha perdido. Esto es lo que cualquier lector de novelas actuales encontrará perdido.

Aquella caudalosa riqueza de visión — que yo separo y considero como calidad por antonomasia de los novelistas ingleses — proporcionaba a los novelistas post-isabelinos, hasta su epígono Thomas Hardy, ciertas condiciones complejas que equivalían, por su fuerza aluvional y de arrastre, a todos los hallazgos de la técnica juntos. Una técnica rica es la mejor de las técnicas, porque es la que comprende el mayor número de formas o posibilidades particulares. Estos grandes arquitectos eran grandes constructores, porque sus materiales eran grandes y porque los manejaban con grandeza. Los resortes delicados de los que algunos hacen su solo título de presunción eran en aquellos meras partes de un todo donde a veces lo exquisito va mezclado a lo grueso o lo vulgar para formar su completa estructura, su equilibrio sinfónico y su magnitud.

Estas novelas lo conducen a uno naturalmente a pensar que el género no se rescatará sino cuando vuelva a asumir, no los tonos delicados y ténues de esa nueva presunción donde algunos actuales novelistas instalan su pingüe trono, más los elementos, creados según sus lógicas — y muy importantes — diferencias, de la vieja grandeza. Muy importantes, sí, serán sus diferencias, ya que en ellas residirán nada menos que la nueva visión, partición, distribución y narración de un mundo nuevo.

Ya podemos percibir, en alguno que otro caso — para ser más precisos, porque toda previsión de masa no pasaría de capricho o puerilidad — cuáles han de ser, o por qué camino han de ir las disimilitudes y oposiciones de la nueva novela con la antigua y tradicional.

Por lo pronto, una actitud del novelista parece definirse desde hace no muchos años como típica de la nueva manera de pensar las novelas y de hacerlas. Esta nueva manera, que se parece, en cuanto al principio, a la forma peculiar inaugurada por Valéry en lo que concierne a la poesía — y cuyo más eminente ejemplar es su poema *El cementerio marino* —, se revela como un esfuerzo de penetración por medio de los instrumentos imaginarios y narrativos en ciertas provincias que el novelador de otras épocas no había siquiera rozado. De la pasión primero, de la psicología después, un gran rodaje moral viene a substituir los emocionales y empíricos resortes, y a hacer de la novela un objeto de intelección y de interpretación, una vía de reflexión casi directa, un elemento en que las líneas descriptivas y las líneas reflexivas parecen correlacionarse en forma indiferenciable. En vez de reflejo, la novela se hace intelección del mundo, y no ya por las vías de la razón razonante, que



UNAMUNO



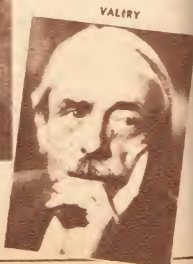
KAFKA



BALZAC



DICKENS



VALÉRY

ONOCIMIENTO

re lisas y lineales y que ya actuaron en algunas no-
cionales, sino por la vía de otras intuiciones, de otras
nes, de otro sentido y planteo de la conformación y
del mundo. La nueva novela no es ya cosa artística
ción, sino cosa directamente trasplantada de la vida
fórmulas no sintéticamente solucionadas. Lo que se
a la novela y el modo de ese transporte se hacen más
te complejos.

as concebidas y realizadas como *Troteras y danzaderas*
Pérez de Ayala, libro que con *Niebla*, de Unamuno,
trado a libros franceses, ingleses e italianos que por
te irrisoria alcanzaron más universal difusión que sus
mismas, o como los episodios proustianos y joycianos,
de contemporaneidad volcadas en la novela con una
siva de interpretación moral — en el sentido de no
espiritual, de trascendente del acontecer inmediato
o externo — del universo. Por poco cargados de con-
moralmente dirigido, las novelas de Proust y el *Ulises*
son libros de significado immanentemente moral; de
moral muy diferente al moralismo stendhaliano,
ano, dickensiano o balzaciano. El nuevo planteo se
del antiguo en que aporta metafísicas; o sea con-
intrínsecamente espirituales — recibidas en el espí-
cifradas para el espíritu — de la disposición visible de
ria humana y sus movimientos individualizables.

Kafka — el más grande de los novelistas que haya
nuestro tiempo — es el mayor de los planteadores
concepción del mundo en que el espíritu niega la orde-
de las cosas en que se le educó. El hombre de Kafka
agente activo y primordial del mundo, como el hombre
mo, flaubertiano, stendhaliano o dickensiano; el hom-
Kafka — un hombre tornado teñido por los nuevos
que la realidad le devela, o mejor dicho, le deja sin
—, es un hombre que lleva como el caracol la carga de
secuciones místicas más atroces, más imponderables, me-
bles; la carga de sentencias, autoridades, órdenes y con-
de naturaleza tremendamente trascendente, inevita-
poradas, sobrenaturales. (Pero ya he hablado de Kafka
páginas y no seguiré hablando de él.)

nuevo novelista no asiente a las categorías establecidas.
bre no ocupa para él en el mundo el lugar que se ha
Esta rodeado de presencias, agentes, acciones y vincu-
más importantes que las presencias humanas con las
únicamente, lo puso en confrontación y conflicto la
tica de los tiempos pasados. Esas fuerzas a veces son

interiores — como en el caso de Joyce —, a veces trascienden
ese interior, como en el caso de Kafka. En ambos autores
las presiones y la latitud de esas fuerzas adquieren una mag-
nitud aciaga.

Quiere decir que en esta nueva novelística, en esta novelís-
tica del conocimiento, no siempre los medios de llegar a las
conclusiones son típicamente racionalistas o explanativos, pero
en cambio siempre están en actitud de buscar esas conclusiones
con la actitud a la vez temerosa y vigilante de querer llegar
a un mundo del todo inexplorado, a un mundo de formas e
instancias, de vínculos y realidades, insospechables.

Ecos y datos que me llegan de recientes novelas checas, de
nuevos libros ingleses, me afirman, en fin, en la idea de que
muchos autores trabajan en los planteos de simetrías sensibles
y concretas que nada tienen que hacer con la concepción anti-
gua de las cosas. Un joven novelista polaco, que vive hoy entre
nosotros, ha sido de los que últimamente han entrado en esa
vía y a él se le debe una novela en la cual los prejuicios
dogmáticos de la madurez del individuo aparecen sometidos a
una novísima y original revisión. ¿Por qué ha de tender siem-
pre el hombre a creer que la socorrida madurez — o sea en
cierto modo la etapa en que va a comenzar a secarse — es el
camino ideal, en vez de buscar otros caminos de frescura y
sostenimiento de los rasgos espontáneos y naturales del espí-
ritu?

Pero esa novela de Witold Gombrowicz, que no conozco sino
por referencias y escorzos alusivos, no pertenece quizás a la
clase de libros que me parece estar en camino de surgir. Estos
serán, a mi juicio, de naturaleza más seria y encarnizada, más
trágicos en las buscas de salida de un mundo que ya nos ahoga
con lo mucho que creemos conocerlo y con lo nada que lo
sabemos. Pese a sus enormes hallazgos técnicos y científicos,
a sus descubrimientos instrumentales, el hombre sigue casi tan
ignorante del mundo como en sus días iniciales. Cientos y cien-
tos de misterios nos rozan cada mañana con sus alas terribles
en las que parece a veces venir envuelta cierta broncea irrisión,
cierta fabulosa burla por la falacia de nuestra presunción il-
mitada.

Las novelas de antaño — aun las más crueles — eran felices.
Las de ahora — aun las más esperanzadas — ya no lo son.
¿Quién nos dirá la condición de las de mañana? Si temblarán
de temor aciago o
hallarán en su
propio cuerpo los
elementos de su
radiante sal-
vación. ♦

Edna Stoker

STENDHAL



PROUST



FLAUBERT



JOYCE



PEREZ DE AYALA



LA CELEBRACION DE LAS FIESTAS MAYAS



Un aspecto de la gran concentración realizada en la plaza de Mayo el día 24.

Con hondo fervor patriótico y con la más amplia adhesión popular realizáronse en todo el país las fiestas con las cuales celebró el 134° aniversario de la revolución de mayo. En la capital federal, los diversos actos de carácter oficial culminaron con la gran concentración



El presidente y las altas autoridades de la Nación, a la salida de la

efectuado el día 24 en la plaza de Mayo, el solemne tedéum en la Catedral Metropolitana, y la reunión realizada frente a la presencia del presidente, general Edelmiro J. Farrell, autoridades de la Nación y eclesiásticas dió a dichos actos destacados.



En el Club Social de Barracas celebró, con diversos y significativos actos, el nuevo aniversario de la revolución de mayo. En uno de esos actos, a los que concurrió un público tan numeroso como selecto, el presidente de la institución, doctor José Pigretti, pronunció una bella alocución patriótica. En la foto de la derecha, el presidente del Club Social de Barracas, acompañado por los miembros de la Comisión Directiva del mismo, señores: Frens, Mangonet, Laborde, Benvenuto, Echeverría, Abelló, Carbone, Laimali y Perasso. En la de la izquierda, el doctor Pigretti durante su disertación.



CONCIERTOS.—La Asociación Argentina de... que dirige el maestro Carlos Olivares, efectúa... lón Biblioteca del Consejo de Mujeres, su... cierto de la presente temporada musical. En... mismo, el trío de la institución, que integran... sa Ritterstein, piano; M. Mercedes Field de Ol... lla, y Carlos Olivares, violoncello, ejecutó obras... tzt y Schumann. Actuó también la soprano... Anna Christie, a quien acompañó al piano... Alberto Grigera. Junto al maestro Olivares, aquí los artistas que tomaron parte en el



DEL 80° ANIVERSARIO DE LA CASA KRAFT.—En un nuevo acto de la serie de festejos organizados por la Casa Kraft, con motivo del 80° aniversario de su fundación, el señor Raúl Pérez de Ayala pronunció una notable conferencia que versó sobre el tema "Mis primeras impresiones a través de la Patagonia". El señor Pérez de Ayala aparece aquí con el señor Guillermo Kraft, momentos después de haber hecho uso de la palabra ante una selecta concurrencia.



CONFERENCIA.—Una interesante conferencia, que versó sobre el tema "Campe en la ciudad", pronunció en el salón de actos del edificio Vuelto el poeta Salvador Merlino, quien aparece en la fotografía con algunos miembros de la junta directiva y de la Comisión de Estimulo Cultural y Artístico de la Unión Personal Code, con cuyo auspicio se realizó el acto.



AUTOR.—Guillermo Calabrese, que conoce ya los halagos de la crítica, agrega con "La selva siempre un libro más a su numerosa producción literaria. En las páginas de este nuevo colaborador, el doctor Calabrese, describe con maestría el mundo de la selva del África colonial, que el lector, ambiente en el ambiente, ve en un original y claro, donde juegan los ambiciosos odios del hombre blanco y del negro.

GRAFICAS



El cuerpo diplomático extranjero, en la Catedral Metropolitana.

...ha patria celebró también con igual fervor cívico en los barrios de la capital, donde la iniciativa privada agregó una nota más de entusiasmo popular a los festejos del 25 de



...ION.—Con motivo de la reciente inauguración de los servicios médicos gratuitos del Patronato Sird-Libanes, obra con que culmina la meritoria labor de carácter social y cultural de la institución, la Comisión Directiva de la misma ofreció una recepción en honor de los periodistas. En esta fotografía, obtenida durante el acto, el señor Moisés José Aziza, presidente del Patronato Sird-Libanes; el doctor Obaid, director de los nuevos servicios médicos; el doctor Emilio Constantino, del "Diario Sirdlibanes"; el doctor Jorge Schehdan y los señores Jorge Assef y Rachid Rustom.



...ADA.—En el concierto con motivo de "El día del teatro y la música nacional" organizado por la Asociación Argentina de Música de Cámara, en la Biblioteca del Consejo de Massena, la precocidad de nuestro Perito Argentin Beasuchero, obtuvo el premio Medalla de Oro.

"SOLFED LUNAR".—Con este libro de versos, el joven poeta Carlos H. Alborracin Sarmiento inicia públicamente su trayectoria literaria. Publicamente, porque ya en 1940 "Tres cielos" lo reveló como poeta precoc. Se advierte en "Solfed Lunar" soltura en la rima y profundidad en la idea, lo que autoriza a dar lo breve al bisieto del primer sonajunino o la pleyrede de jóvenes valores que expresan en verso sus inquietudes estéticas.

TEATRALES.—Con una obra del escritor Manuel Kirs, titulada "La gracia del gesto", perorada en La Casa del Teatro, el conjunto experimental "El Tirolado", que integran jóvenes escritores y periodistas.

1944					JULIO	
DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	
2	3	4	5	6	7	
9	10	11	12	13	14	
16	17	18	19	20	21	
23	24	25	26	27	28	
30	31					

última fecha!!



Sólo hasta ese día podrá estudiar por correspondencia, completamente

Y no olvide que por sólo

3 PESOS AL MES

Ud. puede estudiar en su casa y por correspondencia, cualquiera de nuestros cursos.

Gratis

Un curso a elección que estamos ofreciendo a todo alumno que se inscriba en cualquier otro de nuestros cursos que enseñamos por correo con el famoso

"Método Scotch"

DE NUESTRA EXCLUSIVIDAD.



QUIMICA INDUSTRIAL, CONTABILIDAD, PUBLICIDAD, SECRETARIADO, TAQUIGRAFIA Y DACTILOGRAFIA, APICULTURA, AVICULTURA, JARDINERIA Y HORTICULTURA, PRODUCCION, COCINA, CORTE Y CONFECCION, LABORES Y TEJIDOS, ARTES DECORATIVAS, TECNICO MECANICO, MOTORES A EXPLOSION, DIESEL, TECNICO EN TORNERIA Y FRESADO, DIBUJO MECANICO, RADIO, ELECTRICIDAD, ARQUITECTURA, CONSTRUCCIONES, TECNICO EN HORMIGON ARMADO, AGRICULTURA, MENSUR, ETC.

INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO

Señor Director del
INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
Av. de Mayo 840 - Buenos Aires
Ruego envíeme informes GRATIS sobre el curso de.....
Nombre.....
Dirección.....
Localidad.....



DE LAS TABLAS

ELIDA CARLÉS, LA ÚNICA ACTRIZ AVIADORA DE LA ARGENTINA, CREA

Ficción y realidad

A LAS *sobre el corazón*, se titula la última interpretación de esa joven y ya notable actriz argentina que es Elida Carles. Y mientras nos preparamos para interrogar a su dinámica protagonista, pensamos que vale la pena mencionar ahora ese título.

Por una vez, la ficción y la realidad coinciden. Elida Carles, que en *"Alas sobre el corazón"* hace el papel de aviadora, lo es en la realidad. Y tanto lo es, que cuando llegamos al campo de aviación donde hemos venido a entrevistarla, un mecánico vestido de "mono" azul, a quien preguntamos por ella, nos dice, sintéticamente:

—Está "arriba"...
—¿Dónde?...
—"Arriba"... —Y luego, condescendiendo, explica:— La señorita salió en su avión. Está volando...

No tenemos que esperar mucho. Una hélice zumba en el espacio. Sobre el campo de aterrizaje se dibuja la silueta de un avión. Es Elida, que con matemática precisión hace describir a su máquina la suave y exacta maniobra del aterrizaje...

"Muy pronto, todo el mundo volará..."

Esa preciosa criatura, fina, elástica, que al descender de su máquina parece una niña que



Una sesión de maquillaje ante el espejo que multiplica la belleza de la joven actriz en cuatro imágenes, permitiendo un detalle perfecto en la labor de caracterización...

abandonara por un momento el más querido de sus juguetes, es la única actriz nacional que haya aprendido a pilotear un avión. Sólo otros dos actores obtuvieron en nuestro país este privilegio: Florencio Parravicini y Rodolfo de la Serna.

—¿Esta ausencia de actores y de actrices, con respecto a un deporte que cada vez está más difundido, implica una incompatibilidad entre las alas y las tablas?...

Tal es la pregunta que formulamos a Elida, instalados ya en el *buffet* del aeródromo. Y ella nos contesta sin vacilar:

—No lo creo. Para mí, el teatro y la aviación ni se excluyen ni se complementan. Simplemente: no tienen nada que ver entre sí... Estoy convencida de que muy pronto todo el mundo volará, del mismo modo que hoy todo el mundo es capaz de manejar un automóvil...

—Pero en su caso, concretamente: ¿por qué se hizo usted aviadora?...

—Porque me gusta poder transportarme con facilidad a otros lugares. Porque el volar tiene siempre algo de aventura y de inesperado. Porque en la aviación, lo mismo que en todos los deportes, hay siempre algo de imaginación, de espíritu poético... ¿Qué se va?... Ser actriz y aviadora no tiene nada de particular. Es como el hecho de que a un nadador le guste leer; o a un escritor hacer automovilismo...

Un secreto que se descubre

—¿Y no tuvo que vencer dificultades familiares? ¿No encontró oposición?

Elida sonríe como quien va a contar una travesura, y replica:

—Bueno; si he de ser sincera, les diré al principio este fue un secreto. Un secreto que quedó guardado entre mi mamá, mi hermana Eva y mi amiga Nilda Arrieta...

—¿De modo que su mamá no se asustó la perspectiva de verla aviadora?...

—Le pinté el asunto tan bien, que no me que pudiera sucederme nada. La convencí que firmara mi solicitud de ingreso pronto, ya volaba. Todo fue muy bien, que un día, con motivo de unos cursos, me llegó una foto. Entre 116 alumnos solamente había dos mujeres: una conmigo y yo. Mi padre vio esa foto y se enojó. El secreto estaba roto. Creo que fue la primera vez en que corrí peligro la excelente actitud que une a mis padres...

—¿Y ahora?...

—Ahora mi padre es un entusiasta de la aviación y hasta vuela conmigo como pasajero...

Elida Carles nos cuenta muchas cosas su afición por el vuelo. Posee el título de aviadora civil de la categoría "B", que es compartido por otra mujer: la tía Susana Ferrari Billingsgate. Le gusta volar, pero detesta la exhibición y no se ocupa por lucirse. "Si una actriz quiere aplaudida, lo puede lograr mejor en el teatro"...

Totaliza 380 horas de vuelo, y ha recorrido gran parte del país. No hace mucho comandó la escuadrilla femenina argentina que viajó a Montevideo. Cree que estos vuelos sirven para extenderse a todos los países de América un mensaje de buena vecindad. Cuando preguntamos por sus proyectos futuros, nos dice:

—¡Volar! ¡Volar! ¡Y volar!...

Una carrera brillante

Sin embargo, basta hablar con Elida Carles para darse cuenta de que el teatro y la aviación no son sus únicas preocupaciones. A su

Dominando la práctica de todos los aspectos de la aviación, Elida Carles no tiene inconveniente en poner en marcha el motor por sí misma.



CIELO



Por
Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONESA

TEATRO Y LA AERONAUTICA SON DOS COSAS MUY DISTINTAS...

a su simpatía, une esta joven actriz una cultura y una inquietud nada comunes. A una inteligencia esmeradamente cultivada, junta un carácter definido y disciplinado que uno no esperaría encontrar aliados a tanta juventud.

Su palabra es fácil y exacta. Mientras hablamos evoca los principios de una carrera tan rápida como brillante. Se inició en el Odeón con "El país de la sonrisa", bajo la dirección de Susini, cuando tenía quince años. Inmediatamente pasó al Teatro Nacional de Comedia, y siguió los cursos del "Instituto" que dirige Cunill Cabanellas, donde ingresó junto con Malisa Zini, Delia Garcés, Nilda Arrieta, etc.

Cuando se retiró el director, ella, junto con los que habían sido premiados con su incorporación al elenco estable, hizo causa común con Cunill Cabanellas y se retiró también.

El teatro radial ha tenido en Elida Carlés

una de sus intérpretes más inteligentes y destacadas. Su interpretación en "El Ciudadano", junto con López Lagar, es algo que el público no puede haber olvidado.

—En "Alas sobre el corazón"—nos dice Elida—, hago un papel de aviadora. El argumento se base en una expedición que se organiza para buscar a un hombre de ciencia perdido en la selva. Hay un "reportero" que es un galán, a cargo de Aíraldi. Naturalmente, todo gira en torno de una trama de amor. Al final, "mi rival" se casa con el galán, y yo me quedo, muy románticamente, "con las alas sobre el corazón"...

—¡Buen final para una aviadora de verdad! —comentamos.

—Ya les he dicho —replica, sonriente, Elida—, que, para mí, el teatro y la aviación son dos cosas muy distintas... ♦



Reportaje, en el grato rincón del "teatro" del aeródromo.



COMO VIVE LA PRIMERA DA



Mrs. Anna Eleanor Roosevelt contaba alrededor de 40 años cuando resolvió secundar a su marido, participando activamente en política. Aquí lo vemos acompañado por su esposo, el presidente de los Estados Unidos.



Al fondo, la mesa de trabajo de Mrs. Roosevelt, en la mansión de Hyde Park, en Nueva York.

—DOLL, Cecily, Jenny, ¿a que no adivinan quién acaba de llegar? — exclama sofocadísima alguien que llega a la carrera, al grupo de jovencitas que pasean por el rincón más tranquilo del parque.

—¿Quién?

—La sobrina del terror de los leones africanos.

—¿Dónde está?

—En la rectoría. Creo que será nuestra compañera de enclaustramiento; quizá nuestra compañera de clase.

—Cuenta, Nancy. ¿Cómo es? ¿La viste?

—No. Pero podremos verla si nos acercamos a la rectoría.

Mientras el grupo echa a andar hacia el cuerpo de edificios que se ve al otro lado del parque, una pregunta, curiosa:

—Estov intrigada, Doll. ¿Quién es el terror de los leones africanos?

—¿Cómo, Margaret! ¿Lo ignoras? Pues, el nuevo presidente de los Estados Unidos.

—¿Teodoro Roosevelt?

—El mismo. Cuando el presidente aparece en África, en tren de caza, las fieras huyen aterrorizadas, gritando: "¡Corramos, hermanos de

nada, juega al tenis y... escribe siempre.

—¿Quién es el afortunado? — quieren saber, indiscretas, las compañeras cuando la sorprenden sola en el parque o en su cuarto, escribiendo absorbida.

—El canasto de papeles! — replica, rompiendo o guardando lo que escribe.

—¿Para qué escribes, entonces?

—Para eso; para aprender a escribir. ¡Algún día será periodista!

Esa es la máxima aspiración de la joven Anna Eleanor Roosevelt. Escribir, llegar a periodista.

Sin embargo, no todo lo que escribe va al canasto por inservible o mal redactado, sino que toma el camino de Cambridge, en el Estado de Massachusetts, para uno de los estudiantes de abogacía de la Universidad de Harvard: Franklin Delano Roosevelt, nacido en Hyde Park, el 30 de enero de 1882, descendiente directo de Claes Martenszen van Rosvelt, un holandés emigrado a América del Norte, allá por el año 1640. Es indiscutiblemente probable que el joven Roosevelt respondiese a una de las escuelas recibidas: "...y estoy deseando terminar con esto, graduarme de una

vez, para correr a tu lado. ¡Ah, Anna, ce y lejano tormento! Cuánto tendré que permanecer todavía lejos de ti. Tú sabes que..." Poco. Se graduó en 1904; se casó en 1905. Franklin, dinámico, inteligente, una sagacidad política extraordinaria, se lanzó resueltamente a la conquista de su destino, volandose en las filas del Partido Demócrata en 1910, va al Congreso, ganando las elecciones en el distrito de Hyde Park; le nombran secretario de Marina. En 1912, y, al año siguiente, el presidente le nombra secretario de Marina. La Convención Demócrata realizada en San Francisco, en julio de 1920, le proclama candidato a la presidencia de los Estados Unidos; es derrotado por los republicanos y vuelve a la vida de abogado, en Nueva York. En 1924, sigue, mientras veranea en Campobello, en Brunswick, Franklin Delano Roosevelt, atacado por la terrible parálisis. ¡El

derrumba para el ex candidato a la presidencia de la República! Su madre, no, resuelve que el hijo se retire, pero en la posesión que la familia Roosevelt tenía en Nueva York, en Hyde Park, alguien que se rebela, que no puede soportar el umbral de aquel hombre joven, el umbral de los cuarenta años — vigoroso, puesto en vitrina como el aire y del polvo. Es Anna, hasta ese momento se ha movido en la penumbra del segundo plano de la vida, se concretan al hogar y a los deberes de la casa. Anna Eleanor consulta con los amigos del marido, quienes le aseguran: "Como está, Franklin es mejor que muchos de nosotros. Todavía puede tanto por el partido". Luego comienza a escribir, confiándole lo que acaba de leer, de oír, de ver. "Escribiendo se pondrá mejor si ocupa la vida que le absorban por completo. Es un juego notablemente absorbente. En seguida aborda a la sugeta, la política y que ella está dispuesta

LOS ESTADOS UNIDOS

LABORADORA IDEAL DE SU ESPOSO, ANNA ELEANOR ROOSEVELT SECUNDA AL MANDATARIO NORTEAMERICANO EN MUCHAS DE SUS TAREAS OFICIALES

Por **Pedro Patti**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

...es mejor que yo, Anna — res-
...ano—. Apruebo tu plan, pero
... será tarea titánica para ti.
... tres puntos vitalísimos. Anna
... con el marido:
... debes abandonar este encierro;
... la lucha. El partido te reclama.
... haré lo que tú no puedas.
... debe hablar con la fe ciega
... de los inspirados, de los ilumi-
... Delano Roosevelt abandona el
... Park y vuelve a la política. Y
... cuando se produce la milagrosa
... de Anna Eleanor. Del esuma-
... Delano que ocupara hasta ese mo-
... un brinco magistral a primer
... en público, pronunciando dis-
... dos al principio, se vuelven
... precisos, más seguros, más vi-

brantes; alterna con políticos, frecuentando sus reuniones o citándose en su casa, al tiempo que cristaliza aquel sueño de internada: escribe en los diarios más importantes del país, da conferencias, habla por la radio. Marido y mujer trabajan intensamente, como fundidos en una sola personalidad, y, en 1928, Franklin Delano Roosevelt es proclamado gobernador del Estado de Nueva York.

Y he aquí lo increíblemente fantástico, lo que remarca con gruesas líneas rojas lo que puede la inspiración de la mujer y la voluntad del hombre cuando marchan tomados del brazo. El Partido Demócrata, que había sido vencido por los republicanos en las elecciones presidenciales de 1924 y 1928, triunfa en 1933, con Roosevelt como presidente de los Estados Unidos. ¿Es como echarse encima una montaña? Las obligaciones de un presidente son múltiples; incluso debe viajar a cada momento, de un lado para otro, y, a veces, de la costa del Atlántico a la del Pacífico. Como no puede someterse al intensísimo trajín, allí está la esposa que lo hará por él, representándolo.

—Anna, mañana irá a la inauguración de la fábrica de municiones de Princeton.

Anna Eleanor asiste a la inauguración de la fábrica. Cuando regresa, el marido le pregunta:

—¿Cuántame; qué tal estuvo?
—Aquello fué maravilloso. Mr. Barrow me condujo por todas las dependencias de la planta; me presentó a varios caballeros, entre los cuales estaba el capitán Folsom. ¿Recuerdas a Folsom? Uno de tus compañeros de Harvard... Después de la fábrica me brindaron una recepción en la Municipalidad e, incluso, hubo baile...

(CONTINUA EN LA PAGINA 96)



APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesión lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre

Calle

Localidad

Dr. ROMEO J. MESSUTI

Médico conjunto del Hospital Zubizarreta

Consultas: de 15 a 17 y U. T. 50 - 4224

VALLEJO 4645

Dr. ANIBAL O. de ROA (h)

ENFERMEDADES DE LA PIEL

VIAMONTE 830, Cap. Solicitar hora a 243-2305

Dr. ANGELO E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO

Para enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta

NUEVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278

Remita su nombre y dirección a los Escuelas Latino-Americanas, Boyacá 932, Capital, y a vuelta de correo recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO LA "GUÍA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo.

Ver última tapa.

*** PRODUCTOS *** CAPILATYS

ABSOLUTAMENTE
VEGETALES

LOCION CAPILAR: Preserva y detiene la calvicie; tonifica, fortalece y favorece el crecimiento del cabello. Evita y combate la caspa y seborrea. Frasco de 150 c.c., \$ 4.50; de 250 c.c., \$ 7.—, y de 500 c.c., \$ 12.—



SHAMPOING, para el lavado e higiene de la cabeza. Frasco de 100 c.c., \$ 0.90, y de 250 c.c., \$ 2.40.

FIJADOR LIQUIDO VEGETAL, exento de grasas y aceites; no produce caspa; fija, da brillo y densidad al cabello. Frasco de 50 c.c., \$ 0.70; de 100 c.c., \$ 1.50, y de 160 c.c., \$ 2.50.

Venta en perfumerías, farmacias y tiendas, y si no los encuentra en la casa de su preferencia, pídanlos hoy mismo previo envío de giro o bonos postales, directamente a:

LABOR. CAPILATYS Sdo. de Brigray 1268 - (U.T. 23-8648) Bs.As.

BERENICE

Por

EDGAR ALLAN POE

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

En la tierra, el dolor y la desgracia son múltiples y de forma diversa. Dominan, como el arco iris, el amplio horizonte, y aparecen tan íntimamente fundidos, y a la vez tan diferentes, como los matices de dicho arco. ¡Dolor y desgracia dominan el inmenso horizonte, igual que el arco iris! ¿Cómo, de tal belleza, es posible deducir un motivo desagradable, y un símil de tristeza de este anuncio de paz? Pero igual que en ética el mal es la consecuencia del bien, así el dolor nace de la alegría: ya sea que el recuerdo del pasado engendre la angustia de hoy, o ya que los actuales sufrimientos tengan su causa en la felicidad que pudo haber sido.

Egeo es mi nombre de pila, sin que el de mi familia interese revelarlo. En el mundo no hay torres más cargadas de historia que mi casa paterna, gris y sombría. Nuestra raza ha sido considerada como de gente visionaria, habiendo suficiente motivo para justificar esta creencia en el aspecto de la casa señorial, en las pinturas del salón principal, en los tapices de las habitaciones, en los labrados de las columnas de la sala de armas y, sobre todo, en la galería de cuadros antiguos, en el carácter de la biblioteca y, especialmente, en la naturaleza de su contenido.

El recuerdo de mis años infantiles se halla ligado fuertemente a esta sala y a sus volúmenes, de los cuales no diré nada. Mi madre allí murió. Yo nací allí. Pero inútil sería decir que mi vida no había comenzado antes, que no tiene existencia anterior el alma. Si ustedes lo niegan, no hay para qué discutir sobre el asunto, ya que, hallándome yo plenamente convencido, no pretendo comunicar a nadie esta creencia mía. Existe, no obstante, como una remembranza de formas aéreas, de inteligentes y expresivas miradas, de sonidos musicales, aunque melancólicos; una suerte de recuerdo que insiste en nuestra vida; una memoria semejante a una sombra, vaga, variable, indefinida, vacilante; una sombra de la que me será imposible librarme en tanto brille la luz de mi razón.

En dicha cámara nací, despertando así de la larga noche en que parecía no existir, aunque ello no era así; penetrando de súbito en las regiones de un país de hadas, en un palacio de fantasía, en los extraños reductos del pensamiento y la erudición monásticas; por lo que no debe sorprender que yo mirase a mi alrededor con ojos asustados y ardientes, que hubiese gastado mi infancia en los libros y despilfarrado mi

juventud en fantasías; pero lo que en verdad parece raro es que, con el correr de los años, al hallarme en plena virilidad en la casa paterna, haya ocurrido, como una detención en las fuentes de mi existencia, la asombrosa y plena inversión operada en el carácter de mis más corrientes pensamientos. Como una visión, sólo como una visión, me afectaba la realidad del mundo, mientras que las ideas extrañas del país de los sueños trocábanse a su vez no en el objeto de la existencia diaria, sino en la esencia de esta misma existencia, de una manera profunda y singular...

Juntos crecimos en la casa paterna mi prima Berenice y yo. Pero nuestra crianza fué distinta: yo enfermizo y melancólico; ella ágil, graciosa y de desbordante energía. Así, mientras ella coreteaba, yo me afanaba en los estudios escolásticos, viviendo dentro de mi corazón y entregando cuerpo y alma a la más intensa y penosa meditación, en tanto que ella gozaba de la vida libre de todo cuidado, sin importársele de las sombras del camino, ni del vuelo silencioso de las horas de negro plumaje; ¡Berenice! —así impetru su nombre— ¡Berenice! ¡Y de las grises ruinas de la memoria surgen ante esta palabra mil recuerdos tumultuosos! Su imagen aparece ahora ante mi tan viva como los primeros días de su ingenuidad y alegría. ¡Oh, belleza espléndida, aunque fantástica! ¡Oh, sílfide entre las frondas de Arctúro! ¡Oh, ninfa en la fontana! Y después, todo misterio y terror, y una historia que no debía ser referida. Una enfermedad, una funesta enfermedad cayó como el simún sobre ella, y, sin que dejase de contemplarla, pude advertir cómo cambiaba todo en ella, penetrando su espíritu, sus costumbres, su carácter y hasta alterando de la manera más sutil y terrible la identidad de su persona. ¡Ay!, el agente destructor venía y se marchaba; mas la víctima, ¿dónde estaba? Yo, al menos, no la reconocía como tal Berenice.

Entre las múltiples enfermedades derivadas de la primera y fatal que causó una revolución tan horrible en el aspecto físico y moral de mi prima, debe citarse como la más penosa y pertinaz una especie de epilepsia, que terminaba corrientemente en un estado muy similar a la muerte, del cual se recobraba de una manera brusca. Entretanto mi enfermedad (así me dijeron que debo llamarla), mi propia enfermedad se agravaba velozmente, concluyendo por tomar un aspecto de monomanía de forma nueva y rara que, al acrecentarse por

momentos, ejercía un incomprendible efecto sobre mí. Esta monomanía, así debo llamarla, consistía en una irritabilidad de las facultades denominadas "facultades de la vida". Es muy posible que no se me dé como tal, en verdad, no poder a mis profanos lectores una idea de lo que es esa nerviosa intensidad con la cual, en el caso mío, el pensamiento (para no emplear vocablos técnicos) se ocupaba y entregaba a la contemplación de los más triviales objetos.

Meditar durante largas e interminables horas, con la atención fija sobre una sola importancia o sobre la de un libro; permanecer absorto en la parte de un día trivial en la que la sombra que caía oblicuamente sobre los tapices o en el suelo; pasar enteros minutos en la tranquila llama de una lámpara o el resplandor dorado de los rayos; repetir, con monotonía, cualquier cosa, hasta que el sonido, merced a la petición frecuente, dejaba de ser algo en mi espíritu; perder toda noción de movimiento o de existencia física; ser dominado de una larga, obstinada y absurda curiosidad corporal: tales eran algunas de las más comunes y menos perjudiciales producciones por un estado especial de las facultades mentales, caso que, como muy raro, tiene difícil explicación.

Sin embargo, no quisiera ser comprendido. La atención ardiente, la monomanía, excitada por cualquier objeto, en sí, no debe confundirse con la propensión natural a la meditación, a toda la especie humana, y particularmente por personas de ardiente imaginación. Se trataba de una exageración, una inclinación llevada al extremo, un estado distinto y esencialmente diferente de aquélla, el soñador interesado en el objeto que no suele ser frívolo, pero perceptiblemente de vista, tal como se ve en las sugerencias y en las ideas que de él se desprenden, hasta concluir su meditación, con la satisfacción de haber alcanzado el placer, se halla como a la principal de su cavilación. En el caso de mi prima, se ha desvanecido y olvidado completamente. En mi caso, el objeto era siempre pueril, aunque a través de mi perturbada visión



tancia refractada e irreal. Cuando más, lograba ciertas deducciones, en escaso número, que volvían de modo obstinado al objeto original como a su centro. Estas meditaciones nunca me causaban placer, y, al concluir las, la causa primera, lejos de haberse perdido de vista, había adquirido un interés desusado y sobrenatural que constituía el predominante síntoma de mi enfermedad. En una palabra, las potencias del espíritu que yo ejercitaba especialmente eran las de la atención, como ya indiqué antes, en tanto que el hombre de pensamiento suele emplear las de especulación.

Aunque los libros que en aquella época utilizaba no sirven para excitar mi inclinación, participaban grandemente, como se verá, por su contenido imaginativo e ilógico, de las facetas características de mi enfermedad. Recuerdo, entre otros, el tratado de Coelius Secundus Curio, noble italiano, *De Amplitudine Beati Regni Dei*; la gran obra de San Agustín, *La Ciudad de Dios*; la de Tertuliano, *De Carne Christi*, en la que la paradójica frase "*Mortuo est Dei filius; credibile est quia ineptum est; et sepulchrum tenuit; certum est quia impossibile est*", pobló mi mente y mi tiempo sin descanso, durante semanas, llevándola a investigaciones laboriosas e ineficaces.

De lo cual resulta que, agitada mi razón por motivos triviales, semejase aquella roca de que habla Ptolomeo Hephestion, que, resistiendo con firmeza las acometidas violentas del hombre y la furia más encarnizada de los vientos y de las aguas, trepidase tan sólo al contacto de la flor llamada astódelo. Aunque el pensador superficial pudiera suponer que la alteración producida en el estado mental de Berenice por su desgraciada enfermedad, me facilitaba múltiples motivos para ejercitar mi anormal e intensa tendencia a la meditación, cuya indolente traté de explicar, no era éste, ni mucho menos, el caso. En los intervalos lúcidos de mi dolencia, la suya me producía, en verdad, pena y, lamentando profundamente la ruina de su vida preciosa y tranquila, no dejaba de considerar con pesar por qué extraordinarios medios había podido operarse una transformación tan rápida como extraña. Mas estas reflexiones no participaban de la curiosa modalidad de mi enfermedad y reversion al mismo carácter que las de cualquier otro sujeto colocado en idénticas circunstancias. Mi indisposición, más bien manifestaba su forma en el modo de apreciar los cambios menos importantes, pero más llamativos, producidos en la parte física de Berenice, en la singular y terrible alteración de su personalidad.

Estoy convencido de no haber experimentado pasión por ella durante los es-



pléndidos días de su incomparable belleza. En mi extraña y anómala existencia, los sentimientos no ocuparon nunca mi corazón, y todas mis pasiones moraban en el espíritu. En las grises mañanas, en la tamizada luz del bosque al mediodía, en el recoleto silencio de mi biblioteca a la noche, había pasado ante mis ojos y la había considerado, no como la Berenice que vivía y alentaba, sino como la Berenice de un sueño; no como un ser terreno, sino como la abstracción de tal ser; no como algo que admirar, sino como algo para analizar; no como objeto de amor, sino cual tenia de la más inconstante y obscura meditación. Y ahora... ahora en su presencia temblaba, y cuando se aproximaba palidecía; aunque lamentando amargamente su estado de enfermedad, recordaba su inclinación hacia mí, y así en ocasión infortunada, afectivo, me referí a nuestra posible unión...

La fecha de la boda se aproximaba, cuando una tarde de invierno de aquel año—uno de esos días de suave temperatura, anormal, tranquilo y nublado, en el signo de la bella Haleyon (?)—yo me hallaba sentado (solo, según creía) en el departamento interior de la biblioteca, cuando levantando la vista vi de pie ante mí a Berenice.

Sería mi imaginación sobreexcitada o la nebulosa influencia de la atmósfera, o el incierto crepúsculo de la habitación,

o los paños grises que envolvían su cuerpo, lo que hacía parecer tan vacilante y confusa su silueta? No podría decirlo. Ni una palabra me habló, y yo por nada del mundo hubiera podido pronunciar una sola sílaba. Un frío estremecimiento recorrió mi cuerpo; una sensación de ansiedad insufrible me oprimió; una curiosidad que me consumía invadió mi alma y, abatido sobre el asiento, los ojos fijos en ella, estuve algún tiempo sin respiración y sin movimiento. ¡Ah!, su extenuación era absoluta y no quedaba en ella un solo vestigio de las líneas de la figura que había sido. Mi ardiente mirada se posó, al fin, sobre su semblante.

La frente alta y muy pálida reflejaba singular placidez; su cabello, de azabache en otro tiempo, la cubría parcialmente, sombreando sus hundidas sienes con innumerables rizos, cuyo color amarillento contrastaba, en su aspecto fástico, con la melancolía que envolvía toda su persona. Sus ojos sin vida, sin brillo, en apariencia sin pupilas, miraban con una mirada vítrea que me hizo apartarme involuntariamente de su contemplación para considerar los labios finos y sumidos que, al despegarse con una sonrisa significativa, me permitieron ver los dientes de la transformada Berenice. ¡Dios hubiera permitido que no los contemplara!

o que, luego de hacerlo, yo me hubiera muerto!

El ruido de la puerta que se cerraba me perturbó y, levantando la vista, vi que en primería había salido de la habitación. Pensé en mi desordenado cerebro no se había borrado, ni podía borrarse, el blanco y pálido *specterum* de sus dientes. Ni una mancha en su superficie, ni una sombra en su esmalte, ni una falla en sus bordes dejó de imprimirse en mi memoria durante el corto lapso de su sonrisa. Los veía ahora me todavía que antes. ¡Los dientes!, ¡los dientes! Estaban aquí, allí, en todas partes, visibles y palpables ante mí: largos, angostos, extremadamente blancos, con los labios pálidos plegándose sobre ellos como en el instante mismo en que por primera vez se abrieron de terrible modo para mí. Entonces sobrevino el furor completo de mi monomanía y en vano luché contra su extraña e irresistible influencia. Al considerar los múltiples objetos del mundo exterior, mi pensamiento tendía hacia los dientes, que deseaba con el deseo más ferviente. Todo lo demás, todo interés diverso fue absorbido por esta contemplación única. Ellos, sólo ellos, se hallaban presentes a mi visión mental, y en su individualidad fueran

(1) En el invierno, Júpiter concede dos veces siete días de calor; por ello los hombres llaman a estas jornadas templadas y suaves la nodriza de la bella Haleyon.

ya en lo sucesivo como la esencia de mi vida espiritual. Los observaba bajo la diversa luz y en todos sus movimientos; estudiaba sus características; divagaba sobre sus particularidades; consideraba su conformación; meditaba en torno a los cambios de su materia; me estreñecía, al otorgarme en mi imaginación un poder de sensibilidad y, aun prescindiendo de los labios, tenía capacidad de expresión moral.

Se ha dicho de mademoiselle Salle que *ses pas étaient des sentiments*, y con mayor justicia cabría decir de Berenice que *ses sens étaient des idées*. Des ideas! Ah! ¡tal era el necio pensamiento que me destrozaba! Des ideas! ¡Ah! ¡por eso los buscaba tan frenéticamente! Sentía que sólo su posesión podría devolverme la razón y la paz.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad, que se detuvo y se fué; un nuevo día amaneció y otra vez me envolvieron las sombras de una segunda noche. Y seguía sentada, inmóvil, en aquella solitaria habitación, absorto en mis meditaciones, soportando la terrible dominación del fantasma de los dientes que, con una claridad viva y ediosa, flotaba entre aquellas luces y sombras cambiantes. Al fin un grito de horror me de congoja, al que siguieron un momento después los sonidos de voces turbadas confundidas con sordos lamentos de tristeza y de dolor, vino a interrumpir mis sueños. Me levanté del asiento y, al abrir una de las puertas de la biblioteca, vi llorando en la antecámara a una criada joven, que me anunció que Berenice había dejado de existir: un ataque de epilepsia al amanecer, y ahora, al llegar la noche, ya la tierra esperaba su cuerpo, haciéndose todos los preparativos para darle sepultura.

Nuevamente me hallé sentado en la biblioteca, solo, como siempre. Me parecía despertar de una nefasta pesadilla. Sabía que era medianoche y que, desde la puerta del salón, Berenice estaba en la tumba; mas de las tristes horas transcurridas no retenía ningún recuerdo positivo ni definido. No obstante, mi espíritu hallábase inundado de horror, horror todavía más terrible por su vaguedad y terror, todavía más terrible por su confusión. Era una angustiosa página en el libro de mi existencia, escrita con vagos, incomprensibles y espantosos recuerdos. Era vano me esforzaba por aclararlos: sólo de vez en cuando, como el espíritu de un soñado desvanecido en mis oídos, resonaba el grito penetrante y agudo de una voz femenina, como si fuera el espíritu de un soñado que fué. Seguramente había hecho alguna cosa..., ¿pero qué había sido? Me formulaba esta pregunta en voz alta, y el eco rumoroso de la habitación respondía: "¿Qué había sido?"

A mi lado, en la mesa, la lámpara hallábase prendida, y junto a ella estaba una cayera. No tenía nada de particular y la había visto múltiples veces, puesto que pertenecía al médico de la familia; pero ¿por

qué estaba allí, sobre mi mesa, y ¿por qué al mirarla temblaba? Tales preguntas no merecían respuesta; pero mis ojos fueron a posarse sobre las páginas abiertas de un libro, fijándose en una frase subrayada. Pertenecía al poeta Ebn Zaiat. Sus palabras sencillas y singulares eran éstas:

Dicebant mihi sodales si repulchrum amicae vivitatem, curas meas aliquantulum fore levatas.

¿Por qué se me pusieron los pelos de punta y se heló la sangre en mis venas al leerlas?

Gopearon en la puerta de la biblioteca y apareció un criado, pálido como un muerto, que entró de puntillas. Sus ojos reflejaban un terror loco y su voz era trémula, ronca y apagada. ¿Qué dijo? Oí algunas frases entrecortadas. Me habló de un desgarrador grito en el silencio de la noche, de toda la familia y servidumbre acudiendo en

la dirección del sonido y — dando a su voz una inflexión temblorosa — murmuró algo de una tumba violada, de un cuerpo desfigurado, fuera de su mortaja, respirando, latiendo aún, ¡vivo todavía!

Señalo mi traje; estaba manchado de lodo y cuajado de sangre. No respondí. Entonces, levantando suavemente mi mano, mostré en ella las señales de unas uñas humanas. Después llamó mi atención hacia un objeto apoyado en la pared: era un azadón. Lanzando un grito, me abalancé sobre la mesa, apoderándome de la caja que allí se veía. No pude abrirla y mi mismo temblor la deslizó de mis manos, cayendo pesadamente y haciéndose pedazos. De ella salieron, con un sonido metálico, algunos instrumentos de odontología, mezclados con treinta y dos objetos pequeños, blancos, marfileños, que se desparpararon por la biblioteca.

COMUNICACIONES

Ayer...

TELEFONO



HOY...

RADIO



ESTO DEMUESTRA LA IMPORTANCIA

ADQUIRIDA POR ESTA CIENCIA LLENA DE POSIBILIDADES PARA EL PORVENIR...

PREPARESE

siguiendo el famoso Método "ROSENKRANZ" que lo capacitará en corto tiempo y en su propio casa, para desempeñar las variadísimas ocupaciones que ofrece la RADIO-ELECTRONICA, no sólo en COMUNICACIONES, sino en la RADIOTECNICA en general. Este curso es el más completo y moderno que existe, teniendo la ventaja, además, de emanar de la más prestigiosa Institución Educativa de los E. U. A., que funciona desde 1905 y que cuenta con SUCURSALES diseminadas por toda la América Hispánica.

LA NATIONAL SCHOOLS ha tenido la distinción de haber sido seleccionada por el Gobierno Americano para encargarse del entrenamiento técnico de millares de miembros del Ejército de los Cuerpos de Señales y Comunicaciones.



GRATIS!

GRANDES EQUIPOS EXPERIMENTALES, HERRAMIENTAS Y TODO LO NECESARIO PARA LAS PRÁCTICAS.



NATIONAL SCHOOLS

Pida este Libro GRATIS

NATIONAL SCHOOLS (de Los Angeles, California)
 SUCURSAL en la Rep. ARGENTINA — VICTORIA 1556, BUENOS AIRES
 Mándeme su libro GRATIS sobre RADIO-TELEVISION

NOMBRE..... EDAD.....
 DIRECCION.....
 LOCALIDAD..... PROV.....



También, impartimos enseñanza Personal en Clases Prácticas sobre Radio Superior, Radiotécnica, Armado y Operador Radiotelegrafista en nuestra Sucursal. CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS. Visítenos.

¿Conoce Ud...?



1

2

...NUESTRAS

¿CONOCE usted, lector, nuestro país?
He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de
pública podemos responder — como sería de desear — afirmativa.

La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están
lación con nuestro afán de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos
ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros paisajes característicos.



3

4



STATUAS?

¿Nuestros templos o nuestras estatuas?
 prueba el conocimiento que el lector tiene de todo eso es el
 sección que hoy iniciamos.
 pues, los monumentos cuyas fotografías ilustran las presentes
 recurra... si lo necesita, a los datos que damos de ellos en
 "antestanos".

Pendencia en "Lo

El capataz Liberato asomó cautelosamente la cabeza a la cocina, y viendo solo al viejo don Pirincho penetró en el interior sin más precaución.

—Me lo estoy "sichando" desde el jueves para encontrarlo solito con su almu, don, v recién ahora... — explicó sentándose.

—Cualquiera puede testificar que no me estuve escondiendo, capataz, pero si tengo con usted alguna deuda olvidada, recuérdemelo no más.

—No es por eso, don Pirincho; ¡usted siempre tomando las cosas por el rabo! Se trata de que me cuente la verdad sobre lo sucedido entre Zampayo y Margarito.

—¡Perfectamente! La verdad siempre es oportuna, duela a quien duela, cuando más en el caso que me requiere, pues le adelanto que se intenta fraude.

—Ya lo estaba maliciando.

—¿A usted le taca dirimir?

—El patrón don Gándara me ordenó despedir a los dos, y si le desconfío al Margarito, siento de veras echarlo a Zampayo, que siempre se demostró hombre derecho.

—Eso... y no le cabe que así, de la noche a la mañana, el hombre se tuerza sin causa valdeara.

—Usted lo ha dicho.

—Bueno... La madrugada de aquel día, don Gándara ordenó a Zampayo que revisara los potrerros; parece que había trabajado fuerte por ahí, y como el Margarito le estaba debiendo un par de pesos, Zampayo convino con él que harían la fajina a medias, quedando en pago la cuenta saldada.

—¡Ajá!

—Sí... el hombre debió hacer lo mandado sin meterse en modificaciones, pero es frecuente entre compañeros prestarse ayuda y...

—No se pierda, don Pirincho, y siga-me el hilo del relato!

—Bueno... Salieron los paisanos cada uno por su lado, y cuando a la tardecita volvieron a las casas, no se debían nada.

—Eso es.

—Pero a la mañana siguiente a don Gándara se le ocurrió verificar el buen estado de sus potrerros, que para eso es el dueño y paga a sus peones, porque usted sabe...

—¡Siga, siga, que otra vez se desvía!

—Cierto, no me dov cuenta... Repito: el patrón salió a revisar, y allá por el jacuél del este encontró una vaca recién parida con la cría encharcada y medio muerta a causa del solazo y las mataduras.

—Perdió res y ternero.

—Sí... Ahí empieza la pendencia entre el Margarito y Zampayo, porque el primero dijo que por aquel lado revisó el segundo, cuando lo cierto debe ser lo contrario, porque alguien vió al Margarito mateando en el puesto de don Zarcarias, que queda en las cercanías.

—Claro; en vez de trabajar se habrá estado, bombilla en boca, de palique con la hija.

—Está poniendo el dedo en la llaga... sin impedir que por la desidia del felón pierda el trabajo un paisano buenazo como Zampayo.

—Veremos... ¿Pelcaron?

—Se la juraron a muerte para cuando salgan despedidos.

—Yo intenté disuadir al patrón, sin resultado.

—Hombre furioso, razón al pozo.

—Si pudiéramos hacer algo...

—Alguna luz tendremos dentro del cráneo.

—Veamos...

Una hora larga pasaron forjando la

jugada, y cuando el capataz abandonó la cocina, el Margarito tendencialmente perdida la partida.

Al domingo siguiente, frío y ventoso como si el diablo anduviera trando el rabo por los campos, la peonada franca de "Los Bagos" congregó íntegra en la cocina para presenciar el duelo entre ambos.

Eran unos veinte en total, y a hurtadillas empezaban a aporrear uno u otro, como si se tratara de echadores de taba o gallos al gallo cuando el capataz los vió y previno:

—No se apuren tanto, muchachos, que por los muchos años de estancia pasó Zampayo le dará una despedida bebida a discreción de todos.

—¡Hurra por el capataz!

—Invite antes del duelo, compañero — comentó con sorna el rito —, porque no se puede predecir el desenlace, y... los beben.

—Ya sé que le gusta el estimulante, y no se lo cicatearé en la hora — barajó el capataz —. Hasta pensé que peleando bien los dos" mostrarán quién conserva mejor el arte del cuchillo.

—Acepto.

—Yo no — replicó Zampayo —. Unas copas le agradezco, camarada, pero no hacen mal a nadie, pero jamás me voy a poner a no lo haré por vez primera en la oportunidad de aplicarle su a ese maula.



Baguales

Por
Sara Poggi

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE M. ALFONSO

me mamaré a conciencia para que no me remuerda cuando
agonia al otro mundo.

— ahora mismo! — gritó Zampayo desvainando.
— ¡igo, no se acalore! — intervino el capataz separándolos —,
que primero se beberá y ahí traen el barril de tinto y el
ginebras.

— ¡je, interesado en la bebida, dejó de lado a los desavenidos,
a aprovechar la "bolada". Comenzaron las libaciones y los
se acostumbraba en el campo: uno cantó unas relaciones, otro
enfaltable "sucedido", y, cuando intervino don Pirincho, las
se oyeron hasta lejas, porque el viejo tenía la manía de per-
filosofías traídas a propósito o a despropósito, originando la
de sus oyentes.

— vez muy pronto se dedicó al Margarito, apartando para los
de botellas de ginebra.

— tenía tus años, ésta era mi ración diaria, muchacho — comen-
vos sos más flojazo y emparejaremos con una cada uno,
cede su parte comprobaremos el fundamento de su opinión.
dando el paso más largo que la pierna.

— no era precisamente un bebedor consuetudinario, pero una
semana se echaba al cuerpo una descomunal borrachera, de la
tras veinticuatro horas de sueño, fresco como si el alcohol se
convertido en agua de rosas; pero durante los efectos del
hacia nül payasadas que divertían a todo el mundo, única exte-
de su estado.

— Pirincho, esforzándose, porque la ginebra era su debilidad, le
her despacito y seguido, en tanto se iba poniendo parlero y ges-
pie, pero la lengua se le había soldado una barbaridad.

— perdonaría la vida a Zampayo, ¿sabe? — charló —, porque
cuando se tienen a mano la libertad y la ginebra, pero le ha
asada importancia al despido, ¡como si en cualquier parte no
ganamos la vida mejor que aquí!, y su estupidez me obligará
en el camino.

— no sabes que ahora las cosas se modificaron y vos solo sales

— ¡go! ¿Y cómo fué? — exclamó Margarito aceptando el absurdo
credulidad del borracho.

— como patrón recordó haberse visto aquel día mateando en lo de
y así descubrió tu mentira.

— por dónde se viene a romper el hilo! Y todo por culpa de
que me está tendiendo el lazo para el casorio y no me dejaba
mate ni terminar el palique, porque le juro que yo quería hacer
y ganarme la deuda que tenía con Zampayo.

— haber mentido, y las cosas no se hubieran agravado tanto.

— que en seguida se me vino con amenazas y no vi otra manera de

— hecho, muchacho: la verdad los hubiera reconciliado, porque al
siempre se descubre lo escondido, de lo que resulta que...

— ¡gase, don Pirincho, que se me pierde en mal momento! —

— el capataz tomando de un brazo al Margarito —. Y vos te vas
adita antes que la mentira te cueste una contundencia enojosa de
que entre paisanos se estila ser más derechos y tu proceder me
la moral de la peonada.

— ¡y el duelo, compañero?

— duelo no se hace, amigo, porque todos testificaremos ante el patrón
resión involuntaria, y otra vez que te dé por mentir, no te dejes

— en borrachera para no meter solito las zampas en la trampa.

— ¡ponjones lo llevaron hasta su caballo y le azuzaron el pingo, que

galope. Y palmeando a Zampayo, agradecido, el capataz Liberato

de esta manera la pendencia en "Los Baguales". ♦

Gracias a TEX

puedo lucir mis prendas de lana
siempre nuevas



TEX es el más mo-
derno y perfecto jabón en escamas para el lavado de ropa de lana, etc.

Lave sus prendas de lana y ropa fina con TEX y comprobará que su generosa espuma vigoriza los tejidos dando a las prendas ese aspecto tan lindo de la ropa nueva.

Se vende en cajas de 55 y 150 gramos.

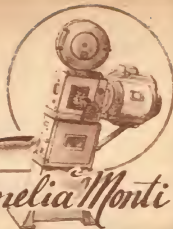


PROTEJA
SU ROPA DELICADA
LAVANDOLA CON
TEX

DISTRIBUIDORES
S. A. Com
LA CASTELLANA

Cine

★ por *Amelia Monti*



De
nadadora
a estrella

No le fue difícil, por cierto, a Esther Williams abrirse paso por las enmarañadas calles que conducen a los estudios de Hollywood. Dejó para después de sus éxitos como nadadora su aspiración a ser estrella. Bastaron pocas demostraciones en distintas pruebas de natación, y... la demostración más elocuente, la de su belleza y juventud, para que las puertas de la ambiciosa Meca se abrieran para ella de par en par. No tardaremos mucho tiempo en verla figurar en lo más calificado de algún reparto de la Metro, sello que la contrató para una de sus próximas producciones. Que Esther dará mucho que hablar, no puede dudarse, si juzgamos por esta pose de estatua viva y sonriente.



Alguien dijo...

Intérpretes hay que razonan como aquel paillero que al tener una vez una flor... se sintió florero.

MISCELANEA

Prosiguen con entusiasmo los trabajos de la película "Pampa brava". El argumento y adaptación corresponden a quienes nos brindaron esa

hazaña que se llama "La guerra gaucha": Ulises Petit de Murat y Homero Madri. La realización correrá a cargo de un hombre joven que ya ha dejado de ser promesa: Hugo Fregonese. Y el sello: Artistas Argentinos Asociados. Aun se continúan contratando elementos para el reparto de tan gigantesco tema. Los últimos enrolados son: Armando Bó, Margarita Corona, Delfy Ortega y Judith Sulian.

tas: Pedro López Lozano y Moreno; el sello: Argenteo.

¿Cámaras cinematográficas? El cineasta más esto hubiera sabido hoy es un gratísimo sólo 10 horas a la semana, pie emplearon los tonos, que capitales Christensen, para de los Andes. Desde 4.000 metros... los tenidos, por primera vez de ser pupillas de cineatiz y Roberto Escalada en "El canto del cisne", de estar, como la estructura del escenario los brinda...

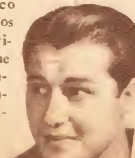
ENTRE ASTERISCOS

Loraine Day no se deja ver muy a menudo en los lugares nocturnos de Hollywood, y nunca fué fotografiada con una copa en la mano. Es ése un modo de vida que no le gusta, como no le gustan tampoco las bromas de dudoso sentido, aunque es dueña de un espíritu optimista, que jamás borra la sonrisa de sus labios.

Joan Crawford tuvo fama de "actriz fri-vola" durante algún tiempo, pero luego consiguió desvirtuar esta fama — que le hacía muy poca gracia — con interpretaciones de carácter dramático, donde prevaleció, como era su más grande aspiración.



Don Ameche ha manifestado deseos de hacer un papel "en serio" alguna vez en la pantalla. Especialmente después de "El diablo dijo no". Se ha empeñado más en eso. Afirma que está un poco cansado de los papeles "servidos". Parece que vana darle pronto esta oportunidad que tanto anhela.



Marlene ideado un papel, cuyo según el Su innova la nota Hollywood timos mesca



PARA UNA BIOGRAFIA

A Nodda Francy le atrae el

NODDA Francy es de las actrices que han ganado justo quietud tuvo manifestaciones múltiples y precisas que tras de su activa inteligencia. Cursó estudios secundarios nociones elementales de música y baile. Cultivó el teatro. Su afán la llevó hasta el teatro, meta de un anhelo desde la niñez. Casi no hizo escalas. Ocupó, desde el principio, responsabilidad en nuestra escena, que le brindó no pocas facciones. Así llegó también al cine. Filmó su primera película. Se titulaba "La vía de oro" y fué dirigida por Arturo S. 1933 filmó "El linyera", "Monte crillo", en el 35; "Pampa porteno optimista", en el 37, y "Busco marido para mi el 38. En diciembre de ese mismo año se fue del país. Sin duda, si era verdad aquello de que "nadie es profeta en su tierra". Se embarcó rumbo a Italia, donde llegó a principios de 1934. Visitó los estudios cinematográficos de la península, y después



facer su curiosidad en el teatro italiano. radas con los hermanos Lippo y una con Teresa. Los primeros resultados actual contiene la historia allí... En la primavera regresó, con un poco cambiado por lo visto, y por volver a esta tierra. El teatro la atrae. De cine no parece aceptar nada que papel a su tonotina. Se casó coronando un Es rubia "aunque se platina alpropia de la muy bien, el tono azul ojos...

REPORTAJE EN CINCO MINUTOS

"amuleto" de Greer Garson

Para Carrillo, la dinámica periodista latinoamericana que hace su cometido en la Mecca del cine, es quien se ha pasado, esta vez, de entrevistar a Greer Garson. La visitó poco tiempo para conocer algo de su carrera artística. En la charla, Greer sólo se ocupó de asegurar que Walter Pidgeon, no sólo es su vecino, sino también su "amuleto". Evidentemente, al poco tiempo de haberse conocido, y de empezar a trabajar juntos, comenzó a obtener distinciones. Walter no se quedó a la zaga. Juntos trabajaron en "Abolengo", resultando Greer premiada por la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, en tanto que él fue candidato a tal honor. Este año, nuevamente, juntos en "Madame Curie" (La vida heroica de Marie Curie), y el film traerá, seguramente, nuevos lauros a los dos. Greer, radiante de alegría, asegura que para ella gran placer trabajar con Walter.

—Conocemos tan bien —dice—, que no tenemos dificultad alguna para armonizar nuestro trabajo. Hubo un tiempo, casi en son de broma, soñábamos con actuar juntos. Yo nunca creí que esto llegase a suceder. Conoci a Walter Pidgeon después de terminar "Adiós, Mr. Chips", y me fui a casa. Ninguno de los dos estábamos, en ese momento, seguros de triunfar.

—Walter Greer y Walter se encontraban en el escenario o en una reunión social, él tenía una frase de rigor: "Cuando voy a ser su galán, Greer?".

—Así como a Greer se debió, en parte, el papel de Sam Jones, que Pidgeon desempeñó en "De corazón a corazón", la primera película juntos, en 1941. Greer Garson y el director Mervyn Le Roy, que Walter Pidgeon era el actor adecuado para el papel.

—Podría haber sido peor nuestro principio juntos —recordaba Greer riendo—. Tuvimos que bailar y entablar un diálogo mientras

nos piruetas en el

de baile. Lo peor

es que Walter

se baila. Estaba un

nervioso a causa

de eso. Finalmente

re- después de ha-

do un par de

meses con aquellos

que no son muy

serios. Se disculpó,

avergonzado, y di-

je que no podía hablar

al mismo tiempo.

—Para mí, Greer,

como querme

la mano por la ca-

ya frotarme el estó-

mo al mismo tiem-

po. Luego comen-

zamos a reír, y tu-

dió a pedir de boca.

—El proverbial en Ho-

ood que las parejas

románticas no se lleven muy bien fuera del set. Pero Walter

Greer pasaron por una verdadera prueba y salieron airoso

ella, durante los seis meses que trabajaron juntos en "Rosa

Abolengo" y "Madame Curie". Jamás se ha cruzado entre

una palabra áspera.

—Eso se debe, principalmente, a una cosa —dice Greer—. que nos respetamos mutuamente. Además, los dos tenemos

humor. Walter es muy amante de las bromas, y su

compañía resulta divertidísima. Es un gran actor y trabajar

a su lado me ha hecho muy feliz. Su trabajo nunca decrece,

de tal manera que quienes trabajan con él saben que pisan

en suelo firme, como si dijéramos... Y como lo puedo de-

cir yo, después de haber bailado con él.

Greer y Walter han hecho tres películas juntos y esperan

hacer más. Han ascendido juntos hacia el éxito, avanzando

mucho en tres años. Les gustaría hacer juntos una película

por año, y, según parece, sus deseos se verán cumplidos...



compañía resulta divertidísima. Es un gran actor y trabajar a su lado me ha hecho muy feliz. Su trabajo nunca decrece, de tal manera que quienes trabajan con él saben que pisan en suelo firme, como si dijéramos... Y como lo puedo decir yo, después de haber bailado con él.

Greer y Walter han hecho tres películas juntos y esperan hacer más. Han ascendido juntos hacia el éxito, avanzando mucho en tres años. Les gustaría hacer juntos una película por año, y, según parece, sus deseos se verán cumplidos...

Un
hombre
multiple

CARLOS BORRERO es de una inquietud insospechable, dada su aparente serenidad y su natural silencio. Fue periodista, aquí y en Chile, su país natal. Fue piloto aviador, Fundó, en 1923, en Chile, una productora cinematográfica con su nombre. Dirigió cuatro películas mudas, de metraje; el primer noticioso chileno: "Actualidades Heraldo", y el primer dibujo animado sudamericano: "Las aventuras de don Fausto y doña Crisanta". Fue a Hollywood en 1927. Allí actuó como ayudante de dirección, director técnico, codirector de la Metro y Universal. Como tal intervino en la filmación de "La mujer X", "Cheri-Bibi", "Dos noches" y "A Fighting Lady". Escribe argumentos, hace encuadres, maneja la cámara, traza bocetos... Se ha impuesto totalmente como director capaz de hacer una buena película de dos cartillas de papel.



EL ENIGMA DE LA TERCERA

¿SE INSPIRO BEETHOVEN, PARA ESCRIBIR SU FAMOSA OBRA, EN



Mucho se ha discutido si Beethoven, al poner en su Heroica la frase "Escrita sobre Bonaparte", hacía un testimonio de la carrera del Gran Corso, o simplemente trazaba una dedicatoria. Este retrato pertenece a 1819.



Napoleón I en una pose característica. En esta nota se trata un interesante tema acerca del emperador y de Beethoven, el gran músico que fué su contemporáneo.



EN 1804, un hombre de treinta y cinco años ya tenía tras de sí un pasado heroico y glorioso. Por toda Europa retumbaba su nombre, símbolo y sinónimo de libertad en los campos de batalla y en las conquistas pacíficas de las reformas.

Bonaparte. El era el heraldo de los principios de la Revolución Francesa. Los había defendido victoriosamente en 1795 en París al reprimir un motín de monárquicos en contra del gobierno republicano; los había sustentado en la primera campaña de Italia, que fué la cuna de su gloria y de su potencia. El Egipto, dominado por la tiranía de los mamelucos, clamaba por la libertad, y los soldados del Gran Corso se le daban junto a las Pirámides. El joven general tenía que volver a Francia, en donde ya no reinaban el orden y la paz. Golpe de estado. Bonaparte Primer Cónsul. Y tenía que volver a Italia a fin de recuperar el predominio perdido durante su ausencia. Lo hizo pasando los Alpes por el gran San Bernardo. Victoria de Marengo, paz de Luneville: se confirmaba la de Campoformio de la primera campaña de Italia, y Francia volvía a ser dueña de la península. Y paz con Inglaterra. En 1802, el pueblo, a la pregunta de si el Primer Cónsul tenía que ser elegido vitalicio, contestaba que sí. Bonaparte ya podía nombrar a su sucesor.

Y salían reformas administrativas, financieras, judiciales, Paz religiosa, gracias al Concordato firmado en 1801 con el Papa Pío VII. En marzo de 1804 publicábase el Código Civil — gloria de Bonaparte — que aseguraba, sobre la base del derecho romano, los principios modernos de igualdad y de justicia.

En los primeros meses de 1804, Ludwig van Beethoven, el más grande compositor de todos los tiempos, inflamado por las hazañas del Primer Cónsul, en el cual personificábase un alto ideal de libertad, trazaba vigorosamente con la pluma, en la primera hoja del manuscrito de su Sinfonía en mi bemol, las siguientes palabras: "Escrita sobre Bonaparte". Bonaparte y Beethoven.

Era esa su tercera sinfonía y su quincuagésima quinta obra musical. Tenía en aquel entonces treinta y cuatro años. Huraño, de aspecto tor-

pe, brillaba en su cerebro un fuego divino. Su oído, el sentido más precioso para un músico, ya no funcionaba. Beethoven estaba "sordo" — escribió muy bien un autor — a todos los ruidos de la vida, a fin de poder escuchar la música del universo y las genuinas melodías del alma y penetrar su íntima esencia".

Beethoven escribió la tercera sinfonía entre 1803 y 1804 en Dusseldorf, en las cercanías de Viena (adonde se había trasladado, desde la ciudad alemana de Bonn, en la que, como todos saben, había nacido en 1770). A la casa en que la obra fué compuesta, situada en la calle de la N.º 4 de Döbling, se la llamó después "Casa de la Heroica".

Deniás está recordar a los lectores que una sinfonía — al igual que una sonata, un cuarteto, etc. — está constituida por algunas partes llamadas "movimientos", que tienen carácter distinto. Los cuatro movimientos que forman la tercera sinfonía de Beethoven son "allegro brio", "marcia fúnebre", "scherzo" y "finale".

Hemos dicho que en 1804 Beethoven escribió en la primera hoja del manuscrito de esta sinfonía el nombre de Bonaparte.

Hemos de decir ahora un tema interesante y discutido. En ese manuscrito, ¿está escrito "Escrita sobre Bonaparte", ¿hay que advertir únicamente la intención de una dedicatoria, un simple homenaje que el compositor tributaba al Primer Cónsul o algo más? En otras palabras, ¿hay o no relación entre el desarrollo de la sinfonía (sus cuatro "movimientos") y la personalidad de Bonaparte?

Los que sustentan — y son la mayoría — la opinión de que no hay esta relación entre la música del maestro y la vida de Bonaparte, sostienen sobre todo en la época en que la "Marcha fúnebre" fué compuesta en la primavera de 1801. En la misma época fallecía en la batalla de Alejandría, el general inglés Abercromby, y en esa muerte se inspiró Beethoven para escribir la marcha. El primero y el segundo movimientos fueron compuestos dos años después. El maestro — como ellos — no pensaba, al escribir la tercera sinfonía, en un héroe derrotado, de quien iba trazando la biografía, sino en hombres y en ideas heroicas. En el primer movimiento — "allegro con brio" — se siente — dicen — a un héroe vencedor; en el segundo, a un vencedor que puede ser?

INFONIA

VIDA DE NAPOLEON?

Por

Conrado A. Finzi

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



... la batalla de las Pirámides, en la que adquirió gloria al derro-
tar al pueblo dominado por la tiranía de los mamelucos. Cuando Bonaparte
fue proclamado emperador, Beethoven perdió por el todo estimo.

... En, en cambio, que la tercera sinfonía es la biografía de Bo-
na- hay dudas, afirman estos comentaristas: Bonaparte está en
movimiento, en el tercero en que se escucha un eco de gue-
rra, el cual contiene un tema sacado de su obra "Prometeo"
glorifica al mitológico iniciador de la primera civilización
Bonaparte está también —dicen— en la "Marcha fúnebre"; Bee-
thoven, el trágico fin del Corso.

... mayo de 1804 —exactamente ciento cuarenta años hace—,
era proclamado emperador de los franceses: Napoleón I.
alumno y amigo de Beethoven, Fernando Ries, le trajo la

... el gran maestro estalló de rabia y de furor: "El no es otra
un hombre vulgar!" — exclamó. Ahora pisará todos los de-
cimo- hombre para satisfacer su orgullo. Necesita estar por encima
Un tirano!",

... había representado a sus ojos la encarnación de su ideal de
justicia, convirtiéndose ahora en un hombre común, en un tira-
no a renovar las viejas formas. De héroe a enemigo.

... edazos la primera hoja de la sinfonía — la que llevaba las pa-
"Escrita sobre Bonaparte" — y volvió a escribir la primera pá-
gina, abreviándola así: "Sinfonía heroica para celebrar el recuerdo de
un hombre".

... es que el recuerdo.

... ocupará Viena en 1809. Tenía que ir una noche a un con-
cuyo programa figuraba la "Heroica", pero un cambio de cam-
a salir de la ciudad un día antes. ¿Se habría reconocido en
— si la hubiera escuchado— el emperador?

... y Beethoven: dos inmensas figuras.

... su imperio han muerto. Beethoven sigue viviendo, en el
abstracto y divino de los sonidos de sus sonatas, de primeras
a sus nuevas sinfonías.
... para los pueblos oprimidos de Europa, las cuatro primeras
de la quinta sinfonía son símbolo de esperanza y de victoria. ☼

**APENAS 1
CENTIMETRO DE
KOLYNOS**

*Basta
para Glorificar
su Sonrisa*



Cuide su dentadura que es el alma de su belleza!

Cepílela diariamente con KOLYNOS,
la crema dental que más se vende porque permite una
limpieza de toda la boca!

Compruébelo personalmente!

Pida hoy mismo un tubo grande de KOLYNOS
y someta sus preciosos dientes a la prueba del
centímetro de KOLYNOS!

Verá que inefable sensación de frescura experimentará
y cuanto más hermosos lucirán sus dientes!

Esos dientes que él compara siempre con la más
preciosa de las joyas.

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO



KOLYNOS es mi

dentífrico favorito

¡Mi sonrisa atrae gra-

cias a KOLYNOS.

¡Hay que ver como

limpia diente por

diente! Y como re-

fresha su deliciosa es-

puma!... Y que rendi-

dor es KOLYNOS!



*el dentífrico
que limpia
diente por diente*

RITMO Y LEYENDAS DE AMERICA con el cuarteto vocal
GOMEZ CARRILLO. Se irradia por RADIO BELGRANO to-
dos los miércoles y domingos a las 22.05 hs. ¡No deje de escucharlos!

MI AMIGO LARCO

ESA noche se retrasaba. Por último caí en la cuenta de que estaría con ella. Ya eran pasadas las diez. Comíamos en el mismo fondín. Agosto parecía arrastrar a la cama a los noceros, y en el comedor alfombrado de aserrín dos guardas pasaban una sobremesa en confidente canaradería evocando tiempos idos de Italia. Frente a la ochava se abría una cortada fangosa en diagonal que se internaba en el villorrio paralelo a un arroyo de agua infecta, retorciéndose como una culebra, donde las gallinas picoteaban por las tardes y los chicos destrozaban ratas a pedradas. Un vaho desagradable subía de allí, mezclándose con la niebla, que remedaba fardos de algodones sucios, despeinados por el viento. Los vidrios estrellados del lugar y reparados con botones de cobre, nunca se lavaban, y las moscas zumbaban como en cometas, en los que aparecían papeluchos pegados con grasa. —Hoy busca. —Cabecita de cordero.

Se había desatado un viento de remolino y en la recova volaba un papel como una paloma borra. Los pocos transeúntes, que pasaban apresuradamente encorvados de pánico, como las ropas agitadas, disparando de pánico, como los un caracismo. Un gato negro runruneaba a mis piernas; le aplasté suavemente la cola y me expresé un miao de grima tan conmovedor que accedí a que ocupara la silla en la que se sentaba el retrasado Larco. El bicho conquistó mi simpatía por su extraordinaria pelambre reluciente y sus fulgentes pupilas. Bostecó con el placer de un bebé, sacándole la lengua; se lavó la cara y quedó avizorando a través del cristal. Larco había excitado mi curiosidad. Difícilmente podría discriminar la sensibilidad de ese muchacho de quien Ingenieros o Freud habrían hecho un digno psicoanálisis. Por mi cuenta declaro que Larco era un tipo original.

A su favor diré que tenía un carácter exclusivo y que había recorrido mundo con su empuje audaz de solitario. Le gustaba filosofar socarrón, y en las paredes de su cuartujo inscribía frases célebres de autores inmortales, y entre las ajenas, las suyas propias.

Una vez leí entre una de Goethe: —Marcha sin prisas y sin pausa como la estrella— y otra de Florencio Sánchez: —Es más fácil que se destruya el boga de un hombre que el mío de un pájaro—, una suya: "No creo en el amor, ni en la hermandad, ni en la amistad; pero me atraen los hombres ridículos, los animales cómicos, las mujeres charlatanas; en particular por la mujer siento gran admiración".

Reí por su originalidad.

—¿Crees que no tengo condiciones de escritor? —me atajó—. Para desarrollar mi talento me es imprescindible una paciencia que me falta, y nunca lograré escribir lo que siento. Es una gran lástima.

El mozo fregaba una mesa con el desgano del que ha recorrido un par de kilómetros alrededor de sillas.

—Parece que su compañero no viene.

—Es extraño —respondí mirando su cara de idiota: bellos caídos, frente estrecha, ojos inexpressivos de tapir.

Estaba decidido a marcharme cuando alguien abrió la puerta dirigiéndose a mí. Lo conocía vagamente del fondín.

—¿Usted espera a su compañero?

Ante mi afirmación, dijo a quemarropa:

—No quiero que espere inútilmente. He visto hace un rato que se lo llevaban preso.

Me sorpresa fué grande. Le agradecí y quedé pensativo. El notición dispuso todo mi cansancio y mi sueño. Invité al confidente con un café. Conversamos. No sé por qué descubrí en su cara larga reflejos de una oculta ironía. El cartilago de su nariz filosa como una navaja parecía cortar mi paciencia. Luego de preguntarme qué tiempo hacía que era amigo de Larco, agregó que sabía que *hablaba* con una muchacha de ahí cerca, y suponía que no podría casarse con ella, puesto que tenía ella demasiadas pretensiones para aceptar como marido a un simpleton.

Sorprendido de sus datos, inquirí si conocía a la muchacha.

—Alquilo un cuarto en la misma casa, y estoy comprometido con una hermana de la misma.

Callé. Curioso por saber qué pasaba, me despedí dirigiéndome a la seccional. Intuí que el arresto de Larco estaba más o menos ligado a la conversación del sujeto. El viento me hacía correr más de la cuenta. Era el único que recorría los extramuros. Todas las puertas cerradas me producían una extraña impresión, y el rumor de las escobas dadas vuelta de los árboles, se hacía tan prolongado que parecía como si todas las brujas de las mon-

tañas se hubieran encaramado a silbaciones infernales en sus ramas. ¿Que no se estreñecería en su nido si me hacía yo oyendo aquella zarabanda?

Entré en el zaguan iluminado de la saludando al agente de guardia. En la de oficiales pedí informes.

—El detenido —me dijeron— está a por inmoralidad. Le había faltado a una dama.

Una barra de hielo resbaló por el nazo. Pedí por favor que se me lo vería.

—Traiga al detenido Larco —me dijeron a no sé quién. Minutos después me lo trajeron. Larco estaba desahogado, hacia mi, desgarbado como un cantraviado en su madriguera. Tenía los ojos, la cara pálida, el pelo revuelto, de un tic nervioso que le hacía la cabeza y tartamudear.

—¿Qué te pasó?

Movió el hombro derecho, se me miró por la boca, haciendo un desaguisado.

—Ya te explicaré. Ahora no has Mañana van a pasarme a Devoto. Míten, tráeme sandwiches y cigarrillos, único que necesito...

Por unos días me repartí en diligencia, el dolor me ocasionó el granuja de la



Brillante Plastino

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

...gair dinero para pagar la multa y libertad. Fuí a Contraventores a...
...me conovía verlo desmejorado en tiempo. Se había puesto seco como...
...Entre las rejas y el griterío de...
...antes, no se entendía ni jota. Tuvo...
...escribir una carta y pasímelas por...
...enteré de lo que había ocurrido.



...largo preámbulos y acotaciones, y...
...seguida me di cuenta de que algo...
...a Cándida. No anduvimos ni una...
...me sonrió una vez. Me sorprendió...
...permitiera tomarla del brazo. Fué...
...bien humor para sacarla de su mu...
...ocurre algo?

...de hablar se hundió los dedos en...
...de su melena, movió la cabeza hacia...
...no trabaja en el Correo. Usted es...

...penas pude mantenerme sereno...
...en me vendió. Sonreí a mi pesar...
...erto, soy un pobre —le dije—. Pero...
...se dicho que soy un ganapán, nun...
...aría conquistado. Mentí por que te...
...los pobres como yo no podemos con...
...mieres como tú. Eras un sueño, se...
...un sueño para mí.

...equina en que estábamos, la lamparita...
...las horquetas y sus reflejos tejan un...
...de lentícuas en el rostro de la mu...
...perdería para siempre...
...una pena atroz al dejarla. Después de...
...de ella caminé como un ciego troc...
...con señoras que entraban y salían del...
...Desdichado, me detuve en la vidrie...
...sastrería. Dos maniqués de yeso...
...un tras el vidrio. Ilusamente pensé...
...diez trajes, y pasarme todas las...
...su casa del brazo con otra. Al...
...mis pasos, la vi, como si soñara...
...mi, del brazo de otro hombre.

...que el alma se me caía. Sin poder...
...despecho, corrí hacia ella, empu...
...la gente, y ante la expectativa ge...

...qué no me escupió en la cara ahora?
...se decir el tumulto que en seguida...
...y el terrible puñetazo con que el...
...me tiró contra el tronco de un árbol...
...por la nariz.

...avertió un agente. Oí risas. Y la voz...
...de Cándida, que decía:
...tendrá para arrepentirse, ¡idiota!".



...me costó trabajo deducir quién lo ha...
...ido. Había sido el sujeto que me...
...la novedad del arresto.

...cuanto Larco salió de la cárcel me...
...anos pesos prestados. Fué a sacar un...
...de tren. Antes de subir, dijo como dis...

...puedo hacer ya de mí? Soy un...
...perdido. Ambularé un poco. Cuando...
...vuelva.

...cara cómica me dió realmente lástima...
...la pitada de la locomotora en marcha...
...reció un sollozo arrancado de su alma...
...da... ◆

LEOPLAN 37



GUITARRAS

CUERDAS FINAS

"SONORA"

EN CUOTAS **5.-** POR
DESDE \$ **5.-** MES

SOLICITE CATALOGO GRATIS
REMITIMOS CONTRA - REEMBOLSO

CAP. SOCIAL \$ 350.000 S. Resp. Lda.

Celestino Fernandez


Bne. MITRE 975 - U.T. 35 - 1556 y 3334 - Bz. Aires

Su alcurnia en los salones

Del bullicioso revuelo de jovencitas, del sereno coloquio de hermosas damas, parte y se expande esa fragancia tenue y persistente de Colonia Rusa de Preal, que lleva en su finura el sello indeleble de su alcurnia.

Usted puede llevar también en su persona ese sello inconfundible que destaca la gracia femenina. Use Colonia Rusa de Preal.

Venta en tiendas, farmacias y perfumerías.



Colonia Rusa de PREAL

Camauër & Cia., Soc. de Resp. Lda.

Capital \$ 200.000 m/s.

Inclan 2839/47

Buenos Aires.



VENTANA AL MUNDO

CAZADORES DE TORTUGAS E

PARA los que vivimos de este lado del Ecuador, las islas del Pacífico, en general, tienen un aire de misterio, de leyenda, de cosa lejana e inalcanzable. Como lo tendrá, para los seres semisalvajes que las habitan, el mundo occidental. Ese mundo que ahora se les está revelando en el aspecto más terrible de la civilización: la guerra.

Para los nativos de Nueva Guinea, por ejemplo, asistir al espectáculo del bombardeo aéreo de Port Moresby, habrá sido sin duda una experiencia por demás fuerte. ¿Qué podrían sus pobres flechas y sus hachas de piedra contra la desatada furia del hombre blanco que llega desde los aires? ¿Contra sus ametralladoras, contra los tanques y los lanzallamas?

Por otra parte, la actualidad gráfica nos trae, aquí y allá, la imagen de esos nativos apostados tras de algún nuevo modelo de ametralladora. Prueba de que, ante el imperativo de la guerra, están siendo absorbidos por la civilización en forma precipitada. Por eso, nada más de actuali-

dad, en estos momentos en que sus costumbres primitivas están por desaparecer, que echar un vistazo sobre los primeros habitantes de Nueva Guinea.

En la Edad de Piedra.

Los miembros de las diversas expediciones que han atravesado el corazón de la isla están de acuerdo en que los nativos de Nueva Guinea viven aún en la Edad de Piedra. No usan metales ni en sus armas de guerra ni en sus materiales domésticos; su lenguaje es por demás primitivo. Algunas tribus, principalmente las de las costas, viven en curiosas cabañas construidas sobre los árboles. Los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre el porqué de tales construcciones, aunque lo más probable es que su origen resida en algún peligro que sus habitantes tuvieron que combatir antaño, como ser la crecida de las aguas o bien el ataque de animales salvajes hoy exterminados. Los integrantes de estas tribus costeras son excelentes marinos, y dominan el arte de la navegación a vela, alejándose considerablemente de la costa en algunos de sus viajes. El mar les provee

tanbién de alimento, pues aparte del pescado suelen cazar tortugas gigantes.

La coza de la tortuga.

Es interesante seguir a los nativos de Nueva Guinea cuando se disponen a capturar esos quelonios cuyo peso alcanza a los 50 kilos.

Cuando uno de ellos descubre cerca de la costa algún ejemplar de gran tamaño, seguida la voz de alarma, y todos los cazadores se hacen inmediatamente a la mar en canoa. Navegan en fila hasta que, llegados a donde se halla la tortuga, se abren en abanico para cerrarse luego formando un amplio círculo en cuyo interior nada la presa. Es un juego de persecución, pero sus intenciones son evidentes: trata desesperadamente de escapar por el cerco. Pero sus esfuerzos son vanos, los cazadores la siguen de cerca, gritando y empujando cada vez que el animal aparece en la superficie del mar para respirar, con el fin de impulsarlo hacia la costa. Cuando la tortuga se halla en aguas poco profundas y se agota por la persecución, los nativos se abalanzan al mar. Entablase entonces un duelo de fuerza: la tortuga se hunde hacia el fondo, pero los cazadores la siguen. Por fin, aquella resaca

Un nativo típico de Nueva Guinea. Para preservar su cabeza de parásitos la cubre con una toca hecha de corteza de árboles.



Diestros navegantes, los indígenas se alejan de la costa para perder de vista lo que cazan. En medio de ellos efectúa una maniobra o bordo de una embarcación.

superficie en busca de aire. Es el momento de la captura: los nadadores, mediante diestros movimientos, se colocan debajo de la tortuga, tomándola del borde de la caparazón, y la vuelven con el vientre hacia arriba. Los cazadores la izan a bordo, o bien, si el espacio es excesivo para una sola embarcación, la locan entre dos o tres juntas. Después de haber triunfado, los indígenas se arrojan a la playa, y teniendo la presa por centro de la danza guerrera que bailaban antaño a las víctimas humanas, y en seguida la devoran al animal.

Por
Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



He aquí una belleza de Nueva Guinea, pintada y ataviada para tomar parte en la fiesta a que da lugar la caza de una tortuga.

aún muchos años, los blancos que se tierra adentro, en Nueva Guinea, puestos a los ataques de los cazadores, quienes ambicionaban poseer en el cráneo del extranjero. Entre de esa isla, el crimen constituye un honor, aunque para matar se ajustan código que ha sido estudiado por valientes de ciencia. Por ejemplo: el indio matar a fin de hacerse valer a los mujer que ha elegido por compañera, a un miembro de una tribu enemiga. los parientes del muerto reclaman el la sangre, y la serie de crímenes contra que éste se paga, o bien hasta que la llamada fiesta guerrera. esta guerrera consiste en un combate en el cual toman parte hombres de rivales, seleccionados entre los guerreros. Usan el arco y la flecha, o



Desembarcadores, los remeros, después de haber descubierto la tortuga, se apresuran a seguirla en las profundidades del mar. En segundo plano se alcanzan a ver los rompientes de los arrecifes de la isla.



La tortuga, que ha sido capturada tras accidentada persecución bajo los aguas, es depositada en una jaula de varas de mangrove. Luego llegarán los demás integrantes de la tribu y bailarán todos en torno a la víctima.

luchas de piedra de rudimentaria fabricación. Como se protegen con un gran escudo muy diestros, los muertos que resultan en combate son pocos, y éste termina con la puesta del sol. A veces, sin embargo, los miembros de una tribu hacen muchas bajas entre los guerreros de la tribu rival y entonces, cuando los vencidos huyen, los otros, enardecidos, hacen una verdadera matanza. De más está que las cabezas de los muertos van a enriquecer las colecciones de cráneos de los guerreros vencedores. Y si actualmente los cadáveres sirven de alimento, ello se debe a la acción civilizadora de las autoridades australianas.

Las tribus no tienen un jefe, sino que los guerreros más viejos son quienes emiten sus opiniones, cuando la tribu debe tratar alguna cuestión de interés común, sin que ello implique, no obstante, que tal opinión tenga un peso decisivo. La familia es monógama, por lo general, aunque el hombre puede tomar otra mujer, cuando la primera no tiene hijos. Por lo demás, cada individuo es absolutamente libre y puede proceder de le plazca. Las asociaciones son ocasionales y se realizan cuando algún interés, como el de la guerra o el de la caza, lo requiere.

Ahora, bajo el influjo de la guerra, los indígenas de Nueva Guinea se han plegado a los guerreros blancos. Y si bien es cierto que la fuerza de la sangre les hará sentir placer en el manejo de un fusil o de una ametralladora, no lo es menos que la guerra ha contribuido a romper la barrera de aislamiento que los separaba de la civilización. Cuando llegue otra vez la paz, esos pueblos habrán entrado definitivamente en el concierto de las naciones occidentales, con las cuales estarán en contacto, merced a las nuevas rutas comerciales que recorrerá el avión, señor de las distancias, antes casi infranqueables, del Pacífico. *

A FLORENCIO VARELA LO ASESINO UN

EL director de "El Comercio del Plata", que vive en la misma casa en que tiene la imprenta, no sale casi nunca después de terminada la diaria faena del periódico. Sin embargo, aquella tarde del 20 de marzo de 1848 ha salido ya por segunda vez.

Su mujer le ha dicho sus temores: pronto oscurecerá y no le hace ninguna gracia que ande por la ciudad entre las sombras de la noche. Doña Justa se las imagina pobladas de peligros para su marido. El largo sitio de la ciudad puede haber acostumbrado a sus habitantes a vivir entre continuos riesgos, sin hacerles mucho caso; pero ella, particularmente, tiene sus motivos para alarmarse. No hace más que diez días, en el campo sitiador se organizó una "pueblada" a cuenta de su marido, en la cual despedazaron un busto hecho a su semejanza, sin duda para mostrar así las ganas que pasaban de hacer lo mismo con su persona. Y que sus enemigos tienen agentes en la ciudad, lo prueba el que la otra noche penetraron en su casa unos desconocidos y empastelaron la imprenta. No en balde su marido es don Florencio Varela.

Su periódico es uno de los más fuertes baluartes de Montevideo: torre más alta que el Cerrito de la Victoria, donde tiene su campamento el sitiador, y teme más el brigadier Manuel Oribe a sus columnas de bien trabajada prosa, que a las más agueridas columnas de soldados que lo tienen a raya, hace ya cinco años, en las afueras de la ciudad. Dentro de ésta, don Florencio Varela, con su prestigio día a día acrecentado, con su gran



Don Florencio Varela.

talento, con su ponderación y su mesura, hace más daño a sus enemigos — Juan Manuel de Rosas y Manuel Oribe — que puedan hacerles los ataques más violentos. El pone en el ambiente de exaltación romántica en que se vive en la Nueva Troya una nota de serenidad clásica. Hace años ha dejado de escribir versos. Quédesse toda la gloria del poeta para su hermano Juan Cruz.

Toda su vida se asienta equilibradamente sobre la Razón: él la ha ido construyendo sin desmayo y sin pausa, fiándolo todo a su propio esfuerzo. Hoy tiene un hogar de numerosa prole, una im-

prenta, un importante diario, una vidiable reputación. En sus largos de arquitecto de su propia vida, ha contado con lo imprevisto, ni suerte, ni con el azar. No cree en

Por eso aquella tarde sale a la sin prestar mucha atención a las bras con que su mujer quiere reñir en casa, sin tener en cuenta las taciones de los amigos para que se de de posibles peligros. El sigue ha su vida como de costumbre. Y sa-

Y, cuando al volver a casa re que aun tiene que ver a una per con la cual le interesa hablar, va salir. Sí, es cierto que se está ha de noche; pero no hay nada que es cosa de un momento; volverá guida...

Y efectivamente, ya vuelve por lle 25 de Mayo, la más transitada pequeña ciudad.

Su gentil presencia pone una distinción europea en la calle con aire colonial; a su paso va a los amigos; aunque no quisiera, no puede por menos de con algunos de ellos, que se le desearios de hablar con él. Su pa siempre un regalo, ya que ella es presión de su gran cultura, de espiritualidad, de su claro juicio quedó tan gratamente impresion su trato cuando lo conoció en París en una ocasión dijo en el París francés: "El señor Varela es uno de los hombres más distinguidos que he encontrado en cualquier parte del mundo".

Después de conversar con el



El asesinato de Florencio Varela, según un grabado de la época.



El entierro del gran hombre público, en Montevideo.



Justa Cané de Varela, la esposa próspera.

OMBRA

Por

Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...enda, dobla la esquina de su

y la gente se han quedado en de Mayo, como si toda la vi- ciudad estuviese en aquella ho- principal arteria. Al doblar por donde está su casa, es como ra en un túnel, donde se van do las sombras.

...el el azar influyendo de una definitiva en su existencia: la su casa, que lo es también de está cerrada, y esto le obli- erse ante ella.

...la habrá cerrado? Mientras en los talleres o en las ofic- anecea entornada. Y precisa- aquellos momentos están en o, que da al zaguán, junto a su cuñado y otras personas. habrá cerrado?

Algún operario, al salir, sin ta...

...dispone a llamar, para que le

...aun resuena el último golpe que ha dado: cuando aun tie- en alto, la mano en la alda- ja de acero se le clava en la

Florencio Varela quiere gritar, sale de su garganta un ron- lastimero.

...a la sangre en la mortal he- puede tenerse de pie, pero, ¡ay!, cuesta perder la verticalidad a poderosa naturaleza, tan equi- Es terrible. Toda su vida, cons- sólidamente, en la que nada al azar, que no contaba con derribada de pronto, como por

...esta caer.

...de, la calle, tambaleándose como

...errumba en fin en la acera de en- donde le recogerán ya muerto.

...lera ha visto a su asesino. Na- visto, por otra parte. Como si sido una sombra salida de en- bras para asestarle a traición terrible cuchillada y perderse o entre las sombras.

...se se supo luego que el autor al del hecho fué un marinero ca- llamado Andrés Cabrera, quien don Florencio Varela fué en una sombra, desprendida del para cometer el vil asesinato que unpune; y, una vez éste cometido, se se deslizo fuera de la ciudad para adherirse de nuevo a su que estaba allá en el Cerrito de ria... ☼

HOMBRES DEBILES

Nuevo método naturista (Hidro-Naumática) BIER y KUNHE alterado, para combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restaurar sin drogas el VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SUPERIOR GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL N° 44.485.

GRATIS Pidan folleto explicativo "L" a Ortopedia "JUPITER", Casilla Correo 1924 Bs. Aires, incluyendo \$ 0.30 para franqueos.

Resotil FUCUS

JARABE

EXPECTORANTE

PARA NIÑOS

LICOR LA RÁBIDA



Hoy como ayer... se brinda con La Rábida.

Tenga siempre en su casa una botella de tan exquisito licor.

DESTILERIAS "LA RÁBIDA"

PRIVILEGIO 1.049.811.880.000
DOMOFRIO 139.34 • CIUDADELA F.C.D. • U.T. 613 474



COMO ahora ya da lo mismo, lo confieso; pero antes de empezar estas líneas tenía el propósito de arreglar con este escrito una cuestión particular, una cuestión discreta. Tenía el propósito de escribir sobre este papel de cartas a mi amigo, el consejero municipal, para que le hablase al alcalde, para que éste le hablase al secretario de Estado, para que éste le hablase al ministro sobre aquella cuestión, aquella cuestión muy discreta de que ya tuve el honor de hablarle en nuestra última entrevista. Ha sido en el café donde se me ha ocurrido la idea de que era necesario escribir ya al consejero municipal para poder echar la carta al correo inmediatamente, y he querido escribir la carta en el mismo café. Pero en cuanto he dado la modesta orden de que me trajesen papel, tintero y una pluma (pues en tales asuntos discretos no está bien el escribir con lápiz), he producido, inmediatamente, una gran sensación.

El que recibe la orden es el botones; pero, como aquello no es cosa suya, se la traslada al mozo.

—A ver, papel para el escritor. El escritor quiere escribir. ¡Eh!

Este ¡eh!, hace referencia a que yo soy un escritor humorista de fama universal; luego, yo voy a escribir algo muy humorístico, y ya, anticipadamente, hay que festejarlo: ¡eh!

El mozo, que no tiene nada de lo que para escribir se necesita, traslada mi deseo al jefe de los camareros.

—Papel a la segunda mesa de la izquierda. Parece ser que quiere escribir algo. Algo muy divertido.

El jefe de los camareros deja que la orden le penetre por la oreja derecha y le salga por la izquierda, y se la traslada al encargado del guardarropa, que es el personaje competente. Jamás sabré por qué; pero lo cierto es que, en los cafés, el hombre del guardarropa es el depositario del papel, de la pluma y del tintero.

Y al instante me trae los artículos pedidos.

Coloca el papel delante de mi nariz, coloca el tintero delante del papel, coloca la pluma delante del tintero, y acto seguido se coloca él a su vez detrás de mí, a mi espalda, inmediatamente detrás de mi hombro. Y comienza a clavar los ojos en mi mano, en lo que haré con ella, en si escribiré y qué será lo que con ella voy a escribir.

Cuando me he dado cuenta de ello — y me he dado de ello inmediatamente, porque ha sido imposible el que me diese cuenta, ya que el hombre del guardarropa poco asmático y resopla ruidosamente detrás de mi espalda cuando me he dado cuenta de su presencia he comenzado a mirar al aire, como si estuviese reflexionando acerca de que debo escribir sobre el papel. Aunque yo sabía ya usualmente las frases que deseaba escribir al consejero municipal para que le hablase al alcalde, para que le hablase al secretario de Estado, para que le hablase al ministro, etc., hasta llegar al ministro, no comienzo a escribir, se trata de una cuestión discreta; se trata de una *prima* que la que trabé conocimiento en el parque de la ciudad y que desearía diesen un empleo de telefonista en una oficina central de provincias, allí donde la circulación es tan quedada mucho tiempo libre.

Pero esto pertenece a la corrupción; por lo tanto, no puede escribir ante los ojos del encargado del guardarropa.

Entretanto, el botones se ha colocado igualmente a mi espalda, y el hombre del guardarropa, que es alto, me pasa amablemente delante, y, por lo tanto, caldea mi pecho con su respiración. El botones ve que me devano los dedos lo que le hace creer, no sin motivo, que voy a escribir algo muy chistoso y que vale la pena de esperar.

En estas circunstancias, decido no escribir la carta sobre la cuestión discreta, pero escribiré lo que aqueja a mi alma. Y... escribo. Hasta este momento, únicamente el hombre del guardarropa y el botones son los que me han visto, aun no han llegado a poner en claro cuál es el carácter de mi trabajo. No saben si es serio o cómico. Hacen, por lo tanto, señas al jefe de los camareros para que les ayude a comprender el sentido de lo que yo escribo.

En este momento es cuando llega detrás de mí el jefe del servicio, y, haciendo enormes esfuerzos con todos los ojos, lee estas modestas líneas por encima de mis hombros después de haber apartado a un lado la oreja del hombre del guardarropa.



DISCRETA

Por **ANDOR GABOR**

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

ropa, que es grande y desigual
aba la vista. Y el botones saca
de azúcar del bolsillo y se lo
la boca, comiéndoselo detrás de
y haciendo chascar los labios;
puedo darle una bofetada por-
ese modo declararía saber lo que
curriendo aquí, a mis espaldas.
pesar de saberlo lo aguantase, to-
personal no me tendría ya ningún
y la próxima vez que deseara
una carta discreta, la próxima
En realidad, ¿qué sería lo que
rían hacer la próxima vez? Po-
mar lo que yo escribiese. En
eso es lo que podrían hacer, y
Y eso ya están en disposición
De suerte, que... ¿sería me-
de diese al botones una bofetada
viese la cara al revés?

Entonces lee el mensaje que le di-
¡oh maravilla!, a pesar de
se separa de mi espalda. ¿Dime,
por qué no te vas de detrás de
da cuando ves que los otros dos
están también ahí? Y ahora
tres, pues el jefe de los camareros
riendo ver qué es lo que tanto
a sus dos colegas, se ha acerca-
rán. Ahora estamos ya encade-
unos a los otros. Yo escribien-
y ellos tres —es decir, con el
tres y medio— leyéndolo. Yo no
decirles nada por las razones ex-
más arriba, mientras que ellos...

Yo escriba de ellos las cosas
ves— no pueden ofenderse, pues
confesarían que estaban leyendo
yo escribo.

pues, escribir aquí, impune-
que jamás he visto cuatro cerdos
antes.

¡Esp! que se han movido. ¿Se habrán ofendido?
que mueven la cabeza para decir que no se han ofen-

Bueno, señores de detrás de mi espalda, ¿es que no tie-
nades vergüenza? Les juro que yo jamás me pongo a
escritos del jefe de los camareros, ni siquiera cuando
mis cuentas, y, sin embargo, si entonces mirase, po-
nomizarme mucho dinero.

¡Ah, hijos míos, marchaos de detrás de mi espalda,
me ponéis nervioso. Estáis respirando toda vuestra neu-
sobre mi nuca.

se marchan.
Cuánto es?
¡Un éxito! El jefe de los camareros ha escapado de
hasta el otro extremo del café. Ha corrido hasta allí
su obligación consiste en no oír cuando alguien quie-
rar. Ahora ya estoy seguro de que durante una hora,
menos, no se me pondrá ni delante ni detrás.

¡Las mismas razones vuelvo a lanzar al aire, sin vol-
las siguientes palabras:
—Café puro... en copa.

El mozo se evapora lo mismo que el alcanfor.



—¡Guardarropa!

El hombre del guardarropa desaparece igualmente.
Ya no queda detrás de mí más que el botones. Voy a echar-
le una copa de agua sobre su chata nariz.

Lo hago.

Pero sin resultado. Porque el botones leyó muy atentamen-
te la frase precedente, averiguó de este modo mi intención,

saltó de lado, y el agua se
ha derramado sobre la
mesa de atrás.

Perdón, señores; tengo
que dejar de escribir. El
señor de la mesa de atrás,
que ha recibido el agua, se
acercó a mí con toda gra-
vedad, y, ya desde lejos,
me grita "animal". Esto
va a dar lugar, sin duda,
a una cuestión personal.

Ya referiré lo que su-
ceda. *





Quedan pocos victroleros en Buenos Aires. Símbolos de una época, han sido desplazados por los orquestos. He aquí, quizá, la última...

Reminiscencias

RENTE a nosotros, en la mesa próxima del café, dos muchachos interrumpen su diálogo de palabras y gestos. Uno de ellos gira la cabeza y eleva la vista; después, dice a su compañero:

—Mira, una victrolera...

Nos hacemos eco de su curiosidad, y repetimos el gesto: en efecto, allá arriba, en su palco, está la victrolera.

Hace unos años era figura popular en todos los cafés y confiterías. Hoy ha pasado va a la categoría de las figuras inusitadas.

Marca toda una época en el Buenos Aires de ayer. Nació sin duda después de un diálogo violento entre un patrón irreductible y un director de orquesta intranigente:

—¡Pero lo que usted me quiere cobrar es una barbaridad!...

—Por menos no toco; los tiempos son malos y no va a encontrar una orquesta como la mía. Créame que le cobro barato...

Después, el patrón buscó la manera de resolver el problema. Imposible dejar el café sin música: los parroquianos estaban acostumbrados a escuchar el último tango de moda. Y de súbito, la idea salvadora:

—¡Ya está! Compraré una victrola y...

Y así nació la victrolera. Aquel desconocido "inventor" tuvo en seguida quien lo imitara, como todos los inventores. Bien pronto, en

OCASO DE LA

cada bar, en cada café de Buenos Aires, sobre el palco y piano enfundado, la victrolera se enseñoreaba del local.

Allá por el año 1914...

¿Qué había sucedido?

La guerra del 14 —cosa extraña— tuvo su repercusión en el musical porteño. Los hombres que integraban las orquestas para Europa a empuñar un fusil o se dedicaban a otra cosa más lucrativa. Y se produjo lo inevitable: llegó un momento en que no había quien tocara el "fuelle" o el violin; las pocas orquestas quedaban, al verse tan solicitadas, aumentaron los precios. Los dueños de cafés tuvieron que hacer frente al conflicto. Lo demás es consagrado.

Las elegían jóvenes y bonitas; ellas, sabiéndose admiradas, daban su coquetería. Daban categoría al negocio y muchos se perfilaban así:

—¿Vamos al café?

—¿Vamos..., y a cuál?

—Al de la otra cuadra. Hay una victrolera nueva..., es muy linda. A veces, en un rincón, alguien consumía un cigarrillo frente a ella, donde se enfriaba el café. Era el novio, que esperaba la hora. Después, un día, los clientes comprobaban que había otra victrolera.

—¿Cómo!, y la Julia?

—¿No sabes? Se casó.

Ronda el posado

Mientras tanto, la victrolera del café en que nos hallamos ha estado "sacando" varios discos. Sentimos nostalgias de ese aspecto

de un Buenos Aires que ya no queda. Queremos hablar con ella.

Cuando la interrogamos, ella se le va lejos y se le llenan de pasado.

—Sí, ya quedamos —nos dice.

—Pero usted continúa. —Hay que vivir...

—Son aquellos tiempos, cuando mandan copias de amor, ni un pipero o una de esas cosas que se dan en el amor en el dorso de la mano, la que pedían un tango...

—Cierro; ya no son tiempos —repetimos— sus recuerdos.

—Ya lo creo; vean, cuando me dan copias de amor a la victrola. Esta es aquí es eléctrica —y se le va al palco.

—¿No le agrada? Es un trabajo...

Nos mira en silencio, nos decimos muchas cosas, nos encontramos palabras. Luego, se le va de pie y expresa:

—Pondré algo para que se baile.

Se aleja. Poco después, en el café las notas de un tango. Nos vamos cuando él se aleja. Ha de haber algún otro café donde se encuentre la victrolera.

Lo encontramos en el otro, en la esquina que se encuentra la intersección de dos calles.

Van nombres de profesión, establecimiento que se llama bar y café, todo en un mismo lugar. Expresamos nuestro

displacer con la victrolera, y ella nos manda decir que la espere en la salida. Intrigados, la esperamos.

—Disculpen, pero en el almacén no puedo hablar —nos dicen pronto como se reúne con nosotros.

—¿Por qué?



Cuando el salón es de cierta categoría, no es ya una victrolera, sino una orquesta completa de señoritos, lo que brinda música al cliente. Pero también esas orquestas se van...

VICTROLERAS

FIGURA POPULAR HACE UNOS AÑOS,
LA VICTROLERA ES YA EN BUENOS
AIRES EXPONENTE DE UN TIEMPO
QUE PASÓ

Por

Manuel Hernández

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Ella no hace caso de nuestra pregunta para seguir el hilo de su canto:

del almacén, del dueño, de los fideos y de los porotos, hasta ella. No puedo hablar, no puedo. Mirar: a nadie. Adonde vuelva me encuentro con una caja de pastas o una bolsa de arroz. ¡Qué lástima! —exclamamos, por decir algo.

Saben ustedes por qué? Porque el dueño está enamorado de mí. En duda, en nuestra mirada un interrogante tan marcado, que trata de agregar:

¿Yo no le hago caso...

¿A los clientes?

Bueno... Tengo un admirador constante, un viejecito que todas las tardes y mientras toma su café no me quita los ojos. Pero el patrón..., el patrón me vigila como si fuera un

colectivo corta nuestro diálogo. Ella se despide con un ademán al vehículo.

La victrolero

amos al extremo de la calle más larga del mundo. Es imposible Liniers, barrio donde se van a refugiar los recuerdos, no haya victrolero. La encontramos, en efecto, en plena calle Rivadavia: la última victrolero de Buenos Aires.

¡Mirocha, joven y bonita. Acepta una taza de café y nos dice: estoy muy contenta con mi oficio. Vivo tranquila y feliz...

...los discos, doy vueltas a la manija, escucho linda música y algunas composiciones clásicas. Ya sé definir lo que es de Wagner; lo que es español o cubano,

...Wagner —decimos sin ocultar nuestro asombro.

...aquí vienen muchos clientes que son amantes de la buena música. Saben ustedes que al cliente hay que complacerlo, entre disco y disco?

Para mí, para mis amigas, para mi madre.



Se acaban las victroleras en Buenos Aires. Se van, lentamente, hacia el hoy. Hoy, las confiterías y los cafés tienen su orquesta. Algunas, puestas de sorchitas. Son las que tocan piezas clásicas y vales. Las de los hombres, tienen siempre al frente, como línea de batalla, cuatro o cinco bandoneones. Tienen también su soprano o su "popular". Algunos —influencia del cinematógrafo—, cantan con voz. Eso ha hecho nacer el aplauso. Al disco no se le podía aplaudir... Cuando a la una de la madrugada la ordenanza municipal impone silencio a los violines, al piano y a los bandoneones, pensamos en la que oímos en el café:

—Mira, una victrolero.

Que es como el capítulo final tras el cual se bajará muy pronto telón definitivo tras la última victrolero de Buenos Aires. ♦

**Las Palmas es un
aceite riquísimo,
super-refinado**



**La cristalina
transparencia**

y el sabor delicioso del Aceite LAS PALMAS, es la mejor garantía de su gran calidad.

Le recomendamos que pruebe este riquísimo aceite y notará la diferencia. Sus ensaladas y mayonesas serán más apetitosas y las frituras más doradas y exquisitas.

DISTRIBUIDORES
S.A. Com.
LA CASTELLANA

ACEITE
Las Palmas

EL ACEITE DE LA BUENA MESA

EL VELORIO



UNA estrella asoma más allá del monte, sobre los cerros. Brilla lejana, sin alegría.

Candelaria Arrúa, a quien llaman simplemente Na Candé, abre la puerta del rancho. Un silencio profundo, total, que parece nacer de las entrañas de la tierra, se extiende por las oscuras soledades de la noche.

—Después de todo, Na Candé, el angelito irá mismo al cielo...

Lentamente torna los ojos hacia el trémulo y fino florecer de las velas. Después mira con extraña fijeza a la viejecita que, arrebujada en su negro chal, parece un ave agorera. Desde temprano le repite las mismas palabras, maquiaveladas, como una cantinela. Son las palabras que siempre se dice a las madres, para consolarlas. La viejecita lo sabe. Ella misma las escuchó una y otra vez, antes, cuando en su rancho brillaban las cuatro velas.

Perseguida por aquella voz, Candelaria Arrúa se acurrucó en un rincón y desde allí mira vagamente lo que sucede en el rancho.

—Total, es mejor así. Los ángeles no sufren. Siempre son niños, y en gloria esperan el día de juntarse con la madre. Su mitai (?) estará pronto allá arriba, vestido de blanco, con una coronita de flores, ¡Y Tupá (?) sonriéndole entre las nubes!... Más bien alégrese, Na Candé...

La voz de la anciana tiene una monotonía desgarrante. La madre la escucha ahogando su pena. Quiere creer que es así como se lo dicen. Pero se siente triste, desolada, lo mismo que si se hallara en un largo camino abierto en la noche.

—Madre de un angelito... —insiste la voz.

Ella piensa que sólo quiso un niño de carne y hueso como los que alegran los brazos de todas las madres. En los rudos días de la zafra, habría sido dichosa teniendo a su mitai cerca, mecido en una hamaca de arpillera, a la sombra de una mata de yerba. En cambio su hijito se iba al cielo y ella se quedaba con los brazos vacíos, en el rancho vacío...

Penosamente se levanta y observa al niño. Las manos ropreas, cruzadas sobre el pecho, son como hojas marchitas. La llama trenula, humosa de la vela, al agitar las sombras, parece animar con un

gesto la cara del pequeño. Candelaria Arrúa le besa la frente. Y la siente fría, distinta a la carne palpitante que soñó acunar junto a su pecho...

—No esté triste... el niño murió sin pecado, limpio como el agua del rocío... Durante días y días le dirán lo mismo, y cuando las voces fatigadas callen, seguirá oyéndolas llegar hasta el fondo de su alma, hurgando en su dolor. Brotarán de los rincones del rancho, en las picadas del monte, en el viento cálido de las noches.

¡No! No quiere palabras de consuelo. Quiere su pena; su pena desnuda y única. Quiere pedirle a Dios que le devuelva su hijito...

El "rezador" amarra un cordel lleno de nudos al pie del difunto. El otro extremo lo conserva entre sus manos y, con voz cantante, empieza las oraciones. Las mujeres, mordiéndose la punta de los negros rebozos, corean las Avenmarías. El rezador, al terminar cada oración, da un tironcito del cordel.

Los hombres están descubiertos, gachas las cabezas, iluminadas las frentes por la luz temblorosa de las velas.

—Don Anacleto está ayudando al angelito a remontarse al cielo.

Los menús siguen atentamente el rito. Todos saben lo que es aquello. Al angelito le cuesta desprenderse de su envoltura material. Tiene las alas tiernas y no sabe volar. Rezos y tirones lo van levantando suavemente hasta que se eleva solito.

—Amén —murmura don Anacleto cuando sus manos, al final del cordel, rozan el dedo gordo del difunto.

En el rancho reina un silencio imponente. Mujeres y hombres mantienen en suspenso, gachos los ojos, contenido el aliento. Las llamas de las velas ascienden rectas, sin un temblor. Las sombras se han quedado detenidas en la puerta.

Una ráfaga repentina que avanza por el camino, mezclando, en rápidos remolinos, las hojas muertas y el polvo rojizo, penetra en la habitación. Flamen los rebozos, y las llamas, empujadas por el soplo violento, dejan, por un fugaz instante, de alumbrar. La ráfaga azota la cumbre y escapa por entre las pajas del techo. La escena vuelve a resurgir clarísima, como nacida de las tinieblas, en medio de las luces agrandadas de los velones.

Ese soplo extraño, que parece sobrenatural, acelera el latir de los corazones. Una voz rompe, limpia, el profundo estupor que domina a todos.

—El ánima aletoé lindo y bandeó el techo, camina del cielo...

Y otra voz:

—Los rezos lo levantarán suavemente...

Y otra:

—Mismo...

Candelaria Arrúa siente un enorme vacío. Es como si su corazón se le hubiera desgarrado en la noche. Una soledad igual a la que experimenta cuando se halla en el monte, y la obscuridad la opri-

me con su aliento negro.

Con la angustia de un pájaro que orienta en las sombras, abandona la bitación.

Quiere mirar el cielo donde abita su hijito...

Las estrellas, trémulas y lejanas, sus ojos sin fatiga en la infinita oscuridad de la noche. La luna delgadísima como una ajorca sobre la mancha de los árboles. Más allá, al final barranca, el río quieto y brillante mo otro cielo caído donde la luz de las estrellas se agranda en una floración borrosa.

Se siente como suspendida en los cielos, envuelta totalmente en la imaginación que arriba y abajo hay que se han ido de los brazos de los dioses. Y en medio, flotando en las bras, el llanto y los sueños, las velas criaturas desveladas y las oscuridades maternas. Pero todo ocurre muy al borde de la obscuridad. Ella se...

Su oído, habituado a los ruidos que, percibe, entre el canto de las aves y el intermitente ametrallar de las tigas, un chirrido melódico que de muy lejos.

—Debe ser él —murmura—. Escucha...

Su pensamiento recae en los recuerdos. Evoca la magra silueta del violinista que rendía caminos al paso de sus pasos. Era en los tiempos en que ella se sumaba al grupo de los vecinos que seguían a través de las picadas. Muchas veces fué tras él, de baile en baile, de bautizo en velorio. Una mañana, cuando los pájaros cantaban los bores del camino, se casaron.

Su marido fué para ella como un niño que vivió siempre entre el recuerdo y la partida. Siglos misteriosos, voces sólo conocidas, lo llamaban desde las profundidades del monte. Tras largas horas volvía al rancho. Entonces días enteros, ajeno a los apremios de la vida, mientras ella hacía frente a todo abrumador de tareas.

El destino no es cosa que se pueda intervenir. ¿Por qué, entonces, compadecían sus vecinas? ¿Por qué, entonces, ellas tenían trabajos carpi y en la zafra? Si... ¿Pero compararse, acaso, con su hombre sin que nadie se lo enseñara, con su violín, dió forma a la madera, con su voz... con sus propias manos. No era un violín comprado en el mercado, era un violín del monte. Bajo la mano de sus dedos revivía las voces de los jaros, adormecidas en la memoria de los árboles... ¿Y entonces?

Cuando se anunció su propio parto, puso todas sus ilusiones en el hijo que nacer. Mientras carpi o tarifeaba imaginaba como sería su gurisito: cobrizo, como el ñau de los arroyos negros y alucinados, como el ñau que nunca estaría sola!

DEL ANGELITO

por

C. Selva Andrade

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ando sus esperanzas, trabajó hasta
no momento, hasta que, con la lu-
era, vino al mundo el pequeño. Era
y pálido, apenas si tenía voz.
randería sentenció moviendo la ca-

del cansancio, nace rendido...
dió después, como hablando consi-
ere morirse para descansar toda
a de la madre...
verdad. El pequeño había muerto,
uerte pequeña de recién nacido...

música ya está cerca. Las siluetas
onista y su séquito de vecinos se
en el débil halo de un farol
ante. El músico pasa junto a su
penetra en el rancho. Don Ana-
recibe con un mate.
compadre; debe estar cansado...
amarillenta de las velas ilumina
de rostros inmóviles, endurecidos
fuertes trazos de la sombra.

Candelaria Arrúa, sentada afuera, con
el rebozo caído, parece un ave nocturna.
Siente que todas las soledades del mun-
do caben en su corazón. Siente que es dis-
tinta a esos seres que rodean al difunto:
que está fuera de sus pensamientos, lo
mismo que la sombra se halla fuera del
follaje de los árboles.

Su marido no le ha dicho una palabra.
¿Para qué? Pasó por su lado como el vien-
to cargado con los rumores de la noche.
Ahora está en medio del círculo lumino-
so, con los ojos sin expresión clavados en
el suelo.

—Hay un ángel más en el cielo; Dios
lo quiso —dice una voz planífera.

De pronto suena el violín. Junto a la
mesa ve al hombre puesto de pie. Del ran-
cho viene un caliente y pesado vaho de
flores marchitas, que se expande en el ai-
re fresco de la noche. Candelaria Arrúa
escucha énsimismada. Se siente asida por
la música, arrastrada por su extraña voz.

Transcurre un instante de comprensión.
El violín cuenta una historia, expresa algo
que ya sabía su corazón. Algo que, co-
mo una semilla, no podía, no atinaba
levantarse en flor, pujando desde el seno
obscuro de la tierra.

De pronto sabe que la curva del cielo
es el camino de la mirada de las madres,
que los hijos fallecidos no se van del to-
do porque vuelven en los sueños, en la ilu-
sión renovada, en esa fecundidad incansa-
ble como la tierra...

Cuando la última nota se apaga, el vio-
linista vuelve a pasar por su lado y se
pierde en el misterio de la noche.

Candelaria Arrúa no esboza ni un gesto
para detenerlo.

Se queda mirando el cielo.

En el polvo luminoso de los astros, ve
la sonrisa que no llegó a florecer en la
cara de su hijito. ♦

(1) Niñito, pequeño.

(2) Dios.



“ELLA Y EL” LOS AMANTES



Literatura confidencial

A literatura de la primera mitad del siglo XIX fue, esencialmente, confidencial. El escritor romántico no se resignaba a desempeñar en sus obras el papel de testigo de su contemporaneidad. Su aventura expresiva realizábase en cotas cerradas; parecía hallar amargo disfrute en el buceo de las propias recondiencias. Atestiguábase con sana, con sagrado furor. Pocos escaparon a este apetito de autodilucidación, de empuinado forcejeo consigo mismos, que descúbrese, por ejemplo, en "Voluptuosidad", de Sainte-Beuve — ¡tan injustamente olvidada! —; en "Oberman", de Senancourt; en "Armanzia", de Stendhal; en "Las confesiones de un hijo del siglo", de Alfredo de Musset; en "Ella y El", la novela de Jorge Sand que LEOPLÁN publica íntegramente en este número.

Trataremos, pues, y sucintamente, de ayudar al lector a entrever a través de las páginas de esta novela la porción de vivida realidad que le dio origen, la tragicomedia amorosa cuyas alternativas fueron la comidilla de los cenáculos literarios de París durante largos años.

La tentativa amorosa

Jorge Sand.—Aurora Dupin es la realidad—conoció a Alfredo de Musset, que descubriremos en la novela que comentamos bajo el nombre de Lorenzo de Fauvel, en una cena realizada en el año 1833 en la “Revista de ambos mundos”. Cuando Musset la vio por vez primera, tenía Aurora Dupin veintinueve años, positivo talento, un marido indiferente o resignado, un pasado amoroso que nutría abundantemente en lo sucesivo—dos nombres ilustres lo enriquecían ya: el de Julio Sandeau y el de Próspero Merimée—y adornaba su pecho con una rosa roja, como si llevara el corazón a flor de piel. Detalle éste que, más que un adorno, semejaba auténtica predisposición. Musset, por su parte, no había cumplido aún veintitrés años; decíase hastiado de la vida, cultivaba la impertinencia, profesaba desmedida inclinación por las bebidas espirituosas, padecía de alucinaciones y ataques de epilepsia. En suma, tratábase de dos personalidades tiránicas y peligrosas para quienes se les acercaba, y la vida en común—que es lo que, por lo visto, ellos dos habían nacido para comprenderse, pero no para tolerarse, iniciaron juntos una aventura sentimental... Más aun: una auténtica tentativa amorosa. El amor no sería para ellos manto acatamiento, mutuo abandono a las posibilidades deleitosas que prodiga la pasión. Debía ser lucha afán de do-

minio, necesidad de herir para consolar, de humillar para humillar su turno... Jorge Sand lo sabía. "Todo esto —dijo a su amigo— es un juego que emprendemos, pero nuestro corazón y nuestra vida sirven de prenda, lo cual no resulta tan divertido como parece. Resucitaba en ellos, sin armas y sin sangre, el viejo muto de Agapente sílaba.

Una noche en Fontainebleau

La tentativa amorosa sufrió su primer tropiezo — el histórico, lo menos — en el bosque de Fontainebleau. Los nuevos amantes caron su amparo, pues una pareja legítimamente romántica no podía de la aquesencia de la naturaleza y el cielo libre. Allí, Musset, jado por una de esas vagas melancolías que trocabanse de promacessos de auténtica locura, sufrió una alucinación, la cual hallaslijamente detallada en las páginas de "Ella y El". Por su parte, formóla el poeta con el tiempo en el tema entrañal, en el *l'éc* de "La noche de diciembre", uno de los más bellos, profundos y nantes poemas que escribiera. En medio de la nocturna soledadido en la hierba, había visto pasar un hombre "que corría, con el traje desgarrado y los cabellos agitados por el viento", mirándose estrípidamente, haciéndome un guiño de odio y de cío. Entonces tuve miedo y me arrojé de bruces al suelo, porque hombre... era yo". Esta versión, la de Jorge Sand, aproximada a la de "La noche de diciembre":

Partout où j'ai voulu dormir,
Partout où j'ai voulu mourir,
Partout où j'ai touché la terre,
Sur ma route est venu s'asseoir
Un malheureux vêtu de noir,
Qui me ressemblait comme un frère... (1)

Con mal auspicio comenzaba la aventura amorosa, pues presentía que ese compañero inseparable que habría de acompañarlo durante toda su existencia, y que se le asemejaba como un hermano, era la soledad, la irremisible soledad de los seres. Jorge Sand, por lo tanto, estaba de más en su vida.

Pagello, médico y seductor

La romántica excursión debía en Venecia con la intromisión de Pagello, Pietro por más señas, bionbio, una taza de té y pocos más, todos dignos de un *vaudeville*. Musset enfermó cierto cuidado por culpa de intemperancia, v requirieron los del doctor Pagello, rubio y —un verdadero tudesco, lo juró Sand tras el inevitable de el cual aparece en la novela— nombre de *Dr. Palmer*, y en tres sesiones —un hijo del siglo!— Smith, conio si ambos amantes se puesto de acuerdo para su cendencia sajona al mediquillo que debía desencadenar, un poco suvo, la tragedia.

El hecho es que Pagello agradece Sand, quizá un poquito como poeta moribundo, pero, como admiración que despertara el poema la novelista no fuera retribuida, era explícita y apasionada, y tomar la iniciativa. Entregálec, y en propias manos del afortunado Pietro, poética declaración, que ignora o finge ignorar el afortunado destinatario, le quien debe entregar el mensaje. Sand le arrebató el sobre de la y escribe: "Al estúpido doctor"

La toza de té

Poco después, Musset cree en su delirio el rumor de un



En Venecia, ciudad de leyenda y de poesía, Jorge Sand y Alfredo de Musset vivieron los capítulos más importantes de su trogi-comedia amorosa.

DE VENECIA

JORGE SAND, LA CELEBRE ESCRITORA FRANCESA, EN LAS PAGINAS DE ESA FAMOSA NOVELA SUS AMORES CON ALFREDO DE MUSSET

Por Julio Ellena de la Sota
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

o oportuno, descubre una taza de té en la que su médico y han bebido, en íntima y amorosa comunión. Musset increpa, Jorge Sand niega, confiesa; Pagello accede a asumir la responsabilidad de seductor a pesar suyo. Musset, ante la evidencia de su arrepentimiento de sus errores pasados, dispónese a apartarse para que se amane, entonces, dice. Se aleja, camino de París, física y espiritualmente. Poco más tarde, Jorge Sand, a su vez, quien el mediuillo veneciano brindó las efímeras satisfacciones de una placida cura de reposo, reúne con el poeta en Francia. Musset el que se defiende contra los reditivos arrestos de una juzga peligrosa. Inviértense los papeles. Jorge suplica, gime, se arrepiente y llorosa, ante la posible ruptura definitiva: la muerte, amor funesto, oh negro destino oculto bajo el niño rubio y delicado. ¡Oh, cuánto te amo aún, asesino!... Me quemen de inmediato y muera consumida. Tú arrocerizas al victo y ellas harán brotar flores que te regociquen. Dulces ojos azules que no me miran... Hermosa frente, veré inclinarte sobre mí y velarte con dulce languidez... Jorge Sand tan encendida retórica. Cortóse sus trenzas y las envió a Musset. ¡Acudía a llorar sobre su puerta y en fin, dice madame Arvède Barine, terminó por morir de inanición, de oculto y creciente rencores que enamorados, literatos.

ber el veneno

publicó, en 1835, "Las confesiones de un hijo del siglo", por desfilas, transfigurada y en dos versiones sucesivas. Jorge Sand y bien tratada por cierto. A "La noche de diciembre", el mismo año, replicó ella en la segunda edición de "Lelia", en cierto modo, mezclaban veneno con alibulbar. Musset, a su vez, publica con la "Historia de un mirlo blanco". La discusión de 1837 aparece "La noche de octubre", colmada de invectivas:

Home à toi qui la première

Mas appris la trahison... (2)

Después de la muerte del poeta, en 1859, Jorge Sand edita "El". Interpreta en sus páginas, a su manera, y con vistas a la los incidentes dramáticos y a veces graciosos de sus ilustres Pablo de Musset, hermano de Alfredo, recoge el guante, revez indignado con "El y Ella", donde reivindica apasionadamente la memoria del desaparecido. Luisa Colet aprovecha la oportunidad para escribir un novelón truculento y escabroso. Jorge y Albin, a ser "Los amantes de Venecia" por antonomasia, pese Byron. Ascenden al teatro, continúan en la escena su eterno Eruditos e historiadores lujan con denuedo, trocados en paisandistas y Musseristas. Sólo una persona conserva su calma irrefragable, su bonhomía: es Pietro Pagello. Sobrevive largos años y Musset. Satisfecho de haber entrado a la posteridad, aunque la puerta falsa, concede entrevistas, prodiga detalles, con tarulopuoso deleite de anciano que recuerda aventuras juveniles. Jorge Sand con moroso placer de miniaturista: "Se abrió la puerta —dice— y Jorge Sand apareció calzando su mano piquetada guante de rara blancura, araviada con un vestido de satin color con un sombrero pequeño de peluche adornado con una pluma de avestruz y una charpe de cachemira a grandes arcos de un excelente y fino gusto francés..."

lo visitó en Belluno el doctor Cabanès, sesenta y dos años de la famosa aventura, Pagello, trocado en patriarca, obsequiosamente taza de té. egregio Dr. Cabanès. In memoria della visita che mi faceste oggi, io, vi offro questa tazza, nella quale molte volte la Sand ha bevuto il the quando abitava con me a Venezia". (3)

prendiase de su más caro recuerdo. Ya estaba maduro para la

Donde quise dormir, donde quise morir, donde toqué la tierra, en mí vino a sentarse un infortunado vestido de negro, que me se asemejó a un hermano.

Vergüenza a ti, la primera, que me enseñaste la traidición... Para el distinguido doctor Cabanès. En memoria de la visita que me hiciste, en Belluno, os ofrezco esta taza, en la cual muchas veces Sand cuando vivía conmigo en Venecia.

LA FORTUNA...



LLAMA A SU PUERTA!

Piense que ese cartero que pasa frente a la puerta de su casa, puede traerle una fortuna! Porque si Ud. anhela mejorar su situación y se inscribe en la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER, él le entregará valiosas lecciones de enseñanza por correo que le permitirán triunfar en la vida, como ya triunfaron más de 40.000 de nuestras ex-alumnas!

Con la ayuda de nuestras expertas profesoras le resultará fácil aprender una profesión lucrativa, estudiando en su propia casa y aprovechando sus horas libres, y conquistar así una posición envidiable!

Mándenlos, pues, HOY MISMO el cupón adjunto. ¡No vacile! Su firma en este pequeño trozo de papel es el primer paso a Ud. dará para conquistar su fortuna!

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual
Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual	Curso y Cuota Mensual

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quiñero
Edificio Ordo, Medellín.

BOLIVIA
Calle Bellavista Díaz Romero (Miraflores) 411. Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabrita
Brasil 142, Asunción.

Sra. Directora de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER
RIVADAVIA 2465 (R-25) Buenos Aires.

MINIMOS este cupón y recortar
GRATIS (sin compromiso) si usted
quiere saber más sobre
"LA FORTUNA"
que se menciona a
continuación en la vida.

HOBBY
DIRECCION
LOCALIDAD

MANDE ESTE CUPON HOY
Y VIVIRA MEJOR MAÑANA

L. 241

ELLA Y EL

A LA SEÑORITA SANTIAGO.

M querida Teresa: Ya que usted me autoriza a suprimir fórmulas de cortesía, voy a darle una noticia importante en el mundo de las artes, o del bardo, como dice nuestro amigo Bernardo. ¡Cállate! Esto rima. Lo que no rima, ni tiene razón de ser, es lo que voy a contarle.

"Figúrese usted que ayer, después de haberla aburrido con mi visita, encontré, al volver a casa, a un milord inglés... Puede que no fuera un milord; pero sí, de seguro, un inglés, que me dijo en su jerga:

"—¿Es usted pintor?

"—Yes, milord.

"—Pintor de figura?

"—Yes, milord.

"—¿Con manos?

"—Yes, milord; y también con pies.

"—Entonces, ¿puede usted hacerme un retrato?

"—¿A usted?

"—Por qué no?

"Este por qué no fué dicho tan de buena fe, que ya no le tuve por un imbécil, con tanta más razón cuanto que el hijo de Albión es un hombre magnífico. La cabeza de Antinoo sobre las espaldas de... sobre las espaldas de un inglés; un tipo griego, de la mejor época, algo extravagantemente vestido y engallado a la usanza británica.

"—A fe mía —le dije—, es usted seguramente un buen modelo, y me gustaría hacer de usted un apunte para mí; pero no su retrato.

"—Por qué?

"—Porque no soy pintor de retratos.

"—¡Oh!... ¿Is que se paga patente en Francia por esta o la otra especialidad en las artes?

"—No, pero el público no nos permite abrazarlas todas. Quiere saber a qué atenerse sobre nosotros, sobre todo cuando empezamos, y si yo, que soy joven, tuviera la desgracia de hacer a usted un buen retrato, costaríame mucho trabajo alcanzar éxito en la próxima exposición en género distinto del de retratos; y si, por el contrario, sólo consiguiera hacer de usted un retrato mediano, se me prohibiría insistir en esa clase de pintura; en lo sucesivo se decretaría que carecía de condiciones para ello y que había sido un presuntuoso atrevido arriesgándome.

"Añadí a mi inglés muchas más pararatas de que hago a usted gracia, que le asombraron; después se echó a reír y comprendí clarísimamente que mis razones le inspiraban un gran menosprecio por Francia, y quizá por este indigno servidor vuestro.

"—Acabemos —me dijo—. A usted no le place hacer mi retrato.

"—¿Cómo! ¿Por qué *Welche* (1) me tona usted? Diga usted más bien que no me atrevo a pintar retratos y que no sabría hacerlo; porque una de dos: o es una especialidad a la que hay que entregarse exclusivamente, o es la perfección, como si dijéramos la cumbre del talento. Algunos pintores, incapaces para la composición, logran copiar fiel y agradablemente el modelo vivo. Estos tienen asegurado el éxito,

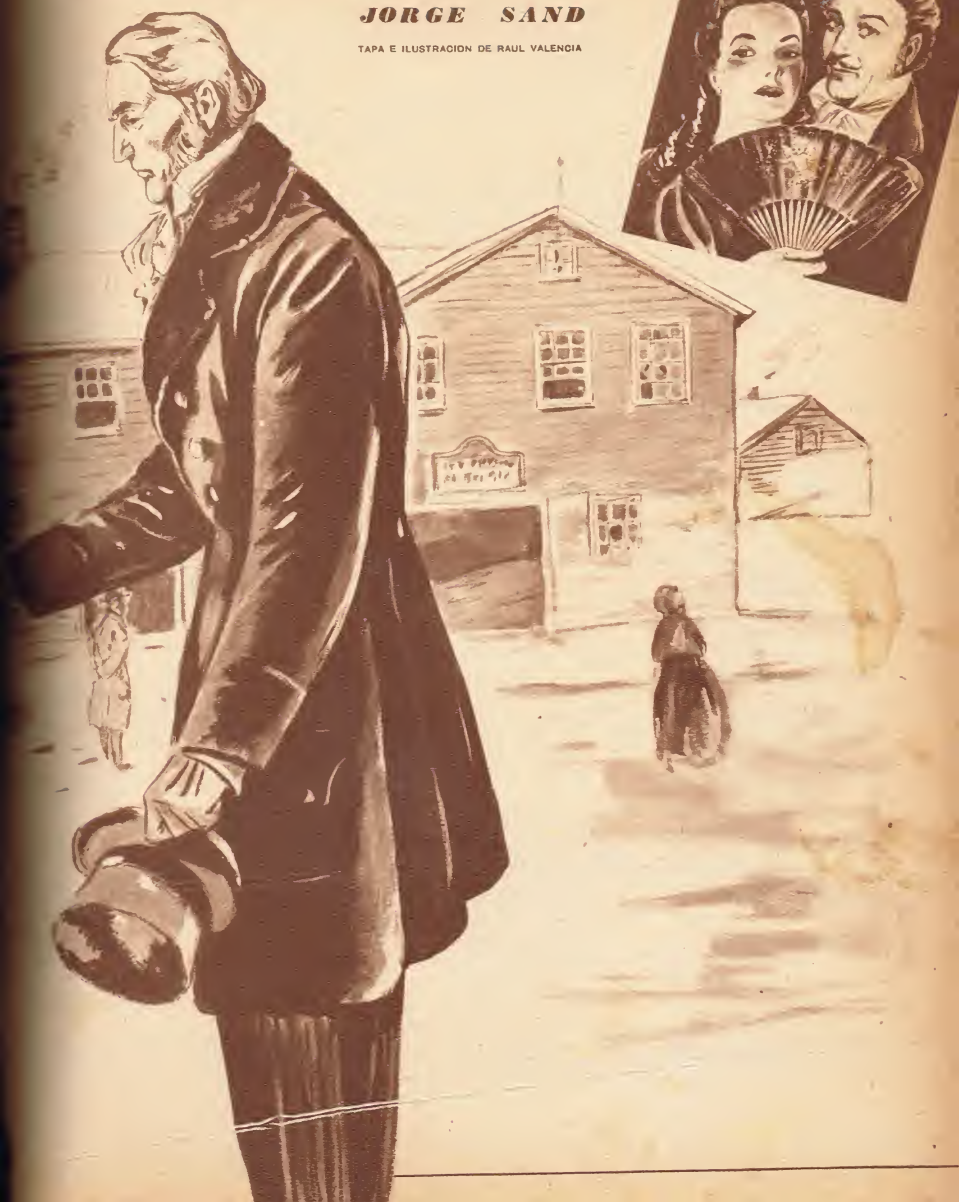
(1) En cualquier buen diccionario francés se encuentra la palabra *Welche* o *Welche*, con su significación clara y concreta de hombre ignorante y sin gusto. Así por ejemplo, en la edición 37 del pequeño Larousse, publicada en el año 1875. No he querido, sin embargo, traducirla, porque su significado en español no daría la idea exacta de lo que quiere expresar el personaje, en cuyos labios la pone el autor. Para comprenderlo, es preciso saber que esa palabra es una especie de mote despectivo con que los franceses designan a los naturales de los cantones suizos en que se habla, o exclusivamente o con preferencia, el idioma francés. Estos cantones son los de Ginebra, Vand, Valais, Friburgo y Neuchâtel. El mote lleva la significación, análoga a la de los diccionarios, de hombre torpe y mal educado. El usarlo en este sentido que explico es la razón por la que lo escribe Jorge Sand con mayúscula.



TEXTO INTEGRO de la famosa novela de

JORGE SAND

TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.
LOCION ORIGAN de PREAL es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

LOCION ORIGAN de PREAL acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora...

En farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.
Capital \$ 200.000 — Buenos Aires
Inclán 2839/47

REPRESENTANTE:
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.
Palma 224-26, Asunción.



PERFUMES ORIGINS
de la Maison BROS



EXTRACTO
Y LOCION

Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)

diez veces la palabra de que se apresurara a seguir, corrió a la escalera para rogarle que le esperase y decirle que abandonaba el asunto de que le hablara por acompañarlo; pero no le llamó, y volviendo a entrar en su habitación, se arrojó sobre el lecho.

—¿Por qué me altera su puerta durante dos días? Algo me ocurre. Y cuando me cita para el tercer día es con el propósito de que encuentre en su casa a un inglés o americano a quien no conozco. Ella sí conoce a ese Palmer, puesto que le nombra por su nombre familiar. ¿Por qué entonces él me preguntó su dirección? ¿Me engañan? ¿Por qué ha de fugir ella conmigo? Ni soy amante de Teresa, ni tengo derecho alguno sobre ella. ¿Amante de Teresa! ¿No lo será nunca! ¿Dios me libre! ¿Una mujer que tiene cinco años más que yo, tal vez más de cinco! ¿Quién es capaz de saber la edad de una mujer, y menos de ella, de quien nadie sabe nada? Tan misterioso pasado debe encubrir alguna gran locura, quizá una terrible deshonra. Además, ¿es gafeña, o devota, o filósofa? ¿Quién presumirá saberlo? Habla de todo con una indiferencia, con una tolerancia, con una indiferencia... ¿Quién sabe lo que cree, lo que no cree, lo que desea, lo que ama, y aun si es capaz de amar?

Marcouet, joven crítico amigo de Lorenzo, entró en aquel momento.

—Sí —le dijo— que parte usted para Montmorency. Vengo sólo para pedirle las señas del domicilio de la señorita Santiago.

Lorenzo se estremeció.

—¿Para qué quiere usted a la señorita Santiago? —respondió fingiendo buscar un papel para liar un cigarrillo.

—¿Yo? Para nada...; es decir... quisiera conocerla, y sólo la conozco de vista y de reputación. Es que una persona que quiere que la retrate me pide su dirección.

—¿Conoce usted de vista a la señorita Santiago?

—Naturalmente. ¿Quién no la conocerá, dada su celebridad de hoy? Ha nacido para eso.

—¿Cree usted?...?

—¿Yo? ¿Usted?...?

—¿Yo? No sé. Tengo por ella tal afecto, que me recuso.

—¿La quiere usted mucho?

—Tanto, que lo proclamo; es la mejor prueba de que no le hago la corte.

—¿La ve usted con frecuencia?

—A algunas veces.

—¿Es usted su amigo... solamente?

—Sólo su amigo... ¿Por qué se le ríe usted?

—Porque no lo creo. A los veinticuatro años no se es amigo, y nada más, de una mujer... joven y bonita.

—¡Bah! Ni es tan joven, ni tan bonita como usted dice. Es un buen camarada, con el que agrada conversar, y eso es todo. Además, pertenece a un tipo que no me gusta. He de perdonarle que sea rubio. Sólo me agradan las rubias en los cuadros.

—¿No es rubia del todo? Tiene los ojos dulcemente negros, y su pelo, que peina con arte singular, no es ni rubio ni castaño. Esa tinta indecisa la favorece, le da el aire de una esfinge candorosa.

—La frase es ingeniosa, pero... a usted le gustan las mujeres gruesas...

—No es muy gruesa. Tiene los pies y las manos pequeños. Es un verdadero tipo de mujer. La he mirado bien porque estoy enamorado de ella.

—¿Qué idea!

—Nada le importa, puesto que no le gusta a usted como mujer.

—Querido, aunque me gustase, sería lo mismo. En tal caso, trataría de intimar más con ella, pero no me enamoraría; es un estado que no me place. Por consiguiente, no me inspiraría usted celos. Puede usted comenzar

el asedio, si le parece.

—¡Oh! Si encuentro ocasión. Pero no tengo tiempo de buscarla, y, en suma, Lorenzo, me asemeja a usted en mi inclinación a la paciencia, viviendo en un mundo en que no echo de menos el placer... Y ya que hablamos de esta mujer, a quien usted conoce, dígame, por pura curiosidad: ¿es viuda, o?...?

—¿O qué?...?

—Quiera decir si era viuda de un amante o de un marido.

—¿Nada sé!

—No es posible.

—Mi palabra de honor de que no se lo he preguntado jamás.

—¿Usted sabe lo que se dice?

—No, no me cuida de ello. ¿Qué se dice?

—¿Ve usted cómo le interesa? Se dice que ha estado casada con un hombre rico y noble... con todos los requisitos, ante el alcalde y el cura.

—¿Qué tontería! Llevaría su nombre y su título.

—Precisamente. Luego, hay misterio. Cuando tenga tiempo trataré de descubrirlo y le daré cuenta. Se dice que, a pesar de vivir con gran independencia, no tiene amante, que se sepa. ¿Quién mejor que usted para tener noticia de esto?

—No sé una palabra. ¿Cree usted que me paso la vida espionando e interrogando a las mujeres? Yo no soy un desocupado, como usted. La vida se me hace muy corta para vivir y trabajar.

—Vivir... puede. Parece que vive usted muy de prisa. En cuanto a trabajar... se murmura que no trabaja usted demasiado. Veamos: ¿qué tiene usted por aquí? Ensémelo.

—No, nada; no tengo aquí nada comenzado.

—¡Oh, sí! Esta cabeza... es muy hermosa, diablo! Déjeme ver, o hablo mal de usted en mis próximas críticas del salón.

—Es usted muy capaz.

—Cierto, si usted lo merece; pero en cuanto a esta cabeza me parece soberbia y la admiro como un idiota. ¿Qué va a ser?

—¿Qué sé yo.

—¿Quiere usted que yo se lo diga?

—Me complacerá mucho.

—Haga usted una síbula. Tiene usted completa libertad para el tocado.

—Es una idea.

—Y además no se compromete en nada a la persona a quien se parece.

—¿Tiene parecido con alguien?

—Pardiez, mal bromista, ¿cree usted que no la he reconocido? Vamos, querido, ha procurado usted burlarse de mí, negando hasta las cosas más sencillas. ¿Usted es el amante de esa... pintura?

—Prueba de ello es que me voy a Montmorency —repuso friamente Lorenzo tomando su sombrero.

—Eso no importa —respondió Marcourt.

Salió Lorenzo, y Marcourt, que había salido con él, le vio subir a un coche de púro; pero Lorenzo se hizo llevar al Bosque de Bolonia, en donde comió solo en un cafetín, y de donde volvió, cerrada la noche, a pie y entregado a sus ensueños.

El bosque de Bolonia no era entonces lo que es ahora. Era más pequeño, más abandonado, más pobre, más misterioso y más campestre. Se podía soñar en él.

Los Campos Elíseos, menos lujosos y menos habitados que hoy, tenían nuevos barrios, en que se alquilaban, a precios modestos, casitas con jardincillos de aspecto íntimo, familiar. Allí se podía vivir y trabajar.

En una de aquellas casitas blancas y limpias, rodeada de lilas en flor, tras de un seto

de espino albar, cerrado por una valla parda de verde, vivía Teresa. Corría el mes de mayo. El tiempo era hermoso. Como se acordó Lorenzo, a las nueve de la noche, a esta valla, en la calle desierta y terminada, en que todavía no se habían apareado los faroles y en que sobre los desmontes crecían las ortigas y las malvalocas, él mismo no se hubiera podido explicar.

Era muy espesa la valla, y Lorenzo la vuelta silenciosamente, sin distinguir cosa que hojas levemente doradas por el que supuso colocada en el jardín la mesilla, junto a la cual tenía costumbre fumar cuando pasaba la velada en la terraza. ¿Fumaban, pues, en el jardín de Teresa el té, como otras veces? Teresa anunció a Lorenzo, que esperaba a familia provinciana, y él sólo escuchó misterioso murmullo de dos voces, de una parcialidad de la Teresa y la otra en tono muy bajo. ¿Era voz de hombre? Lorenzo escuchó con tal ahínco, que se sentó zumbidos en las orejas, hasta por fin, oyó o creyó oír estas palabras por Teresa:

—¿Qué me importa todo eso? No sé más que un amor en la tierra, y es esto.

—Ahora —se dijo Lorenzo, alejándose caprichosamente de la calleja desierta y dando a la ruidosa avenida de los Campos — ya estoy tranquilo. ¿Tiene un alma? Después de todo, no estaba obligado a mí mismo. Pero tampoco debió haberse de manera que yo creyese que ni era ni sería de nadie. Sobre como la necesidad de engañar sobre todo me importa; ¿No lo hubiese creído? Preciso es, sin embargo, que algo me importase, aunque no quería confesárselo a mí mismo, poniéndome en acecho y dedicándome a espiar de los oficios, cuando no es celoso. No sé si me he equivocado, pero una gran vergüenza y de una gran necesidad de desear a una mujer, que no me las demás nada deseable, ni siquiera la necesidad.

Detuvo Lorenzo a un coche que se alquilado y partió para Montmorency, metiéndose pasar allí ocho días y no más de quince a casa de Teresa. A pesar de resolución, sólo permaneció en la casa de Teresa y ocho horas, y la tercera noche encontró a la puerta de Teresa, justamente mismo tiempo que Ricardo Palmer.

—¡Oh! —dijo el americano tendiéndole la diestra—. ¿Cuánto me alegro de verle.

No pudo dispensarse Lorenzo de responder también la suya; pero tampoco le faltó el impulso de preguntar a Palmer si se alegraba de verle.

El extranjero no paró mientes en algo inoportuno del artista.

—Me alegro porque le quiero a usted como con irresistible cordialidad —repuso porque le admiraba mucho.

—¿Cómo? ¿Usted aquí? —dijo Lorenzo, admirada—. No contaba con esta noche.

Parció al joven que había un tono usada frialdad en aquellas sencillas palabras. —¡Ah! —respondió él casi a su hubiera estado consolado fácilmente, creo que he venido a turbar un momento a usted.

—Tan doloroso sería eso para usted, ella en el mismo tono festivo, parece sino que lo desea.

—Contaba usted con él, puesto que había dado contraorden. ¿Debo irme?

—No, quédese. Me resigno a esperar. El americano, después de saludar a Teresa, abrió la puerta y buscaba a la que se había encargado de entregarle. Trató Teresa la carta con aire impetuoso, haciéndole la menor advertencia.

quiere usted contestar —dijo Palmer—, en parte para La Habana.

—respondió Teresa, abriendo la de un mueblecillo que estaba al alcance de su mano—. No contestaré.

que seguía todos sus movimientos para unir la carta a otras muchas, de una, por la forma y letra, le saltó, por los ojos. Era la que había escrito tres días antes. No halló explicación porque se sintió interiormente contrariando su carta en compañía de la de entregar Palmer.

—se dejó— mezclado con sus desplumados, sin tener derecho a disponer de lo que le había pasado por la cabeza, puesto que jamás le hice el amor".

comenzó a hablar del retrato de Lorenzo se hizo rogar, espionando las ojeadas y las más tenues inflexiones de sus interlocutores, imaginando momentos descubrir en ellos un amor de que cediese; pero su interior de tan buena fe, que se trataba de reprochar sus sospechas. Si Teresa se iba a aquel extranjero, libre y sola, pareciendo no depender de nadie, ocuparse jamás de lo que de ella se decía, tenía necesidad del pretexto para recibir con frecuencia y por largo tiempo al objeto de su amor o de su

ya, no se sintió Lorenzo cohibido por manifestar su curiosidad.

—¿usted que es usted americana? —preguntó Teresa, que de cuando en cuando, en inglés a Palmer las frases que le caían del todo.

—repuso Teresa—. ¿No le dije a usted que tenía el honor de ser compatriota

usted tan bien el inglés!...

no es capaz de saber si lo hablo bien que no lo entiendo. Pero ya es usted curioso y desea saber algo de mí con Dick Palmer data de hace mucho tiempo. Pregúntelo a

no esperó la pregunta que Lorenzo se había decidido a formularle. Respondió que no era la primera vez que venía a la casa que había conocido a Teresa, y que en casa de sus ascendientes. Teresa acostumbraba a su padre haber conocido ni a su padre madre.

de la señorita Santiago era un impenetrable para las personas que se quería retratar por ella y para el número de artistas que recibía. Llegó a París, no se sabe de dónde, ni con quién, era conocida sólo desde los tres años por un retrato que le había atraído la atención de las gentes de la época y que se había estimado, desde entonces la obra de un maestro. Entonces, consciente de una vida pobre y oscura, había pasado bruscamente a una república, primera línea y a una vida desahogada, pero esto no había cambiado sus manojos, su amor a la independencia, la jovial austeridad de sus costumbres. La importancia ni hablaba jamás de su vida, sino para expresar sus opiniones y sentimientos con franqueza y valentía. No a los sucesos de su vida, tenía una manera de eludir las preguntas y de por la tangente, que la dispensaban de contestar. Si el curioso hallaba medio de tener costumbre de decir, después de palabras vagas:

—se trata de mí. No tengo nada interesante que contar, y si algún pesar he sufrido lo recuerdo, porque no tengo de pensar en él. Hoy soy dichosa por trabajar, y amo el trabajo sobre todo.

por casualidad, y después de relacionarse con compañeros de arte, trabó

ALBUM DE TEJIDOS

Tricots de moda

Todas las novedades exclusivas en materia de tejidos, para las cuatro estaciones del año, aparecen en este hermoso Album, lujosamente presentado y que pertenece a la nueva Colección "MARIBEL".

Las mujeres habilidosas, que le esperaban con tanta ansiedad, no quedarán defraudadas, pues hallarán en él cuanto necesiten para la realización de las prendas más bellas, desde formas, puntos y nuevas combinaciones de colores, hasta las explicaciones claras y concisas que facilitarán su tarea.

Originales pull-overs, blusas, chalecos y chaquetas, creados por el delicado buen gusto de la señora Elizabeth de Faludi exclusivamente para TRICOTS DE MODA, están en esta forma a disposición de las lectoras, quienes, sin duda, se apresurarán a adquirirlo, como fuente segura de inspiración para las más bonitas labores que hayan ejecutado nunca...



Con tapas en fino cartón, papel especial y encuadernación sistema Avon, perforado, con alambre sin-fín, que permite doblar la página en la labor escogida, protegiendo su mejor conservación a pesar de su uso continuado. Tamaño 31 X 23 centímetros.



Reproducción en tamaño muy reducido del Album y de los grabados que ilustran uno de los modelos.



Contiene 90 modelos con 300 fotografías y un patrón para cada modelo. Además de proporcionar instrucciones claras y sencillas para la ejecución de cada labor, tiene dibujos explicativos de los detalles en colores de cada prenda.

Se vende al extraordinario precio de \$ 8.— (Flete: 30 ctvs.)

Solicítelo a su librero o a la
**EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA S. R. L.**

Capital \$ 3.800.000

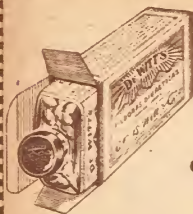
Esmeralda 116-Buenos Aires

Adjunto \$ 8.30 para que me remitan por certificado a y vuelta de correo el álbum TRICOTS DE MODA.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 241



Píldoras diuréticas

(aumentan la cantidad de orina)

y para las vías urinarias

EN VENTA EN FARMACIAS EN FRASCOS DE 40 Y 100 PÍLDORAS

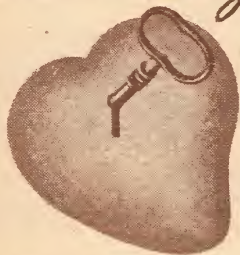
Píldoras DE WITT

PARA CONSERVAR LA BOCA
HIGIENICA USE TODOS LOS DIAS

Piorri Brisol

LIQUIDO

¡Abra su corazón!



Hágase socio
Envíe su adhesión
Solicite formulario
Asociación Cooperadora
de la Asistencia Pública

Esmeralda
48



U.T. 34-4001
Buenos Aires

amistad Lorenzo con la señorita Santiago. Lanzado, como hombre de la moda y como artista, en un doble mundo, *monsieur Fauvel*, veinticuatro años, tenía la experiencia que no siempre se tiene a cuarenta. Ofendíase o entristecíase a veces; pero carecía de experiencia del corazón, que no se aprende en la vida desordenada. Gracias al escepticismo de que se vanagloriaba, había empezado a afirmarse a sí mismo que todos los que Teresa trataba como eran sus amantes, y le habría sido preciso oírlos poco a poco, para probar la pureza de su amistad con ella, para llegar a derivarla como una persona capaz de una pasión, mas no de una explotación de galantería.

Sintióse, desde entonces, vivamente interesado en conocer la causa de esta anomalía: una mujer joven, hermosa e inteligente, absolutamente libre y voluntariamente aislada. La vio con frecuencia; todos los días; al principio con toda suerte de pretextos; presentándose como un amigo sin otras aspiraciones, demasiado galán para unirse a una mujer formal, demasiado idealista, a pesar de todo, para no tener necesidad de afecto y no apreciar el valor de su amistad desinteresada.

Aquello fué verdad al principio; pero ya el amor había sembrado en el corazón del joven, y ya hemos visto que Lorenzo se opone a la invasión de un sentimiento que trataba de encubrir a sí mismo, con tanta más razón cuanto que era la primera de su vida que lo experimentaba.

—Pero —dijo después de prometer a Palmer que probaría su retrato—, ¿por qué diablo tiene usted tanto empeño en que tal vez no resulte bueno, cuando conoce usted a la señorita Santiago, que no se opone a hacer uno, que sería de seguro su retrato?

—Se niega —respondió Palmer caudorosamente— y no sé. Yo he prometido a mi madre, que tiene la debilidad de creerme muy hermoso, un retrato de maestro, y si el retrato lo quiere, me dirá que no tiene parecido. He aquí por qué me dirige como a un maestro idealista. Si usted no lo consiente, tendrá gusto de no complacer a mi madre, o el fastidio de seguirle.

—No buscará usted mucho tiempo. ¡Hay tantos pintores que yo!...

—No encuentro a ninguno; pero suponiendo que existan, es posible que no pudieran hacerme en seguida, y yo tengo que enviar el retrato. Quiero que lo reciba en el aniversario de mi nacimiento, para el que faltan cuatro meses, y el transporte cerca de dos.

—Es decir, Lorenzo —añadió Teresa—, que es preciso hacer en seis semanas la suma, y como yo sé el tiempo que le falta para hacer su palabra, ¿no es así?

Palmer alargó su mano a Lorenzo, diciendo:

—Hecho el contrato. No hablémos del precio: lo fijará la señorita Santiago. De antemano estoy conforme, ¿a qué hora?

Convenida la hora, tomó Palmer su sombrero, y Lorenzo se obligó a hacer lo mismo por consideración a Teresa. Pero no paró mientes en ello, y partió después de estrechar la mano de la señorita Santiago.

—¿Debo seguirle? —dijo Lorenzo.

—No es necesario —repuso ella—. Todas las personas que conocen bien. Solamente le ordeno que se marche a las diez, en estos últimos tiempos me he entretenido charlando con usted cerca de la medianoche, y como pasadas las cinco de la mañana es imposible dormir, me encuentro después muy fatigada.

—¿Y por qué no me despedía usted?

—No pensaba en tal cosa.

—Si yo fuese presuntuoso, podría envanecerme de ello, —dijo—, Gracias a Dios, no lo es usted. Lo deja para los imbéciles la cortesía, maestro Lorenzo, tengo que reñirle. Me dice que trabaja usted.

—Y, sin duda, por forzarme a trabajar, me ha puesto una garganta, como una pistola, la cabeza de Palmer.

—¿Y por qué no?

—Es usted buena, Teresa; lo sé. Quiere usted hacerme rico.

—No pretendo mezclarme en sus medios de vida; no tiene derecho. No tengo la dicha... o la desgracia de ser su hermana... en Apolo, como dice nuestro clásico, pero yo no puedo menos de afligirme por sus accesos de pereza.

—Pero, ¿en qué puede eso interesarla? —exclamó Lorenzo—, to me mezclado de gozo y despescho que advirtió Teresa, y la a responder con franqueza:

—Querido Lorenzo —dijo—, escúcheme bien: es preciso explicarnos. Tengo verdadera amistad hacia usted.

—Me congratulo de ello, pero no sé explicarme. No tiene bre a propósito para hacer amigos. Teresa. Tampoco era amistad, como en el amor entre un hombre y una mujer.

—Me lo había usted dicho ya, y me importa poco que yo doy crédito a lo que siento, y siento por usted interés. Soy así; no puedo tolerar tanto a mí un ser cualquiera sin cariño y desear que sea feliz. Tengo el hábito de hacer puedo por lograrlo sin cuidarme de que me lo agradezca. No es un ser cualquiera, es un hombre de talento, y lo que

en que también lo sea, un hombre de corazón. Un hombre de corazón y? Desde luego, si usted entiende por eso el mundo entiendo. Se batirán en duelo, pagar mis deudas a la mujer que lleve del brazo, sea quien fuere. Pero si me juzga de corazón tierno, amante, sincero... ¿Se pretende usted que le tengan por un hombre viejo, gastado, corrompido. No hago caso de tales pretensiones. En estos tiempos la moda que se lleva mucho. En usted es una enfermedad real, que pasará cuando usted quiera. Es usted hombre de corazón precisamente porque el vacío de su corazón le hace sufrir, y un día una mujer que llenará ese vacío, si acierta a llenar y usted la deja cumplir. Pero no me proponía hablar de esto al artista. En usted es desgraciado el hombre, porque él no está contento de sí mismo.

¿Gusta usted, Teresa—respondió Lorenzo vivamente—. Es todo un mundo. El hombre es el que sufre en el artista y lo ahoga. No hacer de mí. El hastío me mata. Hastío, ¿de qué? me va a decir. ¡Hastío de todo! No puedo, como usted, permanecer tranquilo durante seis horas de trabajo, dar una vuelta por el campo echando migajas de pan a los pajarillos, volver a trabajar cuatro horas y después dormir por la noche a dos o tres minutos como yo, por ejemplo, hasta que llega la hora del reposo. Los días son tristes, mis pasos agitados, mi trabajo febril. La conciencia me turba y me hace temblar, la fiebre, siempre muy lenta al principio, me produce horribles palpitaciones, y solo librando de mí mis solitarios divos a luz la idea que me enloquece entonces. Si la retoco es mucho peor; ya no lo siento. Vale más esperar otra, y ésta llega a mí tan confusa, tan grande, que mi espíritu no puede contenerla. Me oprime, me tortura, se reduce a proporciones realizables y vuelve entonces el momento, el del parto, verdadero sufrimiento físico que no sé. Así transcurre mi vida cuando me dejo dominar por el arte que he dentro de mí, al que el miserable hombrecillo que arranca uno a uno, con el forceps de su voluntad, ramdejo muertos. Por eso, Teresa, es mejor que yo viva como usted, que cometa toda clase de excesos y que me asesine ese recuerdo que mis compañeros llaman modestamente su inspiración. Yo llamo sencillamente mi enfermedad.

¿De modo que es cosa decidida, resulta—dijo Teresa sonriendo—. ¿Usted trabaja para su inteligencia? Bueno, pues no creo de eso una palabra. Si mañana le propusieran ser el príncipe de los reyes de S..., con los millones del uno o los famosos caballos de usted diría, refiriéndose a su polbre y despreciada paleta: ¡Váyase a mi adorada!

¿Despreciada mi paleta? ¿Usted no comprende, Teresa! Es un instrumento de gloria, lo sé demasiado, y lo que llamamos gloria es la herencia concedida al genio, más pura y más exclusiva que la que otorga a los honores y a la fortuna. Por lo tanto, es una gran cosa y un gran placer para mí el poder decir: "No soy más que un aristócrata sin dinero, y mis iguales, que no quieren rebajar sus miramientos, llevan una vida de guardabosques y tienen por aventajantes las que las acecen con las recogedoras de ramas, y a las que pagan con haces de leña. Yo he olvidado mi nobleza, he dejado una profesión, y ocurre que a mis veinticuatro años, he pasado sobre un caballo de alquiler por en medio de los hombres ricos y mis derrochadores de París, montados en caballos de mil francos, si entre los papanatas sentados en los Campos Elíseos un hombre de talento o una mujer de buen gusto, es a mí a quien miran y nombran, y no a los otros. ¿Se ríe usted? ¿Me juzga vanidoso?"

No, pero sí muy niño, a Dios gracias! No se matará usted. Pero si no pienso en suicidarme! ¡Año ni vida tanto como otro! ¿Y con todo mi corazón, se lo juro a usted! Pero eso es lo que me gusta, que mi paleta, instrumento de mi gloria, es el instrumento de mi sacrificio, porque no sé trabajar sin sufrir. Por eso busco en el arte, no la muerte de mi cuerpo o de mi inteligencia, sino el alivio y el aplacamiento de mis nervios. Eso es todo, Teresa. ¿Qué le parece si no sea razonable? Solo trabajo como debo cuando la vida me rinde.

—Es cierto—dijo Teresa—, lo he observado, y me ha extrañado como una anomalía; pero creo que este modo de producir no le mata a usted, y no puedo concebir lo contrario. Responda usted a esta pregunta: ¿Ha comenzado usted su vida actual por el trabajo y la actividad y ha sentido entonces la necesidad de aturdirse para descansar?

—No, al contrario. Salí del colegio enamorado de la pintura, pero pensando jamás que me vería obligado a pintar. Creíame rico. Mi padre murió, no dejando más que unos treinta mil francos, que me apresuré a devorar para tener en mi vida, al menos, un año de bienestar. Cuando mi bolsillo quedó vacío, tomé los pinceles: me han condenado y me han subido a las nubes, lo que, en nuestros días, equivale al mayor éxito posible, y ahora, durante unos cuantos meses, unas cuantas semanas, me entrego al fausto y al placer mientras me dura el dinero. Cuando no me queda nada, casi debo alegrarme,

ORGULLO DEL BUEN TIRADOR...



ESCOPETAS - RIFLES - CARABINAS



Se fabrican en diversos modelos y con todos los calibres y se venden con certificado de garantía.

SI SU VENDEDOR NO LAS TIENE SOLICITELAS A

• LEONARDO REDAELLI SALTA 1071 - Bs. AIRES •

PEINA MEJOR



RINDE MAS

Esta es la UNICA y verdadera





PRACTICOS Y MODERNOS

REPASADORES ORO y PLATA

COLORES FIRMES GARANTIZADOS

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer modelo "La Moderna", con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300.- mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE Co

Salta N° 482

Buenos Aires

TENEMOS UN EMPLEO PARA USTED

A quienes sigan el curso de **VENDEDORES**

para ambos sexos que dictamos por correspondencia, garantizamos un empleo al finalizar el mismo. Enviando \$ 0.60 en estampillos recibirá una lección de muestra.

Solicite informes a

AMCAR

Diag. Roque Sáenz Peña 615 - Buenos Aires

Desde su lugar de origen, provea una elaboración efectuada bajo el más estricto control, llega al mostrador

Fertilinets

Frascos de 40 y 100 tabletas.

Venta en farmacias.

porque también he llegado al límite de mis deseos y de mis fuerzas. Vuelvo entonces al trabajo con rabia, con dolor, con ahínco, y, una vez terminado, tornan a comenzar el ocio y el derroche.

—¿Y hace mucho tiempo que lleva usted esa vida?

—A mi edad no puede hacer mucho tiempo. Hace tres años.

—Demasiado para su edad. Además, ha empezado usted mal; ha prendido usted fuego a sus alas antes de levantar vuelo; ha bebido usted vinagre para no creer. A pesar de ello se ha engrandecido su cabeza y su genio se ha desarrollado; pero quizá se ha atrofiado el corazón, quizá no será usted jamás ni un hombre ni un artista completo.

Las palabras de Teresa, pronunciadas con tranquila tristeza, irritaron a Lorenzo.

—Luego usted me desprecia? —exclamó levantándose.

—¡No —repuso ella tendiéndole la mano—, le compadezco!

Lorenzo vio que dos gruesas lágrimas se deslizaban lentamente sobre las mejillas de Teresa.

Aquellas lágrimas provocaron en él una violenta reacción; un diluvio de llanto inundó su faz, y cayendo de rodillas ante Teresa, no como un amante que se declara, sino como un niño que se confiesa:

—¡Ah, mi buena y querida amiga! —gritó tomándole las manos—. Razón tiene usted en compadecerme, porque soy digno de compasión. Soy desgraciado, tan desgraciado, que hasta me avergüenza decirlo. Esto que llevo en el pecho en el lugar del corazón, sin cesar suspira por no sé qué, y no acierto qué es lo que debo darle para apaciguarlo. Amo a Dios, y no creo en él. Amo a las mujeres, y las desprecio. A usted puedo decirselo; a usted, que es mi amiga y mi camarada. Algunas veces me sorprende idolatrando a una cortisana, mientras quito junto a un ángel estaría frío como un mármol. Todo está trastornado en mí, todo fuera de su cauce en mis instintos. Si yo le dijera que en mí el vino me sugiere ideas risueñas! Mi borrachera es triste, según dicen; anteayer, en la franchaca de Montjuerenci, me puse a declamar versos trágicos con entonación tan pavorosa como ridícula. ¿Qué va a ser de mí, Teresa, si usted no me tiene compasión?

—Cierro que la tengo, pobre hijo mío —dijo Teresa enjugándole los ojos con su pañuelo—; pero, ¿de qué le va a servir?

—¡Si usted me amase, Teresa! ¡No me retire sus manos! ¡No me ha permitido ser para usted un amigo especial?

—He dicho a usted que le quería, y usted me ha contestado que no podía creer en la amistad de una mujer.

—Quizá en la de usted era. Debe usted tener un corazón de hombre, puesto que tiene fuerza y talento. Vuélvame su afecto.

—Nunca dejé de tenerlo, y me place probar a ser un hombre para usted —respondió ella—; pero tal vez no acierte a manejarlo. La amistad de un hombre debe tener más rudeza y autoridad de las que soy yo capaz de usar. A pesar mío, más bien que reír a usted, le compadezco, y... ¡ya ve! Habíame prometido hoy humillar a usted, irritarle contra mí y contra usted mismo; en vez de ello, heme aquí llorando con usted, con lo que nada se consigue.

—¡Al contrario! ¡Al contrario! —exclamó Lorenzo—. ¡Eas lágrimas son benéficas, han regado la tierra abrasada. Tal vez mi corazón retoñará. ¡Ah, Teresa! Usted me dijo una vez que yo hacía gala ante usted de cosas que me debían avergonzar, que era como el muro de una cárcel. Olvidó usted algo; ¿que detrás de ese muro vivía un prisionero! Si yo pudiera abrir la puerta, le vería usted; pero la puerta está cerrada, el muro es de bronce, y mi voluntad, mi fe, mi ardimiento,

mi misma palabra, no pueden romperlo. ¡Taré condenado a vivir y morir así? ¿De mí servirá haber embarrado de pintura fantásticas los muros de mi celda, si la palabra *amor* no se ve escrita en ninguna parte?

—Si no he comprendido mal —dijo Teresa—, usted cree que su obra tiene cesidad de que el sentimiento le preste fuerza y emoción.

—¿No lo cree usted así también? ¿No notificaban eso sus reproches?

—No del todo, porque lo que sobra en ejecución de las obras de usted es el *tal* y la crítica se lo echa a usted en cara. He mirado siempre con respeto esa exhibición en la juventud de los grandes artistas cuyas bellezas impiden a los entusiastas darse a desmenuzar los defectos. En vez de estimar que el trabajo de usted es frío y fático, pareceme ardiente y apasionado, buscaba dónde estaba en usted el foco de pasión. Ahora lo sé: reside en el deseo. Ciertamente —añadió, siempre pensativo—, si se tratase de rasgar el velo de su pensamiento—, el deseo puede ser una fuerza.

—En qué me usa usted? —dijo Lorenzo, guiñando la dirección de sus miradas.

—Me pregunto si debo declarar la guerra a esa potencia que en usted reside, y persuadirlo de que viva feliz y tranquilo bajo el fuego sagrado. Sin embargo, como sé que la aspiración no puede ser permanente para el alma y que, cuando expresamos vivamente en nuestros sentimientos accesos, o ha de extinguirse, o nos matamos. ¿No tiene cada edad su propia manifestación exclusiva? Lo que las diversas maneras de los maestros, la expresión de las transformaciones de su ser? ¿Será posible a los treinta haber aspirado a todo sin haber envejecido? ¿No habrá usted adquirido la experiencia de algo? Usted está en la edad de la fe del ensueño. Pronto la sucederá la de la realidad. ¿No quiere usted progresar?

—¿Depende acaso de mí?

—Sin duda, si usted no se empeña en destruir el equilibrio de sus facultades. Yo me convenceré usted de que el agotamiento es el remedio de la fiebre; lo que es, a fatal resultado.

—Entonces, ¿qué febrífugo me aconseja usted?

—No sé: tal vez el matrimonio.

—¡Horror! —gritó Lorenzo estallando en carcajadas.

Después añadió, riendo siempre y sacando cuenta de por qué le acudía a la palabra tal correctivo:

—A menos que no fuese con usted, Teresa. ¿Es una idea, verdad?

—Encantadora —repuso ella—, pero completamente imposible.

La respuesta de Teresa chocó a Lorenzo por su tranquila firmeza, y lo que se le decía de decir como una agudeza le pareció pronto como un ensueño desvanecido, aterrado, que hubiera tomado posesión del fondo de su alma. De tal modo estaba aquel potente y desdichado espíritu, que bastaba la palabra imposible para hacerle sensible cualquier cosa, y precisamente la palabra era la que Teresa acababa de anunciar.

Asaltáronle de pronto sus veleidades amor hacia ella, y sus sospechas, y sus...

...y su cólera. El encanto de aquella amistad había mecido y casi embriagado hasta el momento. De súbito tornóse frío y serio.

—¡Ah, sí! —dijo tomando su sombrero y marchándose—. Ya está aquí la palabra que en mi vida a propósito de todo, traslada por una broma, ora como consecuencia algo serio: *imposible*. Usted no conoce a su enemigo, Teresa. Usted lo ama todo tristemente. Tiene usted un amante, o un amor que no es celoso, porque conoce que...

y razonable. Eso me hace recordar tanto corre y que tal vez, ahí fuera, mi salida los treinta y siete primeros dice usted? —preguntó Teresa estupefacta. ¿Qué ideas se le ocurren? ¡Padece de ideas de locura? —dijo ella algunas veces —respondió él alejándose—, pero perdonámelos.

CAPITULO II

En la mañana Teresa recibió la carta siguiente de Lorenzo:

Querida y querida amiga: ¡En qué espere de usted ayer! Si dije alguna cosa, olvídela, porque no tuve conciencia de mis palabras. Padece una ofusca que se dispuso al salir de su casa, pero entré a la puerta de la mía, en camino recordar cómo y cuándo había a él.

La frecuencia me aconteció, amiga mía, hablo pronunciando una palabra, cuando pienso decir otra. Compadéceme, amiga. Tiene usted razón: estoy enferma, y lo que llevo es detestable.

¿Qué derecho puedo tener para usar la justicia de reconocer a usted de tres meses de tratar a usted íntimamente la primera que le dije, ¿Qué carta que sea usted prometedora, casada?

Quiere usted que todo el mundo lo vea? He tratado yo de saberlo? ¿Se lo preguntó? ¡Ah, Teresa! Aun vacila mi esta mañana, sé que miento, y a usted le quiero mentar. Mi primer impulso de verdad, respecto de usted, lo tuve el por la noche. El de ayer fue el seguro a usted que será el último, y no me torne a retonar esta cuestión, confesándose a usted todo. Estuve días a la puerta de su casa, es decir, fuera de su jardín. Miré, no vi nada; pero, algo escuché. ¿Qué importa lo que ignoro su nombre, no vi su figura?

¿Usted es mi hermana, mi confidente, mi amiga? Sé que ayer lloraba a usted, y que usted enjugó mis ojos con su pañuelo, diciéndome: "¿Qué hacer, qué hacer, hijo mío?" Sé que, prudente, la tranquiliza, respetada, siendo a la vez, feliz, aun halla usted ocasión y caridad de compadecerme, de saber a usted de querer que viva más y mejor.

Teresa, el que no la bendiga será ingrato, y por miserable que yo sea, no la ingratiaré. ¿Cuándo quiere usted ver a Teresa? Creo que le he ofendido, pero me faltaba. ¿Voy a su casa esta mañana? Si me dice usted que no, es como si me denara al infierno.

Recibí, al volver su criado, la carta de Teresa. Era breve: "Venga esta mañana. No era Lorenzo ni desconocido ni extraño, aunque varias veces se propuso sentirse inclinado a ser una u otra. Era, como ya se habrá visto, un ser de contrastes, que describimos sin exactitud, porque no sería posible; ciertos casos se escapan al análisis lógico.

La respuesta de Teresa le hizo temblar el corazón. Nunca le había escrito en aquel día. Tenía su brusca partida del día anterior, fundamento que traía la consecuencia de aquella orden de ir a comprobarlo? ¿Bambaa a una cita amorosa? Aquellas palabras secas y ardientes, ¿habían sido por la indignación o por el delirio?

¿Por mister Palmer, y Lorenzo, agitado y apurado, tuvo que comenzar su retrato, prometiendo interrogarlo con habilidad consumada y arrancarle todos los secretos de Teresa. No halló la frase para entrar en materia, y como el americano posaba condescientemente, inmóvil y mudo como una estatua, transcurrió la sesión casi sin despegar los labios ni uno ni otro.

Tuvo tiempo Lorenzo de calmarse lo bastante para estudiar la fisonomía placida y correcta de aquel extranjero. Era de una perfecta hermosura, lo que le daba ese aire inanimado que caracteriza a las facciones de admirable regularidad. Examinándolo mejor, advertíase la finura de su sonreír y el fuego de su mirada. A la vez que hacía Lorenzo tales observaciones, calculaba la edad de su modelo.

—Perdonad —le dijo de pronto—, pero quisiera y debo saber si usted es un joven envejecido o un hombre maduro muy bien conservado. Por mucho que le miro no llego a comprender lo que veo.

—Tengo cuarenta años —respondió Palmer sencillamente.

—Mi enhorabuena —replicó Lorenzo—. ¿Goza usted de completa salud?

—Excelente —dijo Palmer, recorriendo su actitud cómoda y su tranquila sonrisa.

—Es la imagen de un amante feliz —pensó el artista— o la de un hombre que no ha amado otra cosa que el *roast beef*.

No pudo resistir al deseo de proseguir diciendo:

—¿De modo que conoció usted muy joven a la señorita Santiago?

—Tenía quince años cuando la vi por primera vez.

No se atrevió Lorenzo a preguntar en qué año. Parecía que, al hablar de Teresa, se le encendía el semblante. ¿Qué le importaba la edad de Teresa? Su historia es lo que anhela conocer. Teresa no aparentaba tener treinta años. Palmer pudo no ser para ella entonces más que un amigo. Había contestado con voz clara y vibrante pronunciación. Si era él a quien Teresa dijo: "No amo a nadie más que a usted", hubiera respondido de modo muy diferente.

Llegó, por fin, la noche, y el artista, que no acostumbraba a ser puntual, apareció antes de la hora en que Teresa solía recibirle. Hallóla en el jardín, ociosa, contra su costumbre, y paseando agitada. Corrió a su encuentro en cuanto le vió, y tomándole la mano con más autoridad que afecto:

—Si es usted un hombre de honor —le dijo—, me va a repetir todo lo que oyó a través de esa valla. Vamos, hable: ya escucho.

Sentóse en un banco, y Lorenzo, irritado por acogida tan inesperada, trató de inquietarla con respuestas evasivas. Pero ella le dominó con una actitud de descontento y una expresión en el semblante que le era desconocida. El temor de una ruptura definitiva hizo declarar sencillamente la verdad.

—De manera —torció a decir ella— que eso es todo lo que oyó. ¿Que yo decía a una persona a la que usted no pudo entrever: "Es usted hoy mi único amor en la tierra?"

—Lo he soñado, Teresa. Estoy dispuesto a creerlo así si usted me lo manda.

—No, no ha soñado usted. He podido, he debido decir eso. ¿Y qué me contestaron?

—Nada oí —repuso Lorenzo, a quien la respuesta de Teresa hizo el efecto de una ducha fría—, ni aun el sonido de una voz. ¿Está usted tranquilo?

—No. Quiero saber más. ¿A quién supone usted que hablaba yo así?

—No supongo nada. Todas las amistades de usted me son conocidas, excepto Palmer.

—¡Ah! —exclamó Teresa con aire de satisfacción extraño—. ¿Creyó usted que era Palmer?

—Por qué no? ¿Sería injurioso para usted suponer que había existido, entre usted y él, un afecto antiguo, hoy renovado? Sé que las relaciones de usted con todos los que veo frecuentar su casa de tres meses acá, son tan desinteresadas por su parte y tan indiferentes por la de usted, como las que yo con usted sostengo. Palmer es de arrogante figura y de maneras distinguidas. Me es muy simpático. Ni tengo el derecho ni la pre-

Utilice sus manos
y su cerebro para
GANAR DINERO!



**APRENDA A HACER
TRABAJOS PLASTICOS,
JUGUETES, FANTASIAS,
OBJETOS DE ASTA Y HULE**

**Solicite informes
enviando o mencionando
este aviso, a**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL
Y COMERCIAL**

SARANDI 1273 BUENOS AIRES

APRENDA RADIO!

Curso completo en 4 tomos, \$ 20.—. Claramente
expuestos están en estos libros los más modernos
conocimientos sobre radiotécnica. Además se incluyen
lecciones para la construcción de receptores y transmisores, con un amplio estudio sobre cine sonoro.

Cada tomo, \$ 5.—. (Flete: \$ 0.75)
Envíos C. Rembolso. Pedidos: A. WARD
Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.



**Ortopedia
Científica**

La ortopedia moderna ha realizado grandes conquistas en su técnica. TOUSON las ha aplicado y las proporciona en todos sus aparatos ortopédicos, así como en sus miembros artificiales, livianos, cómodos y, en una palabra, perfectos.

CONSULTAS GRATUITAS

Seriedad-Responsabilidad-Prestigio

INSTITUTO ORTOPEDICO

TOUSON

PUEYRREDON 1318 - U. T. 41, PLAZA 9708

SOLICITE FOLLETOS

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____ F. C. _____

atención de pedir a usted cuenta de sus particulares afectos. Pero... dirá usted que la he espiado...

—Sí, es cierto —dijo Teresa, sin parecer dispuesta a negar cosa alguna—; ¿por qué me espiaba usted? Aunque no lo comprendo, me parece mal. Explíqueme ese capricho.

—¿Teresa! —respondió vivamente el joven, resuelto a acabar con su tormento interior—. Dígale usted que tiene un amante, y que ese amante es Palmer, y yo amaré a usted de todo corazón y le hablaré con completa ingenuidad. Pediré a usted perdón de un acceso de locura y nunca más tendrá usted nada que reprocharme. Vamos, ¿quiere usted que sea su amigo? A pesar de mis baladronadas, comprendo que me hace falta y que soy digno de serlo. Sea usted franca conmigo: eso es todo lo que le pido.

—¡Pobre amigo mío! —respondió Teresa—. Me habla usted como a una coqueta que trata de retenerle, junto a sí teniendo una falta que confesar. No puedo aceptar esa situación: no me conviene, Palmer no ha sido ni será jamás para mí más que un amigo estimadísimo, con quien no he llegado nunca a intimar y al que hace tiempo que había perdido de vista. Es todo lo que debo decir a usted, y nada más. Mis secretos, si los tengo, no han menester de desahogo, y ruego a usted no se mezcle en ellos más de lo que yo deseo. A usted no le toca preguntar, sino responderme. ¿Qué hacía usted aquí hace cuatro días? ¿Por qué me espiaba? ¿Qué acceso de locura es el que debo conocer y juzgar?

—No es alentador el tono en que usted me habla. ¿Por qué he de ser sincero cuando usted no se digna tratarme como a un buen camarada ni tiene confianza en mí?

—No lo sea usted, pues —replicó Teresa levantándose—. Eso me probará que no merece usted la estimación de que le he dado pruebas, y que, tratando de averiguar mis secretos, usted no la sentía por mí.

—¿Me despiade usted? —repuso Lorenzo—. ¿Todo ha concluido entre nosotros?

—Todo. Adiós —respondió Teresa severamente.

Salíó Lorenzo presa de tal cólera, que no le permitió pronunciar una palabra; mas aun no hubo andado treinta pasos retornó, diciendo a Catalina que había olvidado un encargo que se le había dado para su señora. Halló a Teresa sentada en un saloncillo. La puerta que daba al jardín permanecía abierta. Parecía que Teresa, desolada y abatida, estaba absorta en sus reflexiones. Su acogida fue glacial.

—¿Vuelve usted? —dijo—. ¿Qué ha olvidado?

—He olvidado decir a usted la verdad.

—No quiero saberla.

—¿Pues no me la preguntaba usted?

—Creí que usted me la diría espontáneamente.

—Podía, debía hacerlo; creí mejor callarla. ¿Crece usted posible, Teresa, que un hombre de mi edad la vea sin quedar enamorado de usted?

—¿Enamorado? —dijo Teresa frunciendo las cejas—. De modo que al decirme que usted no se podía enamorar de mujer ninguna se burlaba usted de mí.

—No; decía lo que pensaba.

—Entonces se equivocaba usted, y resulta que se ha enamorado, ¿no es eso?

—¡Ah, no se enfade! ¡Dios mío! No hay nada de eso. Han pasado ráfagas de amor por mi imaginación, por mis sentidos, si a usted le parece mejor. ¿Tan poca experiencia tiene usted que lo juzga imposible?

—Tengo la edad de la experiencia —respondió Teresa—, pero he vivido sola mucho tiempo. No tengo experiencia de ciertas situaciones. ¿Le extraña? Sin embargo, así es. Soy bastante candorosa, aunque he sido en-

gañada... como todo el mundo. Usted me ha dicho cien veces que me respetaba demasiado para ver en mí a una mujer, porque usted no amaba a las mujeres más que groseramente. Creíme, por lo tanto, a salvo del ultraje de sus deseos y de todo lo que me hacía estarme: su sinceridad sobre este punto era lo que estimaba más. Me ligué a usted con tanto más descuido cuanto que usted vez, acordérese usted, nos dijimos riendo, pero en el fondo seriamente: "Entre dos seres, uno idealista y otro materialista, se extendió el mar Báltico".

—De buena fe lo dije, y eché a andar tranquilo por mi ribera, sin acometerme la idea de atravesar el mar; pero ha acontecido que por la parte en que yo estaba no resistió el hielo. ¿Qué culpa tengo yo de tener veinticuatro años y de que usted sea hermosa?

—¿Lo soy todavía? Créa que no.

—No sé; no me lo parecía usted antes, pero un día venturoso así se me mostró usted. De sobra sé, por lo que a usted se refiere, que este cambio fue involuntario; también involuntariamente prendió en mí esa seducción, tan involuntariamente, que fué contra mi prohibición y mi anhelo de huir de ella. Dí a Satanás lo que a Satanás pertenecía, mi pobre alma, y traje aquí a César lo que era de César: mi respecto y mi silencio. Ocho o diez noches hace, sin embargo, que esta mala idea me acosa en sueños. Se disipa cuando estoy junto a usted. Le juro, Teresa, que cuando la veo, cuando me habla, me siento calmado. No recuerdo haber descubierto mi herida más que en aquel instante de demencia que aun no acierto a explicarme. Cuando hablo de usted, digo que no es usted joven o que no me agrada el color de sus cabellos. Proclamo que es usted un buen camarada, un hermano mío, y no nuncio al decirlo. Y pasan después sobre el triste invierno de mi corazón no sé qué soplos de primavera, y pienso que es usted la que los produce. ¡Y usted es, Teresa, con ese culto por lo que usted llama el amor verdadero! Y esto da en qué pensar, a pesar de todo.

—Creo que usted se engaña: no hablo jamás de amor.

—Sí, lo sé. Ha tomado usted su partido en este asunto. Ha leído usted en alguna parte que hablar de amor es sentirlo o inspirarlo; pero su silencio tiene una gran elocuencia, sus reticencias contagian la fiebre y su excesiva prudencia tiene un atractivo diabólico.

—Entonces, no nos vemos más —dijo Teresa.

—¿Por qué? ¿Qué importa que yo pase noches de insomnio, cuando sólo de usted depende que viva tranquilo como antes?

—¿Qué hay que hacer para eso?

—Lo que he pedido a usted: decíme que pertenece usted a alguien. Lo creeré, y como soy muy soberbio, quedaré curado como por la varita de una hada.

—Y si le digo a usted que a nadie pertenezco, porque no quiero amar a nadie, ¿no bastará?

—No, porque tendré la presunción de pensar que puede usted cambiar de opinión.

—No pudo contentar la risa Teresa al ver la franqueza con que Lorenzo se expresaba.

—Bien —le dijo—: quede usted curado y vuelveme la amistad, que me enorgullecía, en lugar del amor, que me hubiese avergonzado. Amo a un hombre.

—No es bastante, Teresa. Es preciso que me diga usted: "Soy suya".

—Porque, si no, usted creerá que es usted mismo ese hombre, ¿no es eso? Pues bien, sea: tengo un amante. ¿Está usted satisfecho?

Del todo. Ve usted: le beso la mano para darle las gracias por su franqueza. Sea usted

buena por completo. Dígame que es Palmer —Imposible. Mentiría.

—Entonces... no comprendo.

—Es una persona que usted no conoce. Está ausente...

—¿Y viene de cuando en cuando?...

—Así parece, puesto que usted sorprende un desahogo...

—¡Gracias, gracias, Teresa! Ya soy feliz. Sé quién es usted y quién soy yo, y decirlo todo, creo que ahora la quiero desde que sé que es usted una mujer y una esfinge, ¡Ah! ¿Por qué no ha habido usted así antes?

—Ha atormentado mucho a usted esa cuestión? —dijo Teresa chanceándose.

—¡Eh! Tal vez. Dentro de diez años le juro a usted todo eso, Teresa, y nos reiremos juntos.

—Convenido. Buenas noches.

Retiróse Lorenzo muy tranquilo y del desengañado. Había sufrido realmente la causa de Teresa. Habíale deseado con pasión atreverse a manifestárselo. No era su misión noble y levantada; era una mezcla de vanidad y de curiosidad. Esta mujer, que todos sus amigos decían: "¡A quien Desearía que fuese a mí, pero no es a mí, apareciérase como un ideal inseparable imaginación ardía, su orgullo sangraba temor, de la casi certeza de fracasar.

Pero no sólo el orgullo dominaba. Lucian en su alma relámpagos en que le daba la noción del bien, de la verdad y de la lealtad.

Era un ángel, si no caído como los otros, a lo menos extraviado y enfermo. Necesidad de amar le devoraba el corazón. Cien veces al día preguntábase con qué se había vivido demasiado de prisa y qué le restaban fuerzas para ser dichoso.

Despertó triste y tranquilo. Ya echaba menos su quimera, su bella esfinge, que lea en su corazón con atención curiosa la que le admiraba, le reñía, le daba y le compadecía alternativamente, sin jamás nada de sí misma, pero dejándole sentir tesoros de afecto, de desinterés, de voluptuosidad. Por lo menos, así era a Lorenzo interpretar el silencio de sobre su vida, y cierta sonrisa, misteriosa, mo la de la Gioconda que aparecía en los labios y en sus ojos cuando blasfemaba de ella. En aquellos momentos parecía que "Yo podría mostrar el paraíso ante las das de ese infierno, pero este poder no me comprendería".

Una vez revelado el misterio de su zona, Teresa perdió todo su prestigio. Los ojos de Lorenzo, ya no era más que mujer como todas las demás. Casi intentado a rebajarla en su propia estima, y, aunque ella nunca había consentido dejarse interrogar, a acusarla de hipocresía de gazonía. Mas ya que pertenecía a él, no se arrepentía de haberla respetado, y seaba nada de ella, ni siquiera sus amistades se hacía la ilusión de encontrar con facilidad en otra parte.

Duró esta situación dos o tres días, los cuales imaginó Lorenzo varios pretextos para excusarse, si Teresa, por azar, le cuenta del tiempo transcurrido sin verla. Al cuarto día sintióse presa Lorenzo spleen inexplicable. Las mujeres alegres cortesanías dábanle náuseas; en ninguno amigos encontraba la paciente y delicada con que Teresa observaba su tedio. Tratar de disiparlo, para buscar con él la suya y el remedio; en una palabra, para decirle. Él sólo ella sabía lo que era oportuno, sólo ella parecía comprender que el destino de un artista como él no era una sin importancia sobre el que un espíritu

el derecho de proclamar que, si era desgraciado, tanto peor

a la casa de ella con tal premura, que hasta olvidó lo que le decía para excusar su ausencia; pero Teresa no se mostró tan sorprendida por su olvido, y le evitó mentir no le preguntaba alguna. Sintióse mortificado y dióse cuenta de que eran mayores que antes.

Visto a su amado —pensó— y me habrá olvidado". Se dejó entrever de su despecho, y puso tan excesivo cuidado en ellas y en sus gestos, que nada adivinó Teresa.

Muchas semanas en constante alternativa de rabia, de frialdad, de ternura. Nada en el mundo le era tan necesario ni tan bien como la amistad de aquella mujer; nada tan análogo ni tan como la idea de que no podía soñar en ser amado por ella. La sensación que había exigido, lejos de curarle, como él se jactó, lo agudizó su mal. Eran unos celos que tenía que reconocer, existía causa confesada y cierta. ¿Cómo pudo imaginar que, esta causa, se desdenaría de luchar con ella para destruirlo?

La tentativa hizo, sin embargo, para suplantar al infeliz a rival. Su orgullo, excesivo en lo que se refería a Teresa, no le permitía limitarse a odiar al incongruo amante, a atribuirle rasgos ridículos, a insultarle y provocarle diez veces al día.

La vida de sufrir, tornaba a la vida de crápula, olvidábase de sí misma en seguida en la más profunda tristeza. Lbse entonces dos horas en casa de Teresa, sintiéndose feliz viéndola, respirando el aire que ella respiraba, contradiciéndola para tener el placer de oír su voz anonedadora y cariñosa.

Se aborrecía porque no adivinaba sus torturas; aborrecía porque mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de él, y él jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido.

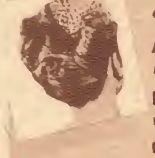
Se aborrecía porque no adivinaba sus torturas; aborrecía porque mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de él, y él jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido. Se aborrecía porque no adivinaba sus torturas; aborrecía porque mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de él, y él jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido.

¿Se aborrecía porque no adivinaba sus torturas; aborrecía porque mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de él, y él jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido. Se aborrecía porque no adivinaba sus torturas; aborrecía porque mostraba fiel a aquel amante que no podía ser más que un vulgar, puesto que ella no sentía la necesidad de hablar de él, y él jurándose no volver en mucho tiempo, y hubiera a la hora si creyera ser recibido.

los sufrimientos y todos los peligros de los dos amigos perseguidos, ocultos, bajo la capa de esa burlesca alegría, que el modo de ser, como el sello indeleble de los artistas franceses, una segunda naturaleza que los extranjeros del norte no comprendían con frecuencia, y por la que los graves ingleses, sobre todo, se burlaban olímpicamente. Y, sin embargo, es la que constituye el encanto de las más delicadas amistades. Buscar el lado ridículo de las cosas, el lado débil e ilógico. Reír de los peligros en que se ve el alma, es ejercitarse en afrontarlos, como nuestros soldados en la línea de fuego riendo y cantando. Burlarse de un amigo es de un decaimiento de ánimo en que nuestra piedad le hubiera a complacerse. Por último, burlarse de uno mismo es presenciar la estúpida embriaguez del amor propio exagerado. He notado a menudo que jamás se chancean están dotadas de una vanidad e insupportable.

La vanidad de Lorenzo rebosaba de color y de ingenio como su vida era tanto más natural cuanto original. Teresa tenía menos que él, tendiendo más al ensueño y a ser parca en la conversacional necesaria la alegría de los demás; entonces la suya, poco haciase de la partida, y su risa silenciosa no carecía de encanto. El resultado de este constante buen humor en que ambos se mantenían era que el amor, capítulo sobre el que Teresa no se chanceaba ni gustaba de que se chanceasen delante de ella, no hallaba a medio de deslizar una palabra, de dejar oír una nota.

Un día en que el retrato de Palmer se terminó, y Teresa entregó a Lorenzo, de parte de su amigo, una buena cantidad, que el arrojó a guardar para el caso de una enfermedad o de un gasto



...y también al mirarse en su espejo, este le decía, como en el famoso cuento, "eres la más hermosa del mundo". Para lograrlo, recuerde que el cuidado de su cabellera, la belleza de su permanente y la hermosura de su cutis le son indispensables.

LA ESMERALDA

La mejor y más grande Peluquería de Señoras en Sudamérica con su personal realmente experto le aseguran esa belleza que usted busca

PERMANENTES PRINCESA
SUAVES Y SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA \$5
MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PARA PEINADOS

PLUMA
PERMANENTES

AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES
Al Vapor "ROBERTS" perfectos

PERMANENTES
AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS
Policrom, al aceite, colores naturales, \$6.-

Retoque de Tinturas
COLOR UNIFORME \$4.-

MASAJES
Modernos Hollywood \$3.-

BAÑO FACIAL
Limpieza del cutis \$1.50

DEPILACION GENERAL



Nuestro Casa Central Carlos Pellegrini 425

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: **PIEDRAS 79-U.T. 34-1019** (Casi esquina Avenida de Mayo)

Casa Central: **C. PELLEGRINI 425-U.T. 35-9845-1231**

Suc. Centro: Lavalle 735 U.T. 51-7290	Suc. Flores: Rivadavia 1150 U.T. 46-0950	Suc. Once: Rivadavia 2919 U.T. 46-2267	Suc. Belgrano: Cabrille 2242 U.T. 74-4817	Suc. Bordo: Bordo 700 U.T. 46-4160	Suc. W. del Plata: Santa Fe 1746 U.T. 6725
---	--	--	---	--	--

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA

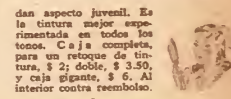


Creaciones nobles
Arrugas
Aceite de Flores

GUILLERMINA SCHWARTZ
Las CANAS Envejecen
Tinturas "POLICROM"

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$ 2, 3 y \$ 5. Al Int. c/reembolso.



EN VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA C. Pellegrini 425, Franco-Ingles y Farmacias y Perfumerías.

CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

imprevisto y necesario.

Lorenzo habíase aficionado a Palmer mientras hacía su retrato. Encontrábase como era: recto, justo, generoso, inteligente e instruido. Palmer era un rico burgués, cuya riqueza patrimonial provenía del comercio. Había comerciado y viajado él mismo durante su juventud. A los treinta años había tenido el buen sentido de considerarse lo bastante rico para dedicarse a vivir para sí mismo. Ya sólo viajaba por placer, y después de haber visto, como él decía, muchas cosas curiosas y países extraordinarios, complacíase ahora en la vista de las bellezas y en el estudio de los países verdaderamente interesantes por su cultura.

Sin ser un profesional en las bellas artes, su juicio era exacto, y tenía en todas las materias nociones tan sanas como sus inclinaciones e instintos. Su francés pecaba de tímido, hasta el punto de ser incorrecto y casi ininteligible al comenzar una conversación; pero cuando se sentía a sus anchas, reconocíase que dominaba el idioma, y que sólo le faltaba más práctica y más confianza para hablarlo muy bien.

Lorenzo había estudiado con bastante turbación y curiosidad al principio. Cuando se le demostró hasta la evidencia que no era el amante de la señorita Santiago, lo estimó y sintió por él una amistad que se asemejaba, de lejos, a la que sentía por Teresa. Palmer era un filósofo tolerante, muy severo para sí mismo y muy caritativo para con los demás. Fino por el carácter, por las ideas, parecíase a Teresa y encontrábase de acuerdo con ella sobre todas las materias. Todavía algunas veces Lorenzo sentía celos de lo que llamaba musicalmente su imperturbable unísono, y como no era celoso más que intelectualmente, osaba quejarse a Teresa.

—La definición de usted no vale nada — decía ella—. Palmer es demasiado tranquilo y demasiado perfecto para mí. Yo tengo más fuego; cuando un poco más alto que él. Soy, en relación con él, la nota superior de una tercera aumentada.

—Entonces yo soy una nota desafiada — respondió Lorenzo.

—No — decía Teresa —; respecto a usted me modifico, y desciendo a formar una tercera disminuida.

—Baja usted conmigo, entonces, un semitono?

—Y me encuentro medio intervalo más cerca de usted que de Palmer.

CAPÍTULO III

Un día, a petición de Palmer, fué Lorenzo al hotel "Maurice", en que aquél se hospedaba, para cerciorarse de que el retrato estaba bien montado y embalado. Cerró la caja ante ellos y Palmer escribió, por sí mismo, con un pincel, el nombre y la dirección de su madre. Después, mientras los obreros levantaban del suelo la caja para llevársela, Palmer estrechó la mano del artista, diciéndole:

—Soy deudor a usted de la gran alegría que va a tener mi madre, y de nuevo le doy las gracias. ¿Quiere usted que hablemos un poco? Tengo algo que decirle.

Pasaron a un salón en que vio Lorenzo mucho equipaje.

—Parto mañana para Italia —dijo el americano, ofreciéndole excelentes cigarros y una bujía, a pesar de no ser el funador—, y no quiero separarme de usted sin hablarle de un asunto delicado, tan delicado que, si usted me interrumpe, no acertaré a decir con las palabras propias para expresarme en francés.

—Juro — usted ser mudo como una tumba —dijo Lorenzo sonriente, extrañado y bastante inquieto.

Palmer continuó:

—Usted ama a la señorita Santiago y creo que también ella le ama a usted. Quizá es

usted su amante; si no es así, tengo la seguridad de que llegará a serlo. ¡Oh! Me ha prometido usted callar y no interrumpirme. No diga nada; nada le pregunto. Creo a usted digno del honor que le atribuyo, pero temo que no conozca usted bastante a Teresa y que no comprenda que si el amor de usted es una gloria para ella, el suyo debe serlo igualmente para usted. Nace este temor de las preguntas que acerca de ella me ha hecho usted y de ciertos sucesos acaecidos a ella ante nosotros y que han producido más emoción a usted que a mí. Eso prueba que usted lo ignora todo. Yo, que todo lo sé, quisiera relatarlo para que el lazo entre usted y la señorita Santiago esté fundado sobre la estimación y el respeto que merece.

—¿Un momento, Palmer! —prorrumpió Lorenzo, que se abrasaba de impaciencia, pero que se sintió presa de un generoso escrúpulo—. ¿Va usted a contarme la vida de Teresa con su permiso o por orden suya?

—Ni lo uno, ni lo otro —respondió Palmer—. Teresa no le contará a usted su vida nunca.

—Entonces, calle usted. No quiero saber sino lo que ella quiera que sepa.

—¡Bravo, muy bien! —exclamó Palmer apretándole la mano—. Pero, ¿y si lo que voy a decir la justificara sobre toda sospecha?

—¿Por qué lo calla entonces?...

—Por generosidad para con otros,

—Bueno, hable usted —dijo Lorenzo, que ya no podía contenerse.

—No nombraré a nadie —continuó Palmer—. Diré a usted solamente que en una gran ciudad de Francia vivía un rico banquero que sedujo a una joven encantadora, institutriz de su propia hija. Tuvo una bastarda que nació, hace veintiocho años, el día de Santiago apóstol, y que inscrita en el Registro Civil como hija de padres desconocidos, recibió, por todo apellido, el nombre de Santiago. Esta niña era Teresa.

"Dotó el banquero a la institutriz y la casó, cinco años después, con uno de sus empleados, hombre honrado, ignorante de todo, porque todo se había hecho con el mayor sigilo. La niña se crió en el campo. Su padre habíase hecho cargo de ella. Púsole, cuando fué tiempo, en un convento, en el que recibió esmerada educación y fué tratada con mucho cuidado y mucho cariño. En los primeros años veía su madre asiduamente, más, ya casada, contrajo sospechas su marido, y presentando la dimisión de su empleo en casa del banquero, llevóse a su mujer a Bélgica, en donde emprendió negocios e hizo fortuna. La pobre madre tuvo que alargar sus lágrimas y obsesiones.

"Esta mujer ha vivido siempre muy lejos de su hija; ha tenido más hijos y ha observado una conducta irrepachable desde su matrimonio, pero jamás ha sido feliz. Su marido, que la adoraba, la tiene encerrada y no ha cesado de mostrarse celoso, lo que constituye para ella el merecido castigo de su falta y de su engaño.

"Cualquiera supondría que el tiempo había traído la confesión de ella y el perdón de él. Así hubiera ocurrido en una novela; pero no hay nada menos lógico que la realidad, y este matrimonio sigue anulado como en sus lejanías días; el marido, enamorado, inquieto y áspero; la esposa, arrepenida, pero muda y angustiada.

"En las difíciles circunstancias en que se ha hallado Teresa, no ha podido, por tanto, encontrar ni el apoyo, ni los consejos, ni el socorro que le habría venido de su madre. Su madre, que la ama con tanto más hondo afecto cuanto más se ve obligada a verla en secreto, a hurtadillas consigue venir a pasar sola uno o dos días en París, como ha sucedido hace poco. Y sólo hace pocos años que ha inventado no sé qué pretexto para obtener esos ambicionados permisos. Teresa ado-

ra a su madre y jamás confesará nada la pueda comprometer. He aquí por lo que la oírás usted nunca una palabra de sobre la conducta de las demás mujeres. ¡Usted creído, tal vez, que así podía rectamente indulgencia para ella, misa de eso. Teresa no tiene nada que le perdonar; todo lo perdona a su madre es la historia de sus relaciones.

"¡Ahora contare a usted la de la de... tres estrellas! Así creo que decedtes en francés cuando no quieren las personas. Esta confesa, que no título ni el apellido de su esposo, es la Teresa".

—¿Luego es casada? ¿No es viuda?

—Paciencia. Es casada, y no lo es usted. Tenía Teresa quince años cuando, el banquero, se halló viudo, porque sus hijos legítimos estaban nublados. Era un hombre excelente, pese a la falta que he contado a usted que no trato de excusar, era imposible estimarlo, dado su talento y su generosidad. Fui muy amigo suyo. Me confió la del nacimiento de Teresa y me llevó a ella a él de visita al convento en que había puesto. Era hermosa, instruida, sensible. Creo que desaba que yo resolución de pedirle su mano; pero mi corazón no estaba libre. Sin título... No me era posible pensar cosa.

"Pidióme entonces referencias de un noble joven portugués que visitaba a usted que tenía grandes propiedades en La y una gallarda presencia. Había casado a este portugués en París, pero no la conocía realmente, y me abstuve de decirle algo sobre él. Era seductor, pero no me hubiera dejado llevar de su te fué el conde con quien casó Teresa después.

"Tuve que partir para Rusia, Cavi, el banquero había muerto de fulminante, y Teresa estaba casada con aquel desconocido, aquel loco, decir aquí infame, puesto que fué por ella hasta después de descubrirme; aquel hombre era ya casado en lonias cuando tuvo la audacia de pedir a Teresa y de casarse con ella. "No me pregunte usted cómo el Teresa, hombre de talento y de espado dejarse engañar así. Repetiré a usted que mi experiencia propia me ha enseñado a decir, que en este mundo lo que tece es, la mitad de las veces, lo que debería suceder.

"En los últimos años de su vida, cuando ya había cometido otras tantas cosas que le hacían perder el honor, me dio lugar a creer que su lucidez de era la de antes. Dejó a Teresa unavez de dotarla en vida. Ante los legítimos el legado quedó nulo, y Teresa adoraba a su padre, no quiso plar con grandes probabilidades de éxito, arruinada precisamente en los días en que a ser madre, y en ellos mismos vino a su casa a una mujer irritada que sus derechos y quería armar un escándalo. La primera, la verdadera mujer de su marido.

"Teresa tuvo un valor poco común a aquella desdichada, consiguió que tentara ningún proceso y obtuvo de que volviera a unirse con su marido con ella a La Habana. Por causa del nacimiento de Teresa y del secreto que había rodeado su padre los testamentos, su casamiento se hizo a cenpados, en el extranjero, y también extranjero había residido la joven padre de entonces. Su vida había sido muy riosa. Temiendo, con razón, el

carado si reaparecía en sociedad, hacía creer a Teresa que deseo de estar siempre a solas con ella, y a la pobre muchacha, enamorada y novelesca, parecíale muy natural que su viajase con ella con nombre supuesto, como para evitar la vis-
trato de los extraños.

Teresa descubrió lo horrendo de su situación, no era, por imposible que todo quedase sepultado en el más profundo silencio. Consultó a un letrado discreto, y adquirida la certeza de que el conde era nulo, pero que para romperlo hacía falta un procedimiento irrevocable: la de no ser ni libre ni casada, más bien que al padre de su hijo con el escándalo de una condena infamante. En los modos, el niño era un bastardo; pero valía más que no tu-
lar y desconociera la verdad de su nacimiento, que hubiera usado un apellido inmóvil, deshonrando a su padre.

amaba a aquel desdichado! Me lo ha confesado; y él mismo sentía por ella una pasión diabólica. Hubo luchas desgarradoras, incanrrables, en las que Teresa se defendió con una en-
r, no diré que a su sexo, pero sí a su edad; porque cuando es heroica, nunca lo es a medias.

al fin. Retuvo con ella a su hijo, arrojó de sus brazos al
le vio partir con su rival, que, aun devorada por los celos,
vencida por tanta magnanimidad, hasta el punto de besarle al separarse.

na cambió de país y de nombre. Hizose pasar por viuda, resuel-
vidada por las pocas personas que la habían conocido, y se
vivir para su hijo con doloroso entusiasmo. Era tan caro
a, que pensó la consolaría de todo; pero esta postrema felici-
dada durar mucho tiempo.

el conde era rico y no tenía hijos de su primera mujer, Te-
de aceptar, a ruegos de aquella misma, una pensión decorosa
permitiese educar a su hijo; mas apenas el conde retornó con su
La Habana, la abandonó de nuevo, escapó, volvió a Europa
a arrojarle a los pies de Teresa, suplicándole que huyese
con su hijo al otro extremo del mundo.

fué inexorable. Había orado y reflexionado. Su alma reco-
reposito. Ya no amaba al conde. Precisamente por razón de
quería que aquel hombre fuese el dueño de su vida. Había
derecho a la felicidad, pero no el de respetarse a sí misma;
sin reproche, pero sin debilidad. Amenazó al conde con
recursos; ella respondió que no le asustaba tener que tra-
vivir.

entonces el miserable de un medio infame, sea para some-
na a su antojo, sea para vengarse de su resistencia. ¡Robó al
pareció! Corrió Teresa tras él, pero había tomado tan
recalcaciones, que equivocó la ruta y no le halló. Entonces
yo la conocí en Inglaterra, muriendo de desesperación
en un nido, casi loca, y tan desfigurada por el dolor, que
poca reconocía.

seguí que se tranquilizase y me dejase hacer. Mis pesquisas tu-
eron resultado deplorable. El conde estaba en América. El niño
uerto a la llegada.

do me vi obligado a llevar a la desgraciada Teresa la terrible
quedé espantado de la calma con que la recibí. Durante ocho
días dicho que era una muerta que andaba. Lloró al fin, y
si que estaba salvada. Tuve que separarme de ella. Dije
era permanecer en donde estaba, inquietábame su penuria. Me
diciéndome que su madre no la dejaba carecer de nada. Más
pe que su pobre madre vivía tan escasa como ella, no puden-
ner de un centavo en su casa sin rendir cuenta de él. Des-
además, las desventuras de su hija. Teresa, que le escribía
nte, se las ocultaba para no desesperarla.

Teresa en Inglaterra dando lecciones de francés, de dibujo
tica, conocimientos en que era maestra y a los que tuvo
de asirse para no verse precisada a aceptar el socorro de nadie.
ño después volvió a Francia y fijó su residencia en París, en
no había estado jamás y no la conocía nadie. Tenía entonces
años; habíase casado a los dieciséis. No era bonita, y le han
sesos ocho años de tranquilidad y de resignación para reco-
salud y su dulce alegría de año.

la he visto raras veces durante ese tiempo, porque yo viajó
pero la he hallado siempre digna y valerosa, trabajando con
invencible y ocultando su pobreza con un milagro de orden
limpieza; no quejándose nunca ni de Dios ni de nadie; no que-
hablar del pasado, acariciando algunas veces a los niños en
y apartándose de ellos en cuanto se la mira, por temor, sin
de que se note su emoción.

res años pasaron sin verla. Cuando vine a pedir a usted que hicie-
retrato, buscaba precisamente su dirección, que iba a preguntar
en el momento en que me habló de ella. Llegó a París
antes, ignoraba que al fin hubiera logrado renombre y gozara
ciudadanía y de celebridad. Al hallarla así es cuando he compren-
que su alma, tanto tiempo enferma, podía aún vivir, amar... su-
ver dichosa. Procure usted que lo sea, mi querido Lorenzo; lo
bien ganado. Y si no está usted seguro de que no la hará su-
levéntase la tapa de los sesos esta noche antes que volver a su



TRES LIBROS que son TRES SOLUCIONES DEL PROBLEMA DEL TEXTO DE ESTUDIO EN LA ESCUELA PRIMARIA



Las tres obras del profesor JOSE D. CALDERARO que interpretan y simplifican los programas con alto espíritu docente; que contienen todo lo que el alumno necesita para estudiar con provecho y facilitar la tarea del maestro:

EL CUARTO GRADO PRIMARIO

Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lengua. 412 páginas.

Precio del ejemplar: \$ 3.—

EL QUINTO GRADO PRIMARIO

Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lengua. 428 páginas.

Precio del ejemplar: \$ 3.25

EL SEXTO GRADO PRIMARIO

Historia, Instrucción Cívica, Geografía, Naturaleza, Matemáticas y Lengua. 444 páginas.

Precio del ejemplar: \$ 3.50

Los tres volúmenes contienen profusión de ilustraciones y están sólidamente encuadernados en cartón.

Publicados por la EDITORIAL SOPENA ARGENTINA
EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

un velo, enviar a buscar un coche de y hacerse llevar, al paso, por las avenidas del Bosque de Bolonia? Así pasado alguna vez con Lorenzo, cuando calurosa les despertaba el descomunal calor de fresco bajo los árboles. En que se hubiera visto comprometida de otro, más no con Lorenzo, que había religiosamente el secreto de tales cosas, y los dos se complacían en la excentricidad de aquellas misteriosas entrevistas, que no encubrían ningún misterio. De ellas como de cosa muy lejana, suspirando, ante la idea de que ya morirían: "¡Tiempo feliz! Nada de eso renacer para él, que sufre, ni para mí, que lo ignora".

Las nueve disponíase contestar a Lorenzo, un campanillazo la sobresaltó. ¡Era él! para ordenar a Catalina que dijese había salido. Catalina entró: era una él. Aparecerá involuntariamente a Teresa no fuese él mismo.

La carta no había más que estas palabras: Teresa: usted no me ama y yo la amo un niño".

Los dos líneas hicieron temblar a Teresa cabeza y los pies. La única pasión que se había tratado de extinguir en su corazón el amor maternal. Esta llaga, cerrada apáticamente, sangraba siempre como su amor hecho.

Como un niño —repetía la desdichada, aprehensiva la carta entre sus manos temblorosas—. Como un niño! ¡Qué es lo que me dice mis! ¡Sabe siquiera el mal que me hace! ¡Adiós! ¡Mi hijo ya sabía decir adiós, no me lo pudo gritar cuando me lo oí! ¡Lo hubiera oído, y ya no lo oír!

La emoción, su excitación, tomaron pie de doloroso pretexto, y Teresa se desahogó. ¿Le ha llamado usted? —dijo Catalina volviendo a entrar—. Pero, ¿Dios mío! ¿Qué tiene usted? ¡Llorando, como en pasados años! Nada, nada, déjame! —respondió Teresa—. Algún día alguien di que he ido al teatro. Quiéreme sola. Estoy enferma.

Catalina salió por el jardín. Había visto a Teresa rodear, con paso furtivo, la valla. ¿Ponga ese ceño —le dijo—. No sé por qué llora mi señora, pero de usted es la culpa es el que la hace sufrir. No quiere a usted. Venga a pedirle perdón.

A pesar de su respeto y su profundo afecto a Teresa, Catalina estaba persuadida de Lorenzo era su amante.

¡Lloró! —gritó Lorenzo—. ¡Oh, Dios mío! ¿qué llora?

Travesado de un salto el jardín para caer a los pies de Teresa, que sollozaba en el salón a cabeza entre las manos.

Lorenzo hubiera sido tan depravado como pretendía serlo en la apariencia, hubiérase dado de alegría al ver a Teresa, pero cuando de su corazón era bueno y ella ejercía sobre él la secreta influencia de volverlo primitiva naturaleza. Las lágrimas que la habían despertaron en él una pena real y honda. De rodillas le rogó que olvidase su vida y que se tranquilizase.

—Yo no quiero sino lo que usted quiera —dijo—. y puesto que llora por la muerte de nuestra amistad, juro a usted que la haré reanar antes que causarle un nuevo pesar. ¡Pecado, quéchame, mi dulce y buena Teresa, mi hermana querida! Seamos sinceros, porque ya me siento con fuerzas para el engaño. Tiene usted el valor de aceptar mi amor como un descubrimiento hecho por usted y como una dolencia de la que usted quiere sanarme con paciencia y compasión. Yo pondré de todo cuanto pueda, se lo juro a usted. No le pondré ni un beso siquiera, sacrificio que no me ha de costar tanto como usted puede creer, porque no sé aún si mis sentidos toman parte

en esto. Creo que no. ¿Cómo podría ser lo contrario, después de la vida que he llevado y que puedo volver a comenzar? Lo que yo siento es sed del alma. ¿Que temor puedo causar a usted? Déme un poco de su corazón y tome todo el mío. Consienta usted en que la ame y yo no me diga que mi amor la ofende, porque mi desesperación es la de pensar que usted me desprecia tanto, que ni aun en sueños me permite que aspire a ser amado por usted. Tanto me rebaja este pensamiento a mis propios ojos, que me asaltan tentaciones de matar a este desgraciado, que moralmente le repugna. Siégume del pantano en que he caído, enseñándome a expiar mi mala vida y a llegar a ser digno de usted. ¡Déjeme una esperanza! Por débil y pequeña que sea, hará de mí otro hombre. Usted verá, usted verá, Teresa. Sólo la idea de trabajar para parecer mejor a usted me da ya fuerza, lo siento; no me la arrebaté usted. ¿Qué va a ser de mí si usted me rechaza? Tornaré a bajar todos los escalones que he subido desde que la conocí. El fruto de nuestra santa amistad se habrá per-



ELLOS TIENEN TAMBIEN SU "PERRO"

Entre la mentalidad del perro y la del pollo, ha de haber posiblemente la misma diferencia que entre la del hombre y la del perro. Justo es entonces que un perro tenga un pollo de su propiedad, un pobre pollo que haga las veces de perro para él. Aquí tenemos el caso. Este can, orgulloso dueño de su pollo, tiene, además, el mérito de haberlo adiestrado, y se divierte con él como a veces nosotros lo hacemos con nuestro perro. No sabemos todavía cuál es la propiedad del pollo, qué "perro" tiene, a su vez, para su uso particular.

dido para mí. Habrá usted querido curar a un enfermo y le habrá matado. Y entonces usted misma, tan generosa y tan buena, ¿se alegrará de su obra? ¡No se acustará de no haberla conducido a mejor resultado? Sea usted para mí una hermana de caridad que no se limita a curar a un herido, sino que se esfuerza en reconciliar su alma con Dios. No me retire usted sus manos leales, no me oculte su rostro, que tanto hermosa el dolor. No me levantaré de aquí sino cuando usted me haya, si no permitido, al menos perdonado mi amor.

Hubo de aceptar Teresa esta efusión como sincera, porque Lorenzo hablaba de buena fe. Rechazarlo temerosa hubiera sido una confesión del afecto demasiado vicio que sentía por él. Una mujer que dejara su cobardía ya estropeada. Mostró, pues, valiente y quizá lo fué de veras, porque aun se cría fuerte. Y no la inspiraba mal su propia debilidad. Romper

en aquel momento era provocar emociones terribles que valía más apaciguar, sin perjuicio de ir soltando suavemente el lazo, con destreza y con prudencia. Esto podía ser asunto de algunos días. ¿Era Lorenzo tan mudable y pasaba tan bruscamente de un extremo a otro?

Tranquilizáronse ambos, ayudándose uno a otro a olvidar la pasada tempestad y esforzándose en sonreír como para asegurarse mutuamente sobre el porvenir; pero fuese la que fuere su conducta, su situación se había modificado en su esencia y su intimidad había dado un paso de gigante. El temor de no verse más les había reunido, y aun jurándose que nada había cambiado en su amistad, vibraba en todas sus palabras, asomaba en todas sus ideas una languidez espiritual, una especie de dulce fatiga, que era ya el abandono del amor.

Al servir el té, Catalina acabó de hacerlos dueños de sí mismos con sus inocentes y maternales preocupaciones.

—¡Mejor haría usted —dijo a Teresa— en comerse un ala de pollo que engañar al estómago con el té! —Sabe usted —dijo a Lorenzo, señalando a su señora— que no lo quiere comer hoy nada?

—¡Pues venga la sopa! —exclamó Lorenzo—. ¡No se niegue usted, Teresa; es preciso! ¿Qué sería de mí si usted cayese enferma?

Rehusaba Teresa, que, en realidad, no sentía apetito, y entonces él, animado por los guiños de Catalina, que le incitaban a insistir, simuló tener hambre, lo cual era cierto, porque había olvidado de comer. Fué entonces un placer para Teresa el invitarle y comieron juntos por primera vez, hecho que no era insignificante en la vida solitaria y modesta de Teresa. Comer juntos y solos es un gran principio de intimar. Es la satisfacción en común de una necesidad del ser material y, si se busca un sentido más elevado, es una comunión, como su mismo nombre lo indica.

Lorenzo, inclinado voluntariamente a dar a sus ideas color poético, validándose de su debilidad y la broma, comparó, riendo, al hijo pródigo, para quien se apresuraba Catalina a matar el más gordo de los cerdos. Este cerdo engordado, que se mostraba bajo la forma de un pollo pequeño, dió margen a la alegría de los dos amigos. Era tan poca cosa para el apetito de Lorenzo, que Teresa se sintió apenada. En el barrio no había grandes recursos, y Lorenzo no consintió que Catalina se molestase en ir a buscarlos. Del fondo de un armario se desenterró un pote de dulce de guayaba. Era un regalo de Palmer, que Teresa se había olvidado de comenzar. Emprendióla con él Lorenzo, hablando efusivamente del excelente Dick, de quien había cometido la tontería de estar celoso, y al que ahora estimaba de todo corazón.

—Ya ve usted, Teresa —dijo—, ¡cuán injustos nos hace el pesar! Créame, es preciso más que a los niños. Sólo son buenos los que han sido tratados con dulzura. Déme usted un poco más de dulce. ¡El rigor no es sólo hijo amarga, es veneno mortal!

Cuando llegó el té, advirtió Lorenzo que había devorado como un egoísta y que Teresa, aparentando comer, no había probado bocado. Se acusó de su desatención y se arrepintió; después, despidiendo a Catalina, quiso hacer él mismo el té y servir a Teresa. Era la primera vez de su vida que se hacía servidor de alguien, y encontró en ello un delicado placer, cuya sorpresa confesó ingenuamente.

—Ahora comprendo —dijo a Teresa, ofreciéndole la taza de rodillas— que se pueda ser un criado y se viva contento. Todo depende de que se ame al señor.

En algunas personas, las atenciones más pequeñas tienen extrínseco valor. En las maneras de Lorenzo, hacia su conducta, había cierta dignidad, de que no se despojaba entre la buena sociedad. Servía a las damas con la frialdad ceremoniosa de la etiqueta. Con Teresa, que hacía los honores de su modesta vivienda con

mo buena ama de casa y artista alegre, siempre habíase visto atendido y mimado, sin encontrar ocasión de pagar en igual moneda. De mal gusto y de mala crianza hubiera sido tomar el papel de ama de casa. Mas después de aquellas lágrimas y mutuas efusiones, sin que él mismo se diera cuenta, vióse investido Lorenzo de una autoridad que no le pertenecía, y de la que comenzó a hacer uso sin que Teresa, sorprendida y enternecida, pudiera oponerse. Parecía estar en su propia casa y con el deber, como privilegio conquistado, de cuidar de la dueña de aquella morada, a gustos de buen hermano y de buen amigo. Teresa sin pensar en el peligro de esta toma de posesión, mirábase con sus grandes ojos asombrados, y se preguntaba si no se había engañado hasta entonces de medio a medio, tomando a aquel niño tierno y abnegado por un hombre altivo y taciturno.

Reflexionó Teresa durante la noche; pero a la mañana siguiente, Lorenzo, que, sin premeditador, no quería dejarla respirar, puesto que él no vivía, le envió flores magníficas, golosinas exóticas y un billete tan tierno, tan dulce y tan respetuoso, que no pudo dejar de conmoviérsele. Llámábase el más feliz de los hombres; sólo deseaba su perdón para considerarse, en cuanto lo obtuviese, rey del mundo. Aceptaba todas las privaciones, todos los rigores, siempre que no se viera privado de ver y de oír a su amiga. Esto sobrepasaba su fuerza; lo demás érale indiferente. Constábele que Teresa no podía amarlo, lo que no le impedía decir diez líneas más abajo: "¿No es nuestro santo amor indisoluble?"

Y así, hablando en pro y en contra, diciendo verdades y mentiras cien veces al día, con una inocencia que a él mismo engañaba, rodeando a Teresa de exquisitos cuidados, procurando con toda su alma infundirle confianza en la castidad de su afecto, proclamando a cada instante, con exaltación, su culto por ella, tratando de distraerla cuando la veía preocupada, y de alegrarla cuando la veía triste, de enternecerla cuando la encontraba severa, la condujo insensiblemente a no tener más voluntad ni más vida que la suya.

Si así tan progresó como estas intimidades en que se ha hecho la promesa de respetarse mutuamente, cuando uno de los dos no inspira al otro secreta repulsión física. Los artistas, por su vida independiente y sus ocupaciones, que les obligan con frecuencia a pasar sobre las conveniencias sociales, están más expuestos a estos peligros que los que viven dentro del orden y la normalidad. Hay que perdonarles esos súbitos entusiasmos y esas febriles impresiones. La opinión general comprende que así debe hacerlo, puesto que se muestra más indulgente para los que viven esa vida tempestuosa que para los que pasan su existencia en calma enervadora.

Puesto que el mundo exige a los artistas el fuego de la inspiración, preciso es que ese fuego, que se desborda para goce y entusiasmo público, les haga a consumirlos a ellos mismos. Se les compadecen entonces, y el buen burgués, que vuelve por la noche al seno de su familia con la noticia de sus desastres y sus catástrofes, dice a su amada y dulce compañera:

—¿Sabes que aquella pobre muchacha que cantaba tan admirablemente ha muerto de pesar? ¿Y aquel gran poeta que decía tan bellas cosas se ha suicidado? Es una gran lástima, querida esposa... ¡Todas estas gentes concluyen así! Nosotros, los ignorantes, somos los felices...

Y tiene razón el buen burgués.

Teresa había vivido largo tiempo, si no como burguesa, porque para esto faltábale la familia que Dios le había negado, al menos como obrera laboriosa, trabajando desde bien temprano y sin que la desvaneciera el placer o la laxitud al fin de su diaria jornada. Aspiraba siempre a la vida normal y doméstica:

amaba el orden y, lejos de mostrar ese pueril desdén que ciertos artistas prodigan a los que en nuestro tiempo llaman horteras, deploraba amargamente no haberse casado con un hombre de esa clase modesta y tranquila en la que, en vez de talento y celebridad, hubiera encontrado el afecto y la dicha. Pero nadie elige su suerte: el destino no sólo hiere con sus rayos a los locos y a los ambiciosos, sino también a los imprudentes.

CAPÍTULO V

No se entregó Teresa a Lorenzo en el sentido burlesco y lascivo que se da a esa palabra en los cánones del amor. Fué un acto de su voluntad el de que, después de varias noches de dolorosa meditación, le dijera:

—Quiero lo que tú quieres, porque hemos llegado a un extremo en que la falta que vamos a cometer es la reparación inevitable de una serie de faltas ya cometidas. Me considero culpable respecto de ti porque no he tenido la prudencia de huir; es mejor que sea culpable respecto de mí misma, siendo tu compañía y tu consuelo, aun a costa de mi reposo y de mi honradez. Escucha —añadió, reteniendo la mano de Lorenzo entre las suyas y apretándola con toda la fuerza que era capaz—, no me retires esta mano jamás, suceda lo que suceda y guarda en tu corazón la estimación y el valor necesarios para no olvidar que antes de ser tu querida he sido tu amiga. Desde el primer día de tu pasión me lo he dicho: nosotros, ríamos tan bien de aquel modo, que era preciso que de otros nos quisiéramos mal; pero aquella felicidad no podía ser duradera para mí, porque tú no participabas de ella, y porque en nuestra amistad, mezcla para ti de penas y de alegrías, por fin el sufrimiento alcanzó la victoria. Sólo te pido, si llega a cansarte mi amor como te ha cansado mi amistad, que recuerdes que no me ha hecho caer en tus brazos un instante de delirio, sino un transporte de mi corazón y un sentimiento más tierno y más duradero que la embriaguez de la voluptuosidad. No presumo de ser superior a las demás mujeres, ni me juzgo invulnerable; pero te amo tan ardientemente y tan santamente, que no hubiera sido vencida nunca si tu salvación hubiera dependido de mi entereza. Después de creer que mi resistencia era provechosa, que te enseñaba a descubrir la tuya y a purificarla de un vergonzoso pasado, veo que te acontece todo lo contrario: te tornas hosco y desapacible hasta el punto de que parece que si te resisto te aprestas a odiarme y a volver a la vida disipada, maldiciendo hasta de nuestra pobre amistad. Por ti ofrezco a Dios el sacrificio de mi vida. Si tu carácter o tu pasado me han de hacer sufrir, sea. Me juzgaré recompensada si te libro del suicidio que te disponías a llevar a cabo cuando te conocí. Si no lo consigo, al menos lo habré intentado, y Dios me perdonará mi inútil sacrificio, porque sabré que es sincero.

Lorenzo se mostró lleno de entusiasmo, de reconocimiento y de fe en los primeros días de esta unión. Sobrepujábale a sí mismo, tenía transportes religiosos, bendecía a su amante idolatrada por haberle hecho conocer, al fin, el amor verdadero, casto y noble en que tantas veces había soñado, juzgándose por su culpa desheredado de él. "Teresa —decía él— lo sumergía de nuevo en las aguas bautismales, hacía desaparecer hasta la memoria de sus malos días. Era una adoración, un éxtasis, un culto".

Teresa creyó en él cándidamente. Se entregó a la alegría de haber colmado de felicidad a un alma elevada y haberle devuelto toda su grandeza. Olvidó sus temores y burlóse de ellos como de tristes pesadillas que creyera, erróneamente, razonables. Rieron juntos, reprochándose el no haberse conocido más pronto y no haberse arrojado uno en brazos del otro desde el primer día, puesto que de tal

modo eran nacidos para comprenderse, amarse y estimarse. Ya no hubo más prudencia más sermoneos. Teresa había rejuvenecido diez años. Era una niña, más niña que renzo mismo; no sabía qué hacer para tener la existencia en que no le molestara el roce de una hoja de rosa.

—¡Pobre Teresa! Su embriaguez no duró ocho días. ¿De dónde proviene ese castigo pantofo, impuesto a los que han abusado su juventud, que consiste en hacerlos capaces de saborear la dulzura de una vida moniosa y razonable? ¿Tan culpable es quien que se ve lazanado en el mundo, con muchas aspiraciones, y que se cree capaz abrazar a todos los ensueños que pasan, a las venturas que le llaman? ¿Peca de modo que por ignorancia? ¿Pudo aprender su cuna que el curso de la vida no es cosa que una lucha eterna consigo mismo. Hay dignos, verdaderamente, de los difíciles de condenar, porque tal vez faltado una guía, una madre prudente, un go discreto, una amante sincera. Les ha dado el vértigo desde sus primeros pasos caído la corrupción sobre ellos, como una presa, para convertir en bestias a los que tenían más sentidos que corazón, para en insensatos a los que, como Lorenzo, laban entre el fango de la realidad y de sus sueños.

He aquí lo que se decía Teresa para pasar anando aquella aflicción dolorida y para portar las heridas que vamos a contar.

El séptimo día de su dicha volvió irremediablemente el último. La cifra nefasta no se jamás de la memoria de Teresa. Circunstancias fortuitas habían contribuido a prolongar eternidad de alegrías durante una semana; ningún íntimo vino a ver a Teresa, tenía ella trabajo que la urgiese. Lorenzo prometía volver a poner manos a la obra cuanto pudiese entrar en posesión de su taller, invadido por los obreros, a quienes iba confiado su reparación. El calor era focante en París. Propuso a Teresa pasar renta y ocho horas en el campo, en la que era el día séptimo.

Embarcáronse y llegaron por la tarde al hotel, del que salieron, después de recorrer el bosque, aprovechando la fría noche de luna. Habían alquilado un carruaje y un guía, que bien pronto les fué con su jerga pretenciosa. Habían comprado leguas y hallábanse al pie de una cascada que Lorenzo conocía. Propuso de los caballos y al guía y volver a pie, se hiciese un poco tarde.

—Podemos pasar toda la noche en el que —dijo Teresa—. No hay lobos ni que. Quedémosnos aquí el tiempo que queramos no volvamos jamás si eso te place.

Quedaron solos, y entonces fué cuando ocurrió un hecho extraño, casi fantástico, hay que narrar como sucedió. Habían a lo alto de las rocas y se habían sentados en el espeso manto, abrasado por el sol. Lorenzo el cielo espléndido, en el que eclipsaba el fulgor de las estrellas. Desde las mayores brillaban solas en el horizonte. Tendido boca arriba, como balas Lorenzo.

—Quisiera saber el nombre de esta cascada encima de mi cabeza. Parece que cae en ella.

—Es Vega —respondió Teresa.

—¿Sabes el nombre de todas las estrellas?

—Casi. No es difícil, y cuando quieras un cuarto de hora puedes saber tanto como yo.

—No, gracias. Prefiero ser ignorante gustos más bautizarlas a mi capricho.

—Haces bien.

—Prefiero pasearme al azar por esos estrados azules arriba y combinalos con el anito, y andar esclavo del capricho de otros; ¡Quizá me equivoco Teresa! A ti

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Naturista (Neuma-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para combatir el INFANTILISMO GENESICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO sin droga alguna, ÚNICA caso especializado en el país, con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo ésta la mayor garantía de seriedad que podemos ofrecer al público.

GRATIS Remitimos el librito explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y sin membrete, a quien lo solicite, acompañando \$ 0.30 por franqueo.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO Nº 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

trillados, ¿no es verdad?
para los pies. No tengo, como
ere leguas.
De sobra sabes que eres más
andadora que yo.
ello: carezco de alas para volar.
para abandonarme aquí. Pero
de separarnos. Son palabras de
¿cuenta en eso? No repitas frase

hablemos, no hablemos más —
ra, levantándose bruscamente.
¿Dónde vas?

si: A propósito: hay por aquí
duario. La última vez que vine
a interesarse saber el nombre, ver-
laba oído aquí, mientras ella
sobre el cerro que está fren-

contéstelo, Lorenzo dióse cuenta
acudido evocar el recuerdo
fáciles aventuras en medio de
relada con la reina de su co-
había acudido aquel recuer-
ría? ¿Cómo había brotado de
nombre de aquella cortesana? Sin-
to por su desacierto; pero, en
sinceramente y hacerlo olvidar
de tiernas palabras que salían
como la pasión le inspiraba, no
desmentido, y rogó a Teresa que

—repuso ella dulcemente—. Ha-
no montaba a caballo y me
amada.

as que algo, haz un esfuerzo,
complacerá tanto!...

la orgullosa Teresa para sentir
sentía pesar. Volvió la cabeza

o el riendo—, no es usted más
mujer. Y además no cree usted
lo veo. Pues quiero que salgan
quedese aquí y yo subiré allí
que no tendrá usted miedo
cos minutos.

¿Dónde Teresa tristemente—, no
ninguno.

la roca opuesta era preciso des-
cambiar la la separaba de la en
pero la rambla era más honda de
Cuando, después de haber ba-
vió Lorenzo el camino que le
derúvose, temiendo dejar sola a
tempo, y, gritando hacia ella, le
había llamado.

¿algún modo! —gritó ella a su
ando contrariar su capricho.

le explicaba lo que pasó por la men-
Tendió aquel de *ningún modo*
seca y siguió bajando, pero nie-
monologuando interiormente.

¿Dónde y ahora se venga, como en
que jugáramos a ser el herma-
mana. ¿Es que va a continuar con
ahora que es mi querida? Pe-
la he ofendido? He obrado mal.

er. Es imposible que no acuda
mi pasado a la memoria. ¿Y ha
vez un ultraje para ella y una mor-
ta mi? ¿Qué le importa mi pre-
que me ha aceptado tal como soy?

al, sin embargo, he hecho mal,
ocurrirá nunca a ella misma que
se imbecil a quien ha querido y

ha creído esposa? A su pesar, se
teresa, a mi lado, de los días en
mi. Y yo, ¿se lo echaré en cara
amen?

se contestó inmediatamente:
me sería insoportable! He hecho
he debido pedirle en seguida que
ara'.

¿Dónde el momento de hastío moral
a se siente saciada de entusiasmo,
ser débil y hurtaño que hay en to-
quiere volver a tonar posición

“Acusarme de nuevo, prometer de nuevo,
persuadir de nuevo, comover de nuevo? Pues
que, ¿no puede confiar en mí y ser feliz ocho
días completos? Es culpa mía, lo sé demasia-
do; pero también lo es suya, haciendo de tan
poca cosa una montaña para anublarme: esta
hermosa noche de poesía que había dispuesto
para ella en uno de los sitios más bellos del
mundo. Cierro es que he venido entre a qué
con amigos y amigas alegres; pero, ¿a qué
rincón de los alrededores de París la puedo
llevar sin tropezar con estos enojosos recuer-
dos? Hoy no son de mi agrado y es casi cruel
reprochármelos”.

Respondiendo así, en su corazón, a las acu-
saciones que, probablemente, le dirigía Teresa
en el suyo, llegó al fondo del valle, turbado y
fatigado, como si acabara de quereclars: con
ella, y se arrojó sobre la hierba, despedido y
exhausto. Siete días enteros hacía que no se
pertenecía a sí mismo; atenaceábase el deseo
de reconquistarse y juzgarse solo y sin dueño
por un instante.

Por su parte, Teresa sentíase afligida y es-
pantada al propio tiempo. ¿Por qué había lan-
zado él la palabra separación, como un grito
desapacible, en medio de aquella tranquila at-

mósfera de ventura que respiraban juntos? ¿Qué
se proponía? ¿En qué le había disgustado? En
vano meditaba. Lorenzo mismo no hubiera po-
dido explicárselo. Todo lo que había sucedido
era groseramente cruel. ¿Y cómo debía sen-
tirse encolerizado por haberlo dicho él, hom-
bre de tan exquisita educación! De dónde ha-
bía nacido esa cólera? ¿Llevaba dentro alguna
serpiente que le mordía en el corazón y le
arrancaba palabras de extraña y de maldad?

Habíase seguido con los ojos por la pendiente
de la roca, hasta que se sumió en la sombra
espesa de la rambla. Ya no le veía y extraña-
base del tiempo que tardaba en aparecer por
la vertiente del otro montículo. Tuvo nie-
do: podía haber caído en algún precipicio.
Sus miradas interrogaban en vano a la pro-
fundidad de aquel terreno herboso, erizado de
grandes rocas sombrías. Levantábase para lla-
marle, cuando un grito de inexpressable an-
gustia subió hasta ella, un grito ronc, espas-
mo, desesperado, que erizó sus cabellos.

Lanzóse como una flecha en la dirección de
la voz. Si hubiera estado abierto allí un abismo,
hubiérase precipitado en él sin reflexión. Era
sólo una rápida pendiente, en la que cayó
muchas veces sobre el musgo y desgarró sus
ropas entre las breñas. Nada la detuvo. Llegó,
sin saber cómo, junto a Lorenzo, al que halló
en pie, hosco, agitado por convulsivo temblor.

—¡Ah! ¿Estás aquí! —le dijo, asiendo el
brazo—. ¡Has hecho bien en venir! ¿Hubiera
muerto!

Y como don Juan después de la contesta-
ción de la estatua, añadió con voz áspera y
brusca:

—Salgamos de aquí!

Avanzaron rápidos, marchando a la ventura
y sin que él pudiera explicar lo que había su-
cedido.

Al cabo de un cuarto de hora se calmó y
se sentaron en un claro del bosque. No sabían
dónde estaban; el suelo aparecía sembrado de
piedras lisas que semejaban losas sepulcrales,
entre las que florecían, al azar, enebros, que
pudieran tomar por cipreses en la noche.

—¡Dios mío! —exclamó de súbito Lorenzo—.
¿Estamos en un cementerio? ¿Por qué me
traes aquí?

—Esto no es más que un paraje inculto —
respondió Teresa—. Hemos atravesado muchos
parecidos esta noche. Si no te agrada no nos
detengamos; volvamos a lo espeso del bosque.

—No, quedémonos. Puesto que el azar, el
destino, me arroja entre cosas ideas de muerte,
más vale afrontarlas y apurar su horror. Esto
tiene su encanto, como todo, ¿no es verdad,
Teresa? Todo lo que viene con fuerza a la
imaginación es un goce más o menos áspero.
Cuando va a rodar una cabeza en el partibulo,
la muchedumbre va a contemplarla, y es muy
natural. Las emociones dulces nos hacen vivir,
pero sólo las fuertes, las aterradoras, nos hacen
sentir la intensidad de la vida.

Había así, como sin propósito, durante al-
gunos instantes. Teresa no se atrevía a inte-
rogarle y se esforzaba en distraerlo; veía cla-
ramente que acababa de ser víctima de una
alucinación. Al fin, serenóse lo bastante para
contar lo que le había acontecido.

Había padecido, en efecto, una alucinación.
Tendido sobre la hierba, en la rambla, su ima-
ginación se había desvanecido. Había escuchado
al eco, que cantaba solo, y aquel canto era

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



Y deteniéndose ante cada espejo, en bus-
ca de uno que nos dijera la verdad, algu-
na verdad por lo menos, nos encontramos de
repente frente al más mentiroso de todos;
¡vean cómo quedó la hermosa rubia! Perdió
completamente la forma humana adquiriendo
la fantástica figura de un habitante de un
planeta extraño. Como es de suponer, la be-
lla rubia casi sufrió un desmayo y lanzó un
grito de espanto, de espanto femenino, cosa
que no alarmó a nadie. En vista de esto re-
solvio seguir andando, y continuamos el pa-
seo en busca del espejo que nos diría la ver-
dad. Quizá lo encontremos en el próximo
número.

un estrillido obscuro. Después, al incorporarse para darse cuenta del fenómeno, había visto pasar por delante de él, en los matorrales, a un hombre que corría, pálido, con el traje desgarrado y los cabellos agitados por el viento.

—Lo he visto tan bien, que he tenido tiempo de reflexionar y asegurarme de que era un paciente que sufría de una enfermedad hereditaria, por ladrones, y hasta he buscado mi bastón para correr en su socorro; pero el bastón se había perdido entre la hierba, y aquel hombre avanzaba siempre hacia mí. Cuando lo tuve cerca, vi que era un borracho y no un perseguido. Pasó mirándome estúpidamente, haciéndome un guiño de odio y de desprecio. Entonces tuve miedo y me arrojé de bruces en el suelo, porque aquel hombre... era yo.

—Si, era mi fantasma, Teresa. No te espantes, no me juzgues loco: era una visión. Lo he comprendido cuando me he vuelto a encontrar solo en la obscuridad. No hubiera podido distinguir las facciones de una persona, ni aquel hombre más que en mi imaginación; pero su vista fue clara, terrible, aterradora. Era yo mismo, con veinte años más, con facciones demacradas por la disolución o la enfermedad, con ojos desparpados, con labios embrutecidos, y, a pesar de tal descomposición de mi ser, con vigor suficiente en aquel fantasma para insultar y desafiar al que soy ahora. Dime entonces: ¿Dios mío! ¿Seré así en mi edad madura? Me han asaltado en esta noche infames recuerdos, que he expresado en alta voz, a mi pesar. ¿Que es llevo siempre conmigo a ese hombre viejo, del que ya me juzgaba libre? El espectro de la depravación no quiere soltar su presa, y, hasta en los brazos de Teresa, va a venir a escarnecerme y a gritar: "Es demasiado tarde!"

—Me levanté entonces para reunirme contigo, mi pobre Teresa. Quería pedirte perdón por mi imprudencia y suplicarte que me salvaras. No sé cuántos minutos o cuántos siglos han pasado dando vueltas en torno de mí mismo, sin poder adelantar un paso hasta que has llegado tú. Te he reconocido en el acto, Teresa; no he sufrido temor al verte y me he sentido libertado!"

Mientras hablaba así Lorenzo, era difícil distinguir si contaba un suceso que le había acontecido realmente, o si mezclaba en su pensamiento una alegoría nacida de sus amargas reflexiones, o una imagen entrevista en medio del sueño. Juró, sin embargo, a Teresa, que no había cerrado sus ojos el sueño y que se había dado siempre cuenta exacta del sitio en que se encontraba y del tiempo que transcurría; pero esto mismo era difícil de probar. Teresa lo había perdido de vista, y a ella le pareció el tiempo horriblemente largo.

Preguntóle si solía padecer alucinaciones.

—Sí —repuso él, cuando me embriago; pero yo no he padecido más que una vez, y la del amor desde los quince días que hace que eres mía.

—¿Quince días? —dijo Teresa extrañada.

—No, no tantos. No me ríais por la fecha. Bien ves que mi cabeza no está firme. Pongámonos en marcha; eso me restablecerá del todo.

—Tienes necesidad de reposo. Es preciso que penses en retornar.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—No estamos bien orientados. Damos la espalda a nuestro punto de partida.

—¿Quieres que vuelva a pasar por esa maldita roca?

—No, tomemos por la derecha.

—No, por la izquierda.

Insistió Teresa, segura de no engañarse. No quiso ceder Lorenzo y hasta se dejó llevar de la ira y contestó en tono irritado, como si fuese aquello materia de disputa. Resignóse Teresa y le siguió por donde él quiso marchar. Sentíase desfallecer de emoción y de tristeza. Lorenzo acababa de hablarle en un tono que jamás había empleado con Catalina, ni aun cuando la pobre vieja la impacientaba. Le pedonaba porque le veía enfermo, pero aquel estado de excitación dolosa en que le con-

templaba le espantaba mucho más.

Gracias a la obstinación de Lorenzo se perdieron en el bosque, anduvieron durante cuatro horas y no volvieron hasta el alba. El caminar sobre la arena fina y pesada del bosque es muy fatigoso. Teresa sentía agotadas todas sus fuerzas, y Lorenzo, a quien atormentaba este violento ejercicio, no pensaba en aliviar el paso por consideración hacia ella. Caminaba delante, pretendiendo siempre acertar con la vía recta, preguntándole de vez en cuando si estaba cansada, y no adivinando que al responderle "no", quería quitarle el recordatorio de ser él la causa de aquella malaventura.

Al siguiente día, Lorenzo no se acordaba ya. Habíase visto rudamente sacudido por aquella extraña crisis; pero es propio de los temperamentos excesivamente nerviosos el restablecer su equilibrio por arte de magia. Teresa observó que, al día siguiente de estas terribles pruebas, ella era la que se encontraba deshecha, mientras él parecía haber adquirido nuevas fuerzas.

No pudo dormir pensando en que estaba amenazado de alguna grave enfermedad. El tomó un baño y se sintió dispuesto a volver a comenzar el paseo. Parecía haber olvidado cuán enojosa había sido la velada para la luna de miel. La triste impresión se desvaneció pronto en casa de Teresa. Vuelta a París, pensó que nada había cambiado para ellos; pero aquella noche misma del retorno, Lorenzo tuvo el capricho de hacer la caricatura de Teresa y de él errando por el bosque al claror de la luna; él, con su aire azorado y distraído; ella, con su vestido desgarrado y el cuerpo veido por la fatiga. Están tan acostumbrados los artistas a hacer la caricatura unos de otros, que a Teresa le divirtió la suya; pero aun cuando también ella tenía facilidad e ingenio, por nada del mundo hubiera hecho la de Lorenzo, y, cuando le vio dibujar cómicamente la escena nocturna que les había torturado, sintió pesar. Parecióle que ciertos dolores del alma no pueden tener jamás aspecto visible.

Lorenzo, en vez de comprenderla, empeoró el asunto cargándole de más ironía. Debajo de su figura escribió: *Perdido en el bosque y en el corazón de su amante*, y bajo la de Teresa: *Tu desdoro el corazón como se vendió*. Puso por título al cuadro: *Luna de miel en un cementerio*. Teresa se esforzó en sonreír; elogió el dibujo, que, a pesar de su extravagancia, denunciaba la mano del maestro, y no hizo reflexión alguna sobre la deplorable elección del asunto. Engañóse; mejor hubiera hecho en exigir a Lorenzo, desde el principio, que no dejara desbordarse su jovialidad a zancadas y al azar. Dejose arrastrar porque tuvo miedo, otra vez, de que aun se sintiera enfermo y presa de su alucinación en medio de su lígubre chanza.

La verdad por dos o tres horas más de la misma tarde, se preguntó si la vida dulce y ordenada que quería hacer gozar a su amigo era realmente la higiene que convenía a aquella excepcional naturaleza. Habíale dicho:

—Sentirás alguna vez tedio. Ese tedio te alivia, te descansa del vértigo, y, cuando recobres la completa salud moral, te divertirás con cualquier cosa y conocerás la verdadera alegría.

Los acontecimientos tomaron giro muy distinto. No confesaba Lorenzo su hastío, pero érale imposible soportarlo y lo traducía en caprichos extraños y dolorosos. Su vida era un perpetuo contraste. Las bruscas transiciones del ensueño a la exaltación y de la absoluta pereza a los escandalosos excesos, habían llegado a constituir un estado normal sin el que no podía vivir. La ventura, dulcemente saboreada durante algunos días, llegaba a irritarle como la vista del mar en calma.

—Dichosa tú —decía a Teresa—, que despiertas todas las mañanas con el corazón en su sitio. Yo pierdo el mío durmiendo. Es como el gorro de dormir que me ponía mi niñera cuando era pequeño: lo encontraba unas veces a mis pies, otras en el suelo.

Teresa se decía a sí misma que la vida no podía venir de pronto a atormentarlo, y que era necesario que ella poco a poco. Por esta razón no impedía que volviese alguna vez a la vida. Pero, ¿qué hacer para que esa vida fuera una marcha, un solapamiento a su ideal? No podía tener a las amantes que había tenido en la vida, pero no se sentía con fuerzas para ir frente al día siguiente de una orgía, al trabajo, al que había vuelto con excitación en lugar de calmarlo, era con él un desahogo para tal desahogo natural hubiera sido el amor, pero también resultaba una tras de la cual Lorenzo hubiera perdido el cielo; no pudiéndolo, ni el lado del infierno, y su pensamiento mismo, reflejaba algo diabólico. No estaba estudiando sus gustos y su vida y le sorprendía ver cuán fáciles de hacer, Lorenzo anhelaba diversidades. No era preciso pasarle por imposible encanamiento; era bastante a cualquier parte y proporcionada inesperada. Si en vez de tener la decía Teresa, poniéndose en el lugar de ella, con un resaca en lugar del teatro al que le había llevado, le robaba de pronto a ese a otro espectáculo distinto, el canto de aquella imprevisita de no de placer, mientras que, con un querer que no podía ser de amor, lestar considerable y un vehemente renegar de todo. Tratóle, pues, a un niño convaleciente, al que niega, sin querer reparar en los que pudieran sobrevivir para él.

El primero y el más grave fue prometer su reputación. Se la tenía por honrada. No se permitía que no hubiese tenido más que Lorenzo, y habiendo dicho a Teresa que la había visto en Italia cuando de...", que estaba casado y creyéndose la entretención del que había despedido, con ella, cuando Teresa había preferido la vergüenza a emprender un litigio en el que había abundado; pero aun como mujer prudente y razonable.

—Guarda las apariencias —decía. Jamás han existido rivalidades entre ella. Todos sus amigos hablan de ella bien. Es una mujer que se sentía que sólo trata de pasar una vida que es un mérito más.

Cuando se la vio, fuera de la casa de Lorenzo, comenzó la vida más severa la censura que se le hacía. Advertía que se le hacía más que la vida de ella. Lorenzo era un hombre de artistas, pero tenía entre un número de amigos. Criticábasele de aristócrata entre los elegantes de la social, y, por su parte, los amigos en aquel otro círculo ni creyeron en la versión ni la comprendieron. El negado amor de Teresa pasó por desenfrenado. Hubiera escogido una vida disoluta con las mas de París. En cuanto a los que no se acontentaban a Teresa, estimaron la vida de Lorenzo como una tragedia en fin término, de que se desdoblamente cuando se sintiera hastiado.

De tal manera, y por todos los medios, se la tenía, por la elección que se le hacía, que le parecía querer hacer. No era ésta, seguramente, la vida de Teresa; pero, tratándose de Lorenzo, él había resuelto hacerla respetar. No le faltaba de ocultar la vida que era posible renunciar al mundo.

... volver solo, a riesgo de que se perdiera, o se le seguía y acompañaba para preservarlo del peligro. Estaba a ver al público y a ser visto. Un día entero retirado, cruciándose en una cueva y clamaba a la sire y el sol.

... ma llegó bien pronto para Teófilo que apurar: el de la traición. Hasta entonces había ganado con su trabajo para llevar una vida, pero a condición de tener otros, mucho orden en el gasto y la vida en la labor. Lo imprevisto, lo que a Lorenzo, trajo los apuros. Queriendo rehacerle el sacrificio, tiempo precioso, que es el capital.

... era más que el marco de un mundo sombrío, sobre el que un velo tan espeso que nadie podía ver, y hasta sus amigos, se apenaron de su situación, se ella diciendo: Esperemos que tome a muy pronto.

... Todos los días adquiría Terribilidad de que Lorenzo ya que era su amor tal, que no esperaba alguna de felicidad ni ella. La certeza absoluta la tenía en Italia, y ese viaje a Italia es a contar.

CAPITULO VI

... hacía que deseaba Lorenzo su suño dorado desde niño. Al que logró vender inesperadamente en condiciones de realización, para que le acompañase, mostrándole su pequeño caudal y jurándole su consentimiento en seguirle, renunciaba a saber de sobre que tal renuncio contrariedad y sin reproche. Tanto, para procurarse dinero. Lo consiguió comprometiéndose su y parcieron hacer fines de oto-

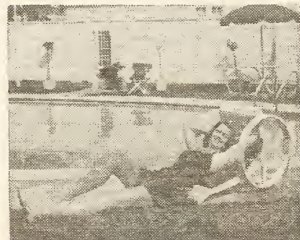
... se forjó grandes ilusiones viendo hallarse en plena primavera, en cuanto descubriese el vino la rebaja y fue preciso para muy duro en la travesía de Génova. Génova le agradó extraordinariamente, como había allí muchos artistas, y éste era para él el primer viaje, consintió gustoso en ir dos meses y alquiló un piso

... ocho días, Lorenzo lo había visto apenas empezaba a instalarse en la casa que no le era posible abandonar algunos billetes de Banco prometidos, con un comerciante le enviase copias de retratos inferiores hacer grabar en seguida. El era desagradable; como hombre de industria había designado varios a Van Dyck: uno en Génova, otro en Venecia. Las copias de este maestro eran pocas, gracias a la cual había de Teresa su propio talento, ganando para vivir, antes de pintar retratos a cuenta; pero ahora le era preciso por obtener la autorización de las aquellas obras maestras, y, por mucho se dio, transcurrió una semana para hacer la copia designada en Génova.

... no se sentía dispuesto a copiar a un individuo era demasiado original y característico para que se dedicara de estudio. Aprovechaba la vistas famosas muy de otro modo. Su derecho. Sin embargo, más de un día, encontrando la ocasión propicia, aprovechado. Lorenzo no tenía aún

veinticinco años y todavía podía aprender. Tal era el parecer de Teresa, que veía en esto la ocasión de que él dispusiera de más recursos pecuniarios. Si hubiera consentido en copiar un Ticiano, que era su maestro predilecto, sin duda que el mismo comerciante con quien había tratado Teresa lo hubiese comprado o hecho comprar a un amateur. Esta idea pareció absurda a Lorenzo. Mientras tenía dinero no concebía que se descendiera de las cimas del arte para pensar en el lucro. Dejó a Teresa absorbida ante su modelo, burlándose de antemano del Van Dyck que iba a pintar y tratando de desanimarla ante la tarea penosa que osaba emprender; después diose a vagar por la ciudad, muy preocupado del empleo de las seis semanas que Teresa le había pedido para llevar su obra a feliz término.

Y en verdad que la pobre muchacha no tenía tiempo que perder en aquellos días de diciembre, cortos y sombríos, con aquella instalación, que carecía de todas las comodidades de su taller de París: mala luz, un gran salón sin calefacción ninguna y bandadas de papatas turistas que, con el pretexto de contemplar la obra maestra, colocábanse delante de ella, o la importunaban con sus observaciones más o menos descabelladas. Acatazada, enferma, triste, atareada, sobre todo, por el hastio que veía asomar en los ojos de Lorenzo, tornaba a su casa para encontrarlo de mal humor, o para esperarlo hasta que el hambre lo trajese.



el más sabio de los seres. Y se llama Cobina Wright.

No pasaron dos días sin que él comenzara a decirle que había tomado sobre ella un trabajo embrocador, y sin que le propusiera renunciar a él. ¿No tenía él dinero bastante para los dos? ¿Por qué rehusaba aceptar la parte que le correspondía?

Teresa se mantuvo firme: sabía que el dinero iba a durar poco en manos de Lorenzo y que se hallaría sin un centavo para volver el día en que se sintieran cansados de Italia. Rogóle que la dejase trabajar y que trabajase él mismo como mejor le pareciese, pero como debe probarlo todo artista que ha de hacerse un porvenir.

Convino Lorenzo en que tenía razón y resolvió emprender la tarea. Desembarzó sus cajas, halló un local y trazó algunos dibujos; pero, fuese por el cambio de aires y de costumbres, fuese por la vista demasiado reciente de tantas obras maestras diferentes que le habían vivido impresionado y que no había tenido tiempo de digerir, sintióse herido por momentánea impotencia y cayó en uno de aquellos spleens, contra los que no sabía reaccionar él solo. Hubiéranle hecho falta emociones exteriores, una música admirable que caverna del techo, un caballo árabe que entrase por el agujero de la cerradura, una obra maestra literaria desconocida al alcance de su mano, o, aun mejor, una batalla naval en el puerto de Génova, un terremoto, un acontecimiento

Remita su nombre y dirección a las Escuelas Latinoamericanas, Boyacá 932, Bogotá, y a vuelta de correo recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO "LA GUÍA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos, que enseñamos por correo.

Ver última tapa.

cualquiera, delicioso o terrible, que lo arrancara de sí mismo y bajo cuya impulsión se sintiera exaltado y renovado.

De pronto, en medio de sus vagas y tumultuosas aspiraciones, un mal pensamiento le acometió a su pesar.

"Cuando pienso — se dijo — que antes (así llamaba al tiempo en que aun no amaba a Teresa) la diversión más inocente bastaba para animarme. Ahora poseo muchas de las cosas con que soñaba; dinero, es decir, sé decir, sé decir de ocio y de libertad; la Italia bajo mis plantas; el mar a mi puerta; una querida en torno mío, tierna como una madre, al propio tiempo que es un amigo serio e inteligente; ¿y nada de esto basta para que mi alma renazca! ¿De quién es la culpa? No mía, de seguro. No soy un niño mimado y no me hace falta tanto para alegrarme. ¿Cuando me acuerdo de que la sidra más débil se me subía a la cabeza como el vino más añejo; que el más picaresco palmito, acompañado de una ojeada provocativa y una toilette problemática, era suficiente para despertarme mi alegría y persuadirme de que tal conquista me transformaba en un héroe de la

LA MUJER HERMOSA

Largos piernas, linda cara, elegante en el vestir, sabia en el sonreír... esta chica tiene al mundo en el bolsillo; en la mano, cuando se trata del mundo de los \$5; a sus pies, cuando se trata del mundo galante; en la pileta, todo el resto. Descansa al sol hasta que se quemara y luego se zambulle, hasta que se cansa de nuevo y vuelve a echarse al sol. ¡Qué vida! Alguien dijo que esta muchacha nació del lado en que los tortitos tienen azúcar. Hizo bien, porque se vive una sola vez; ella ha sido

Regencia! ¿Cómo he podido creer que la belleza moral y física me era necesaria para el amor? Sabía contentarme con el menor; el más debía anonadarme, puesto que lo mejor es enemigo de lo bueno. Y por otra parte, ¿es que hay una belleza verdadera para nuestros sentidos? La verdadera es la que nos place. La que nos había es como si no hubiese existido. Hay, además, el placer de la variación, del cambio, y quizá en eso escriba el secreto de la vida. Cambiar es renovarse; poder cambiar es ser libre. ¿Ha nacido el artista para la esclavitud? ¿No son una esclavitud la fidelidad no quebrantada, la fe prometida?"

Dejaba sentir Lorenzo por estos antiguos sofismas, siempre nuevos para las almas desorientadas. Bien pronto sintió la necesidad de expresarlos delante de alguien, y ese alguien fue Teresa. ¿Tanto peor para ella, ya que Lorenzo sólo a ella veía!

La conversación de la noche comenzaba casi siempre lo mismo:

—¿Qué ciudad más aburrida!

Una noche añadió:

—Las pinturas aquí deben morirse de tedio. No quisiera ser yo el modelo que tú copias. Esa pobre condesa de traje negro y oro, colgada allí hace doscientos años, si no está condenada por sus hermosos ojos, como una condenada debe sufrir en el cielo viendo su retrato encerrado en este fastidiosísimo país.

—Sin embargo—respondió Teresa— siempre goza del privilegio de la belleza, del éxito que sobrevive a la muerte y que eterniza la mano de un maestro. Seca y hecha polvo, como está hoy, en el fondo de una tumba, aun tiene amantes: todos los días veo a algunos jóvenes, insensibles al mérito de la pintura, caer en éxtasis ante esa hermosa que parece respirar y sonreír con una calma triunfante.

—¿Sabes que se parece a ti, Teresa? Hay en ella algo de esfinge y va no me extraña tu pasión por su misteriosa sonrisa. Dices que los artistas crean siempre conforme a su temperamento, es natural que hayas elegido los ratos de Van Dyck para tus años de aprendizaje. Pintaba grande, delicado, elegante y soberbio, como tu modo de ser.

—¡Ya estancias en las galerías! Detente ahí, porque voy a sonar la burla.

—No, no estoy de humor para chanzas. Ya sabes que he dejado de reír. A tu lado hay que tomarlo todo en serio; me atengo a la ordenanza. Diré solamente una cosa triste, y es que tu condesa difunta debe estar cansada de ser siempre hermosa del mismo modo. ¡Una idea, Teresa! Un sueño fantástico que acude a mi memoria a propósito de lo que decías ahora. Atiende:

—Un joven, que probablemente tenía nociones de escultura, se enamoró de una estatua de mármol vacante en un sarcófago. Enloquecido, y el pobre loco alzó un día la losa sepulcral para ver lo que restaba de la hermosa mujer. Encontró... lo que debía encontrar el desdichado: una momia. Volvió entonces a la razón y, abrazando al esqueleto, le dijo: "Más te amo así. Al menos eres algo que ha vivido, mientras que antes anaba a una piedra que no tuvo jamás conciencia de sí misma".

—No comprendo—dijo Teresa.

—Yo tampoco—repuso Lorenzo—; pero tal vez, en amor, la estatua es lo que uno se forja en la mente, y la momia lo que halla en su corazón.

Otro día dibujó la figura y la actitud de Teresa, soñadora y triste, en un álbum; lo hojeó ella poco después y vio una docena de croquis de mujeres, cuyas posturas impertinentes y tipos desvergonzados la hicieron ruborizarse. Eran los fantasmas del pasado, que surgían en la memoria de Lorenzo y se escondían, quizá a su pesar, entre aquellas hojas blancas. Teresa, sin decir una palabra, desgarró la que ella ocupaba en tan mala compañía, la arrojó al fuego, cerró el álbum y volvió a dejarlo sobre la mesa. Sentóse junto al fuego, puso sus pies sobre los morrillos y comenzó a hablar de otro asunto.

—Es usted muy orgullosa, querida — le dijo Lorenzo—. Si hubiera quemado todas las hojas que le desgarraban, no para dejar en el álbum más que su retrato, hubiera comprendido por qué lo hacía y hubiera dicho: "Haces bien". Pero retirese usted, dejando a las otras, significa que usted no me dispensará nunca el honor de disputar ni posesión a nadie.

—He luchado para arrancarle a usted de la disolución—respondió Teresa—. No lucharé jamás para disputárselo a ninguna de esas vestales.

—Pues eso es orgullo. Lo repito; eso no es amor. Yo he porfiado por usted con la prudencia y disputaría a usted a cualquiera de sus adeptos.

—¿Por qué haría usted eso? ¿No está usted ya cansado de amar a la estatua? ¿No está la momia en su corazón?

—¡Ah! Recuerda usted bien las palabras. ¡Dios mío! Pero, ¿qué es una palabra? Cada uno la interpreta a su gusto. Por una palabra se condena a un inocente. Veo que me preciso llevar cuidado con lo que se dice delante de usted, quizá con más prudencia fuera no hablar jamás solos.

—¿A esto hemos llegado ya, Dios mío?—dijo Teresa, desahuciándose en llanto.

Habían llegado. En vano Lorenzo se aflijó con sus lágrimas y le pidió perdón por haberlas

hecho correr. El mal se produjo al día siguiente.

—¿Qué quieres que haga en esta aborrecida ciudad? Quieres que trabaje. También yo he querido, pero no puedo. No he nacido, como tú, con un resorte de acero en el cerebro, en el que no hace falta más que apretar el botón para que funcione la voluntad. ¡Yo soy un creador! Grande o pequeño, débil o poderoso, hay en mí un resorte que no obedece a nada y que pone en marcha, cuando le place, el soplo de Dios o el viento que pasa. Soy inútil para todo cuando me fastidio o me desagrada el lugar en que me hallo.

—¿Cómo es posible que un hombre de talento se aburra—dijo Teresa—, a menos que se vea privado de luz y de aire en una cueva? —No habrá en esta ciudad, que tanto te encoró el primer día, ni cosas hermosas que ver, ni paseos interesantes que dar por los alrededores, ni buenos libros que leer, ni personas inteligentes con quien hablar?

—Estoy de obras maestras de arte hasta la coronilla; no me gusta pasear solo; los libros

HABIA DESCENDIDO

El célebre pianista Paderewsky, que fue delegado de Polonia a la Conferencia de la Paz, se encontró en dicha oportunidad con Clemenceau.

—Dígame, señor — le preguntó el "Tigre" — ¿es usted el mismo Paderewsky conocido en el mundo entero como el más grande pianista contemporáneo?

—Sí, señor presidente.

—¿Y ahora es usted ministro de Relaciones Exteriores?

—Sí.

—¡Qué decadencia! — dijo Clemenceau.

LA PRIMERA "MAJESTAD"

El primer rey que usó el título de "majestad" fue Luis XI de Francia. En tiempos anteriores se les daba el tratamiento de "altesa".



LUZ EN EL FONDO DEL MAR

Algunos peces que viven en las grandes profundidades del mar no tienen ojos; en cambio, otros, a las mismas profundidades, poseen grandes ojos azules. Los sabios, cuando estudian a los primeros deducen por su ausencia de ojos que no llega la luz hasta allí, y cuando estudian los ojos azules, opinan que, naturalmente, hay luz; ri no, ¿para que los ojos?

4...

mejores me irritan cuando me dicen lo que no me agrada creer. En cuanto a relaciones sociales..., tengo cartas de recomendación de las que sabes demasiado que no puedo hacer uso.

—No lo sabía. ¿Por qué?

—Porque, naturalmente, mis amigos de la buena sociedad me han presentado a personas de su clase. Estas personas no viven encerradas entre cuatro paredes sin pensar en divertirse, y como tú no eres de esa buena sociedad, como no puedes acompañarme, sería necesario que te dejara sola.

—¿Durante el día, y ya sabes que estoy obligada a trabajar allá abajo, en aquel palacio!

—Durante el día se hacen visitas y proyectos por la noche. Por la noche es cuando se divierten en este país, ¿no lo sabes?

—Sal alguna vez de noche, puesto que es preciso. Ve al baile, a las tertulias. Lo único que te suplico es que no juegues.

—Y eso es lo que no te puedo prometer. En

la alta sociedad hay que entregarse o a las mujeres.

—¿De modo que todos los hombres de alta sociedad, o se arruinan en el juego o dedican a la galantería?

—Los que no hacen ni una cosa aburren y aburren a los demás. Y hombre ameno para conversar en soy bastante vanidoso para hacerme sin decir nada. ¿Quieres, pues, que ese mundo a todo riesgo y ventura...? —Teoría no—dijo Teresa—. ¡Ah! No creí perderme tan pronto. El acento dolorido y la mirada de Teresa irritaron a Lorenzo hasta la solía.

—¿Sabes — le dijo — que me he propósitos con la más pequeña de las abusos de tu influencia, mi pobre te arrepentirás algún día si me y desesperado?

—Ya me arrepiento, puesto que lo que quieras.

—¿Me abandonas a mi destino? ¿sado de luchar? ¡Ah! Tú eres un me amas.

—Por el tono con que lo decías, anhela que así sea.

Lorenzo respondió: "No", pero después todos sus actos respondieron a lo que Teresa quería. Teresa era muy seria, muy orgullosa. No quería descender con él de los lestiales. Una palabra libre tomaba insulto. Un recuerdo sin importancia en su censura. Como en todo era parecían posibles ni los deseos ni los antojos sin freno. Ella era la más, seguramente, y estaba pronta si hacía falta, pero, ¿era ésta la se trataba de encontrar la la juntos? Antes era ella más elegada, coqueta con él y va más ahora parecía un pájaro enfermo con las plumas erizadas, la cabeza y el ojo apagado. Su semblante curno, algunas veces acribada. batación grande y sombría, entre restos de un lujo pasado, le hacía un espectro. Algunas veces le era posible llenar aquel interior cantos extraños y de risas sonoras.

—Vamos, ¿qué hacer para que sombra de muerte que hiela la tate al piano, toca un vals. Valses, ¿tu valsar? Apuesto a que no. que cosas tristes.

—Escucha — dijo Teresa poniéndose a escribir en un cuaderno, vímonos mañana, y suéda lo que te volverás loco. Quizá sea peor pero yo no dejaré mi tarea hasta el día siguiente.

Al día siguiente, Lorenzo se dijo: De modo que se había impuesto. Cumplía firmemente con un deber, había hecho voto de redimir a su faltaba más que ser devoto.

Tomó su sombrero con el desdén y de graciosa ruptura se zaba. Eran las diez de la noche, pero angustias intolerables. Vio y se encerró en su habitación. Teresa no se atrevió a aparecerle; irritarle, y se retiró silenciosa a la primera vez que se dormía una palabra de afecto o de perdición.

Al día siguiente, en lugar de trabajo, Teresa preparó el café despertó a las tres de la tarde riendo en qué pensaba. Había lucido; había vuelto en su pasado solo por la orilla del noche; había reflexionado. Era poeta. Me he comparado a él y pulsos de arrojarle a su verdosa pusé me han parecido monótonas las olas, lamentándose sin cesar rocas en la playa. ¡Si no tiene

VIRILINETS

SE ELABORA CON
MATERIAS PRIMAS
SELECCIONADAS

VENTA EN FARMACIAS

que me había conquistado, y que toda aquella fingida resistencia, aquellas lágrimas de angustia y aquellos perdones otorgados a mis suplicas no eran más que el arte vulgar de tender la caña para que picase el pececillo engañado por el cicho. He engañado a usted fingiendo que ese cicho me seducía. Estaba en mi derecho. Usted exigía adoraciones para rendirse; se las he prodigado sin esfuerzo y sin hipocresía, porque usted era bella y deseable. Pero una mujer no es más que una mujer, y la más miserable nos hace gozar tanto como la reina más poderosa. Usted tenía el candor de ignorarlo, y ahora es preciso que reflexione. Es preciso que sepa que la monotonía no es de mi gusto, que hay que dejarme entregado a mis instintos, que no serán sublimes, pero a los que no puedo renunciar sin renunciar a mí mismo. ¿En dónde está la maldad de todo esto, y por qué hemos de mesarnos los cabellos? Nos unimos y nos separamos, nada más. No por eso hemos de odiarnos e insultarnos. Venguese usted colmando los ánulos de ese pobre Palmer, a quien hace penar; me satisfará su alegría y quedaremos los tres como los mejores amigos del mundo. Reconbrará usted sus gracias de antaño, que ha perdido, y el brillo de sus hermosos ojos, que se fatigan y se empañan velando para espiar mis más idas y venidas. Yo volveré a ser el buen camarada de antes y olvidaremos esta pesadilla que hemos padecido juntos. ¿Estamos conformes? ¿No contesta usted? ¿Desea que nos odiamos? Lleve usted cuidado. No le odia jamás, pero puedo aprender a hacerlo, porque ya sabe usted que tengo facilidad para todo. Vea usted: esta noche luché con un marinero borracho que era mucho más grande y más fuerte que yo; lo he acribillado a golpes y no he recibido más que un rasguño. Tenga usted cuidado de que no resulte yo tan vigoroso moral como físicamente, y que, en una lucha de odio y de venganza, no aplasto

se callen! Que hagan como yo, quejarme. Aquí me tienes con trabajo y permanecer aquí. Cuidadosamente. Abrazame, Teresa, más de la estúpida conversación. Deshaz el equipaje, quita esas que no las vea yo más. Me da un reproche, y no lo me-

cedaba ya el tiempo en que una de Teresa era bastante para rodillas y volver prontamente, sin embargo, la verdad era pasado más que tres meses. Como a distraerlos, Mister Palmer cenaba en aquella mañana, se sentó en un puesto en la mesa. Lo encantado con la novedad, ceremonioso con los demás hombres del americano, llamándole Palmer quedó más sorprendido de tan calurosa acogida. Echar una ojeada a Teresa lucía en ella la expresión de Lorenzo no habló de su aburrimiento quedó absorta al oírle elogiar país. Llegó hasta decir que encantadoras. ¿De dónde las

dió su abrigo y salió. Palmer se echó a reír.

—dijo Lorenzo— no hace usted más a Teresa? Le complacen siempre solos. No una hora. Espéreme para to-

Lorenzo no había aparecido. Teresa esforzándose inútilmente en su habitación. No se sentía intranquila.

Palmer lo comprendió, pero no habló para tratar de disuadir a Lorenzo no llegaba y no le esperaba pasada la medianoche. El apretón de mano le dio que no le engañaba su presencia comprendía toda la extensión de la cosa.

En aquel momento y vio la Teresa. Apenas quedaron solos, terminos que afectaban no desahogarse celoso.

Teresa.— No me haga usted creer que usted que Palmer me Vámonos: yo lo propuse.

—No soy necio hasta tal extremo usted tiene tertulia y me perturbó solo, todo va bien, y hasta me de trabajar.

—dijo Teresa.— Haré lo que me diga si le complace la compañía ha encontrado, tenga la bondad de como acaba de hacerlo, me sufriré.

—¿Se incomoda usted? ¿Qué he molesté? Se está volviendo usted impudible demasiado tormentosa, amiga. ¿Qué mal habría en que hiciera enamorado de usted?

—En que me dejase usted sola con usted eso que dice.

—habría... en dejar a usted en el mundo, según usted, el peligro existe me equivocaban?

—Pues las veladas juntos y no remedie. Lo deseo. ¿Estamos conformes?

—Teresa es usted, querida Teresa! Permaneceré en casa y recibiremos a quien quiera. Será el mejor y el más de los arreglos.

Lorenzo pareció volver en su mente un hermoso estudio en su habitación a Teresa a que viniese a verlo. Algunos días sin tormenta, Palmer no se movió. Hartóse pronto Lorenzo de esta vida y fué a buscarlo, echándole a abandonarse así a sus amigos. Ape- para pasar la velada con ellos, in-

ventó Lorenzo un pretexto, salió y no volvió hasta la medianoche.

Así pasó una semana; después otra. Cada tres o cuatro quedábase Lorenzo en casa una noche, Teresa hubiera preferido la soledad.

¿Dónde iba? Lo ignoraba. No a la buena sociedad. El tiempo húmedo y frío no permitía suponer que pasara por placer en el mar. Sin embargo, según él decía, embarcábase con frecuencia y su traje olía, en efecto, a alquitrán. Ejercitábase en remar y tomaba lecciones de un pescador a quien iba a buscar a la playa. Diríase que le sentaba bien, para comprender su trabajo al día siguiente, la fatiga que calmaba la excitación de sus nervios. Teresa no se atrevía ya a ir a buscarle a su estudio. No agradaban a Lorenzo sus consejos cuando se sentía dispuesto a llevar al viento su idea, ni su silencio, que traducida como una censura. No debía ver su obra hasta que llegase el momento en que él la juzgase digna de ser vista. Antes no comenzaba nada sin exponerle su idea: ahora la trataba como un público.

Dos o tres veces pasó toda la noche ausente. Teresa no se avenía a la inquietud que le causaban esas ausencias prolongadas. Hubiérase exasperado manifestando que lo advertía; pero bien se comprende que le acentuaba y procuraba saber la verdad. Era imposible seguirle por la noche en una ciudad llena de marineros y aventureros de todas las naciones. Por nada del mundo se hubiera rebajado al extremo de hacerlo seguir por otro. Entraba en su habitación sin ruido y mirábase dormir. Parecía muerto de cansancio. Quizá era el resultado de la desesperada lucha emprendida consigo mismo para matar con el ejercicio físico sus exaltados pensamientos.

Una noche reparó en que su traje estaba lleno de barro y desgarrado, como si hubiera peleado con alguien o se hubiera caído en el fango. Acordada, se acercó más y vio la almohada manchada de sangre; tenía una pequeña herida en la frente. Dormía tan profundamente, que creyó que no se despertaría si le descubría un poco el pecho para ver si tenía alguna otra herida; pero despertó y montó en cólera de tal suerte, que fué para Teresa el golpe mortal. Quiso huir; retóvala él a la fuerza, púsose un traje de casa, cerró la puerta, y paseando agitado por la habitación, iluminada débilmente por una lamparilla nocturna, desahogó todo el sufrimiento encerrado en su alma.

—Basta ya —le dijo—, seamos sinceros. Ni nos amamos, ni nos hemos amado nunca. Nos hemos equivocado. Usted ha querido tener un amante. Quizá no era yo el primero ni el segundo; no importa. Lo que hacía falta era un servidor, un esclavo. Usted ha pensado que mi desdichado temperamento, mis deudas, mi hastío, mi cansancio de una vida crápula, mis ilusiones sobre el amor verdadero, me someterían a su antojo y ya no podría recuperar mi libertad. Para llevar a feliz término tan peligrosa empresa era necesario a usted un carácter más amable, más paciencia, más flexibilidad y, sobre todo, más ingenio. Sea dicho sin ánimo de ofenderla: no tiene usted ingenio ninguno. Teresa —le usó toda de una pieza, monótona, testaruda y envenenada de una pretendida moderación hasta el colmo, de esa moderación que no es más que la filosofía de las gentes de pocos alcances y de inteligencia limitada. En lo que a mí se refiere, yo soy un loco, un inconstante, un ingrato, todo lo que usted quiera; pero soy sincero, no me dudo, me entrego sin reservas, y por eso vuelvo en mi acuerdo del mismo modo. Mi libertad moral es cosa sagrada y no consiento que nadie me esclavice. Se la había confiado a usted, pero no se la había dado; a usted tocaba el hacer buen uso de ella, dándole la felicidad. ¡Oh! No intente convencerme de que usted no conspire a dominarme. Conozco esos manejos de la modestia y esas evoluciones de la conciencia de las mujeres. En el momento en que usted fué mía, comprendí que pensaba

al diablo en persona sin dejarle ni uno solo de mis cabellos entre las uñas.

Lorenzo, pálido, agresivo, ya irónico, ya furioso, con la cabellera en desorden, la camisa desgarrada y la frente ensangrentada, aterraba de tal modo con su vista y su palabra, que Teresa sintió que todo su amor se trocaba en repugnancia. Tanto desesperaba de la vida en aquel momento, que no tuvo miedo. Muda, inmóvil en el sillón en que estaba sentada, dejaba correr aquel torrente de blasfemias y, al mismo tiempo en que se decía que aquel insensato era capaz de matarla, esperaba con desdén glacial y absoluta indiferencia que llegara el paroxismo de aquel acceso.

Calló Lorenzo cuando le faltaron fuerzas para hablar. Entonces ella se levantó y salió sin contestar una sílaba y sin dirigirle ni una mirada.

CAPÍTULO VII

Lorenzo valía más que sus palabras. Ni una sola de las que tan despiadadamente había pronunciado en aquella horrible noche estaba en su corazón. Ocurríasele en el momento en que las decía, o, mejor dicho, hablaba sin conciencia de lo que decía. De nada se acordó al despertar, y, si alguien le hubiese hecho memoria, habríale desmentido.

Sólo quedaba una cosa cierta en aquel instante: su cansancio del amor elevado y la aspiración de todo su ser a las funestas embriagueces del pasado. Era el castigo del mal camino emprendido al enpezar la vida, castigo muy cruel sin duda y del que bien se alcanza, que se quejaba durante el mismo Lorenzo, que, sin premeditarlo, habíase arrojado al abismo, del que creía poder salir con facilidad cuando quisiese. Pero el amor parece regirse por un código que, como todos los códigos sociales, descansa sobre esta terrible sentencia: "La ignorancia de la ley es inexcusable". Tanto peor para los que la ignoran de veras. Si un niño se arroja entre las garras de una pantera creyendo poder acariciarla, la pantera no se hará cargo de su inocencia; devorará al niño, porque no depende de ella el perdonarlo. Lo propio acontece con los venenos, con la pólvora, con los vicios, agentes ciegos de la ley fatal que al hombre toca, o conocer, o padecer.

Al día siguiente de la crisis, no quedó en la memoria de Lorenzo más que el recuerdo de haber tenido con Teresa una explicación decisiva y la vaga idea de haberla visto resignada.

"¿Qué es mejor así?", pensó al volverla a encontrar tan tranquila como al separarse de él en la noche anterior.

Asustóle, sin embargo, su palidez. "No es nada —dijo ella serenamente—. El reuma me molesta mucho, pero no pasa de ser un reuma. Se irá con el tiempo.

—Y bien, Teresa, ¿en qué estado quedan hoy nuestras relaciones? ¿Ha reflexionado usted? Usted lo ha de decidir. Debemos separarnos disgustados, o seguir juntos, amigablemente, como antes?

—No estoy disgustada —repuso Teresa—. Continuémos siendo amigos. ¿Qué dese usted aquí, si le place. Yo acabaré mi tarea y volveré a Francia dentro de quince días.

—Pero en estos quince días, ¿deboirme a vivir a otra casa? ¿No teme usted que demos que hablar?

—Haga usted lo que juzgue conveniente. Tenemos aquí habitaciones del todo independientes. Sólo es común el salón. No me es necesario. Se lo cedo a usted.

—No; soy yo el que le ruego que lo tenga por suyo. No me oíría usted salir ni entrar. No pondré los pies en él si usted me lo prohibe.

—No prohibo a usted nada más sino el que crea ni por un sólo instante que su amante pueda perdonarlo. En cuanto a su amiga, está por encima de cierta clase de desilusiones. Aunque confía en ser útil a usted y la encontrará usted siempre que tenga necesidad de afecto.

Tendióle la mano y marchóse a trabajar.

Lorenzo quedó estupefacto. Tanto dominio sobre sí misma era una cosa que no podía explicarse él, que desconocía el valor pasivo y las resoluciones mudas. Creyó que Teresa se proponía reconquistar su ascendiente sobre él y traerle de nuevo el amor por la amistad. Se prometió mostrarse invulnerable a toda debilidad, y, para estar más seguro de sí mismo, decidió tomar a alguien por testigo de la consumada ruptura. Fué a buscar a Palmer, le narró la historia desdichada de su amor, y añadió:

—Si ama usted a Teresa, como creo, mi querido amigo, haga usted que Teresa le ame. Yo no puedo mostrarme celoso, sino todo lo contrario. Como la he hecho muy desgraciada y estoy seguro de que sería usted muy bueno con ella, borraría usted de mi espíritu un recordamiento que deseo alejar de mí.

Quedó Lorenzo sorprendido ante el silencio de Palmer.

—¿Ofendo a usted hablándole como le hablo? —le dijo—. No es esa mi intención. Siento por usted amistad, estimación, respeto, si usted quiere. Si mi conducta en este asunto le parece censurable, dígamelo; lo conceptuaré preferible a ese aire de indiferencia o de desdén.

—Ni soy indiferente a los pesares de Teresa ni a los de usted —respondió Palmer—. Sólo ahorro consejos o reproches, que serían tardíos. Les había creído nacidos el uno para el otro; hoy estoy persuadido que el más grande, el único bien que pueden ustedes otorgarse mutuamente, es el de separarse. En cuanto a mis sentimientos personales respecto a Teresa, no reconozco en usted derecho alguno a interrogarme, y en lo que toca a los que, según usted, pudiera llegar a inspirarle, después de lo que acaba de decirme es una suposición que tampoco tiene usted derecho a emitir delante de mí, y mucho menos delante de ella.

—Está bien —repuso Lorenzo de mal talante—. Entiendo perfectamente lo que eso quiere decir. Veo que, desde ahora, estoy aquí de sobra y que haré lo que debo, marchándome, para no estorbar a nadie.

Partió, en efecto, despidiéndose fríamente de Teresa, y se fué directamente a Florencia con intención de echarse en brazos de la vida mundana o del trabajo, según se le antojara. Saboreó una exquisita dulzura al decirse:

"Haré lo que se me ocurra, sin que nadie sufra o se desazone. No siendo un criminal, el peor de los suplicios es el de estar fatalmente constreñido a ver una víctima. Al fin soy libre y el mal que pueda hacer no caerá más que sobre mí".

Teresa padeció, sin duda, el error de no darle por cuán profunda era la herida que le había hecho. Excedióse en valor y en orgullo. Pensó que había comprendido la cura de un enfermo desesperado, no sólo retroceder ante los grandes remedios y las operaciones crueles. Hubiera sido preciso sangrar copiosamente aquel corazón delirante, agobiado de reproches, devolverle injuria por injuria y dolor por dolor. Viendo el mal que había causado, quizá Lorenzo se hubiera hecho justicia a sí mismo. Tal vez la vergüenza y el arrepentimiento hubieran salvado su alma del crimen de matar al amor a sangre fría.

Pero después de tres meses de esfuerzos inútiles, Teresa se sentía rechazada. ¿Debia ella tanta abnegación a un hombre a quien jamás había pretendido esclavizar, que se le había impuesto a pesar de su dolor y de sus tristes presentimientos, que se había atravesado en su camino como un niño abandonado, gritándole: "¡Llévame contigo, guárdame contigo, porque si no me voy a morir al borde de la carretera!"

Y este niño la maldecía porque había atendido a sus gritos y a sus llantos. Acusábala de haberse aprovechado de su debilidad para privarle de los placeres de la libertad. Alejábale de ella, respirando a pleno pulmón y diciendo: "¡Al fin, al fin!"

"Puesto que es incurable —pensó— hacedle sufrir? ¿No he visto ni a uno que no me ha dicho y casi probado, que yo ahogaba su genio, tratando su fiebre? Cuando yo creía haber que aborreciera sus malos hábitos, to que los apetecía más ávidamente le he dicho: "Vuelve al mundo", mis celos y se ha arrojado en las terribles y groseras; ha vuelto borracho, destruido y ensangrentado."

El día de la partida de Lorenzo fue a Teresa:

—¿Qué quiere usted hacer, amigo, para que vaya a buscarlo?

—No, de ningún modo.

—¿Quizá consiguiera traerlo?

—Lo deploraría.

—¿No le ama usted ya?

—Nada absolutamente.

Después de un largo silencio, Teresa, abstraído, prosiguió:

—Teresa, tengo que dar a usted una muy grave. Vacilo porque temo que usted una gran emoción más, y en consecuencia se le halla dispuesta...

—Perdón, amigo mío. Estoy triste, pero completamente en la parada para todo.

—Pues bien, Teresa: sepa usted que el conde de *** ya no existe.

—Lo sabía —respondió Teresa— días que lo sé.

—¿Y yo se lo ha dicho usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque hubiera provocado en mismo instante, cualquier reacción de que manera le trastornara y de imprevisio. Y hubiera acontecido dos cosas: o imaginar que al nueva situación quería casarse.

—Terror de ese lado conmigo hubiera aversión, o el mismo hubiera idea del casamiento en uno de mos de abnegación que se apuraban... un cuarto de hora en lugar a una intensa desesperación cólera insensata. Es demasiado poco a mí ese desdichado; no añadir un incentivo nuevo a su un motivo más a su perjuicio.

—¿Ha perdido hasta la estimación?

—No digo eso, querido Palmer, dezo, no le acuso. Quizá otra bueno y feliz. Yo no he podido cosa ni otra. Quizá hay en mí me en él. Sea como fuere, lo es que nos equivocamos y que tratar de amigos de usted.

—¿Y no procura usted obtener la libertad a que ha tenido?

—¿Qué ventajita puedo obtener?

—Puede usted volver a casarse las alegrías del hogar.

—Mi querido Dick, dos veces mi vida, y ya ve cómo me casé mi destino el de ser dichosa, para buscar lo que huye de mí. años.

—Porque tiene usted treinta y vivir sin amor. Acaba de padecer la pasión, porque es precisamente que las mujeres no pueden ser. Porque ha sufrido usted, porque amada como merecía es por lo tinguible sed de felicidad ya a usted de nuevo y quizá la va a cepece en decepción, hasta el momento más profundos que este de lido.

—Confío en que no.

—Si, sin duda, usted confía, Teresa. Hay que temerle todo su sensibilidad sobrecitada y dora calma en que la sume un temimiento y de cansancio. El no lo dude, y, apenas libre,

...ada y obsesionada. Su aislamiento... a rava las esperanzas de los...; pero ahora que Lorenzo le...nder, tal vez, su estimación, to... concepuaban sus amigos que...antes. Inspirará usted pasiones...trá entre ellos alguno lo bas...a, seducir a usted. Por último... Palmer, usted me juzga per...degraciada. Es una crueldad...comprender con toda claridad has...ido.

Cubrió la cara con las manos y...ente.

...lo llorar; viendo que las lágr...necesarias, había provocado, con...aquella angustia. Cuando la vió...álzose ante ella.

—¿Por qué, he causado a usted una...pero debe usted perdonar mi in...a usted, la he amado siempre, p...ción ciega, sino con toda la fe...de que soy capaz. Veo, con...hora que nunca, en usted un...ada, quebrantada por faltas aje...cedido usted en el concepto del...no en el mío. Al contrario; su...Lorenzo me ha probado que es...mejor la quiero a usted así...pies a cabeza contra todas las...anas, como antes me la figura... Teresa. Yo soy un filósofo, ...ombre que atiende más a la r...ancia que a los prejuicios de...a las sutilezas románticas del...amque llegara usted a los más...nos no dejaría de amarla y de...usted es de las mujeres que...erse por impulsos del corazón, ...de caer usted en tales desastres?...ero de que si encuentra usted...ción adicto, tranquilo y fiel, li...medades del alma, de las que...os artistas y los malos esposos, ...hermano, un amigo, un marido, ...preservada para siempre de...desdichas del porvenir. Me...

—Teresa, que yo soy ese hom...en mí de brillante para que la...creo un corazón firme para...absoluta confianza en usted. Así...será agradecida, y, después de...y rehabilitada para siempre... Teresa; consienta en ser mi es...ta hora mismo, sin temor, sin...falsa delicadeza, sin descon...ismo. Le doy a usted mi vida y...que crea en mí. Me considero lo...de mí para sufrir las lágrimas...ad de otro hombre le haga verter...chare a usted en cara su pasado, ...do me propongo hacerle dulce y...porvenir, que nunca logrará el...tempestad arrancar a usted de...

...ó en este tono largo tiempo con...de corazón que Teresa des...el. Traté de convencerle que no...confianza; pero, según Palmer, esta...era sólo un resto del decaimiento...a el que debía luchar. Comprendía... Palmer decía la verdad, pero tam... Palmer echar sobre sí una tarea abru...

—¡Dígame!, no es a mí a quien temo...ar a Lorenzo, ni le amo ya; y, pero...y su madre de usted, y su pa...sideración y el honor de su nom...perdida; usted lo ha dicho y así... Palmer! No me apure usted de este...espanta lo que quiere afrontar por...

...siguiente, y en los sucesivos, Pal...gué energicamente. No dejó respirar...De la mañana a la noche, solo con...plic las fuerzas de su voluntad pa...ciera. Palmer era un hombre de co...no resistía a su primer impulso; más...

tarde veremos si Teresa tenía razón para dudar. Lo que la inquietaba era la precipitación con que obraba Palmer y con que pretendía obligarla a proceder ligándose a él con una promesa.

—Teme usted que yo reflexione —decía Teresa—. No le inspiro la confianza de que se evencie.

—Cree en su palabra —respondió Palmer—. La prueba es que se la pido, pero no me siento obligado a creer en que usted me ama, puesto que guarda silencio sobre esto, y con razón. No acierta usted a dar nombre a nuestra amistad. En cuanto a mí, sé que es amor lo que siento y no soy de los que vacilan y no ven claro en sí mismos. El amor es lógico en mí y se impone como dictador. Lucha contra la mala suerte a que puede usted conducirlo

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



¡Por fin! Tanto hicieron... y deshicieron tejidos nuestros estudiosos y esforzados aprendices, que hoy llegaron a la terminación del primer sweater más o menos derecho y más o menos simétrico en todos las líneas. Tan contentos se pusieron que festejaron el acontecimiento con la compra de tremendos cigarrillos habanos, con la que también quisieron demostrar que, no obstante sus aficiones tejeriles, son todavía bastante hombres.

Aquí vemos a dos de ellos comprobando la exactitud de los medidos obtenidos, y en tal operación de medir y comprobar y probarse lo prendo se entretuvieron todo un día. Después de este primer y sonado triunfo se entregaron al trabajo con más ahínco que antes, y a estas horas están produciendo sweaters en cantidades alarmantes. Veremos pronto lo que sucederá.

con las reflexiones y los ensueños en que, enferma como se halla, no verá bien claro cuál es su verdadero interés.

Teresa sentíase casi ofendida cuando Palmer le hablaba de su conveniencia. Veía la inmensa abnegación de Palmer y no podía sufrir la idea de que la juzgase capaz de aceptar sus proposiciones sin objeción alguna. Sintió vetugencia de sí misma en aquel combate de generosidad a que Palmer se entregaba por entero, sin exigir más de ella que aceptase su nombre, su fortuna, su protección y el afecto de toda su vida. El lo daba todo y, por única recompensa le rogaba que pensase en sí misma.

Voltió la esperanza al corazón de Teresa. Aquel hombre a quien había juzgado siempre tan positivo, y que aun afectaba serlo candorosamente, se le revelaba bajo un aspecto tan imprevisto, que hería y reanimaba su espíritu

Remita su nombre y dirección a: **Escritores Latino Americanos, Revista 932, Capital, y a Vuelta de Carabobo, oficina GRATUITA SIN COMPROMISO "LA GUA DE INSCRIPCIÓN" de 12 páginas ilustradas, con detalles de los 22 países que componen el continente.** Yes, filling form.

en medio de su agonía. Era como un raso de sol en el seno de la noche, que ella pensaba que debía de ser eterna. En el momento en que, injusta y desesperada, iba a maldecir al amor, la forzaba a creer en él y a contemplar su desgracia como un accidente del que quería el cielo indemnizarla. La belleza fría y correcta de Palmer se transfiguraba a cada instante ante la mirada asombrada, dudosa y enternecida de la mujer amada. Su timidez, que imprimía a sus primeras frases algo de rudeza, desaparecía ante la expansión, y, aunque se expresaba en poemas poesía que Lorenzo, persuadida más fácilmente.

Bajo la corteza algo áspera de la obstinación, vio palpitó Teresa el entusiasmo y no pudo dejar de sonreír enternecida ante la pasión con que él pretendía perseguir fríamente su propósito de salvarla. Sintióse conmovida y se dejó arrancar la promesa exigida.

En aquel momento recibió una carta de letra desconocida; de tal modo estaba alterada. La fué difícil descifrar la firma. Ayudada por Palmer llegó, al fin, a leer estas palabras: "He jugado, he perdido. He tenido una querida, me ha engañado, la he matado. Me he envenenado. Me muero. Adiós, Teresa. — Lorenzo".

—¡Partamos —dijo Palmer. —¡Ah, buen amigo, le amo a usted! —respondió Teresa arrojándose en sus brazos—. Ahora comprendo cuán digno es usted de ser amado.

Partieron en seruida. En el transcurso de una noche llegaron, por mar, a Liorna, y, a la tarde siguiente, estaban en Florencia. Allí encontraron a Lorenzo en un mesón, no moribundo, pero sí con un acceso de fiebre cerebral tan violento, que cuatro hombres no podían sujetarlo. Reconoció a Teresa al verla, y se abrazó a ella gritando que querían enterrarle vivo. Abrazábala tan fuertemente, que cayó en tierra, casi asfixiada. Palmer la sacó de la estancia desvanecida; volvió en sí al instante, y, con una perseverancia que parecía milagrosa, pasó veinte días y veinte noches a la cabecera de aquel hombre, al que ya no amaba. El no la reconocía sino para colmarla de groseras injurias; pero en cuanto se alejaba un momento, la llamaba, diciendo que sin ella se iba a morir.

Felizmente, ni había matado a mujer alguna, ni se había envenenado, ni siquiera perdido su fortuna en el juego, ni era cierto nada de lo que había escrito a Teresa al comenzar su delirio y su enfermedad. Jamás recordaba aquella carta, de la que Teresa tuvo miedo de hablarle. Bastante le aterró el trastorno de su razón cuando empezó a tener conciencia de lo que le acontecía. En tanto que le duró la fiebre, aun le acometieron algunos siniestros delirios. Tan pronto imaginaba que Teresa quería envenenarle, como que Palmer le ponía esposas en las muñecas. La más frecuente y la más cruel de sus alucinaciones consistía en ver una aguja grande de oro que Teresa desprendía de su cabello y le clavaba lentamente en el cráneo. Era verdad que Teresa llevaba una aguja de esa clase para sujetar su peinado, a la moda italiana. Quiétsela, pero él continuó viendo y sintiéndola.

Como así siempre parecía que su presencia le exasperaba, Teresa se colocaba ordinariamente detrás de su lecho, oculta por las cortinas; pero en cuanto se trataba de hacerle beber algo, se encolerizaba y protestaba de que no tomaría nada sino de manos de Teresa.

—Sólo ella tiene derecho a matarme —decía—. Le he hecho tanto mal... Me odia. Que se vengue. ¿No la veo a todas horas, a los pies de mi lecho, en brazos de su nuevo amante? Vamos, Teresa, venga usted; tengo sed, sírvame el veneno.

Teresa le servía la calma y el sueño. Tras de muchos días de una excitación que los médicos no creían poder vencer y que juzgaban como un estado anormal, Lorenzo se calmó súbitamente y quedó inerte, quebrantado, siempre alterado, pero fuera de peligro.

Estaba tan débil que era preciso darle de comer a mano y en dosis muy escasas, para que su estómago trabajase muy poco al hacer la digestión. Teresa juzgó que no debía abandonarle ni un instante. Palmer trató de conseguir que descansara, dándole su palabra de honor de reemplazarla junto al enfermo. Resusó Teresa, comprendiendo que la humana resistencia no puede defenderse de la fatiga del sueño, y que, puesto que se realizaba en ella el milagro de advertir en cada minuto cuándo debía llevar la cuchara a la boca del doliente, sin que jamás la venciera el cansancio, a ella, y no a otro, era a quien Dios había encargado la salvación de aquella frágil existencia.

A ella era y ella le salvó.

Si la medicina, por indicada que esté, resulta ineficaz en los casos desesperados, es muy frecuente que sea porque el tratamiento es casi imposible de seguir de una manera absoluta. No se conoce bien la perturbación que un minuto de más o de menos puede producir en una vida viciante. El milagro que hace falta para la salud del moribundo está en la calma, en la tenacidad, en la puntualidad de los que le asisten.

Al fin, una mañana, despertó Lorenzo como de un letargo. Pareció sorprendido al ver a Teresa a su diestra y a Palmer a su siniestra; tendió una mano a cada uno y les preguntó dónde estaba y de dónde venía.

Engañósele durante largo tiempo sobre la duración y la gravedad de su mal, porque se impresionaba mucho al verse tan flaco y tan débil. La primera vez que se miró a un espejo, se tuvo miedo. En los primeros días de su convalecencia llamó a Teresa; se le contestó que dormía. Quedó muy sorprendido.

—¿Se ha hecho italiana? —dijo—. ¿Duerme de día?

Teresa durmió veinticuatro horas seguidas. La naturaleza recobró sus derechos así que desapareció la inquietud.

Poco a poco pudo Lorenzo hasta qué punto se había dedicado a él, y vio en su rostro las señales de tantas fatigas como habían sucedido a tantas penas. Como aun se encontraba tan débil, Teresa le acompañaba de continuo, unas veces convertida en lectora, otras jugando a la baraja para distraerle, otras sacándole a pasear en carruaje, Palmer siempre estaba con ellos.

Volvían las fuerzas a Lorenzo con una rapidez tan extraordinaria como su temperamento. Sin embargo, su inteligencia no acababa de recobrar la lucidez. Un día dijo riendo a Teresa, en un momento en que se vio sólo con ella:

—Y ese bueno de Palmer, cuándo nos hará el favor de marcharse?

Teresa comprendió que había una laguna en su memoria, y no contestó. El entonces reflexionó penosamente y añadió:

—Le parezco a usted ingenuo al hablar así de un hombre que me he interesado casi con tanta abnegación como usted misma; pero no soy tan inocente ni tan cándido para no comprender que sólo por no separarse de usted es por lo que se ha encerrado durante un mes en la alcoba de un enfermo tan desagradable. ¿Puedes tú, Teresa, jurarme que lo ha hecho sólo por mí?

Sintióse herida Teresa por la pregunta y por aquel río, que creía desterrado para siempre de su trato. Saudió la cabeza y cambió de conversación. Lorenzo obedeció tristemente, pero tomó a insistir al otro día; y como Teresa, viniéndole ya bastante repuesto para no serle necesaria la asistencia, a partir, Lorenzo le dijo realmente sorprendido:

—Pero, ¿dónde vamos a ir, Teresa? ¿No estamos bien aquí?

Preciso era tener una explicación, puesto que él insistía.

—Niño mío —le dijo Teresa—, usted seguirá aquí. Los médicos dicen que aun deben pasar una o dos semanas antes de emprender un viaje sin temor a una recaída. Yo vuelvo a Francia porque ya terminé mi trabajo en Génova y no tengo por ahora propósito de visitar el resto de Italia.

—Bien, Teresa; eres libre, pero si has decidido volver a Francia, también voy solo libre para resolver lo mismo. ¿No puedes esperarme ocho días? Estoy seguro de que no me hacen falta tantos para encontrarme en disposición de viajar.

Tan cándidamente olvidaba sus extravíos, tan niño parecía en aquel momento, que Teresa contuvo una lágrima que iba a brotar, evocada por el recuerdo de aquella adopción que se veía forzada a abdicar y que tan tiernamente amaba en otra época.

Tornó a tutearle sin darse cuenta, y con la mayor dulzura y miramiento posible le dijo que era preciso separarse por algún tiempo.

—¿Por qué separarnos? —gritó Lorenzo—. ¿Es que ya no nos amamos?

—Eso sería imposible —replicó Teresa—. Seremos amigos siempre, pero no hemos causado mutuamente muchas penas y tu salud podría resentirse. Dejemos pasar el tiempo necesario para que todo se dé al olvido.

—¿Yo lo he olvidado todo! —exclamó Lorenzo con una buena fe enteramente a fuerza de ser ingenua—. No recuerdo que me hayas hecho ningún mal. Has sido siempre un ángel para mí, y, siendo un ángel, no puedes abrigar rencor. Es preciso que me lo perdones todo y que me lleves contigo, Teresa. Si me abandonas aquí, me moriré de tedio.

Y viendo que Teresa mostraba una entereza que no esperaba, comenzó a chancearse diciéndole que hacía mal en fingir una severidad que su conducta desmentía.

—Comprendo lo que desas —le dijo—. Exiges que me arrepienta, que expie mis culpas. Pero, ¿no ves que las detesto? ¿No las he expiado bastante volviéndome loco durante ocho o diez días? ¿Quieres lágrimas y juramentos, como otras veces? ¿Para qué? No creerías en ellos. Mi conducta futura es la que hay que juzgar, y ya ves que no tengo al porvenir, puesto que quiero seguir único a ti. Tú también, Teresa mía, eres una niña, y recuerda que te he llamado así muy a menudo, cuando ponías cara de enfadada. ¿Grees tú que podrías persuadirme de que ya no me amas, cuando acabas de pasar un mes encerrada aquí, en el que has permanecido veinte días y veinte noches sin dormir y casi sin salir de mi habitación? ¿No estoy viendo en tus hermosos ojos, cercados de azules ojeras, que hubieras muerto de pena si la enfermedad me hubiera vencido? No se hacen esas cosas por un hombre a quien ya no se ama.

Teresa no se atrevía a pronunciar la palabra fatal. Esperaba que llegase Palmer a interrumpir aquel diálogo, evitando así una escena peligrosa para un convaleciente. Fue imposible. Lorenzo se atravesó en la puerta para impedirle salir, cayó a sus pies y se arrojó allí desahogado.

—¡Dios mío! —le dijo ella—. ¿Es posible que me creas tan cruel, tan caprichosa, que me goce en no pronunciar una palabra que podría decirte? No puedo, porque esa palabra no sería la verdad. Nuestro amor ha concluido.

Alzóse Lorenzo con rabia. No se le alcanzaba cómo había podido él matar aquel amor en que había fingido no creer.

—¿Es Palmer? —gritó rompiendo una tetera, con la que se había servido maquiñamente una tisana—. ¿Es él? ¿Digalo, lo quiero! ¿Quiero la verdad! ¿Me moriré, lo sé, pero no quiero ser engañado!

—Engañado! —dijo Teresa tomándole las manos para impedir que se las desgarrara con las uñas—. Engañado! ¿Qué dice usted? ¿Le perteneczo, acaso? ¿No somos extraños el uno para el otro desde la primera noche que pasó fuera de casa en Génova, tras de decirme que

era yo su suplicio y su verdugo? ¿No esto ya más de cuatro meses? ¿No en este tiempo, sin arrepentimiento alguno, me he visto bastante para tornarme en su mismo?

Y viendo que Lorenzo, en vez de darse por su franqueza, se calmaba con las más aviesas curiosidades, prosiguió:

—Si no ha concluido el uso de la medicina, si me he convertido en el que me ha llevado a su lecho de agonía y me ha traído hoy a su lado para dar cima a su cuidado, ¿cuidados materiales, es lo que usted ha visto claro en mi corazón. Lorenzo —dijo golpeándose el pecho— no es tan arrogante ni tan ardiente como usted; pero, usted mismo lo ha dicho, ¿cuencia en otro tiempo, está su mismo sitio. Lo que una vez ha puede dejar de amarlo; pero no me es el amor tal como usted lo ha tenido el que usted me ha inspirado. Si me es tan insensible, ¿por qué renazco en mí pensando en la persona reconquistado mi persona y mi confianza y mi afecto no pueden de usted. Puedo disponer de ella quien los merezca: de Palmer, si usted no puede objetarme nada, a buscarle un día para decirle a Teresa; me hará con eso un gran bien.

—¿Es cierto... es cierto! —juntando sus manos temblorosas—. ¿Lo había olvidado, pero lo recuerdo.

—No lo olvides más —dijo Teresa— a hablarle con dulzura cuando me lo pida, y aprende, mi pobre amor es una flor demasiado delicada para resistir su tallo cuando se ve a suaves más familiar, más dulce, triste experiencia que has sufrido tus ojos y modificado tu carácter. Tráas el día en que seas digno de tener a mí, no podría soportar que te considerase envilecida; pero mi mano y de madre lo tendrás si tú lo quieres a pesar de todo. Este es distinto; es, no quiero olvidarlo, y te lo digo precisamente para que reconquistes un amor que te he dado como a mí. Si quieres que esa hoy juzgas ofensiva, sea dulce y misericordia. No has tenido ocasión de ver a tu cara de felicidad, de alegría, sin flaqueza, sin amargura. Mi semblante sereno y afortunado en tu corazón, en vez de ese rostro lloroso sin saber por qué.

—Déjame llorar, Teresa —dijo—, yendo de rodillas; déjame lavar mis lágrimas; déjame adorar esa que ha sobrevivido en ti al amor me humilla, como tú crees; sé que es digno de ella. No me exijas quiliques; demasiado sabes que te lo haré, pero puedo llegar a ser Teresa! ¿Te he conocido muy tarde no me has hablado antes como he hecho? ¿Por qué tienes a confundirme con tu abnegación, pobre humanidad, si ya no puedes devolverme. Tienes razón, Teresa; merezco lo que te pido. Tú me lo has hecho con respondiendo de que aprovecharé la alguna vez pudiese amar a otro a amarlo; ¿Te será deudor de todo del pasado y del porvenir!

Todavía hablaba Lorenzo cuando entró Palmer. Arrojóse a su alrededor su hermano y su salvador señalando a Teresa:

—¡Ay, amigo mío! ¿Recuerdas me decía en el hotel "Maurice" que nos vimos en París? ¿Si no me lo hubieras perdonado, feliz, le hubiera de los sexos antes de volver, y debido hacerlo y no lo hice. ¿Te está más cambiada que yo la pobre

herida, y ha venido para tranquilizar cuando hubiera debido tranquilizarme.

El médico de Lorenzo era verdaderamente profundamente enternecido, se entregaba al él, expresábalos tan persuasiva elocuencia, que quedó a solas con Teresa, le

—¡Amigüita mía, que me ha hecho ilusión de usted hacia él. He visto usted quería sanar su enfermedad. Ha quedado victoriosa. Su posolvido. ¿Qué va usted a hacer

—siempre —respondió Teresa—, volver a ver sino después de si vuelve a Francia, permaneceré en su casa en Italia, volveré a lo que usted que era esa mi relación es firme y decisiva he resultado de la separación. Sabía que una crisis y no quería de ella, si era en mal estado, pensó usted bien, Teresa? — tentativo—. Está usted segura de el último momento?

—es irresistible en el dolor. Me las entrañas de una piedra, y Teresa, se pierda y él con usama, medite en que solamente separándose de él.

—¿Qué Teresa? —pero, ¿de qué amigo mío? —¿Está usted segura? —¿Olvida que le he dado mi

—besó la mano, sonriendo. Volvió a sonreír.

—a decirles, al día siguiente, que se fue a Suiza para acabar de descansar de Italia no le sentaba bien; médicos le aconsejaban que no grandes calores.

—compararse en Florencia, Teresa no afecto que el de ir a donde no pero, viéndolo tan quebrantado la víspera, tuvo que prometerle en Florencia una semana más, a pararse sin haber recuperado las

—esta semana la mejor de la vida Generoso, cordial, confiado, sin en un estado de ánimo en que sentido jamás, ni aun en los ocho de su unión con Teresa. La

—vencido, penetrado, pudierase dido. No se separaba de sus dos horas con ellos en carruaje por los

—ellos, gozando como un niño en, dando el brazo a sus fuerzas a Palmer, ensayando sus fuerzas

—así con este último, acompañada al teatro y haciéndose trazar

—eran turista, el itinerario de su Suiza. Hubo gran discusión sobre si

—o por Génova. Decidióse, al fin, una vía, tomando por Pisa y Luea,

—después el litoral, por tierra o según se sintiera más fuerte o más

—primeras jornadas del viaje.

—la de la partida. Había hecho preparativos con melancólica alegría.

—agudezas sobre su traje, su equipaje extravagante que iba a tener con

—impenetrable que Palmer le había aceptado y que era entonces una no-

—de las galletitas de un criado italiano Palmer y que era el hombre más

—ando; aceptando reconocido y sus previsiones y todos los mimos

—tenía llenos los ojos de lágrimas, al po que reía a carcajadas,

—antes del último día tuvo un li-

—de fiebre. Burlesco de él. El carruaje iba a viajar por cortos traveseros la puerta del hotel. La mañana era

—Acompáñele hasta Spezzia —le dijo Palmer—. Allí debe embarcarse, si no le sienta bien el carruaje. Allí me reuniré con usted el día de su partida. Ha surgido un negocio urgente que me retiene aquí veinticuatro horas.

—Sorpresa Teresa por tal resolución y tal proposición, rehusó partir con Lorenzo.

—Se lo suplico —dijo Palmer vivamente—. Me es imposible partir con usted.

—Está bien, amiga mía, pero tampoco es preciso que yo parta con él.

—No lo entiendo, —Si, es necesario.

—Teresa creyó entender que Palmer estimaba indispensable esta prueba. Le extrañó y se inquietó.

—¿Puede usted darme su palabra de honor de que es cierto que tiene aquí un negocio importante?

—Si, se la doy.

—Bien, me quedo.

—No, es necesario que se vaya usted.

—No lo entiendo,

—Me explicaré más tarde, amiga mía. Creo en usted como en Dios. Tenga confianza en mí. Váyase.

—Teresa hizo precipitadamente un ligero envoltorio, que echó al carruaje, y subió tras de Lorenzo, diciendo a Palmer:

RAYOS X

¡La domaría!

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



—Me ha dado usted su palabra de honor de que vendrá a unirse a mí dentro de veinticuatro horas.

CAPITULO VIII

Palmer, realmente obligado a permanecer en Florencia y a separarse de Teresa, sintióse herido de golpe mortal cuando la vio partir. Sin embargo, el peligro que le hacía temer no existía. La cadena rota no tenía soldadura. Lorenzo no soñó siquiera en despertar los sentidos de Teresa. En cambio, resolvió reconquistar su estima, seguro de tener todavía un lugar en su corazón. ¿Decíamos que lo resolvió? No; no hizo cálculo alguno; experimentó lógicamente la necesidad de rehabilitarse ante los ojos de aquella mujer, cuya grandeza veía tan patente su espíritu. Si en aquel momento hubiera vuelto a hablarle de amor, Teresa le hubiera resistido sin esfuerzo, tal vez despreciándolo. Guardóse de ello, o, mejor dicho, no pensó en hacerlo. Hallábase bien inspirado y no podía cometer tamaña falta. Desempeñó tan lleno de buena fe y de entusiasmo el papel de amante dolorido, de niño sumiso y castigado, que, al término del viaje, preguntábase Teresa si no era él la víctima de aquel amor fatal.

Durante aquellos tres días de intimidad, Teresa se sintió feliz al lado de Lorenzo. Veía abierta una era nueva de delicados sentimientos, una vía inexplorada por la que, hasta entonces, había caminado sola. Saboreaba el placer de amar sin remordimiento, sin inquietud, sin lucha, a un ser pálido y débil, que no era casi más que un alma, al que se imaginaba que volvía a encontrar en esta vida, en el paraíso

de las más puras afecciones, como soñamos en volvernos a hallar después de la muerte.

Además, Teresa había sido maltratada y humillada; habíase sentido turbada, irritada consigo misma; aquel amor, despertado con tanto ardor y tanta grandeza de alma, había dejado en su corazón una mancha, como si hubiera sido la aventura de una cortesana. Llegó el momento en que se despreció a sí misma por haberse dejado seducir y engañar tan groseramente. Ahora se sentía renacer, se reconciliaba con el pasado, viendo brotar sobre la tumba de la pasión sepultada una flor de sincera amistad, más bella que la pasión misma, aun en sus días mejores.

El 10 de mayo llegaron a Spezzia, ciudad pequeña y pintoresca, medio genovesa, medio florentina, situada en el centro de una rada azul y serena como el cielo. No había llegado aún la estación de los baños de mar. En el país había una soledad encantadora, un tiempo fresco y delicioso. Al ver aquel mar hermoso y tranquilo, Lorenzo, algo cansado del carruaje, decidió seguir el viaje en barco. Tomaron informes sobre los medios de transporte: un vaporcito salía para Génova dos veces por semana. Teresa se alegró de que no fuese aquel día mismo el de la salida. Disponía de veinti-

cuatro horas de descanso para su enfermo. Hizole tomar un camarote en el vaporcito para la noche siguiente.

Jamás se había encontrado tan bien Lorenzo, a pesar de sentirse aún débil. Comía y dormía como un niño. La dulce languidez de los primeros días de una salud completa sumía su alma en una deliciosa turbación. El recuerdo de su vida pasada se desvanecía como un sueño. Sentíase, creíase transformado radicalmente para siempre. En aquella renovación de su vida había desaparecido el sufrimiento. Separábase de Teresa con una especie de alegría triunfante, mezclada de llanto. La sumisión con que acababa los decretos del destino era, a sus ojos, una expiación voluntaria que Teresa debía tenerle en cuenta. No la había provocado, pero la aceptaba desde el momento en que comprendía el valor de lo que había desconocido. Llevaba su deseo de inmolarse hasta el punto de decirle que debía amar a Palmer, que era el mejor de los amigos y el más grande de los filósofos. Después exclamaba de repente: —¡No me digas nada, querida Teresa! ¡No me hables de él! Aun no me siento bastante fuerte para oírte decir que le amas. No, cállate. ¡Me moriría...! ¡Pero sabe que yo también le quiero! ¿Qué más puedo decirte?

Teresa no pronunció, ni una vez, el nombre de Palmer, y cuando Lorenzo, menos heroico, le preguntaba indirectamente, le respondía: —¡Calla. Tengo un secreto que te revelaré más adelante y que no es el que crees. No te canses, no puedes adivinarlo.

Pasaron el último día recorriendo, en una barca, la bahía de Spezzia. Tomaban tierra de vez en cuando para recoger, en la orilla, las bellas plantas aromáticas que crecen en la are-

na y hasta en los primeros remolinos de las olas claras y ondulantes. La sombra es rara en estas hermosas playas, de las que brotan montañas cubiertas de espinos en flor. Como el calor se dejaba sentir, en cuanto veían un grupo de pinos hacíanse conducir a él. Habían llevado el almuerzo, que consisten sobre la hierba, entre la espesura de las alhucemas y los romeros. Pasó el día como un sueño, breve como un instante y resumiendo en él las más dulces emociones de la existencia.

Bajaba el sol y Lorenzo se entristecía. A lo lejos veía el humo del "Ferruccio", el vapor de Spezia, que tomaba presión para salir, y aquella nube negra pasaba sobre el cielo de su alma. Comprendió Teresa que era preciso distraerlo hasta el último momento y preguntó al patrón de la barca si quedaba algo que ver en la bahía.

—La isla Palmaría —respondió— y la cantera de mármol *porri*. Si quieren ir pueden hacerlo. Toca el vapor, antes de hacer la mar, y en frente, en Porto-Venere, para recibir pasajeros y mercancías. Tienen ustedes tiempo de sobra para embarcarse, se lo aseguro.

Hicieron llevar los dos amigos a la isla Palmaría. Es un bloque de mármol cortado a pico sobre el mar, que baja en suave pendiente por el lado de la ciudad. En este lado hay algunas edificaciones a mitad de la altura y dos hermosas casas de campo en la orilla del mar. La isla está situada, como una defensa natural, a la entrada del golfo, cuyo paso es muy estrecho entre la isla y el pequeño puerto, antes consagrado a Venus. De aquí su nombre de Porto-Venere.

Nada hay en el feísimo caserío que justifique tan poético nombre; pero su situación sobre las rocas desnudas, batidas por las azules olas, porque son las primeras olas de la alta mar las que se precipitan en el estrecho, es de las más pintorescas. Sería imposible imaginar una decoración más adecuada para caracterizar un nido de piratas. Las casas, negras y miserables, roídas por el ambiente salino, se escalonan, desmesuradamente elevadas, sobre la desigual roca. No hay ni un cristal sano en sus ventanucas, que parecen ojos inquietos ocupados en acechar una presa en el horizonte. No hay un muro al que no falte su cimientito, apareciendo todos caídos en grandes placas como velas desgarradas por la tempestad. No hay una línea de aplomo en estas construcciones, ni provadas en otras y próximas a derrumbarse todas a la vez. Todo este ascendiendo hasta la extremidad del promontorio, en donde surge bruscamente, coronándolo, un fuerte viejo y truncado y la aguja de un pequeño campanario, colocado, como un vigía, frente a la inmensidad. Tras de este cuadro, que forma un plano destacado sobre las aguas, se alzan rocas enormes de tinte livido, cuya base, irizada por los reflejos del mar, parece hundirse en algo indeciso e imparable como el color del vacío.

Desde la cantera de mármol de la isla Palmaría, al otro lado de la estrecha entrada del golfo, contemplaron Teresa y Lorenzo aquel pintoresco conjunto. El sol poniente vestía los primeros términos de un tono rojizo, que confundía en una sola masa de aspecto homogéneo las rocas, los muros viejos y las ruinas de modo tal que todo, hasta la iglesia, parecía tallado en el mismo bloque, mientras que las grandes rocas del último término parecían bañadas por una luz verde y suave.

Impresionado Lorenzo ante tal espectáculo, olvidándolo todo, lo abarcó con una mirada de pintor, en la que Teresa vio brillar, como en un espejo, todo el fuego del abrasado cielo.

—¡Loado sea Dios! —pensó—. Al fin despierta el artista.

Y era verdad. Desde su enfermedad, Lorenzo no había pensado ni una vez en su arte.

Como la cantera no presentaba más interés que el de ver grandes bloques de hermoso mármol negro estrado de un amarillo rojo, quiso Lorenzo ascender por la rápida pendiente de la isla para contemplar desde la cima el mar,

y subió, por un bosque de pinos poco practicable, hasta una cornisa de líquenes, en la que se vió de repente como perdido en el espacio. La roca avanzaba sobre el mar, que había roído su base, y se rompía en ella con formidable rugido. Lorenzo, que no creía tan escarpada aquella costa, se sintió presa de tal vértigo, que sin Teresa, que le había seguido y le obligara a dejarse caer cuán largo era hacia atrás, hubiérase precipitado en el abismo.

En aquel momento le vino lleno de terror y con la mirada extraviada, como le había visto en el bosque de...

—¿Qué es eso? —le dijo—. ¿Otra vez el delirio?

—¡No, no! —gritó Lorenzo, levantándose y asiendo a Teresa como si creyese asirse a una fuerza inmutable—. No es el delirio, es la realidad. ¡Es el mar, el mar espantoso, que va a tragarme! ¡Es la imagen de la vida en que voy a caer! ¡Es el abismo que se va a abrir entre nosotros! ¡Es el rumor monótono, infatigable, odioso, que yo me iba a oír por la noche en la rada de Génova, en el que escuchaba zumbir la blasfemia en mis orejas! ¡Es esta brutal marea, que yo pretendía domar en mi barca y que me llevaba fatalmente hacia un abismo más profundo y más implacable aun que el de esas aguas! Teresa, Teresa, ¿sabes lo que haces arrojándome, como una presa, a ese monstruo que está ahí, que abre ya su deform boca para devorar a tu pobre niño?

—¡Lorenzo! —gritó Teresa sacudiéndole el brazo—. ¡Lorenzo! ¿Me oyes?

Pareció despertar al reconocer la voz de Teresa. Creíase solo al interceptarla, y quedó sorprendido al ver que el árbol al que se asía desesperado era el brazo tembloroso y débil de su amiga.

—¡Perdón! ¡Perdón! —le dijo—. Es el último acceso. No es nada. Vámonos.

Y descendió precipitado la vertiente que acababa de subir.

El "Ferruccio" llegaba a todo vapor desde el fondo de la bahía de Spezia.

—¡Dios mío! ¡Ya está aquí! ¿Qué aprisa va! ¿Por qué no se ha hundido antes de llegar?

—¡Lorenzo! —repitió Teresa con tono severo.

—Sí, sí; no temas nada, amiga mía; estoy tranquilo. ¿No sabes que ahora hasta una miradita tuya para que yo obedezca gozoso? ¡Eh, querido! Vámonos. Estoy sereno, estoy contento. Dame la mano, Teresa. Ya ves, ni un solo beso te he pedido en estos tres días de soledad y de intimidad. Sólo te pido tu mano leal. Acuérdete del día en que me dijiste: "No olvides nunca que antes de ser tu amante he sido tu amigo". Ya llegó lo que tú anhelabas; no soy nada tuyo y te pertenezco por toda la vida.

Echóse a la barca creyendo que Teresa se quedaría en la playa de la isla y que la barca volvería por ella cuando le dejase a él en el "Ferruccio", pero Teresa saltó tras él. Quería asegurarse, según dijo, de que el criado que debía acompañar a Lorenzo, y que se había embarcado con el equipaje en Spezia, no había olvidado nada de lo que pudiera necesitar su señor en el viaje.

Aprovechó la parada que hacía el vaporcito delante de Porto-Venere para subir a bordo con Lorenzo. Vicentino, el mencionado servidor, les aguardaba. Se recordará que era un hombre de confianza elegido por Palmer. Teresa le llamó aparte.

—¿Levée usted el dinero de su señor? —le dijo—. Sé que ha encargado a usted para que pague todos los gastos del viaje. ¿Cuánto le ha dado?

—Doscientas libras florentinas, *signora*, pero creo que lleva más en su cartera.

Teresa había registrado los bolsillos del traje de Lorenzo mientras dormía. Había tropezado con la cartera y sabía que estaba casi vacía. Lorenzo había gastado mucho en Florencia; las cuentas de su enfermedad habían sido muy grandes. Había entregado a Palmer el resto de su pequeña fortuna, rogándole que pusiera en

claro sus cuentas, y ni las había ni el aspecto al dinero. Lorenzo era como que desconoce el precio de las cosas, y hasta ignora el valor de ellas en los diversos Estados. Pensaba que había dado a Vicentino debía de tiempo, cuando no había ni lo que para llegar a la frontera un hombre que no tenía ni la menor idea de...

Entregó Teresa a Vicentino el dinero que tenía en aquel momento en Italia, pero ni aun lo que le era necesario durante, porque, al ver acercarse a él, tuvo tiempo de quedarse con alguna de oro del paquete que dio pronto al criado, diciéndole:

—Aquí tiene lo que había en el Es muy distraído y prefiere que lo...

Volvióse hacia el artista para dar apretón de manos. Esta vez le le recordatorio. Había visto colores, raras de ese espanto salvaje que le deudas; ahora no era más que el recuerdo, y él tenía derecho a hacer lo que...

Nada había visto Lorenzo.

—¡Un momento más, Teresa! —voz ahogada por las lágrimas—. En una canopia para advertir a los pasajeros que vuelvan a sus barcos.

Tomó Teresa su brazo y bajó a rote, que era bastante cómodo pero que oía a pescado de un nante. Buscó su frasco de esencias pero lo había perdido en las rocas Palmaría.

—¿Por qué se alarma usted? —comovido por tantos cuidados—, raras de ese espanto salvaje que...

Teresa llevaba algunas flores a dárseles era como darle una presa. Parecióle algo indicado o equivocado, saniento y su instinto de mujer, pero al inclinarse sobre la banda en una de las barcas amarradas a un a niño que ofrecía a los pasajeros bouquets de violetas. Buscó en el postrer moneda, que encontró en la arrojó al pequeño comerciante tiempo en que éste le lanzaba su bouquet por encima de la borda. A destreza, lo deshecho y lo esparció. Recordó Lorenzo, que comprendió el poder de su amiga, pero que las violetas habían sido su único, como el último dinero de Teresa.

Un joven, cuyo traje de viaje era aristocrática hacia gran contraste con restantes pasajeros, casi todos con accite de oliva y modestos negros, pasó junto a Lorenzo, y él clamó:

—¡Calle! ¿Es usted?

Diéronse la mano con la corrección de gesto y de fisonomía, que es de personas de buen tono. Era uno de los compañeros de vida alegre, a los que había llamado, al hablar de ellos a Teresa, días de odio, sus mejores, sus amigos. En aquellos momentos añadía: "La mi clase", porque nunca tuvo un desprecio contra Teresa, sin recordarla era gentilhomme.

Pero Lorenzo estaba cambiado, y en vez de alegrarse del encuentro interiormente a todos los demonios que importuno de su último amor M. de Verac, que tal era el nombre antiguo amigo, conocía a Teresa presentado a ella Lorenzo en París de saludarla respetuosamente, le decía su buena suerte, que le decía aquel pobre "Ferruccio" dos cosas tales como ella y Lorenzo.

—Yo no soy de la partida —terceramente—, me quedé aquí.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Dónde? ¿En nere?

ances Fauvel va a descomparar sus cosas y vuelve mañana?

Lorenzo impacientado por tanta que le parecía indiscreta—. Yo voy señorita Santiago no va. ¿Le ex- te que la señorita Santiago se y que me es dolorosa esta sepa- rante usted?

Verac sonriendo; pero no es

que usted comprenda lo que Lorenzo vivaz y alterado—. He me sucede, y me someto, por- Santiago, poniendo en olvido se ha dignado ser para mí una madre, en una enfermedad mortal padecer. Le soy deudor de tanta respeto y amistad.

me muy sorprendido de lo que historia a la que no encontraba memoria. Alejóse por discre- de decir a Teresa que nada bu- de parte de ella; pero perma- de reojo la despedida de los Teresa, de pie en la escala, apre- por los indígenas, que se abra- y ruidosamente al sonar las doras de la partida, dió un de la frente a Lorenzo. Ambos ella bajó a la barca y se para tonar tierra a la informe y de rocas achataadas que daba de Porto-Venere.

extrañó al verla emprender tal ar de volver a Spezzia, se, desahuciándose en lágrimas—, allí Palmer, que la espera". de diez minutos, cuando el entrando en alta mar, viraba en- monitorio, al arrojar Lorenzo la hacia aquella triste roca, vió, rma del anciano fuerte en rui- a la que el sol doraba la cabeza agitados por el viento, era la de Teresa y su figura adorada. Lorenzo tendió los brazos con a ella; después juntó sus manos arrepentimiento, y sus labios mur- labras que se llevó la brisa: Perdon!

miraba a Lorenzo con estupor, hombre más susceptible del mun- a temer el ridículo, no se cuidó de su antiguo camarada de dis- parecía mostrar una especie de andola en aquel momento. Cuan- la costa entre la bruma de la rzo se encontró sentado en un de Verac.

¿dijo éste—. Cuénteme esta extra- Me ha dicho usted lo bastante para en tan buen camino, todos sus París, es decir, todo París, puesto un hombre célebre, va a pregun- desearle ha tenido su amistad con Santiago, que también es demasiado no inspirar curiosidad. ¿Qué he

ha visto usted triste y atontado. cho a usted puede condensarse en . ¿Es necesario que las repita? usted ha sido el primero en aban- zajo mejor para usted.

riendo a usted; es ridículo ser trai- glorioso tomar la delantera. Así en otro tiempo; ese era nuestro he cambiado de ideas en todo eso he amado. La he traicionado, la he mi desesperación es sin límites, que estas teorías no tenían sentido co- esta ciencia de la vida que hemos tos encuentra usted un argumento de me mi pesar y de mi sufrimiento, tiene usted razón.

buscaré argumento alguno, querido; ento no se razona. Compadézco a que le vco desgraciado. Sólo me pre-

gunto si existe una mujer que merezca ser tan llorada, y si no hubiera hecho mejor la señorita Santiago en perdonar a usted una infidelidad, que en dejarle en tal desolación. Para madre me parece muy cruel y vengativa.

—Es porque usted ignora hasta qué punto he sido culpable y absurdo. ¿Una infidelidad! Estoy seguro de que me la hubiese perdonado; pero injurias, reproches... ¡más que eso, Ve- rac! He llegado a decirle la frase que no puede olvidar una mujer que se respeta a sí misma: "Estoy cansado de usted".

—Sí, la frase es dura, sobre todo si es cierta. Pero, ¿si no lo era? ¿Si era sólo un instante de mal humor?

—No; era el cansancio moral. No la amaba ya. O amé por lo que me había gustado cuando se me enteró. Acuérdese de esto, Verac: riase, si le place, pero acuérdese para su gobierno. Es muy posible que un día se despierte usted harto de falsos placeres y perdidamente enamorado de una mujer honrada. Puede sucederle a usted eso, como a mí, porque no le creo más ni menos disoluto de lo que yo lo he sido. Pues bien, cuando usted haya triunfado de la resistencia de esa mujer, le ocurrirá probable- mente lo que a mí me ha ocurrido: que ha- biendo contraído la funesta costumbre de hacer el amor a mujeres a las que se desprecia, se

DEL AMOR

El amor es el genio de la razón.
TOSCANINI.

TIEMPOS MODERNOS

—¡Qué bonito es su bebé, señora!... ¿Lo alimen- ta usted misma?

—No, es él quien nos alimenta... Trabajo en el cine.



DE LOS CELOS

Los celos pretenden pasar por exceso de amor, pero amedrentan cuando dicen que aman. — STANISLAS.

verá usted condenado a recaer en ese anhelo de libertad salvaje que el amor verdadero mira con horror. Entonces se considerará usted como un animal feroz domado por un niño y siempre dispuesto a devorarlo para romper su cadena. Y cuando haya usted asesinado un día a su débil guardián, huirá usted solo, rugiendo de alegría y sacudiendo la melena; pero entonces... entonces le darán a usted miedo las bestias del desierto y le gustará la prisión, ya no amará usted la libertad. Aunque su corazón haya aceptado, mal y de mala manera, la esclavitud, le echará de menos cuando la haya roto y se hallará espantado por el horror de la soledad, sin poder elegir entre el amor y el libertinaje. Es un mal que usted no conoce aún. ¡Que Dios le libre de conocerlo! Entretanto, búrlesco como yo me burlaba. Eso no impedirá que llegue el día, si la crápula no ha hecho de usted un cadáver.

M. de Verac dejó correr sonriendo aquel torrente de ideal, que escuchaba como una cavatina bien cantada en el Teatro Italiano. Lorenzo era sincero, sin duda; pero tal vez su ovente tenía razón al no conceder demasiada importancia a su desesperación.

CAPITULO IX

Era ya de noche cuando Teresa perdió de vista al "Ferruccio". Había despedido la barca

que tomó y pagó adelantada por la mañana, en Spezzia. Al traerla desde el vapor a Porto-Venere notó que el barquero estaba borracho; tuvo miedo de volver con aquel hombre y lo despidió, confiando en hallar otra barca.

Pero, al pensar en el retorno, se acordó de la completa miseria en que se encontraba. Nada más sencillo que volver al hotel de La Cruz de Malta", en Spezzia, al que había llegado la víspera con Lorenzo, decir que pagasen el bote que la conducía y esperar la llegada de Palmer; pero la idea de no tener ni un óbolo y verse forzada a deber a Palmer su desayuno de la mañana siguiente, le causaba una repugnancia, tal vez pueril, pero insuperable, dada la situación en que, respecto de él, se hallaba. Uníase a esta repugnancia una viva inquietud acerca de las causas de su conducta con ella. Había notado la desgarradora tristeza de sus miradas cuando salió de Florencia. No podía desear de su pensamiento la idea de que había surgido un obstáculo contra su matrimonio y veía en el tantos inconvenientes para Palmer, que juzgaba de su deber luchar contra el obstáculo, intentando descubrirlo. Resolvió en las tonces Teresa, como por instinto, permanecer en Porto-Venere. En el paquete que por pura precaución había tomado al salir, tenía con que pasar cuatro o cinco días, aunque de mala manera. Tenía también un reloj y una cadena de oro, que podía dejar en prenda hasta que recibiera el importe de su trabajo, que debían haberle enviado a Génova en letra contra algún banquero. Había hecho a Vicentino el encargo de que recogiera sus cartas en la lista de correos de Génova y se las mandase a Spezzia.

La cuestión del momento era pasar la noche en alguna parte, y el aspecto de Porto-Venere no era muy halagüeño. Aquellas rocas elevadas, que por el lado del mar llegan hasta la misma orilla, en el interior de la villa tan al nivel están de la cima de las rocas, que, en muchos sitios, es preciso inclinarse para pasar por bajo del alero de sus techos, que avanza hasta el centro de la calle. La calle, estrecha y empuñada, pavimentada de piedras toscas, estaba interceptada por chiquillos, gallinas y grandes recipientes de cobre colocados en los ángulos irregulares que formaban los techos, para recibir el agua de lluvia durante la noche. Estos recipientes son los termómetros de la localidad; es tan rara el agua dulce allí, que apenas una nube aparece en la misma dirección que el viento, las amas de casa se apresuran a poner delante de su puerta todos los recipientes posibles para no dejar perder el beneficio que el cielo les envía.

Pasando por ante aquellas puertas cavernosas, advirtió Teresa un interior que le pareció nris limpio que los demás, del que salía un olor de aceite menos agrio. Sentada en el suelo estaba una pobre mujer, cuyo semblante dulce y honesto le inspiró confianza. La mujer se le anticipó, habiéndole italiano o cosa parecida. Teresa pudo entablar conversación con la buena mujer, que le preguntaba, con aire de solitud, si buscaba a alguien. Entró, examinó el local y preguntó si podía disponer de una habitación para pasar la noche.

—Sí, señora; de una habitación mejor que ésta, en la que estará usted más tranquila que en la posada, porque allí tendría usted que pasar la noche oyendo cantar a los marineros. Pero como no soy posadera, si quiere usted evitarme cuestiones me hará el favor de decir mañana, en la calle, en alta voz, que me conocía antes de venir aquí.

—Bien—dijo Teresa—; enséñeme la habitación. Subieron algunos escalones y encontraron en una cámara grande y miserable, desde la cual abrazaba la vista un panorama inmenso sobre el mar y sobre el golfo. Fuele grata aquella estancia desde el primer momento, sin saber por qué, tal vez porque le pareció un refugio contra los lazos que no quería verse obligada a contrar. Desde allí escribió a su madre al día siguiente.

"Madre idolatrada: Heme aquí tranquila des-

de ha doce horas y en plena posesión de mi libre albedrío por... no sé cuántos días, o años. Todo lo he sometido a juicio dentro de mí misma, y usted va a ser juez de mi situación.

“El amor fundido que tanto le hacía a usted tener, ni ha sido rescatado, ni lo será jamás. Puede estar transmutada esa respuesta. Seguí a mi enfermo y lo embarqué ayer por la tarde. Si no puedo vanagloriarme de haber salvado su alma, por lo menos algo le he corregido y hecho morir en ella, por poco tiempo, la dulzura de la amistad. Si hubiera consentido en creole, creyérame curado para siempre de sus tormentos; pero veía bien claro, en sus contradicciones y en sus retornos hacia mí, que aun existía en él lo que constituye el fondo de su carácter, lo que yo no sabía definir bien sino llamándolo el amor de lo que no existe.

“¡Ay, sí! Quisiera este niño tener por amante algo así como la Venus de Milo animada por el espíritu de un partero de Santa Teresa, o más bien que la misma mujer fuese hoy. Safo y Juana de Arco, Desgraciada de mí, que pensé que, después de concebirme en su imaginación con todos los atributos de la divinidad, no abriría los ojos al día siguiente. Sin duda, soy muy orgullosa sin advertirlo, puesto que acepté la misión de inspirar culto. Pero no, Juro a usted que no lo soy. El día en que me dejé colocar en el altar no pensaba en mí; le decía: “Puesto que en vez de amarme, que sería lo mejor, te es absolutamente necesario adorarme, adórame, ¡ay!, sin que eso sea obstáculo a que me desprecies mañana”.

“¿Me ha despreciado? ¿De qué puedo quejarme? Lo había previsto y de antemano estaba resignada. Al llegar tan afrentoso instante me he mostrado débil, indignada, infortunada; después he vuelto en mí y Dios me ha permitido sanar en nielos tiempo del que esperaba.

“Ahora tengo que hablar a usted de Palmer. Usted quiere que sea su esposa; él lo desea, yo le he consentido. ¿Consiento aún? ¿Qué voy a decir a usted, mi adorada madre? Me asaltan escrúpulos y temores, quizá por culpa suya. O no ha podido o no ha querido pasar junto a mí los últimos momentos en que he acompañado a Lorenzo. Me había dejado sola con él tres días, tres días que yo sabía que pasarían, y han pasado, sin peligro alguno para mí; pero sí, Palmer, podía saberlo, yo misma tener la misma convicción? O, lo que sería mucho peor, ¿quería saber a qué atenerse? Ha habido en esto, por su parte, no sé qué romántico abandono, no sé qué exagerada discreción, que no puede ser hija de honrados sentimientos en un hombre como él, y que me da mucho en que pensar.

“Ya escribí a usted lo que pasaba entre nosotros; parecía que se había impuesto el sagrado deber de rehabilitarme, por medio del matrimonio, de las vergüenzas que acababa de sufrir. Despertó en mí el entusiasmo de la gratitud y la ternura de la admiración. Consciente de sí, le permití ser su mujer y aun hoy conozco que le amo tanto como puedo amar.

“Y dudo, sin embargo, porque me parece arrepentido. ¿Me equivoco? No sé, pero, ¿por qué no ha podido seguirme hasta aquí? Cuando llegó la noticia de la terrible enfermedad de mi pobre Lorenzo, no esperé a que yo dijese: “Parto para Florencia”, sino que dije: “Partamos”. Las veinte noches que he pasado a la cabecera de Lorenzo, él las ha pasado en la habitación contigua, y nunca me dijo: “Se está usted matando”, sino solamente: “Descanse un poco para poder seguir”. Nunca he visto en él la sombra de los celos. Diríase que en su concepto jamás podía yo hacer bastante para salvar a aquel hijo ingrato que habíamos adoptado los dos. Su noble corazón comprendía claramente que su confianza y su generosidad aumentaban mi amor hacia él, y yo le agradecía en el alma que lo comprendiese. De este modo me realzaba ante mis propios ojos y me sentía orgullosa de pertenecerle.

“¿Por qué, pues, este capricho o este incoherente en el último momento? ¿Un obstáculo

imprevisto? No creo en los obstáculos, dada la voluntad de que le sé dotado. Más bien parece que ha querido probarme. Y esto me humilla, lo confieso. ¡Ay! Me he vuelto viciosamente susceptible desde que caí. ¿No es eso natural? ¿Por qué él, que lo comprende todo, no lo ha comprendido así?”

“Tal vez ha reflexionado y se ha convencido de las razones que yo le daba al principio para que no pensara en mí. ¿Hubiera de extrañar en esto? Yo había conceptuado siempre a Palmer como un hombre prudente y razonable; quedé sorprendida al descubrir en él resortes de entusiasmo y de fe. ¿No podría ser uno de esos caracteres que se exaltan al ver sufrir y se entregan apasionadamente a amar a las víctimas? Es un instinto natural de los fuertes la piedad sublime de los corazones puros y felices. Momentos ha habido en que yo hablaba así conmigo misma, para reconciliarme, cuando amaba a Lorenzo, puesto que, ante todo y sobre todo, era su sufrimiento lo que meataba en él.

“Nada de lo que aquí le digo, madre adorada, me arrepentiría a decir a Palmer si estuviera presente. Temeraria mis dudas le causarían un gran dolor, y esto angustia mucho, porque, a mi pesar, mis dudas existen y me inspiran miedo, si no por el hoy, por el mañana. ¿No va a echar sobre sí un verdadero ridículo casándose con una mujer a la que ama, según dice, desde ha diez años, a la que jamás ha dicho una palabra de ese amor y a la que se decide a manifestarlo el día en que la encuentra herida y ensangrentada a los pies de otro hombre?”

“Vivo en un horrible y magnífico puertecillo de mar, en donde espero pasivamente el decreto de mi destino. Tal vez Palmer está en Spezzia, a tres leguas de aquí, y como enfadado, o mejor, como temerosa, no puedo decirle a decirle: “¡Aquí estoy!”. No, no. Si dudas en mí, nada puede ser lo que yo le diga. Al otro le he perdonado cinco o seis injurias por día: a éste no podría tolerarle ni la sombra de una sospecha. ¿Es esto una injusticia? No. De ahora en adelante, quiero un amor sublime o nada. ¿He buscado el suyo? El me lo ha impuesto diciéndome: “Será un cielo”. El otro me dijo que tal vez era el infierno lo que me ofrecía. No me engañó. Y es preciso que Palmer no me engañe, engañándose a sí mismo, porque, tras de este nuevo error, no me quedaría otro camino que la negación de todo y decirme que, como Lorenzo, había perdido por mí culpa, y para siempre, el derecho a creer, y no sé si con esta desalentadora certeza serme la vida soportable.

“Perdón, querida madre; estoy cierta de que mis angustias la apenar, aunque usted me diga que desea conocerlas. Sepa, al menos, que mi salud es buena; me siento bien, tengo ante mis ojos el mar más hermoso del mundo y sobre mi cabeza el cielo más bello que se pueda imaginar. Vivo entre gentes honradas, y tal vez mañana le diga que mis incertidumbres se han desvanecido. Añe usted siempre a su Teresa, que la adora”.

En efecto, Palmer estaba en Spezzia desde el día anterior. De propósito había llegado una hora justa después de la salida del “Ferruccio”. Como no encontró a Teresa en “La Cruz de Malta” y supo que había ido a despedir a Lorenzo, embarcado a la entrada del golfo, esperó su retorno. A las nueve de la noche volvió solo a la bote que Teresa había tomado por la mañana y que pertenecía al hotel. El patrón del bote era un hombre de bien, no habituado a embriagar. Agradablemente sorprendido por una botella de Chirpe que le dio Lorenzo, después de comer sobre la hierba con Teresa, se la había bebido mientras los dos amigos visitaron la isla Palmaria, y el resultado de esas libaciones era que recordaba muy bien haber llevado al *signor* y a la *signora* a bordo del “Ferruccio”, pero no que había conducido en seguida a la *signora* a Porto-Venere.

Si Palmer le hubiera interrogado con calma, hubiera adivinado en seguida que las ideas del

marinero no eran muy claras sobre punto; pero Palmer, bajo su exterior impassible, era muy irritable y apasionado. Teresa había partido con Lorenzo, sin atreverse o sin querer la verdad. Tuvo por dicha, volver y pasó en él una noche horrible. No es la historia de Ricardo Palmer nos hemos propuesto escribir. Hemos titulado a nuestra narración *El día de decir*, Teresa y Lorenzo. No diré, tanto, de Palmer más que lo que fue para que se comprendan los su tonía parte, y estimamos que su historia suficientemente explicado por el Apresurémonos sólo a decir en que Ricardo era tan apasionado y leso, que tenía una gran dosis de orgullo del bien y de la belleza, fuerza espiritual no estaba siempre de la idea que había concebido, viendo elevarse día continuo sobre la humana naturaleza, avaricia, en ensueño, tal vez irrealizable, en

Levantóse temprano y pasó por el golfo, acometido por pensamientos de los que le salvó una especie de precio hacia Teresa; después, la noche de agitación e insomnio, el flujo y el trajo a dictámenes racionales, una mujer y no debió someterla a peligros. Por consecuencia, puso así y Teresa, colocada tan alto en la acción, había sido vencida por la pasión, olvidando sagradas promesas, no creer en mujer ninguna, mujer neceria el sacrificio de la vida. Así discursaba Palmer, amarse a la orilla, cerca del calabayo, a un elegante cano, mandado por un oficial de marinería que impulsaban rápidos y ligera embarcación sobre las alturas sus blancos remos, en silencio con precisión militar; el oficial y se dirigió hacia Ricardo, a quien conocido desde lejos.

Era el capitán Lawson, comandante de la fragata americana “La Unión”, en el golfo desde hacía un año. Ya las potencias marítimas enviaban a muchos meses o años, a barcos surtos a proteger sus relaciones comerciales, a proteger sus puertos del mundo.

Lawson era amigo de la infancia y se había dado a Teresa una recomendación para aquel, por si se le visitó el buque y recorrer la bahía.

Palmer pensó en que Lawson era de ella, pero no fue así. Ni carta alguna, ni le había visitado. Lléveselo a almorzar a bordo no opuso resistencia. “La Unión” al finalizar la primavera, y Palmer idea de aprovechar la ocasión para América. Todo había terminado en ella; en consecuencia, resolvió Spezzia. La vista del mar había crepre sobre él una influencia de los momentos definitivos de su vida.

Tres días había que se vivía en el americano que en el hotel de “Malta”, esforzándose en volver a los a los estudios sobre navegación, ocupado la mayor parte de su tiempo alférez joven contó una mañana, medio riendo, medio suspirando, enamorado desde la víspera, y de su pasión era un problema que conocer la opinión de mundo tal como niuster Palmer.

Era una mujer que parecía tener cinco a treinta años. La había ventana, junto a la cual estaba el encaje. El encaje basto de faena de las mujeres del pueblo, costa genovesa. Antes era un rancio, que las máquinas han arrastrado.

de ocupación y de algún pequeño a las mujeres y a las jovencitas del consiguiente, la mujer de que se dio el alfiler era de la clase atrevida por el género de trabajo a que sino también por la pobreza del que la había visto. Sin embargo, su vestido negro y la distinción de despertaban la duda. Tenía el pelo negro ni rubio, los ojos soñolientos. La desconocida había visto oficialmente la contemplaba con curiosidad la posada en que había buscado la lluvia. No se había dignado a mirarla a sus miradas ni sustraerle a la imagen desesperante de la personificada.

El marino contó también que había a la posadera de Porto-Venere, dicho que la extranjera estaba allí tres días, albergada en casa de la hacia pasar por su nieto, minada alguna, porque era una vieja que alquilaba una mala habitación de la posada, que hacía su título y que trataba de atraer y dar de viajeros al parecer, pero que debía de morir porque parecía de todo, y se captaba el desprecio de las vecinas legalmente y de los viajeros respetaban.

La noticia de este discurso fue que despertó la atención de Palmer. Teresa, pero, ¿qué hacía y estaba en Porto-Venere? Sin duda, Lorenzo estaría escondido en el mar. Palmer discutió consigo mismo para ir a la China para no ser desgracia. Al fin adoptó el partido de saber a que atenerse.

Inducir inmediatamente a Porto-Venere costó trabajo alguno encontrar la y ocupada tal vez como se le la explicación fue viva y sincera.

La explicación fue viva y sincera, demasiado leales para engañarse; profesaron que habían estado seriamente uno contra otro: Palmer, le dicho Teresa el lugar de su por no haber sido mejor buscado pronto hallada por Palmer.

—dijo este último—usted me sobre todo, el que la haya abandonado. No he creído en ese peligro

fingiendo unos celos absurdos, se propuso venir a insultar a usted en mi presencia. Sé que es una mujer a la que no intimidó el escándalo, y por nada en el mundo quería yo que usted fuese testigo de su furor. No pude convencerla de que desistiese de su propósito de entrar en escena, sino con la promesa de tener una explicación con ella en aquel mismo día. Precisamente se hospedaba en el hotel en que vivíamos nosotros, junto a nuestro enfermo, y, cuando llegó a la puerta el carruaje que debía llevarse a Lorenzo, allí estaba ella, resuelta a dar un escándalo. Su odiosa y ridícula manía era la de gritar, ante la gente que hubiese en el hotel y en la calle, que yo compartía mi nueva querida con Lorenzo de Fauvel.

—Por eso hice a usted partir con él y por eso me quedé, decidido a concluir con aquella loca, sin comprometer a usted y sin exponerla a verla y oírlo. No dirá usted ahora que quise someterla a una prueba, dejándola sola con Lorenzo; ¡Eso me ha hecho sufrir mucho, Dios mío! No me acuse usted, porque cuando creí al llegar aquí que había usted partido con él, todas las furias del infierno se cebaron en mí".

—¡Eso es lo que le reprocho!—dijo Teresa.—¡Ah! ¿Qué quiere usted!—exclamó Pal-

sepa usted que no está en mí el poder dejar de sufrir por consecuencia de esos celos. Es eso tan diametralmente opuesto a lo que usted me había prometido, que me hace pensar en lo que va a ser de nosotros ahora, y por qué al salir de un infierno, he de entrar en un purgatorio, cuando yo no anhela nada que el reposo y la soledad.

—Estos nuevos tormentos, que parecen amenazarnos, no los temo por mí sola. Si es en fuerza posible que uno de los días, sentiré mientras el otro sufra, fácil de seguir, y marcado con toda claridad, se verá el camino de la abnegación; pero demasiado sabe usted que no es así: no nace un dolor en mí sin que usted lo sienta en seguida. Heme, pues, atarada a empolvarizar su vida, y yo, que, suizo en que la mía sea inofensiva, comienzo por hacer un desdichado. No, Palmer, créame: tenemos la pretensión de conocernos y no nos conocemos. Me había enamorado en usted una disposición de ánimo que ha perdido ya la confianza. ¿No comprende usted que, en el envilecimiento en que me hallaba, esa confianza era la que me hacía falta para amarme, y no otra cosa? Si yo me resignara a reportar a usted con sus furias y sus debilidades, con sus dudas y sus tempestades, ¿no tendría usted derecho a pensar que niega a usted por élculo? ¡Oh! No asegure usted que no le asaltaría jamás tal idea: a su pesar, vendría. Sé cómo se pasa de una sospecha a otra y por cuán rápida pendiente nos despreciamos desde un ligero desencanto hasta un hastio injurioso. ¡He bebido demasiada hiel de esa clase! No quiero ni una gota más; ni me creo ni soy capaz de padecer más de lo que he padecido. Se lo dije el primer día, y si usted lo ha olvidado, yo no. Alejemos, pues, de nosotros esa idea del matrimonio y quedemos amigos. Retiro por el momento mi palabra, hasta que pueda contar con la estimación de usted, tal como creía poderla. Si no quiere usted someterse a tal prueba, separémonos ahora mismo. En cuanto a mí, le advierto que, en la situación en que me hallo, no quiero serle deudora ni aun del más pequeño servicio. Y voy a decir a usted cuál es mi situación, para que comprenda bien mi voluntad: estoy aquí alojada y alimentada bajo mi palabra de pagar algún día, porque hoy no tengo nada absolutamente. Todo se lo entregue a Vicentino para los gastos de viaje de Lorenzo. Por fortuna sé hacer encaje, mejor y más aprisa que las mujeres del país, y, mientras recibo de Génova el dinero que me deben, puedo ganar aquí, cotidianamente, lo bastante, si no para recompensar, a lo menos para ayudar a mi buena patrona a sufragar la frugal comida que me sirve. Tal estado de cosas ni me humilla ni me atormenta, y durará hasta que llegue el dinero. Entonces verá qué partido debo tomar. Hasta entonces, vuelva usted a Spezzia y véngame a ver cuando quiera; haré encaje mientras hable con usted".

Tuvo Palmer que someterse, y se sometió de buen grado. Pensaba en reconquistar la confianza de Teresa, que bien claro veía que se había debilitado por su culpa.

CAPITULO X

Algunos días después recibió Teresa carta de Génova. Acusábase Lorenzo por escrito de todo lo que se había acusado de palabra, como si consagrara de este modo el testimonio de su arrepentimiento.

—No, decía, no he sabido merecerle. Me he mostrado indigno de un amor tan generoso, tan puro, tan desinteresado. ¡Hermana mía, madre mía, he agotado tu paciencia! Hasta los ángeles se hubieran cansado de mí! ¡Ah! Teresa, a medida que recobro la salud y la vida, se aclaran mis recuerdos y veo mi pasado como en un espejo, que me pone delante el espectro de un hombre que he conocido y al que ya no comprendo. Seguramente ese desdichado estaba loco. ¿No crees tú, Teresa, que al incubarse la espantosa enfermedad física de que me has salvado por un milagro, le podido, tres o cua-



mer—. ¡He sido tantas veces en la vida odiosamente engañado! Aquella miserable mujer había removido en el fondo de mí ser un mundo entero de amargura y de desprecio.

—¡Y ese desprecio recayó sobre mí!—
—¡Oh! No diga usted eso, Teresa!

—Yo también fui engañada, y, a pesar de ello, creía en usted.

—No hablemos de esto, amiga mía. Pésame haberme visto obligado a hablar a usted de mi pasado. Va usted a pensar que puede influir sobre mí porvenir y que, como Lorenzo, voy a hacer pagar a usted las traiciones de que he sido víctima. ¡Ea, ea, mi querida Teresa! Desechemos tan tristes pensamientos. Está usted en un sitio capaz de hacer contraer el spleen. Nos espera el hote; véngase a Spezzia.

—No, permaneceré aquí—dijo Teresa.—
—¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Rencor entre nosotros?

—No, no, querido Dick—repuso ella tendiéndole la mano—. Jamás lo sentiré hacia usted. ¡Oh! Le niego que sea nuestro afecto un ideal de sinceridad, porque, en cuanto a mí, me propongo hacer todo lo que sea posible a un alma creyente. No sabía que era usted celoso: lo ha sido usted y lo ha confesado. Pues

me razón y se lo agradezco. ¿Por estaba usted triste y desesperado creía partir? ¿Y cómo se explica que, si no, no había sabido usted descubrir yo desde el primer día? ¿Supuso había partido y que era inútil buscarlo?—
—dijo Palmer cludiendo la preverá que, desde hace algunos días, me de anarquías que me han hecho enojar. Así comprenderá usted también, habiéndola conocido joven y puñal entonces su mano, he dejado pasar el cuvo sueño, cuyo remordimiento, abandonado jamás. Era, en aquella amante de una mujer que nie ha en de mil maneras. Créame, creime, du años, en el deber de rehabilitarla y Al fin llegó al colmo de su ingratitud su perfidia y pude abandonarla, ser dueño de mí mismo. A esta nueva creía en Inglaterra, la encontré en el momento en que Lorenzo iba abandonada por mi sucesor, su nuevo amo, estaba comiéndose, reconstruyéndose, sido tantas veces generoso y débil. Me escribió una carta amenazadora, y,

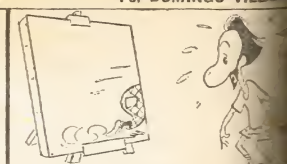
PINCELITO PURAPOSE



Demasiado real



Por DOMINGO VILLALBA



tres meses antes, ser víctima de una enfermedad moral que me dejaba sin clara conciencia de mis palabras y de mis acciones? ¡Oh! Si así fuera, ¿no debería haberme perdonado? Pero esto que te digo, ¡ay!, no tiene sentido común. ¿Qué es el mal sino una enfermedad moral? ¡El que mata a su padre, ¿no podría alegar la misma excusa que yo? El bien, el mal... Es la primera vez que me doy noción de atormentado. Antes de conocerme y hacerme sufrir, mi pobre Teresa, no había pensado en ello jamás. El mal era, para mí, un monstruo de piso bajo, la bestia apocalíptica que nancha con sus odiosos abrazos, la hez de los hombres en las cloacas infectas de la sociedad. ¡El mal! ¿Cómo podía acercarse a mí, el hombre de la vida elegante, el niño mimado de París, el noble hijo de las musas? ¡Ah! ¡Cuán imbécil era al figurarme que, porque llevaba perfumada la barba y enguantadas las manos, purificaban mis caricias a la gran prostituta de las naciones, a la orgía, mi prometida, la que me había atado a su cama con una cadena tan honrosa como la que ata a los forjados en las galeras! Y te inmolé, mi dulce amada, a mi brutal egoísmo, y después levanté mi cabeza gritando: ¡Estoy en mi derecho! ¡Me pertenece! ¡No puede ser malo nada de lo que tengo derecho a hacer! ¡Ah! ¡Desdichado, desdichado! Era un criminal y no lo sabía. Para llegar a comprenderlo ha sido necesario que te perdiese, único bien mío, único ser que me ha querido, que he sido capaz de amar a este hijo ingrato e insensato. Sólo cuando he visto a mi ángel de la guarda velarse la faz y volver a emprender su vuelo hacia los cielos, he comprendido que me quedaba solo y abandonado para siempre en el mundo".

Gran parte de esta primera carta estaba escrita en un tono exaltado, cuya sinceridad se veía confirmada por detalles de la realidad y por un brusco cambio de tono, característico en Lorenzo.

"¿Creenás que, al llegar a Génova, lo primero que he hecho, aun antes de pensar en escribirte, ha sido salir a comprar un chaleco? Un chaleco de verano, lindísimo, bien cortado, que hallé en casa de un sastré francés, encuentro agradable para un viajero desuso de abandonar esta ciudad de relojeros y naturalistas. Heme aquí paseando por las calles de Génova, satisfecho de mi chaleco nuevo, deteniéndome ante el escaparate de un librero, en el que una edición de Byron, encuadernada con sunio gusto, es para mí una tentación irresistible. ¿Qué se puede leer viajando? No puedo sufrir los libros de viajes, a menos de que traten de países a los que no me sea posible ir jamás. Prefiero los poemas, que le pascen a uno por el mundo de sus ensueños, y por eso he comprado esta edición. Después he seguido a la ventura a una linda muchacha, vestida de corto, que pasó por delante de mí, cuyo tobillo me parecía una obra maestra. La he seguido, pensando más en mi chaleco que en ella. De pronto ella ha echado por la derecha y yo por la izquierda, sin darme cuenta, y me he encontrado de vuelta en el hotel, en el que, al guardar mi libro en

la maleta, he hallado las violetas de que sembraste el camarote del "Ferruccio" en el momento de separarnos. Las recogí cuidadosamente, una por una, y las guardé como una reliquia; al volverlas a ver me han hecho llorar como una gotera, y, mirando mi chaleco flamante, que había sido el gran acontecimiento de la mañana, me dije: ¡Este es el chiquillo que ha amado esa pobre mujer!"

Más adelante decía:

"Me arrancaste la promesa de que cuidaría de mi salud diciéndome: "Puesto que yo te la he devuelto, algo de ella me pertenece, y tengo derecho a prohibirte que haga de esta maldita salud, que comienza a emboracharme como el vino nuevo? Florece la primavera, la estación del amor; pero el amor, ¿depende de mí? No has podido tú inspirarme el amor verdadero, y crees que encontraré una mujer capaz de hacer el milagro que tú no has hecho? ¿Dónde voy a encontrar a esa hechicera? ¿En el mundo? De seguro que no; sólo hay en él mujeres que no quieren ni arriesgar ni sacrificar nada. Sin duda tienen razón, y tú podrías decirles, mi pobre amiga, que aquellos por quienes se hace el sacrificio no lo merecen; pero no es culpa mía el que no pueda avenirme a compartir una mujer con un marido o con otro amante. ¿Que ante una señorita? ¿Que no case con ella? ¡Oh! Teresa, tú no puedes pensar así en este momento sin reírte... o sin temblar. ¡Yo ligado por la ley, cuando no acierto a estarlo por mi propia voluntad!"

"Tuve, años hace, un amigo que amaba a una modistilla y se creía feliz. Hice la corte a tan fiel amante, y fué miya merced a una cotorra verde que su amante no quería regalarle. Ella decía candorosamente: "El tiene la culpa. ¿Por qué no me compró la cotorra?" Desde aquel día me prometí no amar jamás a una entretenida, es decir, a una mujer que se encapricha de todo lo que su amante no le da.

"Por consecuencia, respecto a querida, no me parece posible más que una aventura de esas que se tropiezan en los viajes, todas princesas de nacimiento, pero que han sufrido reveses de fortuna. ¿Demasiados reveses! No soy bastante rico para llenar los abismos de tales pasados. ¿Una actriz célebre? Con frecuencia me ha acometido esa tentación; pero sería preciso que mi querida renunciase al público, y ése es un amante al que no me siento con fuerzas para reemplazar. ¡No, no, Teresa, yo no puedo amar! Pido mucho, pido lo que no sé dar en cambio; es preciso que tome a mi antigua vida. Mejor es esto, porque así tu recuerdo no se marchará nunca, dentro de mí, comparándote con otra. ¿Por qué no se había de arreglar mi vida de esta manera: queridas para los sentidos, pero una sola amante para el alma? Ni de ti ni de mí ha dependido el que tú no seas esa amante, ese ideal soñado, perdido, llorado y vuelto a soñar otra vez. No podrás ofenderte; jamás te diré una palabra. Te amaré en el secreto de mi pensamiento, sin que nadie lo sepa, sin que mujer alguna pueda nunca decir: "¡Yo reemplacé a Teresa!"

"Amiga mía, has de concederme un favor

que me has negado en esos últimos días dulces y tan inolvidables, que he juntado: has de hablarme de Palmer, de lo que eso me disgustaba. Te he Hubiérame matado cuando te habías primera vez apasionadamente. Pero a flemo y algo enloquecido. Pero a razón, cuando me has dejado al secreto que no estabas obligada a ser comprendido, en medio de mi complacencia en tu felicidad, que me mis culpas. He reparado a veces hacías al estar juntos; he visto con pasión y que, al mismo tiempo, me la ternura de un padre. Pero me ha transformado. No tenía la neriosidad, de tal grandeza en el Palmer! ¡Cuán seguro está de comprender y cuán merecedor es tanto! Esto me ha recordado el que yo te decía: "Ame usted a Palmer, cerá miucho". ¡Ah! ¿Qué sentí odiosos albergaba entonces mi verme libre de tu amor, que me recordamientos, y, sin embargo, a hubieras contestado: "Pues sí, la biera matado."

"El, el hombre de noble corazón y yo no tenía consagrarse a ti en que tú tal vez te amabas en circunstancias yo no me hubiese nía en mí una buena dosis de que con tanta vanidad ostentantes de buena sociedad, de ese estado por los tontos para impedir la quista de la felicidad, arriesgando los peligros, o acertar a retenernos escapa.

"Si, quiero confesarlo todo, mi ga, Cuando te decía: "Ame usted creía algunas veces que ya le había es lo que me hacía alejarme de las han pasado estos últimos que me sentía dispuesto a arrojarla. Una idea me detestaba: es muy otro. Así lo he querido yo, pero debido quererlo así. ¡Es indigna!" Así razonaba durante mi locura, toy seguro de que si yo hubiera sinceramente, aun comenzando a lo hubieras sacrificado por mí y to a sufrir el martirio que yo te he hecho bien en huir? Lo he al separarme de ti. Si, Teresa, me me ha dado la energía suficiente charme a Florencia sin decirte ni labra. Sentí que te asesinaba día que no me restaba otro modo de errores que el de dejarte solo al hombre que te amaba de verdad.

"Eso es también lo que ha sucedido en Spezia durante aquella que aun hubiera podido lograr pero este detestable pensamiento no mi espíritu, amiga mía, te lo hubieras encomendado al barquero perdiera de vista. Tu precaución. Antes me hubiera arrojado al mar tración a la confianza que me Palmer dejándonos juntos,

que le amo de todo corazón, puedo yo amar. Dile que, tanto a ti, soy deudor de haberme con-
tado en la forma en que lo he
no he sufrido. Dios mío, hasta
odio de ese hombre viejo que
Hoy estoy contento de mí. Mis
nos juzgarán que he sido un im-
de al no procurar la muerte de
duelo, sin perjuicio de abando-
la, escupiéndole en el rostro, a
me había traicionado. Así es co-
hubiera juzgado, en otro, la
he seguido contigo y con Palmer
ción como alegría. Y es que no
gracias a Dios. No valgo nada;
lo lo poco que valgo y me hago

de Palmer y no temas que sufra;
será mi consuelo en mis horas de
será mi fuerza, porque tu po-
són muy débil, y, cuando se de-
en lo que ha podido ser y en
para ti, su cabeza aun vacila.
feliz, y yo me diré con orgu-
lo he podido estorbar, disputar, tal
es dicha; no lo he hecho. En
hora mía y me da derecho a la
Teresa".

Se dio cariñosamente a su pobre
nombre estaba sepultado y en el
santuario del pasado. Teresa
er, o, por lo menos, quería o
No le parecía posible que su
el tiempo en que, al despertar
as, abrió los ojos temerosa de
se viniese encima.

Se faltaba, y no sé qué tristeza
sado de ella desde que habitaba
las rocas de Porto-Venere. Era
unamiento de la vida que no ca-
isterioso encanto; pero también
que oscuro y abatido, impropio
y, que no acertaba a explicarse

ble hacer lo que Lorenzo le pe-
a Palmer. Hizo dos líneas su
dio, de parte suya, las más afec-
pero no pudo resolverse a re-
fidente de su intimidad. Le re-
cuenta de su verdadera situa-
confiarle las promesas sobre
misma no había pronunciado la
en su propio corazón. Y, aun-
fuera irrevocable, ¿no hubie-
rto decir a Lorenzo: "¡Usted
Tanto peor para usted! Yo me

no esperaba no llegó hasta pas-
Durante esos quince días hizo
una perseverancia que desolaba a
al fin, se vió dueña de algu-
Banco, pagó espléndidamente a
y se permitió salir con Palmer a
golfo; pero resolvió permanecer
en un tiempo más, sin saber
por qué se había aficionado a tan
arrible realidad.

iones morales que se sienten me-
finen. Sólo en las cartas a su ma-
Teresa al extremo del desahogo.

aquí - le escribía en el mes de
esar del calor asfixiante. Me he ad-

herido como una lapa a esta roca, en la que
jamás ha podido arraigar un árbol, pero en la
que se respiran brisas energías y vivificantes.
Este clima es duro, pero sano, y la continua
vista del mar, que antes no podía yo sufrir,
ahora se ha hecho para mí casi necesaria. El
paisaje que hay a mi espalda, y al que puedo
transportarme en menos de dos horas, estaba
encantador en primavera. Internándose tierra
adentro, en el fondo del golfo, a dos o tres
leguas de la costa, se descubren los sitios más
extraños. Hay una parte de terreno, desga-
rrada por no sé qué remoto temblor de tierra,
que presenta los accidentes más rudos. Es una
serie de colinas de arena roja, cubiertas de
pinos y matorrales, escalonadas las unas sobre
las otras, desde cuyas crestas se abren largos
caminos naturales que súbitamente caen en pro-
fundos abismos y dejan el ánimo desconcertado
y desorientado. Si retrocedemos y se extra-
via el pie en el dédalo de pequeños senderos
transitados por los rebaños, se llega a otros
abismos, y muchas veces Palmer y yo hemos
permanecido horas enteras en la cumbre de
esos bosques sin hallar el camino que nos ha-
bía conducido hasta allí. Luego se sumerge
uno en una inmensidad de terreno cultivado,
cortado aquí y allá por esas extrañas quebrad-
uras, y, más allá de esta inmensidad, se des-
pliega la infinitud del azul del mar. Por ese
lado parece que el horizonte no tiene límites.
Por el lado del norte y por el de Levante es-
tán los Alpes marítimos, cuyas cimas, aspe-
ramente dibujadas, estaban todavía cubiertas de
nieve cuando llegué aquí.

"Pero no se trata de esas sabanas de jaras
en flor y de esos matorrales de blanco brezo
que exhalan un perfume tan fresco y tan fino
en los primeros días de mayo. Entonces era
un paraíso terrenal; sus bosques estaban cua-
jados de falso ébano, de árboles de Judea,
de olorosa retama y de cirios brillantes como el
oro en medio de los chaparales de mirto.
Ahora todo está abrasado. Los pinos exhalan
un olor acre; los campos de altramuz, tan flo-
ridos y perfumados ha poco, no dejan ver
más que tallos cortados, negros, como si el
fuego los hubiera besado. Con los trigos cre-
cidos la tierra humea bajo el sol del mediodía,
y es preciso madurar mucho para pasar sin
agobio. Y como, tanto en barca como a pie,
sin menester cuantio horas, lo menos, para
llegar a la parte poblada de árboles, el re-
torno no es agradable, y todas las alturas que
rodean el golfo, magníficas en forma y en
aspecto, se muestran tan desnudas, que, sin
duda, en Porto-Venere y en la isla Palmaria
es donde se está mejor.

"Hay una plaga en Spezzia: los mosquitos,
engendrados por las aguas estancadas de un
pequeño lago vecino y las grandes marismas que
el cultivo disputa a las aguas del mar. Aquí
no nos molesta el agua de riego: no hay más
que mar y rocas, y, por tanto, ni un insecto,
ni una brizna de hierba. Pero, qué nubes de
oro y púrpura, qué sublimes tempestades, qué
solemnes calmas! El mar es un cuadro que
cambia de color y de expresión a cada minuto
del día y de la noche. Hay aquí cavernas lle-
nas de rumores de los que es imposible repro-
ducir la espantosa variedad: todos los sollozos
de la desesperación, todas las imprecaciones del
infierno se han dado cita allí, y desde mi ven-

tana escucho, por la noche, esas voces del
abismo, que ora rugen en una bacanal sin nom-
bre, ora cantan himnos salvajes que infunden
temor hasta su más grande solemnidad.

"Todo esto me inspira amor, a mí, a quien
sólo eran gratos los gustos campestres y los
rincónes verdes y tranquilos. ¿Es que he ad-
quirido durante mi fatal pasión la costumbre
de las tormentas y la necesidad del ruido? ¡Tal
vez! ¡Soy tan extraña criatura las mujeres!
Tengo que confesarlo, madre querida: han si-
do precisos muchos días para que no echara
yo de menos mi diario suplicio. Faltándose
una persona a quien cuidar, no sabía qué ha-
cer. Si Palmer hubiera sido algo insupportable...;
pero, ¡vea usted qué injusticia! Apenas hizo
mención de serlo, me rebelé, y ahora que vuel-
ve a mostrarse bueno como un ángel, no sé
cómo librarme del aterrador hastio que me
invasa por momentos. ¡Ah! ¡Así es! ¡Debo
decirlo! No; mejor sería para mí ignorarlo, o,
de saberlo, no afligir a usted con mi locura.
Quisiera hablar a usted sólo del país, de mis
pasos, de mis ocupaciones, de mi triste so-
lido, en que me place estar sola, ignorada,
olvidada del mundo, sin deberes, sin clientes,
sin negocios, sin más trabajo que el que deseo
hacer. Tomo por modelo a los niños y me
divierto en copiar grupos de ellos; pero nada
de esto le basta a usted, porque si no le digo
qué es lo que hay en mi corazón y en mi vo-
luntad, aun se inquietaría usted más. Sépalo
usted: estoy decidida a casarme con Palmer y
le amo, pero no he podido resolverse a fi-
jar la fecha del matrimonio, porque me in-
spira temor, por él y por mí misma, el mañana
de esta unión indisoluble. ¡Pase de la edad de
las ilusiones, y después de una vida como la
mía, se tienen cien años de experiencia... de
miedo! ¡Heme creído del todo desligada de
Lorenzo! ¡Lo estaba, en efecto, el día en que
me dijo que yo era su castigo, el asesino de su
genio y de su gloria. Hoy no me considero
tan independiente de él; después de su enfer-
medad, de su arrepentimiento y de las adora-
bles cartas, llenas de ternura y de abnegación,
que me ha escrito durante estos dos últimos
meses, siento que un deber sagrado me une
todavía a ese desdichado niño, al que no
quisiera herir con mi completo abandono. Y
eso es lo que puede suceder al día siguiente de
mi enlace. Palmer se ha sentido celoso un mo-
mento, y ese momento puede volver el día en
que tenga el derecho de decirme: "¡Lo quie-
ro!" No amo ya a Lorenzo, lo juro; preferiría
morir a volver a sentir amor por él; pero el
día en que Palmer quiera romper la amistad
que ha sobrevivido en mí a mi desventurada
pasión, quizá dejara de amar a Palmer.

"Le he dicho todo esto. Lo comprende, por-
que se jacta de ser un gran filósofo y persista
en la creencia de que lo que hoy le parece
justo y bueno no cambiará jamás de aspecto
a sus ojos. También yo lo creo, y, sin em-
bargo, le ruego que deje correr los días, sin
contarlos, en la dulce calma en que nos ha-
llamos. Tengo accesos de spleen, es cierto; pe-
ro Palmer no es, por fortuna, muy obser-
vador, y no me es difícil ocultárselos. Puedo
adoptar ante él lo que Lorenzo llamaba mi
aspecto de pájaro enfermo, sin que se espante.
Si el mal futuro que presagio se limitase a es-
to, a tener yo los nervios irritados y el es-

CIENTO PIESFELICES

¿Supersticiones? ¡Bah!

Por CAO



píritu ensombrecido, sin que él se diera cuenta ni le afectase, podrían vivir juntos y casi felices. Si se dedica a escrutar mis miradas vagas, si trata de levantar el velo de mis ensueños, si reproduce todas las crueles niñerías con que me agobiaba Lorenzo en mis horas de desfallecimiento moral, comprendo que me faltaría fuerzas para la lucha, y preferiría que me matase de una vez, y así terminaría todo más pronto".

Por la misma época recibió Teresa una carta de Lorenzo, tan apasionada, que la inquietó. No era ya el cariño de la amistad: era el del amor. El silencio guardado por Teresa sobre sus relaciones con Palmer había hecho renacer en el artista la esperanza de volver a reanudar los antiguos lazos. No podía vivir sin ella. Había esforzado en vano por retornar a la vida de placer. El asco se le había subido a la garganta.

"Ah, Teresa! —le decía—. Otras veces te he dicho que amabas demasiado castamente y que más era nacida para el convento que para el amor. ¿Cómo le podido blasfemar así? Ahora que trato de volver a ser como antes, al vicio, soy yo el que se siente de nuevo casto como un niño, de tal modo que las mujeres me dicen que parezco un cartujo. No, no; no podré olvidarme nunca lo que entre nosotros existía, a más del amor: la dulzura maternal que me hacía horas enteras, con una sonrisa tierna y plácida; los desahogos del corazón, los vuellos de la inteligencia, el poema en que éramos a la vez autores y personajes sin advertirlo. ¿Teresa, si no eres de Palmer, no puedes ser más que míra! ¿Con quién podrías volver a gozar nuestras apasionadas emociones, nuestros profundos enternecimientos? ¿Han sido tristes todos nuestros días? ¿No los contaba y cuánto habíamos hermosos? ¿Es acaso la dicha lo que tú buscas, mujer ahogada? ¿No te es preciso siempre sufrir por alguien? ¿No me has llamado algunas veces, cuando me perdonabas mis locuras, tu caro suplicio y tu tormento necesario? ¿Acuérdate, acuérdate, Teresa! Has sufrido, y vives, yo te he hecho sufrir, y muero. ¿No estoy bastante castigado? ¿Tres meses de agonía para mí alma!"

Después seguían las reminiscencias. Teresa había sido, o de sobra loca, o reservada de sobra. Sus palabras eran demasiado apasionadas si no expresaban más que amistad; demasiado frías y prudentes si traducían su amor. Era preciso que tuviera el valor de darle la vida, o de matarlo.

Teresa se decidió a contestarle que amaba a Palmer y que confiaba en amarle siempre; pero sin hablarse del proyecto de matrimonio, que no podía considerar como una resolución definitiva. Dulcificó cuanto pudo el golpe que su confesión debía producir al amor propio de Lorenzo.

"Ten la convicción —le decía— de que no he entregado mi corazón y mi vida a otro para castigarte, como tú supones. Estabas perdonado el día en que respondí al afecto de Palmer, y la prueba es que fui a Florencia con él. ¿Crees tú, pobre niño mío, que, al casarme como lo he hecho durante tu enfermedad, yo no era más que una hermana de la caridad? No, no era sólo el deber lo que me atraía hacia ti: era la ternura de una madre. Y las madres ¿no perdonan siempre? Pues siempre será así. Siempre que, sin faltar a lo que debo a Palmer, pueda servirte, cuidarte, consolarte, me hallarás a tu lado. He podido amar a Palmer; le amo porque no se opone a esta manera de pensar y de obrar. Si hubiera de haber pasado de tus brazos a los de tu enemigo, hubieran horrorizado de mí misma, pero ha sucedido todo lo contrario. Nuestras manos se han unido, ¡jurdándonos uno a otro velar por ti y no abandonaré jamás!"

Mostró Teresa a Palmer esta carta. Palmer se sintió vivamente conmovido y quiso escribir, por su parte, a Lorenzo, haciéndole iguales promesas de solicitud constante y verdadero afecto.

La respuesta de Lorenzo se hizo esperar. Había comenzado de nuevo un ensueño y lo veía

desvanecerse sin esperanza. Sintió al principio un verdadero dolor; después resolvió desahogar aquella pena, que no se sentía con fuerzas para soportar. Operóse en él una de las revoluciones súbitas y completas, que unas veces eran el castigo y otras la salud de su vida, y escribió a Teresa:

"Bendita seas, hermana mía adorada; soy feliz, estoy orgulloso de mi fiel amistad, y la de Palmer me ha conmovido hasta hacerme verter lágrimas. ¿Por qué no has hablado más pronto, taimada? No hubiera yo sufrido tanto. ¿Qué me faltaba? Saber que eras dichosa, nada más. Porque te creía sola y triste me arrojaba de nuevo a tus plantas diciéndote: "Puesto que sufres, suframos juntos. Quiero compartir tus tristezas, tus hastios, tu soledad. ¿No es ese mi deber y mi derecho?". Pero eres feliz, Teresa, y yo también lo soy por consecuencia. ¡Bendita seas por habérmelo dicho! ¡Al fin me veo libre de los remordimientos que me devoraban el corazón! Puedo ir con la cabeza erguida, aspirar el aire a pleno pulmón y decirme que no he manchado mi tranquilo la vida de la mejor de las amigas. ¡Ah! Estoy lleno de orgullo al sentir en mí esta generosa alegría, en vez de los horribles celos que me torturaban antes."

"Querida Teresa, querido Palmer: son ustedes mis dos ángeles de la guarda. Ustedes me han traído la felicidad. Gracias a ustedes sé que he nacido para cosa mejor que la vida que hasta aquí he llevado. Renazco, siento penetrar en mis pulmones, ávidos de una atmósfera pura, una brisa celestial. Mi ser se transforma. ¡Voy a amar!"

"¡Sí, amor! ¿Amo ya?... Amo a una niña hermosa y pura, que nada sabe aún, junto a la que goza del misterioso placer de guardar el secreto de mi corazón y de parecer, de ser, tan inocente, tan alegre, tan niño como ella misma. ¡Ah! ¿Cuán hermosos son esos primeros días de un amor naciente! ¿No es verdad que hay algo de sublime y de temeroso en esta idea: "Voy a traicionarme, es decir, voy a entregarme? Mañana, quizá esta noche, ya no me perteneceré?"

"Alegrate, Teresa mía, del desenlace que ha tenido la triste y loca juventud de tu pobre niño. Piensa que esta renovación de un ser que parecía perdido y que, en vez de caer en el lodo, abre sus alas como un pájaro, es la obra de tu amor, de tu dulzura, de tu paciencia, de tu edera, de tu rigor, de tu perdón y de tu amistad. ¡Oh! Ha sido preciso que ocurriessen todas las peripecias del drama íntimo, en el que he resultado vencido, para que se abrieran mis ojos. Soy tu obra, tu hijo, tu trabajo y tu recompensa. Tu matrimonio y tu corona. Bendecíme los dos, amigos míos, y rogad por mí. ¡Voy a amar!"

El resto de la carta seguía en el mismo tono. Al leer aquel himno de alegría y de gratitud, Teresa sintió, por vez primera, asegurada y completa su propia felicidad. Tendió sus dos manos a Palmer y le dijo:

"Y bien, cuándo y dónde nos casamos?"

CAPÍTULO XI

Decidieron celebrar la boda en América. Palmer gozaba de antemano con la idea de presentar a Teresa a su madre y de recibir, en presencia de ésta, la bendición nupcial. La madre de Teresa era imposible que asistiera, aun cuando la ceremonia se celebrase en París. Resarcía de tal contrariedad la alegría de ver a su hija unida a un hombre honrado y amante. Odiaba a Lorenzo y temblaba siempre ante la posibilidad de que Teresa volviera a caer en su poder.

"La Unión" se prestaba a partir. El capitán Lawson se ofrecía a llevar a Palmer y a su prometida. El proyecto de realizar el viaje con la amada pareja llenaba de gozo a la gente de a bordo. El alférez jovenito empujaba su impertinente persecución de días atrás con la actitud más respetuosa y la estimación más sincera hacia Teresa.

Cuando ya lo tenía Teresa todo para embarcarse, el día 18 de agosto una carta de su madre rogándole se a París en seguida, aunque no fuese por veinticuatro horas. Asuntos de obligaban a ir a ella. ¿Quién sabe si gresaría Teresa de América? La pobre era feliz con sus demás hijos, a quienes el de su madre desconfiado o había hecho insubordinados sin ella. Por eso odiaba a Teresa, a la se había mostrado siempre como una amiga de corazón. Quería bendecirla, quizá por última vez, porque envejecida antes de tiempo, enferma de una vida sin tranquilidad y sin esperanza.

La carta contrarió a Palmer más de lo que él creía. Aun admitiendo, con satisfacción, la certeza de una amistad entre Lorenzo y él, no cesaba de a su pesar, la idea de los sentimientos que despertaría en el corazón de volverlo a ver. Nada daba cuenta de los cuantos proclamaba lo que le morieron en el corazón cuando del navio hizo resonar los ecos de Spezzia con sus repetidos adiós el día 18 de agosto.

Cada disparo le estremecía, y al mismo se retorció las manos desesperado.

Teresa se asombró. Desde las que mutuamente se habían dado en los de su estancia en el país, no se habían en las ansiedades de Palmer.

"¿Qué es esto, Dios mío? —dijo atentamente—. ¿Qué es lo que usted me dice?"

"Sí, eso es —repuso Palmer con calma—. Un presentimiento... acerca de mi amigo de la infancia. No sé por qué es un presentimiento."

"¿Cree usted que le acontecerá gracia en el viaje?"

"¿Quizá! ¿Quién sabe? En fin, Dios, usted escapará a ella, pues vamos a París."

"La Unión" hace escala en Brescia allí quince días. ¡Llémos a allí!"

"Sí, sí, sin duda; si antes no ocurría tráfago."

Palmer quedóse triste y aplañado. Teresa advirtió lo que pasaba en el de su amigo. ¿Cómo podía adivinar que estaba en las aguas termales de Bagnoli, sabía, y además Lorenzo escribía bien andaba ocupado con planes de guerra.

Partieron al día siguiente por la detenerse en parte alguna, entraron por Turín y el monte Cenís.

El viaje fue tristísimo. Palmer estaba lacerado por presagios de desventuras, y supersticiones y debilidades de espíritu se avenían con su carácter. Sin embargo y tan fácil de contentar de irritaba contra los postillones, contra los conductores, contra los carreteros. Teresa no le había visto nunca dejar de decirse. Palmer contestaba frase cualquiera, pero con tan sólo en el rostro y tan marcado desprecio, que despertó en Teresa el porvenir.

Para ciertas existencias hay un cable. Mientras Teresa y Palmer viajaban por el monte Cenís, Lorenzo por Génova. Llegó a París unas horas, hondamente preocupado. Había a saber que, para hacerle viajar dos meses, se había despojado Teresa de cuanto pesaba entonces, y había hecho todo se descubrió tarde o por una persona que había vivido en la misma época, que la señora vivía en Porto Venere con gran silencio encaje para pagar su puélibras mensuales.

Humillado y arrepentido, irritado quería salir a qué atenerse sobre el actual de Teresa. Sabía que era

que aceptase nada de Palmer, y con grandes riesgos de probabilidad, le habían pagado sus trabajos de haber tenido necesidad de vender en París.

Los Campos Elíseos temblando ante encontrar a unos desconocidos inamovible casita, a la que se acercó que el corazón le latía con violencia no había portero, hubo de llamar a de hierro del jardín, sin saber a responderle. No sabía nada de la casa de Teresa, ni de que ésta fuese en condiciones de volverse a la última carta que Teresa le había traído asunto había llegado a Baden de su partida.

Fue su alegría al ver que le abría la vieja Catalina. La abrazó gozoso, se entristeció al contemplar la faz de la buena mujer.

—¿Usted a hacer aquí? —le dijo la

—No le desespere... ¿Sabe usted que le he traído? —No la puede dejar. Aun vuelve usted para hacerla des- de habían dicho que se habían se- de, y estaba muy contenta, porque, haberle querido a usted, ahora le se que usted la causa de sus sus penas. ¡Ea, ea! No se quede orla, a menos que no se haya pro- que llega hoy! —exclamó Lo-

—¿Que había oído de la catilinaria

—¿Que había oído de la catilinaria

—¿Que había oído de la catilinaria

—¿Que había oído de la catilinaria

—¿Que había oído de la catilinaria

—¿Que había oído de la catilinaria

viviste en esta casa los únicos días felices de tu vida y vuelves a entrar en ella inerte, abandonado, olvidado como un cadáver!

Sin que él lo advirtiera volvió Catalina, quirió las fundas, sacudió los muebles, abrió de par en par las ventanas, levantó las persianas y puso flores en los grandes jarrones de china que le había sobre las cómodas doradas. Después se acercó a él y le dijo:

—Vámonos, ¿qué hace usted aquí?

Salíó Lorenzo de su raptó, y paseando la mirada en torno, como deslumbrado, vio las flores reflejadas en los espejos, los muebles de Bonle resplandeciendo a la luz del sol, y aquellas decoraciones de fiesta en que se transformaba, por arte mágico, el aspecto fúnebre de la ausencia, que tanto se asemeja a la muerte.

Sus alucinaciones tomaron otro camino.

—¿Qué hago aquí? —dijo sonriendo sombríamente—. ¿Qué hago aquí? Hoy es día de fiesta en casa de Teresa, día de embriaguez y de olvido. Es una cita de amor que da la duquesa de la casa, y de seguro que no es a mí a quien espera. ¡A mí, a un muerto! ¿Qué va a hacer mi cadáver en esta cámara nupcial?

EL EXITO DEL PARAISO

La duquesa de Montauban pedía al cardenal Dubois que le cediera una casita de campo a la que él no iba nunca. El prelado le contestó:

—¿No sabe usted que siempre es necesario un lugar al que nunca se va, y en el que uno supone que sería feliz al fuera?

La duquesa le respondió:

—Ea verdad, y, precisamente, eso es lo que ha hecho la fortuna del Paraíso.

ULTIMAS PALABRAS

Famosas fueran las últimas palabras de Cromwell:

—Mi deseo es apresurar toda la posible mi partida.



DIJO BARRETT:

Para decidir de la verdadera energía de un hombre, esperad a que caiga de su falso pedestal, esperad a que se le deje desamparado y desnudo.

Dirá lo que tú, pobre vieja; dirá: "¡Vete! ¡Tú sí! Es un atadú!"

Lorenzo hablaba como delirando. Catalina tuvo compasión de él.

—Está loco —pensó—. Lo ha estado siempre.

Y cuando estaba descubriendo qué le diría para lograr que se marchase sin violencia, oyó que un coche se detenía en la calle. En su alegría de recibir a Teresa, olvidó a Lorenzo y corrió a abrir la puerta.

En ella estaban Palmer y Teresa; pero desecho de quitarse de encima el polvo del viaje y de evitar a Teresa la molestia de hacer desfogar la silla de postas en su casa. Palmer volvió en seguida a subir al carruaje, dando la orden de que le llevaran al hotel "Maurice", y diciendo a Teresa que le enviara su equipaje dentro de un par de horas y que vendría a comer con ella.

Teresa abrazó y besó a su buena Catalina, y, al propio tiempo que le preguntaba cómo lo había pasado en su ausencia, entró en la casa

con esa curiosidad impaciente, inquieta y gozosa, que sentimos instintivamente cuando volvemos a una morada en que hemos vivido muchos años; tan rápidamente, que Catalina no tuvo lugar de decirle que estaba allí Lorenzo. Y allí le sorprendió, pálido, absorto y como petrificado, en el sofá del salón.

No había oído el coche ni el ruido de las puertas abiertas precipitadamente. Sumido estaba aún en sus lúgubres delirios, cuando la vio ante sí. Lanzó un grito terrible, precipitose hacia ella para abrazarla, y cayó sofocado, casi desvanecido, en sus pies.

Fue preciso quitarle la corbata y darle a respirar éter. Agóbrase, y los latidos de su corazón eran tan violentos, que todo su cuerpo se estremecía como sacudido por corrientes eléctricas. Espantada Teresa al verlo así, creyó que había vuelto a caer enfermo. Bien pronto tornó a su mejillas el rosado color de la juventud y reparó Teresa en que había engordado. Lorenzo le aseguró que jamás se había encontrado más sano, y que era para él un gozo grande el de volverla a ver más hermosa que nunca. Y con la misma mirada pura y hermosa de los primeros días de sus amores. Arrondilló ante ella y le besó los pies para testimoniarle sus respetos y su adoración. Tan vivos eran sus transportes, que inquietaron a Teresa, y se creyó en el deber de apresurarse a recordarle su próxima partida y su próximo casamiento con Palmer.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué dices? —exclamó Lorenzo, pálido como si un ravo hubiera caído a sus pies—. ¡Partida! ¡Matrimonio! ¿Por qué? ¿Sueño aún? ¿Eres tú la que pronuncias esas palabras?

—Sí —respondió Teresa—, yo soy. Te lo escribí. ¿No has recibido mi carta?

—¡Partida! ¡Matrimonio! —repetía Lorenzo—. ¿Y cómo decías antes que era imposible? Días han pasado en que yo deploraba no poder imponer silencio a las gentes que te censuraban dándote mi nombre y mi vida entera. Y tú me decías: "¡Jamás, jamás mientras viva ese hombre!" ¿Es que ha muerto? ¿Es que amas a Palmer como nunca me has amado, puesto que desprecias por él los escrúpulos que te parecían fundados y el escándalo que juzgabais inevitable?

—El conde de *** ya no existe; soy libre. De tal modo aturdió a Lorenzo esta revelación, que le hizo olvidar todos sus propósitos de amistad fraternal y desinteresada. Lo que Teresa había previsto en Génova, se realizó en las condiciones más desgarradoras. Apoderose de Lorenzo la idea fija y exaltada de la felicidad que hubiera podido gozar siendo esposo de Teresa, y vertió torrentes de lágrimas sin que en su alma turbada y desesperada hicieran niella palabras razonables y amonestaciones carinosas. Tan verdaderas eran sus lágrimas y tan vivamente expresado su dolor, que Teresa no pudo sustraerse a la emoción de aquella escena patética y lastimosa. Nunca había podido sufrir a Lorenzo sin sentir conmovidos todos las fibras de la maternidad regañona, pero venida. En vano trató de contener sus propias lágrimas. No eran lágrimas de pena: eran arrancadas por el vértigo que dominaba a Lorenzo; pero obraban sobre sus nervios, y los nervios de una mujer como ella eran las mismas fibras de su corazón, excitadas por un sentimiento que no se podía explicar.

Conseguí, al fin, calmarle y, habiéndole dulce y tiernamente, hacerle comprender que aquella boda era la más prudente y la mejor solución para ella y para él mismo. Lorenzo asentía, sonriendo con tristeza.

—Tienes razón —decía—. Yo hubiera sido un marido detestable y él te haría feli. Te era deudor el cielo de esta recompensa y de este pago. Tienes razón en darle gracias y en decir que esto nos preserva: a ti, de una existencia miserable, y a mí, de remordimientos puros que los de antes. Y precisamente porque todo eso es verdadero, es prudente, es lógico, es por lo que soy tan desgraciado.

Y tornó a sollozar.

Palmer entre sí que nadie advirtiese su llegada. Vivía bajo el peso de un angustioso presentimiento y, sin premeditarlo, venía como un celoso desconfiado, llamando quedo a la puerta, procurando apagar sus pasos. Se detuvo en el umbral del salón y reconoció la voz de Lorenzo.

—¡Ah! Bien seguro estaba —se dijo desgarrando el guante, que había dejado sin calzarse hasta llegar a aquella puerta, para tener tiempo de reflexionar antes de franquearla.

Creyó que debía llorar.

—¡Adelante! —gritó vivamente Teresa, extrañada de que alguien le hiciese la injuria de llamar a la puerta de su salón.

Al ver a Palmer palideció. Lo que acababa de hacer era más elocuente que las palabras. Sospechaba.

Palmer vio su palidez, pero no pudo adivinar la verdadera causa de ella. Vio también que Teresa había corrido, y la fisonomía descompuesta de Lorenzo le habló de turbarlo. La primera mirada que involuntariamente cambiaron aquellos dos hombres, fué de odio y de provocación; después avanzaron el uno hacia el otro, sin saber si se tenderían la mano o se estrangularían.

Lorenzo fué, en tan crítico momento, el mejor y el más sincero de los dos, porque siempre nacían en su ánimo espontáneos impulsos que redimían todas sus faltas. Abrió los brazos y estrechó entre ellos a Palmer con efusión, sin ocultarle las lágrimas que volaban a ahogarle.

—¿Qué es esto? —le dijo Palmer mirando a Teresa.

—No sé —respondió ella con firmeza—. Acabo de participarle que nos marchamos para casarnos. Se siente apenado. Cree que vamos a olvidarle. Dígame usted, Palmer, que le querremos siempre, lo mismo de lejos que de cerca.

—¡Es un niño niñudo! —repuso Palmer—. Debería tener presente que yo no tengo más que una palabra y que deseo que sea usted feliz sobre todo. ¿Será necesario que no lo llevemos a América para que cese de afligirse y de hacer llorar a usted?

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono tan indefinido, tan al acento de la amistad paternal, mezclada a no se sabe qué agura profunda e invencible.

Teresa lo comprendió. Pidió su chal y su sombrero y dijo a Palmer:

—Vamos a comer al *cabaret*. Catalina no esperaba a nadie más que a mi, y no habría provisión bastante para que comiéramos los dos.

—Querrá usted decir los tres —replicó Palmer, siempre en tono semiamargo, semiirónico.

—Yo no como con ustedes —respondió Lorenzo, comprendiendo, al fin, lo que pasaba en el ánimo de Palmer—. Me voy; volveré a decir a ustedes adiós. ¿Qué día partiré?

—Dentro de cuatro días —dijo Teresa.

—Lo menos —añadió Palmer mirándola de un modo extraño— pero eso no es una razón para que no comíamos los tres juntos hoy. Déme ese gusto, Lorenzo. Comeremos en los "Hermanos Provenzales" y luego daremos una vuelta, en coche, por el Bosque de Bolonia. Eso nos hará recordar a Florencia y los Casinos. Vamos, se lo ruego.

—Estoy comprometido —dijo Lorenzo.

—Desíguese del compromiso —repuso Palmer—. Aquí hay papel y pluma. Escriba, escriba, se lo ruego...

Tablaba Palmer con tono tan resuelto, que era preciso obedecer. A Lorenzo le pareció que era su acento autoritario de costumbre. Teresa hubiera querido que rehusase, y se lo hubiera hecho comprender con una sola mirada; pero Palmer no la perdía de vista y parecía dispuesto a interpretarlo todo sinistramente.

Lorenzo era sincero. Cuando mentía, era él el primer engañado. Creyóse bastante dueño de sí mismo para afrontar tan delicada situación, y concibió la idea recta y generosa de volver a mostrar a Palmer su confianza de antaño. Desgraciadamente, cuando el alma humana, arrebatada por grandes emociones, sube a ciertas

alturas, si en ellas la acomete el vértigo, no desciende: se precipita. Esto acontecía a Palmer. Hombre leal y de corazón, tenía la presunción de dominar las emociones interiores de una situación difícil. Si le traicionaban sus fuerzas, ¿quién podría censurarle? Lanzábase al abismo, arrastrando tras de sí a Teresa y a Lorenzo. ¿Quién no se apiadaría de los tres? Los tres habían soñado con escalar el cielo y llegar a las regiones serenas en que las pasiones no tienen nada del fango de la tierra; pero no es esto dado al hombre: bastábale con haberse creído por un instante capaz de amar sin turbación y sin desconfianza.

La comida se deslizó en medio de una tristeza mortal. Aunque Palmer, que se había adjudicado el papel de anfitrión, tomó a pecho el obsequiar a sus invitados con los platos y los vinos más exquisitos, todo lo hallaron desagradable, y Lorenzo, tras de vanos esfuerzos para sentirse en la situación de ánimo que tan dulcemente había saboreado en Florencia en su convalecencia entre aquellas dos personas, rehusó acompañarlos al Bosque de Bolonia. Palmer, que había bebido más que de costumbre, para aturdirse, insistió de tal modo, que impacientó a Teresa.

—Vamos, no se empeñe usted así. Lorenzo tiene razón en rehusar. En el Bosque de Bolonia, en carruaje descubierto, nos verá todo el mundo; encontraremos a personas conocidas que no están obligadas a saber la situación excepcional en que los tres nos hallamos, y podríamos pensar algo muy degradado a propósito de nosotros.

—Pues volvamos a su casa —le dijo Palmer—. Yo iré a pasearme solo: me hace falta respirar aire puro.

Lorenzo se excusó, viendo claro el propósito de Palmer de dejarle solo con Teresa, sin duda para espiarlos o sorprenderlos. Volvió a su morada muy triste, pensando en que Teresa sin duda no era feliz, y algo contento, a pesar suyo, al decirse a sí mismo que Palmer no era un hombre superior a los demás, como él lo había imaginado y como Teresa se lo había pintado en sus cartas.

Pasamos rápidamente sobre los ocho días siguientes: los ocho días que hicieron caer, hora por hora, cada vez más baja, la novela heroica soñada, con más o menos intensidad, por los tres desdichados amigos. La más ilusionada había sido Teresa, que, después de rumores y previsiones prudentísimas, se había decidido a cambiar de vida y a mantener la palabra dada, cualesquiera que fuesen en adelante las injusticias de Palmer.

Palmer la desligó de su compromiso violentamente, tras de una serie de sospechas más ofensivas, por calladas, que lo habían sido todas las injurias de Lorenzo.

Después de haber pasado toda la noche escondido en el jardín de Teresa, retirábase Palmer una mañana, cuando apareció ella junto a la verja y le detuvo.

—Ha velado usted aquí durante seis horas. Lo he visto desde mi habitación. ¿Se ha convencido usted de que no ha venido nadie a mi casa esta noche?

Hablaba irritada, y, sin embargo, al provocar la explicación, que esquivaba Palmer, aun esperaba hacer renacer en él la confianza. El pensó de modo distinto.

—Veo, Teresa —dijo—, que se ha cansado usted de mí, puesto que me exige una confesión que me va a hacer despreciable a sus ojos. Nada le hubiera costado cerrarlos ante una debilidad, con la que jamás la he importunado. ¿Por qué no me ha dejado sufrir en silencio? ¿La he injuriado y perseguido con sarcasmos y duras palabras? ¿Le he escrito volúmenes enteros llenos de ofensas, de ultrajes, para venir al siguiente día a llorar a sus plantas y hacer delirantes protestas de arrepentimiento, sin perjuicio de tornar a martirizarla veinticuatro horas más tarde? ¿Le he dirigido siquiera una pregunta indiscreta? ¿No dormía usted esta noche tranquila mientras yo permanecía sentado sobre este banco, sin turbar su reposo con

mis sollozos y mis lágrimas? ¿No puedo perdonarme un pesar que tal vez pierda y que tengo, al menos, el derecho de querer y de poder ocultar? Mucho me he donado usted a alguien que no tenía el valor.

—Nada le he perdonado, Palmer, pero le he abandonado para siempre. En el sufrimiento de usted, que usted cree disimulado, sepa que está tan claro como el día ante mis ojos y que me hace sufrir como a usted. Sepa que me humilla y me ofende, que, viniendo de un hombre reflexivo como usted, me hieren ciegos que los ultrajes de un niño enloquecido.

—Sí, si es verdad —respondió Palmer—, falta la ha ofendido e irritado para contra mí. Todo ha concluido entre Teresa. Haga por mí lo que ha hecho con usted: convérseme su amistad.

—¿Me deja usted?

—Sí, Teresa: pero no olvido que, cuando usted dignó concederme su amistad, me dio un nombre, mi fortuna y mi consideración. No tengo más que una palabra y lo prometido. Casémonos aquí, sin fiesta: acepte mi nombre y la mitad de mis rentas, y después...

—¿Dijeste? —dijo Teresa.

—Después yo partiré, iré a abrazar a mi madre, y usted quedará libre.

—Eso que usted dice, ¿es una amenaza?

—¡Juro a usted que no! El suyo es un amor cobarde, sobre todo cuando se necesita dar como la mía. Vialaré, daré una vuelta al mundo, y yo tornaré usted a oír hablar de mí.

Teresa se indignó ante tal proposición. —Si no le tuviera a usted por un hombre serio, juzgaría que lo que me dice es una broma de mal género. Prefiero creerme juzga usted capaz de aceptar su vida y esa fortuna que me ofrece como un caso de conciencia. No vuelva usted a formular tal proposición, porque me ofenderá.

—¡Teresa! ¡Teresa! —exclamó Palmer—, apretándole el brazo hasta dañarlo—. Júreme, por la memoria del perdío, que no ama a Lorenzo, y que me pague para suplicarle que me perdone su justicia.

Teresa retiró su brazo magullado y, en silencio. Hasta el fondo de su alma, aquel juramento exigido, y aun la fórmula más cruda y más brutal que físico que acababa de padecer.

—¡Hijo mío! —gritó al fin entre sollozos—. Te juro a ti, que estás ciego, que ningún hombre volverá a envolverte en un pobre madre.

Púsose en pie, entró en su casa y se tumbó de tal modo inocente ante Palmer, no podía aceptar la idea de descenderse como una mujer culpable. Pero, más, un porvenir espantoso junto a ella que sabía ocultar tan bien sus profundos y que, después de haber provocado lo que juzgaba un peligro para ella, le parecía como un crimen su propia imprudencia en la existencia atormentada de ella al lado de un hombre celoso del poder. Decía, con razón, que tras de la vida había soportado una pasión como Lorenzo, había sido insensata al pensar que podría ser feliz con otro hombre.

En el alma de Palmer había un amor y de orgullo que le decía con claridad que no había esperanza de que él hacer feliz a Teresa después de que ella acababa de pasar entre ambos, cosas que sus celos no desaparecerían jamás en creerlos fundados. Escribió a Teresa una carta de despedida.

—Amiga mía: perdóneme si la he hecho sufrir. No puedo menos de reconocer que he tratado a un abismo de desesperación. Yo a Lorenzo, lo he amado siempre, y yo le vierte el ame toda la vida. Es su

sustracla el influjo de ese hado: ¿en lo quiso. Reconozco que al aceptar era usted sincera y que ha hecho visible por correspondencia. Me hice ilusiones: pero cada día, desde que Florencia, las he visto desvanecerse, tras. Si hubiera seguido mostrándome estaba yo salvado; pero su arrepentimiento me había conmovido a mí mismo he sentido enternecerse mi esfuerzo por escapar a la vida. Ha sido en vano. Desde entonces, me ha atormentado a ustedes dos me han ocultado, pero que yo he adivinado. En él renacia el antiguo amor y usted, luchaba contra sus propios sentimientos de pertenecerme, entonces es cuando usted debió palabra que me había dado. Yo se la devolví. Hubiera dejado a usted que se fuera, con él, a Spezia. ¿Por qué no lo

hizo. Le hago un cargo de lo mucho que me he esforzado y por unirse a usted bien yo he luchado, se lo juro! Y usted quiere aceptar mi ofrecimiento, para luchar y a sufrir de nuevo. Usted en sí quiere padecer más; en la vida a América, espera curar de esa pasión que la amenaza con tan pronto venir. No vacilaré en llevarla conmigo, le suplico que no volvamos a hablar de lo que no me juzgue culpable por haberme a la verdad. Seamos amigos, venimos mi madre, y si, dentro de algunos días me parezco indigno de ser suyo, me voy a la vida en América sin el pensamiento de volver nunca a España.

Esperaré su respuesta durante ocho días. Hice esta oferta, que hería su corazón, a usted; a Palmer; pero se sentía tan ofendida al ser perdonada, sin que se arrepintiera que ocultó su culpa, el desgarramiento de su alma. También que no podía seguir unido con lazo alguno sin prolongar un día el no tenía ya fuerzas para disimular su vida íntima, de ahora en adelante lucha amarguísima y continua. Pero con Catalina sin decir a nadie se encaminaba, y se encerró en un cuarto que alquiló en provincias por

CAPITULO XII

partió para América profundamente su dignidad, pero sin querer como se había equivocado. En su alma había un odio de obstinación que predominaba en su carácter, pero sólo para hacerle llevar a cabo esta o la otra idea, no para en una vía dolorosa y difícil. Habíase cansado de curar a Teresa de su fatal pasión por virtud de su fe exaltada y hasta si se quiere, había hecho el milagro en el momento en que debía recoger de su conducta lo perdía, porque en el momento de la última y decisiva prueba le

le, es consignar también que, para inmortalidad definitiva, la más deplorable certeza es la de querer ser dueño, sin demostración que acaba de ser herido. La tal unión brilla llena de generosidad, pero los celos retrospectivos son un terrible, engendrador de tempestades, que a veces logra siempre disipar. Palmer hubiera sido realmente un hombre, o si su voluntad hubiera sido más firme y reflexiva, hubiese podido salvar a Teresa de los desastres que venía veniendo sobre ella, debido a hacerle, puesto que ella se entregaba a él con una sinceridad y amor dignos de solicitud y de respeto; muchos hombres que tienen el deseo y la

ilusión de ser fuertes, no tienen más que un momento de voluntad, y Palmer era de estos hombres acerca de los que solemos vivir engañados largo tiempo. Tal como era, merecía las reprimendas de Teresa. Bien pronto se verá que era capaz de los más nobles impulsos y de las acciones más generosas. Su error consistió en creer en la perdurabilidad de lo que no había sido en él más que un espontáneo esfuerzo de voluntad.

Lorenzo no supo que Palmer había partido para América. Su desolación fue grande cuando se dió cuenta de que Teresa se había marchado sin decirle adónde. Había recibido de ella tres líneas:

"Sólo usted conoce en Francia el provecho de mi boda con Palmer. Ese matrimonio no se hará. Guárdenos el secreto, Porto".

Al escribir a Lorenzo estas breves y heladas frases, Teresa sentía algo de amargura respecto a él. ¿No era este fatal niño la causa de todas las desgracias, de todos los pesares de su vida?

Bien pronto se hizo cargo de que esta vez su rencor era injusto. Lorenzo se había portado con la mayor corrección durante aquellos ocho días desdichados, en que todo se había malogrado. Tras de la primera impresión, Lo-

DE LA LIBERTAD

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe.

CAMPOMAR.

DESCRIPCION DE LAS MUJERES CHINAS

Las descripciones que los chinos hacen de sus mujeres hermanas son muy célebres.

Es corriente oír como una bellid china es cantada en una poesía, de la siguiente manera: "Tiene carlitos como flor de almidón, labios como capullos de melocotones, cintura como la rama de una palmera, ojos como las centellas del sol, y pisadas como la flor del lotus".



DEL BUEN SENTIDO

Pocos son aquellos que en compañía de la felicidad conservan el buen sentido.

PLAUTARO.

renzo había aceptado la situación con un candor admirable y había hecho cuanto le era posible para no ensombrecer a Palmer. Ni una sola vez había tratado de sacar partido, respecto a Teresa, de las injusticias de su prometido. No había cesado de hablar de él con respeto y con cariño. Por extraño concurso de circunstancias morales, el papel más noble había tocado esta vez a Lorenzo. Además, Teresa no podía menos de reconocer que, si bien Lorenzo era alguna vez insensato hasta el límite más atroz, nunca cabía en su pensamiento nada que fuese pequeño ni rastrero.

En los tres meses siguientes a la partida de Palmer, Lorenzo continuó mostrándose digno de la amistad de Teresa. Había llegado a descubrir el lugar en que vivía retirada, pero no turbó su tranquila soledad. Le escribió, quejándose dulcemente de la frialdad de su despedida, reprochándole el no haber tenido confianza en él en sus penas, de no haberle tratado como a un hermano. "¿No había venido él al mundo para servir, consolarla y vengarla si fuera necesario?" Después le dirigía preguntas a las que Teresa se veía obligada a contestar. ¿Palmer la había ofendido? ¿Había que ir a pedirle cuentas?

"¿He cometido alguna imprudencia que te he herido? ¿Tienes algo que echarme en cara? ¿No lo creo, Dios mío! Si soy la causa de tu dolor, riñeme, y si no lo soy, permíteme llorar contigo".

Teresa defendió a Ricardo, sin querer dar explicaciones. Prohibió a Lorenzo que le hablase de Palmer. Resuelta generosamente a no sentir ni una sombra sobre el recuerdo de su prometido, dejó entrever que la ruptura había nacido de ella. Quizá esto era volver a despertar en Lorenzo esperanzas que jamás le había dado; pero hay circunstancias en las que, obres como se quiera, se cometen torpezas que nos llevan fatalmente a la perdición.

Las cartas de Lorenzo rebosaban la dulzura, una ternura infinita. Escribía sin arte, sin pretensiones, frecuentemente en estilo ni corrección. Tan pronto era inocentemente enfático, como trivial sin mojigatería. Con todos sus defectos, sus cartas resultaban inspiradas por tan arraigada convicción, que las hacía irresistiblemente persuasivas, trasluciendo en cada palabra el fuego de la juventud y la abrasadora savia de un artista genial.

Además, Lorenzo se dedicó a trabajar con afán, resuelto a no volver jamás a su antigua existencia de desorden. Dolióle en el alma las privaciones sufridas por Teresa para proporcionar a la agitación, el arte puro y la salubridad del viaje a Suiza. Estaba decidido a pagar su deuda lo más pronto posible.

Teresa vivió en seguida que el afecto de su pobre niño, como él se llamaba siempre, le impresionaba dulcemente, y que, si continuaba de la misma manera, sería, sin duda, el más puro y el más excoelso sentimiento de su vida.

Con respuestas maternales le animó a perseverar en la vía del trabajo, de la que decía que se había retirado para siempre. Las cartas eran dulces, resignadas, impregnadas de casta ternura; pero Lorenzo vivió asombrado en ellas una tristeza mortal. Teresa confesaba que su vida no era completa, y reía, con lastimera melancolía, de las ideas de muerte que en él se despertaban. Estaba realmente enferma. Sin amor y sin trabajo, el hastío la devoraba. Habíase llevado consigo el poco dinero que le quedaba de lo que había ganado en Génova, y lo economizaba avaramente para permanecer en el campo el mayor tiempo posible. Horrorizábase París. Y sentía invadirla poco a poco el deseo y el temor de volver a ver a Lorenzo cambiado, sumiso y corregido, tal como le pintaban sus cartas.

Desahaba que se casase; puesto que había pensado hacerlo alguna vez, el buen pensamiento podía volver. Ella le decidiría a hacerlo. El, unas veces asentía, otras se negaba. Teresa temía que algún rescolado del pasado amor animara las cartas de Lorenzo. Alguna vez asomaba, pero con exquisita delicadeza y dominando a esos resurgimientos, de un sentimiento no extinguido del todo, una suave ternura, una sensibilidad expansiva, una especie de entusiasta piedad filial.

Cuando llegó el invierno, Teresa, apurada sus recursos, se vió obligada a volver a París en donde estaban su clientela y sus deberes. Ocurrió su vuelta a Lorenzo, no queriendo verle en seguida; pero no se sabe por qué ignorado presentimiento, pasó Lorenzo por la solitaria calle en que estaba la casita. Vió abieratas las maderas y entro, loco de júbilo. Su alegría era tan candorosa y tan infantil, que ante ella hubiera retrocedido ridícula y gazonosa cualquier actitud de desconfianza y de reserva. De que a Teresa a la hora del almuerzo, suplicándole que fuese por la tarde a su casa a ver un cuadro que acababa de terminar, sobre el que quería conocer su opinión antes de entregarlo. Estaba vendiendo y pagado; pero, ante la más ligera observación suya, trabajaría de nuevo lo que fuera preciso. Lejos estaba aquel tiempo deplorable en que Teresa "carecía de talento, en que tenía el juicio mequino y realista de los pintores de retratos, en que era incapaz de comprender una obra de imaginación, etc."

Ahora era "su musa y su potencia inspiradora. Sin la ayuda de su soplo divino nada podía. Con sus consejos y su aliento, su genio llegaría a cuanto de él se esperaba".

Olvidó Teresa lo pasado, y, sin forjarse ilusiones sobre el presente, creyó que no debía negarse a lo que un artista no niega jamás a un compañero. Tomó un coche, después de comer, y fué a casa de Lorenzo.

Halló el estudio iluminado y el cuadro bajo la luz más esplendorosa. Era una obra hermosísima. El genio poderoso de su autor gozaba del privilegio de hacer, descansando, los rápidos progresos que no siempre realizan los que trabajan con perseverancia. A causa de sus viajes y su enfermedad, había habido una tregua de un año en su trabajo, y diríase que por la sola reflexión se había despojado de los defectos de su primera exuberancia.

Al mismo tiempo había adquirido nuevas cualidades que no parecían propias de su temperamento: la corrección del dibujo, la suavidad de los tipos, el secreto encanto de la ejecución, todo lo que había de seducir al público sin hacer desmerecer los artistas.

Teresa se conmovió y se entusiasmó. Le expresó con viveza su admiración. Le dijo todo lo que le pareció adecuado para despertar en él el noble orgullo de su genio enfrente de todos los desdichados acontecimientos del pasado. Nada le pareció criticable, y hasta le prohibió el más leve retoque.

Lorenzo, modesto en sus maneras y en su lenguaje, tenía más orgullo del que Teresa quería infundirle. En el fondo le embriagaban sus elogios. Sabía que, entre las personas capaces de comprenderle, era ella la más reflexiva y la de más talento. Sentía renacer imperioso aquel deseo de compartir con ella sus angustias y sus alegrías de artista, y aquella esperanza de llegar a ser un maestro, es decir, un hombre que sólo ella podía mantener en los días de deslenteo.

Después de contemplar Teresa el cuadro largo tiempo, volvióse para ver una figura que Lorenzo le rogaba que mirase, asegurándole que aun le gustaría más; pero, en lugar de un lienzo, Teresa vio a su madre en pie y sonriente en medio del estudio de Lorenzo.

La señora C. había venido a París sin saber a punto fijo el día del regreso de Teresa. Traíanla asuntos de importancia: se casaba su hijo y el señor C. también estaba en París desahogado algún tiempo. Sabedora la madre de Teresa de que ésta había reanudado su correspondencia con Lorenzo, y temerosa del porvenir, había venido a sorprenderle y decirle cuanto puede decir una madre a un hombre para impedir que haga la desgracia de su hija.

Lorenzo poseía la elocuencia del corazón. Tranquilizó a la pobre madre y la retuvo diciéndole:

—Teresa va a venir. Quiero jurarle, ante usted, que será siempre para ella lo que ella ordena: su hermano o su esposo, y, en uno y otro caso, su esclavo.

Fue una dulce sorpresa para Teresa el hallar allí a su madre, a la que no esperaba ver tan pronto. Abrazáronse llorando de alegría. Hízolas pasar Lorenzo a un saloncito lleno de flores, en el que estaba servido el té con todo lujo. Lorenzo era rico: acababa de ganar diez mil francos. Sentíase satisfecho y feliz al poder devolver a Teresa cuanto había gastado en él. Mostróse adorable en aquella velada; cautivó el corazón de la hija y la confianza de la madre, y tuvo la delicadeza de no dirigir ni una palabra de amor a Teresa. Lejos de eso, al besar unidas las manos de las dos mujeres, exclamó con sinceridad que aquel era el momento en que él se iba, y que jamás en sus entrevistas a solas con Teresa, se había sentido tan dichoso y tan contento de sí mismo.

La señora C. fué la primera que al cabo de algunos días habló a Teresa de matrimonio. La pobre mujer, que lo había sacrificado todo a la estimación pública y que, a pesar de sus disgustos domésticos, creía haber obrado bien,

no podía soportar la idea de ver a su hija abandonada por Palmer, y juzgaba que Teresa debía rehabilitarse ante el mundo casándose con otro. Lorenzo era un hombre célebre y movió en boga. Ningún matrimonio más igual. El gran artista, en su plena juventud, estaba corregido de sus errores. Teresa tenía sobre él la soberana influencia que había dominado las más grandes crisis de su penosa transformación. Lorenzo se sentía inevitablemente atraído hacia ella. Presentábase como un deber para ambos el de reanudar para siempre la cadena, que nunca estuvo definitivamente rota, y que no lo estaría jamás por mucho esfuerzo que pusieran en ello.

Lorenzo disculpaba sus pasados extravíos con un razonamiento singular. Teresa, decía, le había consentido al principio, tratándole con demasiada dulzura, con demasiada resignación. Si desde que él se mostró ingrato por primera vez, ella se hubiera mostrado ofendida, hubiérale corregido de su mala costumbre, contraindica en su trato con otras mujeres, de ceder a sus arrebatos y a sus caprichos. Hubiérale enseñado el respeto que merece la mujer que se entrega por amor.

Otra consideración de más peso alegaba Lorenzo para disculparse, a la que había ya aludido en sus cartas.

—Cuando te ofendí por vez primera —decía—, es casi seguro que ya estaba enfermo sin saberlo. Una fiebre cerebral parece que ataca como un rayo, pero no es posible creer que, tratándose de un hombre joven y fuerte, no se haya venido preparando, de mucho tiempo atrás, una crisis terrible en la que su razón se haya turbado y contra la cual no haya podido reaccionar su voluntad. ¿No es ésto lo que ha pasado no sé si mi pobre Teresa, al acentuarse la enfermedad en que he estado a punto de sucumbir? Ni tú ni yo podíamos darnos cuenta. Por lo que a mí toca, frecuentemente me ha acontecido despertar por la mañana pensando en tus penas del día anterior, sin poder separar la realidad de mis ensueños de la noche. Demasiado sabes que yo no podía trabajar, que la ciudad en que nos hallábamos me inspiraba una aversión enfermiza, que ya en el bosque de *** tuve una extraña alucinación; en fin, que cuando me reprochabas dulcemente mis palabras y mis acusaciones injustas, te oía como embudo, creyendo que eras tú la que había sufrido tales cosas. ¿Primer mundo? ¿Te creía loco. Bien ves que el loco era yo. ¿No puedes perdonarme mis involuntarios extravíos? Compara mi conducta posterior a mi enfermedad con la de antes. ¿No era un despertar de mi alma? ¿No me has visto tan confiado, tan sumiso, tan resignado, como escéptico, irascible, egoísta, antes de la crisis que me ha devuelto mi verdadero ser? Desde ese momento, ¿tienes algo de qué acusarme? ¿No acepté tu matrimonio con Palmer como un castigo merecido? Me has visto morir de dolor ante la idea de perderte para siempre. ¿Te he dicho una sola palabra contra tu prometido? Si me hubieras mandado correr tras él, yo luego le hubiese llevado en brazos de los brazos para hacerle volver a ti, te hubiera obedecido, que hasta ese punto te pertenecían mi alma y mi vida. ¿Es eso lo que aun ahora desearé? Dijo, que si ni vida te estorba y te es enojosa, pronto estoy a suprimirla. Dijo una sola palabra, Teresa, y no volverás jamás a oír hablar de este desgraciado, que no tiene otra misión en este mundo que la de vivir o morir por ti.

El carácter de Teresa se había debilitado con su doble amor, que no había sido, en resumen, más que dos actos del mismo drama. Sin su amor despreciado y herido, nunca hubiera pensado Palmer en casarse con ella, y el esfuerzo que ella hizo para ligarse a Palmer no habría sido más que una reacción en su desesperación. Siempre había estado presente la figura de Lorenzo en el desarrollo de su vida, puesto que el argumento empleado por Palmer para persuadirla era perpetuo recuerdo del lazo funesto que quería hacerle olvidar y que se veía obligado a recordarle constantemente.

Además, el retorno a la primera ambición, en realidad, para Lorenzo, tornó a la pasión, mientras que, para ella, había constituido una nueva fase de emoción más delicada y más tierna que el mismo. El abandono de Palmer la hacía sufrir, pero sin desalentarla. Se tece contra la injusticia, y hasta puede que ella escribiera toda su futura vida, mujer eternamente dolorida y llorosa, sumida en lamentaciones inútiles y imposibles. Sacudíanla enérgicas reacciones que ayudaba su poderosa inteligencia a una alta idea de la libertad moral, y amor a la fe de los demás se le doblaba, tenía el legítimo orgullo de tratar a disputar pedazo por pedazo. Complicábase entonces en el volver generosamente y sin reconvenir independencia y el reposo al que los demás.

Pero decimos que era menos fuerte su años juveniles en el sentido de haber recuperado la necesidad de amar y el largo tiempo adormecida en su desdeseo excepcional. Por mucho que quisiera que podría vivir así y que, si su única pasión, hubiese engañado, podía forjarse ilusiones sobre el porvenir, necesitaba amar, y para mayor desdeseo con dulzura, con abnegación, con toda costa el maternal anhelo, que un sello fatal de su temperamento. Vida, había contraído el hábito de alguien, tenía necesidad de seguir, si esta necesidad extraña, tan caracterizada en algunas mujeres y algunos hombres, no le había hecho recordar como Palmer como con la que porque aquél le pareció más fuerte necesitado de su sacrificio. Palmer equivocó creyéndose a ella como yo y un consuelo. Faltó a Teresa juzgarse necesaria para aquel hombre, se iba a vería que no pensara más misma.

Lorenzo, más ingenuo, poseía un atractivo hacia el cual se sentía atraído: el de la debilidad. No proclamaba el mismo esta comodidad de su carácter con transportes y enmagoradas enternecimientos, bien él se engañaba. Ni él era verdaderamente débil. Ni Palmer verdaderamente fuerte. En ciertos momentos hablaba con un ángel; mas en cuanto lograba vencer a su misma debilidad, recobraba gña para hacer sufrir, como hacen niños mimados.

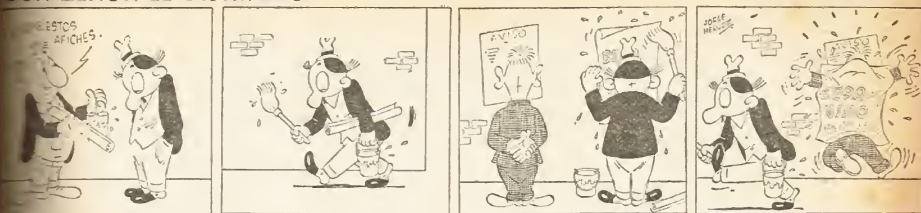
Lorenzo era víctima de inexorable. Lo reconocía en sus instantes de debilidad que, nacido de la unión de una madre y un padre, se había amantado una furia, se había amantado una levadura de rabia, se había amantado una desesperación. Era uno de esos seres humanos, y en ambos sexos, que, por más sublimes ideas y los más débiles impulsos del corazón, no pueden vencer de sus facultades sin caer en una especie de epilepsia intelectual.

Como Palmer, quería intentar la pretensión cimentar la dicha en el amor y saborear las celestiales venturas yugal y de la santa amistad sobre de un pasado devastado recientemente dos almas, aun ensangrentadas y ridas ha poco recibidas, haciales Teresa lo pedía con la angustia de presentimiento, pero Lorenzo creía en el pasado diez siglos en los días su separación y el futuro de su desdeseo puramente espiritual, que disminuía temer a Teresa que un desdeseo.

Desgraciadamente, la naturaleza se lo tranquilizó. Lorenzo parecía hasta el punto de haber reintegrado del espíritu el lugar que le era el primer raigo y permanencia solo.

SON ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE HERGOTT



...tarla, como antes, con sus transpor-
to. Durante horas enteras le ha-
a afecto más grande, él, que se
y que al fin sentía la expansión de
que se remontaba a sublimes altu-
se al porvenir de Teresa, demos-
strar que tenía, respecto a él, una
cumplir, una misión sagrada: la
de los arrebatos de la juventud; de
ambiciones de la edad madura y
del egoísmo de la vejez. Hablábale
de sí mismo. ¿Por qué no? ¡Ha-
bien! Merced a ella llegaría a ser
artista, un gran corazón, un gran
debería ayudarle, puesto que le había
rida. Y a Teresa, con la sencillez
de corazones amantes, pareciera ir-
razonamiento y tomaba como un
que, poco antes, había pedido Lo-
un perdón.

Al fin, Teresa en reanudar la fa-
Solo tuvo la feliz inspiración de
matrimonio, queriendo someter a
resolución de Lorenzo sobre este
iendo, sólo por él, el lazo irrevoca-
se hubiera tratado de ella, hu-
para siempre imprudentemente.
felicidad de Teresa sólo duró
como dice, tristemente, una ale-
la segunda, no llegó a veinticuatro
reacciones en Lorenzo eran violen-
desesperadas, y producíanse en razón
la intensidad de sus alegrías. Decimos
des, a lo que Teresa llamaba sus
siones, con malicia más exacta. Ob-
evidente necesidad que experi-
algunos adolescentes de matar o des-
que aman apasionadamente. Han-
a estos crueles instintos en hombres
muy diversos, y la historia los
de instintos perversos; más justo
los instintos perversos, ora por
edad cerebral contraída en el me-
estos hombres nacieron, ora por
la mortal para la razón, que ciertas
les han asegurado desde sus pri-
eres en la vida. Sébase que algunos re-
scentes han hecho arder en cana-
a que parecían querer, por el solo
ver palpitarse sus entrañas. Los hom-
en el medio en que se desenvuelven,
reves, reves absolutos a quienes em-
poder, tortura la sed de dominación,
nación de que están cubiertos les
ta el furor.

Lorenzo, en el que dos hombres,
enos, luchaban sin cesar. Dijérase
disputándose el cuidado de animar
entregábanse a una lucha sin tre-
arrojarse la una a la otra. Combatido
contrarios impulsos, el desdichado per-
voluntad, y cada día caía vencido por
o el demonio, que se lo arrancaban
ste.

do se reconcentra y analizaba sus
mos, pareciale leer en un libro de
y hablar en él, con asombrosa y mag-

nífica lucidez, la clave de las misteriosas conspi-
raciones de que era víctima.

—Si —decía a Teresa—, padezco ese fenóme-
no que los taurólogos llaman *posesión*. Dos
espíritus se han apoderado de mí. ¡Son, en
realidad, uno bueno y otro malo! No lo creo.
El que te espanta, el escéptico, el violento, el
terrible, no hace el mal sino porque no es
árbitro de hacer el bien tal como lo entiende:
quisiera ser reflexivo, filósofo, jovial, tolerante.
El otro no quiere que así ocurra: quiere des-
comparar su papel de ángel bueno; quiere ser
ardiente, entusiasta, exclusivo, abnegado, y co-
mo su adversario se burla, le niega y le hiera,
tómase sombrío y cruel, de tal suerte, que los
dos ángeles que viven en mí llegan a engendrar
un demonio.

Sobre tan extraño tema decía y escribía Lo-
renzo a Teresa cosas tan bellas como aterradora-
das, que parecían verdaderas y servían para
acumular nuevos derechos a la impunidad, que
parecía reservarse respecto de ella.

Todo lo que Teresa tuvo miedo de sufrir,
por causa de Lorenzo, casándose con Palmer,
tuvo que padecerlo, por causa de Palmer, al
volver a ser la compañera de Lorenzo. Los ter-
ribles celos retrospectivos, los peores de to-
dos, porque en todo se basan sin fundamen-
tarse en nada, rovaron el corazón y torturaron
el cerebro del desdichado artista. El recuerdo
de Palmer llegó a ser para él un espectro, un
vampiro. Obsérvese en que Teresa le diera
cuenta de todos los detalles de su vida en
Génova y en Porto-Venere, y ante su negati-
va, la acusó de que, desde entonces, había tra-
tado de engañarle. Olvidando que en aque-
llos días le había escrito Teresa: "Amo a Pal-
mer", y poco después: "Me caso con él", la
reconvenía diciéndole que siempre había re-
nido sujeta en su mano páfida la cadena de
esperanzas y de descos que lo mantenían unido
a ella. Teresa le puso ante los ojos toda su
correspondencia, y hubo de reconocer que le
había dicho, en el momento y lugar oportu-
nos, todo lo que su lealtad le prescribía como
necesario para dejarle libre. Apagándose y
conviniendo en que ella había traído su pasión
mal extinguida con excesiva delicadeza, dicién-
dole la verdad poco a poco y a medida que lo
veía dispuesto a soportarla sin dolor y que ella
cobraba confianza en el porvenir a que Palmer
la conducía. Reconoció que jamás había pasado
por los labios de ella la sombra de una mentira,
ni aun cuando rehusaba dar explicaciones de
su conducta, y que, en la convalecencia de
su enfermedad, cuando aun se hacía él ilusio-
nes acerca de una reconciliación imposible, Te-
resa le había dicho: "Todo ha terminado en-
tre nosotros. Lo que he resuelto y aceptado
es mi secreto, y tú no tienes derecho a inter-
rogarme".

—¡Sí, sí, tienes razón! —exclamó Lorenzo—.
Era injusto, y mi fatal curiosidad es un tor-
mento que me obstina, como un criminal, en
hacerme sufrir. Sí, pobre Teresa; te someto a
interrogatorios humillantes, a ti, que sólo me
debías conceder un generoso olvido y llegar has-

ta el perdón. Cambio los papeles: instruyo tu
proceso, olvidando que soy yo el culpable y el
condenado. Tratado de desgarrar, con mano
impia, el velo del pudor en que tú alina tienes
el derecho, y también el deber, de envolverse
acerca de cuanto concierne a tus relaciones con
Palmer. Gracias por tu altivo silencio. Eso me
hace estimar más. Eso me prueba que jamás
has consentido en que Palmer te interrogase
sobre los misterios de nuestros dolores y nues-
tras alegrías. Ahora lo comprendo: no sólo
no es deudora una mujer a su amante de ta-
les confidencias íntimas, sino que debe rehu-
sar el hacerlas. El hombre que las exige en-
viéncela a la que ama. Le pide una cobardía, al
propio tiempo que la mancilla en su pensa-
miento, asociando su imagen a la de los fan-
tasmas que le obsesionan. Sí, Teresa, tienes
razón. Es preciso que procure uno mismo man-
tener la pureza de su ideal, y yo me abstino
sin cesar en profanarlo y arrojarlo del templo
que para él había levantado.

Después de tales explicaciones, que Lorenzo
decía estar dispuesto a firmar con su sangre
y con sus lágrimas, parece que debía rena-
cer la calma y comenzar una era de felicidad.
Nada de eso, Lorenzo, devorado por un ansia
secreto, volvía al día siguiente a sus preocupaciones,
a sus ulteriores, a sus sarcasmos. Noches enteras
transcurrían en discusiones lamentables, en
que dijérase que le era absolutamente indispensable
atormentar su inteligencia a ligazgos, herida,
torturarla, para arrancarle maldiciones de ater-
radoros elocuencia, que va los llevaban, a él
y a Teresa, a los últimos linderos de la desespera-
ción. Tras de tales tormentas, parece que
ya no quedaba otro recurso que el de matarse
ambos. Teresa así lo esperaba a cada momento
y hallábase dispuesta, porque la horrorizaba la
vida; pero en Lorenzo no había brotado aún tal
idea. Agotado por el cansancio, se dormía,
y no parecía sino que su ángel bueno venía a
velar su sueño y trazar, sobre su rostro, la di-
vina sonrisa de las visiones celestiales.

Regla invariable, inconcebible, pero sin ex-
cepción en este extraño temperamento: el sue-
ño transmutaba todas sus resoluciones. Si se
dormía con el corazón rebosante de ternura,
despertaba ávido de lucha y de muerte; y
viceversa: si se separaba de Teresa la noche
antes maldiciéndola, volvía a la mañana si-
guiente para bendecirla.

Tres veces le abandonó Teresa y hubo lejos
de París: tres veces corrió tras ella y la obligó
a perdonarle, porque, en cuanto la perdía,
la adoraba y tomaba a suplicar, con torrentes
de lágrimas nacidas del más exaltado arrepen-
timiento.

En este infierno, al que se había arrojado
cerrando los ojos y haciendo el sacrificio de
su vida, Teresa fue, a la vez, miserable y su-
blime. Llevó su abnegación hasta extremos que
espantaban a sus amigos, y hacían caer sobre
ella la censura y hasta el desprecio de las per-
sonas honradas y prudentes que ignoran lo que
es amar.

Además, el amor de Teresa hacia Lorenzo

de ella, o a ella aportaban, alguna obra a un mismo tiempo el medio que ninguna obra maestra podía de sus normas, y que ningún hombre llegar a valer algo realmente desearla.

En su memoria la vida de los grandes, y pensaba en la de los artistas. Doquiera veía la regla de la asociada al anhelo del ideal, y, sin embargo por todas partes excepción, reglas, anomalías desconsoladoras, fibrantes y heridas por el rayo, como Lorenzo. La aspiración a lo sublime una enfermedad de la época y del que vivía Teresa. Era como una se apoderaba de la juventud, hacíanse las condiciones de la familia y normal, a la vez que los a la vida ordinaria. Sin haberlo pensado, por la irresistible fuerza de los momentos, Teresa se veía encerrada en el fatal del humano infierno. Hacía ser la compaña, la mitad inerte, uno de esos locos sublimes, de genios extravagantes; asistía a la estatua de Prometeo, a los furiososcientos de Orestes. Era víctima de aquellos inexpressables dolores sin la causa, sin alcanzar a descubrir

moraba Dios en aquellas almas atormentadas, puesto que de Lorenzo se mostraba entusiasmpuesto que la fuente pura de la creación no se había secado. No era acordado; aun era un hombre de gran. Debía abandonarlo a la invasión de o al embrutecimiento de la fatiga? veces había bordeado Teresa este que no se sintiera alguna presa del su pesar, tanto su carácter como su estado a punto de engolfarse, en tan desesperado camino. Hacia estado esa morbosa exaltación del que aumenta las miserias de la vida entre los límites indecisos de lo imaginario; mas, por reacción natural tendía siempre hacia lo verdadero es ni una cosa ni otra, ni el ideal del hecho sin poesía. Comprendía estribaba la belleza y que era ne una vida material sencilla y digna de la vida lógica del alma. Recordaba haber dejado de ser como era un tiempo; pero, un instante después, en cara, del mismo modo, el preocuparse demasiado de sí misma, el inminente peligro que amenazaba

estas voces, con la de la amistad de la opinión pública, el mundo la levantarse, a dignificarse, a tornarse de sí. Este era su deber, según el norma, en estos casos, equivale general dictada en interés de la sociedad el buen camino y dejad que los que de él se apartan. Y la real añade: "Los sabios y los buenos de la eterna felicidad; los ciegos y van al infierno". De donde cabe primero deducción: ¿No importa nada que perezca el insensato?

Esta conclusión se rebelo Teresa. que yo me tuviese por el ser más precioso, más excelso que la tierra, la sentencia de muerte de todos los Pero si ese día llegara, ¿no sería más los demás locos? ¡Atrás la locura de madre del egoísmo! ¡Suframos por por nosotros solamente!

En medianoche cuando se levantó en que se había dejado caer inerte y una cuatro horas antes. Llamaban a la Un demandador traía una caja de una carta. La caja contenía un don un antifaz de seda negra. El billete

estas breves palabras de letra de Lorenzo: *Senza veder, senza parlar.*

Sin ver y sin hablar... ¿Qué significaba este enigma? ¿Quería que fuese ella al baile de máscaras, intrigada, en busca de una aventura ordinaria? ¿Quería tratar de amarla sin reconocerla? ¿Era aquello un capricho de poeta, o un insulto de libertino?

Teresa devolvió la caja y cayó de nuevo en su sillón; pero la inquietud no la dejaba reflexionar. ¿No era su deber intentarlo todo para arrancar a aquella víctima del infernal torbellino?

—¡Iré —dijo—, le seguiré paso a paso. Veré, sabré la vida que hace lejos de mí, lo que hay de cierto en los desórdenes de que me habla, hasta qué extremo ama el vicio, o cándidamente o haciendo gala de ello, si es verdad que tiene gustos depravados, o sólo trata de aturdirse y olvidar. Sabiendo todo lo que he querido ignorar respecto de él y de su malvada sociedad, todo lo que alajaba con asco de sus recuerdos y de mi imaginación, tal vez descubra un resquicio, un medio de arrancarlo a tal vértigo.

Acordóse del dominó que Lorenzo acababa

COMO AMATEUR

Auber se sentía muy enfermo un día en que se encontró en el sepelio de un personaje oficial.

—Esta es la última vez —le dijo, con acento de seguridad— que asisto a un entierro en calidad de "amateur".

Efectivamente, poco después morla.

EL NO LA OIRIA

E'baa Querredo opaganizao, y como se hubieta olvidado, el otorgar su testamento, de disponer a habito de ir o no al entierro lo músico del pueblo, se acercó el escribano al moribundo poeta y le preguntó:

—Don Francisco, ¿no exigia vuestra merced alguna cantidad por la música?

—La música —contestó Querredo, con voz desfalliente— que la pague quien la oiga.



De La BRUYERE:

El espíritu de partido hace que los hombres más grandes se rebajen hasta las pequeñeces más miserables.

de enviarle, sobre el que apenas había posado los ojos. Era de satén. Envío a buscar uno de gro, púsose un antifaz, ocultó con cuidado sus cabellos, sembró su traje de lazos de varios colores para desfigurarse, por si Lorenzo llegara a sospechar que bajo tal disfraz estaba ella, pidió un coche, y sola y decidida marchóse al baile de la Opera.

Jamás había poseído allí los pies. El antifaz parecía una cosa insostenible, asfixiante. Nunca había probado a fingir la voz y no quería ser conocida por nadie. Deslizóse, muda, por los corredores, buscando los rincones solitarios cuando se cansaba de andar; siguiendo sin detenerse cuando veía que alguien se acercaba; siempre afectando prisa por pasar, y consiguiendo, más fácilmente de lo que esperaba, considerarse completamente sola y libre en medio de la agitada muchedumbre.

Era la época en que no se bailaba en los salones de la Opera y en que el único disfraz admitido era el dominó negro. Era una barandada sombría y grave, en apariencia, en la

que tal vez se desarrollaban intrigas tan interesantes como las de las bacanales de otros tiempos; pero que vista desde arriba tenía, en conjunto, un aspecto imponente. Cada hora una orquesta ruidosa tocaba desenfrenadas cuadrillas, como si la empresa, adversaria de la corrección, hubiera querido arrastrar a la gente a pisotear las órdenes de la policía; pero nadie hacía caso. El negro hormiguero seguía andando lentamente y cuchicheando en medio del estruendo musical, que terminaba con el disparo de una pistola, final extraño, fantástico, que parecía impotente para desvanecer la visión de la lúgubre fiesta.

Durante algunos momentos impresionó de tal modo a Teresa aquel espectáculo, que estuvo a punto de olvidar dónde se hallaba y de creerse en el mundo de los tristes ensueños. Buscaba a Lorenzo y no lo encontraba.

Atreviéndose a entrar en el foyer, en donde se reunían, sin disfraz y sin máscara, los hombres más conocidos de París, y después de dar una vuelta por el iba a retirarse, cuando oyó pronunciar su nombre en un rincón. Volvióse rápidamente y vio al hombre a quien había amado tanto sentado entre dos mujeres enmascaradas, cuya voz y cuyo acento tenían un no sé qué de dulzón y de acre, a la vez que revelaba el cansancio del cuerpo y la amargura del alma.

—Y qué —decía una de ellas— ¿has abandonado por fin a tu famosa Teresa? Según parece, te engañaba allá en Italia, y tú no querías creerlo.

Comenzó a sospechar —siguió la otra— el día en que consiguió ahuyentar al rival favorecido.

Mortalmente herida quedó Teresa al oír la dolorosa historia de su vida entregada a tales interpretaciones, y más aun al ver sonreír a Lorenzo, escucharle responder a aquellas mujeres que no sabían lo que decían y hablarles de otra cosa sin indignarse y como si no recordara o no le importase lo que acababa de oír. Jamás había llegado a pensar Teresa que no fuera, al menos, su amigo. Ahora tenía este triste ceridumbre. Quedóse y continuó escuchando. Sentía que un sudor frío pegaba el antifaz a su rostro.

Entretanto Lorenzo, sin decir a aquellas muchachas nada que no pudiera oír todo el mundo, charlaba, se divertía con su chismoseo y tomaba parte en él como hombre de buena sociedad. No eran muy ingeniosas, y dos o tres veces bostezó disimuladamente. Seguía allí, sin embargo, importándole poco que le vieran en tal compañía, dejándose cortejar, bostezando de cansancio, mas no de hastio, dulce, distraído, pero amable, hablando a sus compañeras de ocasión como si fuesen damas de la más exquisita sociedad, buenas y antiguas amigas, evocadoras de recuerdos agradables, de placeres que puede saber todo el mundo.

Pasó un cuarto de hora. Teresa permanecía inmóvil. Lorenzo le volvía la espalda. El diván en que estaba sentado se hallaba colocado enfrente de una puerta de cristales, cerrada. Cuando los grupos que pasaban por los pasillos se exteriorizaban se detenían junto a la puerta, los fracs y los dominós hacían un fondo opaco, y el cristal convertíase en un espejo negro en donde se reflejaba la imagen de Teresa sin que ella lo advirtiese. Lorenzo la vio varias veces sin fijarse; pero poco a poco la inmovilidad de aquella figura enmascarada le inquietó y dijo a sus compañeras, señalándoles aquel espejo sombrío:

—¿No os parece pavoroso el antifaz?

—¿Te damos miedo?

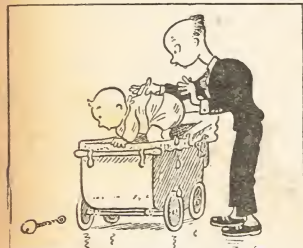
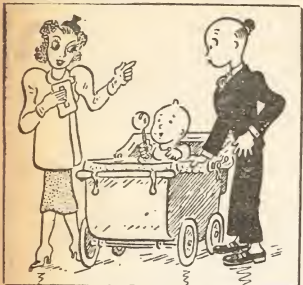
—No, vosotras no, sé cómo tenéis la nariz bajo ese trocito de seda; pero una persona que no adivinamos quién sea, que no conocemos y que nos mira con esos ojos ardientes... Me voy de aquí, estoy cansado...

—Es decir —replicaron ellas— que te has hastiado de nosotras.

AVENTURAS DE DON LINO

METODO PRACTICO

Por BARTA



—No, del baile. Esto aboga. ¿Queréis venir a ver nevar? Me voy al Bosque de Bolonia.
—¿A ponerte en trance de muerte?
—V qué? ¿Existe la muerte, acaso? ¿Venís?
—Ah, no!
—¿Quién quiere venir en dominó al Bosque de Bolonia conmigo? — dijo Lorenzo alzando la voz.

Un grupo de figuras negras cayó como una bandada de murciélagos en torno suyo.
—¿Cuánto das? — dijo una.
—Me harás mi retrato? — dijo otra.
—¿A pie o a caballo? — dijo una tercera.
—Cien francos por cabeza — repuso él — sólo por pasar a pie sobre la nieve a la luz de la luna. Yo os seguire de lejos. Para ver el efecto... ¿Cuántas sois? — añadió al cabo de unos instantes—. ¡Diez! No sois muchas. No importa. ¡Vamos!

Tres no se movieron, diciendo:
—No tiene un cuarto. Nos hará pescar una pulmonía y no sacaremos nada más.
—¿Os quedáis? — dijo Lorenzo—. ¡Quedan siete! ¡Bravo! Número cabalístico; los siete pecados capitales; ¡Vive Dios! Tení aburrirme, y he aquí una idea que me salva.

—Vamos — dijo Teresa—. ¡un capricho de artista!... Se acuerda de que es pintor. Nada hay perdido.

Siguió a aquella extraña comparsa hasta el peristilo, para asegurarse de que la fantástica idea se ponía en ejecución, pero el frío hizo retroceder a las más determinadas y Lorenzo se dejó persuadir y renunció. Pretendiese que cambiase la partida por una cena.

—Ah! No —dijo—; no sois más que unas colardes y unas egoístas, iguales a las mujeres honradas. Me voy a buscar mejor compañía. Peor para vosotras.

Arastáronle de nuevo al foyer, y entre algunos amigos suyos y unas cuantas de aquellas desdichadas se entabló tan viva plática y con tales proyectos, que Teresa, asqueada, se retiró, diciéndose que ya era muy tarde. Lorenzo amaba el vicio; nada podía hacer ya por él.

¿Amaba realmente Lorenzo el vicio? No. El esclavo no ama el yugo ni el látigo; pero cuando lo es por su culpa, cuando ha consentido en perder su libertad por no haber tenido un día bastante valor o bastante prudencia, se habituó a la servidumbre y a todos sus sufrimientos; justifica aquella profunda sentencia de la antigüedad que decía que "cuando Júpiter reduce a un hombre a tal estado, le quita la mitad de su alma".

Cuando la esclavitud del cuerpo es el terrible fruto de la victoria, obran así los dioses por compasión hacia la víctima; pero cuando es el alma la que soporta el funesto abrazo de la vida depravada, el castigo cae sobre ella por entero. Lorenzo merecía tal castigo. Pudo rescatarse. Intentólo Teresa, que era la mitad de su alma. No aprovechó el intento.

Cuando ella subió al carruaje para volver a su casa, un hombre enloquecido se sentó a su lado. Era Lorenzo. La había reconocido en el momento en que salía del foyer por un gesto de involuntario horror de que ella no se había dado cuenta.

—Teresa —le dijo—, volvamos al baile. Quiero decir a todos esos hombres: "¡Sois unos brutos!" Y a todas esas mujeres: "¡Sois unas infames!" Quiero proclamar tu nombre, tu nombre sagrado, ante esa muchedumbre imbecil, arrojarme a tus pies, besar el polvo que pisas, echando sobre mí todos los desprecios, todos los insultos, todas las deshonras. Quiero confesarme en alta voz ante esa inmensa mascarada, como lo hacían los primitivos cristianos en los templos paganos, purificados en el acto por las lágrimas de la penitencia y la sangre de los mártires.

Duró tal excitación hasta que Teresa a la puerta de su casa. No podía llevar prender por qué aquel hombre, raro, briagado, tan dueño de sí mismo, tan conversador entre las muchachas, el baile de máscaras, tornábase apasado la extravagancia en cuanto se veía ella.

—Yo soy la que le enloquece a dijo—. Poco ha hablaban a usted de una perdida, y ni eso le indignaba. A ser para usted como un espectro. No era eso lo que yo deseaba. Se puso que sólo puedo causarle mal.

CAPITULO XIV

Volvieron a verse al día siguiente, que le concediera, por última vez, conversación fraternal, de pascos amistosos, tranquilo. Fueron juntos a Plantas, sentáronse bajo el cedro traron en el laberinto. El tiempo era quedaban huellas de la nieve. Un asomaba por entre nubes de colores, tonos de las plantas estaban hinchados. Lorenzo era poeta, nada más que artista contemplativo aquel día. Resonaba una profunda calma desconocida, distintos, deseos ni esperanzas. Los momentos hasta le animaba una alegría. Teresa, que le observaba como pensaba que nadie dijera que todo minado entre los dos.

Al día siguiente se reprodujo la tempestad, sin motivo, sin pretexto, una razón que se produce en el ocaso, porque el día anterior ha sido helado.

Después, de día en día se entenebreció y más el horizonte y llegó a ser de un mundo, un continuo lucir de rayos en medio de las tinieblas.

Una noche entró Lorenzo en casa a hora muy avanzada, en tal estado que sin saber dónde estaba, sin saber labra, cayó asoporado sobre el sofá.

Teresa entró en su estudio y desesperada y anhelante, que la suplicio. Había perdido toda esperanza, colmada la medida. Lloró y rezo toda la noche.

Amaneció cuando ovó llamar a talina dormía y Teresa pensó que se sentía trasnochador se había equivoicado. Llamaron otra vez; lloró, ces. Abrió Teresa por la ventanilla, lera, que caía encima de la puerta. Vió a un niño de diez o doce años con elegancia, y cuyo semblante, ella, le pareció angelical.

—¿Qué le pasó, amiguito? —le preguntó usted en el barrio?

—No —respondió el niño—; me aquí. Busco a una señora que se llama Rita Santiago.

Baño Teresa, abrió y miró al niño extraordinaria emoción. Parecía le visto otra vez, o que se asemejaba a ella conocía y de quien no podía nombre. El niño también parecía indeciso.

Condujole Teresa al jardín para pero, en lugar de responder, dijo acento tembloroso:

—¿Es usted la señorita Teresa?
—Yo soy, hijo mío. ¿Qué quiere do hacer por tí?

—Vivir con usted siempre, si
—¿Quién eres, pues?

—Soy el hijo del conde de...
Teresa ahogó un grito y su rostro fué rechazado al niño; pero de po-

parecido con un rostro que había
frentemente, mirándolo en un espejo
de su madre: aquel rostro era el

— exclamó estrechando al adoles-
sus brazos—. ¿Cómo te llamas?

— ¿Quién es tu madre?

Me han encargado mucho que no

usted todo de pronto. Mi madre...

condesa de... que está allí, en

a. No me quería... me decía a

No eres hijo mío; no tengo obliga-

erte". Pero mi padre sí me que-

decía con frecuencia: "No tienes a

que a mí; no tienes madre". Murió

medio, y la condesa dijo: "Eres

mi coningo". Porque mi padre le

la su herencia con la condición de

ria por hijo suyo. A pesar de eso,

tenirme cariño, y yo sufría mucho

ando un caballero de los Estados

se le llama Ricardo Palmer, vino

La condesa dijo: "No, no quie-

el señor Palmer me dijo: "¿Que-

teve a tu verdadera madre, que te

y se alegrará muchísimo de vol-

er". Y yo dije: "Sí, sí, quiero!".

El señor Palmer vino una noche en

que nosotros vivíamos a la orilla

yo me levanté calladito, y fuimos

en un gran barco, y después hemos

el mar, y aquí estamos.

— ¿Sí? — dijo Teresa, que tenía al

contra su corazón, y conmovida

hondo de sus entrañas, le cubría

beso ardiente—. ¿Dónde está Pal-

— dijo el niño—. Me ha traído hasta

me ha dicho: "¡Llama!"; y después

me visto más.

— ¿Sí? — no puede estar muy lejos.

— ¿Sí? — con el niño, encontró a Palmer,

— ¿Sí? — a cierta distancia, hasta asegu-

el niño había sido reconocido por

— ¿Ricardo! — gritó Teresa arro-

sus pies en medio de la calle de-

lo hubiera hecho aún cuando re-

ente—. Usted es Dios para mí.

— ¿Sí? — decir más. Enloquecía, sofocaba

mas, del gozo que la inundaba.

— ¿Sí? — Palmer bajó la naciente sombra

es de los Campos Elíseos y la hi-

— ¿Sí? — Más de una hora pasó antes de

ase y fuera dueña de sí y pu-

er a su hijo sin peligro de aho-

— ¿Sí? — me deuda — dijo Palmer—. Era

usted de días de esperanza y de

— ¿Sí? — quería quedar insolvente. Le tra-

entera de ternura y de consuelo,

— ¿Sí? — niño es un ángel y me es doloroso

de él. Le he privado de una he-

es justo que le dé otra en cambio.

— ¿Sí? — usted derecho a oponerse; he tomado

aciones y todos sus intereses están

En un bolsillo hay una cartera que

el presente y el porvenir. ¡Adiós,

Téngame siempre por su amigo en vi-

uerre.

— ¿Sí? — Palmer feliz; había realizado una

— ¿Sí? — n. Teresa no quiso volver a la casa

— ¿Sí? — Lorenzo dormía. Tomó un fiacre, des-

— ¿Sí? — enviar un recadero a Catalina con sus

— ¿Sí? — res, que escribió en un modesto ca-

— ¿Sí? — de se desayunó con su hijo. Pasaron

el día correteando juntos por París, equipán-
dose para un largo viaje. Llegada la noche,
reunióse Catalina con ellos, llevando los pa-
quetes que había hecho durante el día, y
Teresa partió a ocultar a su hijo, su dicha, su
reposo, su trabajo, su alegría, su vida, en el
interior de Alemania. Su felicidad fué egoísta:
no pensó ni un momento en lo que sería de
Lorenzo sin ella. Era madre; la madre había
matado para siempre a la amante.

Lorenzo durmió todo el día y despertó en
medio de la mayor soledad. Levantóse maldi-
ciendo de Teresa, que se había marchado a
paseo sin ordenar que le hicieran la comida.
Extrañose de no ver a Catalina, soltó cuatro
palabrotas enfurecido y salió.

Sólo al cabo de algunos días llegó a com-
prender lo que le ocurría. Cuando vio la casa
de Teresa alquilada, los muebles empa-
los vendidos y pasado semanas y meses sin saber
de ella, perdió toda esperanza y no pensó más
que en aturdirse para olvidar.

Al cabo de un año halló el medio de hacer
llegar una carta suya a manos de Teresa. Acu-
sábase en ella de ser él mismo el autor de
toda su desgracia y le pedía que volviesen a su
antigua amistad. Después, siempre apasionado,
terminaba así:

"¿Se denasiado que ni aun esto merezco de
ti, porque te he maldonado y, desesperado por
haberte perdido, he hecho esfuerzos inútiles
por olvidarte. Me he empeñado en desnaturar
tu carácter y tu conducta ante mis pro-
pios ojos; he hablado mal de ti con los que
te odian y me he regocijado oyendo cómo te
execraban los que no te conocían. ¡Te he
tratado ausente como cuando estabas aquí!
¿Por qué no estás aquí? Tú eres culpable de
mi locura: no debiste abandonarme... ¡Oh,
desgraciado de mí, que veo que al mismo tiem-
po te aborrezco y te adoro. Toda mi vida se
ha de consumir en amarte y maldecirte... ¡Y
ahora comprendo que me odias! ¡Quisiera ma-
tarte! ¡Y si estuvieras aquí, caería a tus pies!
Teresa, Teresa, ¿cómo se has transformado en
un monstruo, puesto que no tienes compasión?
¡Oh, qué espantoso castigo el de este amor
incurable unido a esta insaciable rabia! ¿Qué
he hecho yo, Dios mío, para quedar reducido
a perderlo todo, hasta la libertad de amar o
aborrecer?"

Teresa le contestó:

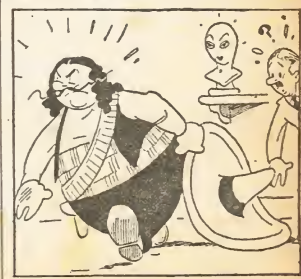
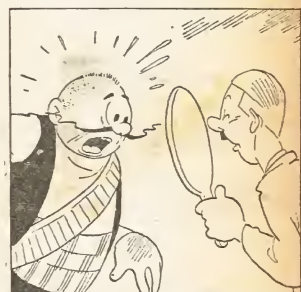
"¡Adiós para siempre! Nada has hecho con-
tra mí que no te haya perdonado, y nada po-
drás hacer que yo no pueda perdonarte. Dios
condena a algunos hombres de genio a canil-
nar errantes entre las tempestades y a crear
en medio del dolor. Te he estudiado lo bastan-
te en tus días sombríos y en tus días lumino-
sos, en tu grandeza y en tu debilidad, para
no saber que eres víctima de una fatalidad y
que no puedes ser pesado en la misma balanza
que el resto de los hombres. Tu sufrimiento,
tus dudas, lo que tú llamas tu castigo, tal vez
no es más que la condición de tu gloria. Re-
signate a cumplirla. Has aspirado con toda tu
alma el ideal de la felicidad, y no lo has al-
canzado más que en tus sueños. Pues bien,
hijo mío: tus sueños son tu realidad, tu ta-
lento, tu vida. ¿No eres artista?"

"¡Tranquilízate, ¡Dios te perdonará el que no
hayas podido amar! Te había condenado a esa
aspiración insaciable para que no consumieras
tu juventud en aras de una mujer. Las mujeres
del porvenir, las que admirarán tus obras en
los venideros siglos, éas son tus hermanas y
tus amantes".

PANCHO SOMBRERO

RECURSO SUPREMO

Por TOONDER



JELI EL PASTOR

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

cara, pero era lo mismo que arrojarlo al pozo. —Toma un buen cocimiento de "eucaliptus", que no cuesta nada—indicaba el señor Agripino—y si pasa lo mismo que con el sulfato, por lo menos no te arruinas gastando.

Tomaba el cocimiento de eucalipto, y la fiebre le subía con más fuerza. Jeli atendía a su padre lo mejor que sabía. Todas las mañanas, antes de salir con la manada, le dejaba en la gamella el cocimiento preparado, el haz de sarmientos a mano, los huevos en la ceniza caliente, y retornaba temprano a la noche, con la leña, la botella de vino y algún trozo de carne de certero que había ido a merear a Licodia. El pobre muchacho hacía todo con disposición, como una buena ama de casa, y su padre, que le seguía con cansados ojos en sus quehaceres por la cabana, de cuando en cuando sonreía, pensando que el chico sabría salir adelante cuando se quedara sin él.

Los días en que cedía la fiebre algunas horas, el compadre Menu se levantaba todo descompuesto, con el pañuelo atado a la cabeza, y se sentaba a la puerta a aguardar a Jeli mientras se calentaba al sol. Cuando Jeli posaba junto a la puerta el haz de leña y sobre la mesa ponía la botella y los huevos, le decía: —Pon a hervir el "eucaliptus" para esta noche.

O:

—No te olvides, cuando yo te falte, que el oro de tu madre lo tiene a recaudo la tía Agueda.

Y Jeli asentía con la cabeza.

—Es inútil—repetía el señor Agripino cada vez que venía a ver al compadre Menu y lo hallaba con la fiebre—. Tiene ya apesada toda la sangre.

El compadre Menu escuchaba sin parpadear, con la cara más blanca que el pañuelo que envolvía su cabeza.

Ya no se levantaba. Jeli se ponía a llorar cuando no contaba con fuerzas para ayudarle a volverse de un lado; poco a poco, el compadre Menu terminó por no hablar nada. Las últimas palabras que le dijo a su hijo fueron éstas:

—Cuando me muera, te vas a ver al amo de las vacas, a Ragoleiti, y que te dé las onzas y los doce rúmulos de trigo que me debe desde mayo acá.

—No —respondió Jeli— son tan sólo dos onzas y quince, porque usted ha dejado las vacas hace más de un mes, y con el año hay que hacer la cuenta justa.

—Es verdad!—asintió el compadre Menu, entornando los ojos.

—Ahora si que estoy en el mundo igual que un potro perdido, que se lo pueden llevar los lobos—pensó Jeli cuando se llevaron a su padre al cementerio de Licodia.

Mara también fue a casa del muerto, con esa inquieta curiosidad que despiertan las cosas espantosas.

—¡Mira cómo me quedó!—le dijo Jeli.

La niña retrocedió asustada, por miedo a que quisiera hacerle entrar en la casa donde había estado el muerto.

Jeli fue a retirar el dinero de su padre y se marchó con el ganado a Passantiello, donde ya estaba crecida la hierba en el terreno en barbecho y el pasto era abundante; en tanto que los potros estuvieron allí pastando mucho tiempo, Jeli se había hecho muy mayor, y también Mara debía haber crecido, pensaba él muchas veces cuando tocaba la flauta; luego, al volver a Tebidi, después de tanto tiempo, llevando delante de él, poco a poco, las yeguas por los resbaladizos senderos de la fuente del río Cosme, iba buscando con los ojos del pueñecillo del valle, la casa del valle del Tacitano, y el ruido de las *casas grandes*, sobre el que siempre revoloteaban las palomas. Pero, por entonces, ya el amo había despedido al señor Agri-

pino, y toda la familia de Mara estaba desolando. Jeli encontró muy crecida y guapetona a la muchacha, a la puerta del corral, mirando cómo cargaban su ropa en la carreta. Ahora la vivienda vacía parecía más oscura y alumiada que de costumbre. La mesa, la cómoda, la cama, las estampas de la Virgen y San Juan, inclusive los clavos para colgar las calabazas de las semillas, habían dejado señal en las paredes donde tantos años estuvieron.

—Marchamos—le dijo Mara al ver que miraba—. Nos vamos a Marineo, a ese caserío tan grande que hay en el llano.

Jeli se puso a ayudar al señor Agripino y a la "señal" Lia a cargar la carreta, y cuando ya no hubo nada que sacar de la vivienda, fue a sentarse con Mara en el muro del abrevadero.

—Tampoco las casas—le dijo después que vio cargar la última cesta en la carreta—, tampoco las casas, cuando se saca lo que guardan dentro, parecen las mismas.

—En Marineo—respondió Mara—tendremos un cuarto más lindo, dice mi madre, y tan grande como el almacén del fido.

—Cuando te marches, no volveré más por aquí, pues al encontrar cerrada esta puerta me parecerá que ha vuelto el invierno.

—En Marineo hallaremos otra gente, a Padda, "la Roja", y a la hija del campero; nos divertiremos; por la siega irán más de ochenta segadores con su cornamus, y bailaremos en la era.

El señor Agripino y su esposa habían echado a andar tras la carreta; Mara los seguía muy contenta, llevando la cesta con los pichones. Jeli la acompañó hasta el pueñecillo, y cuando ya estaba para desaparecer en el valle, la llamó:

—¡Mara, Mara!

—¿Qué quieres?

—No sabía lo que quería.

—Y tú, ahora, ¿qué vas a hacer aquí solo?—le preguntó entonces la muchacha.

—Yo me quedo con la manada.

Mara se fue dando brinco, y él se quedó allí quieto mientras pudo oír el ruido de la carreta, tambaleándose sobre las piedras. El sol tocaba las altas rocas del cerro de la Cruz; las grisáceas cabelleras de los olivos se esfumaban en el crepúsculo, y en la lejanía del campo sólo se oía la esquela de la "Blanca" en el inmenso silencio.

Apenas Mara se vio en Marineo entre gente nueva y en las faenas de la vendimia, se olvidó de él; pero Jeli siempre pensaba en ella, porque no tenía otra cosa que hacer en los largos días que se pasaba contemplando la cola de sus potros. Ahora ya no tenía para qué bajar al valle, del otro lado del pueñecillo, y nadie le veía en la hacienda. Por eso, durante mucho tiempo ignoró que Mara tenía novio, porque bajo el pueñecillo había pasado mucha agua. A la muchacha no volvió a verla hasta el día de la fiesta de San Juan, cuando fue a la feria a vender unos potros; una fiesta que se le trocó en veneno y le sacó el pan de la boca por un accidente que le sucedió a uno de los potros del amo; Dios nos libre.

Desde el amanecer del día de la feria, el mayoral esperaba los potros, andando de un lado a otro, con sus relucientes polainas, por detrás de las grupos de los caballos y las mulas, colocados en fila a uno y otro lado de la carretera. La feria estaba ya para terminar, y Jeli no aparecía aún con el ganado por el recodo que hacía la carretera. En las empinadas cuevas del Calvario y del Molino de viento quedaban aún algunos rebaños de ovejas aperradas en corro, con el hocico en tierra y los ojos cerrados, y algunas parejas de bueyes de pelo largo, de esos que se venden para pagar la renta de las tierras, esperando inmóviles

bajo el ardoroso sol. Ajuaj, en el campana de San Juan tocaba a misa matutina del largo estampido de

El campo de la feria parecía harto griterío que se prolongaba entre los de los vendedores almeados en la feria. Los Gallos, bajaba por las calles del pueblo a regresar del valle donde se

¡Viva San Juan!

—¡Santo diablo!—gritaba el mayoral maldito Jeli me va a hacer

Las ovejas alzaban el hocico atrevidamente a balar todas a coro, y andaban lentamente, mirando en

El mayoral estaba más enojado de día había que abonar el arrendamiento de los cerceados grandes, "cuando San Juan bajo el olmo" rezaba el contrato,

pletar la cantidad se había contenta de los potros. Entretanto, ca

y mulas había tantos como el Señor limpios y relucientes, adornados de

zoz y cascabeles, que sacudían las moscas, volviendo la cabeza a

pasaba, como si aguardasen un

que quisiera adquirirlas.

—Se habrá tirado a dormir el

—seguro—dijo el mayoral—, y me

dos los potros...

Por el contrario, Jeli había cam

te toda la noche para que los p

rescos a la feria y agarrasen un

y al pisar el llano del Cuervo, p

puesto aún los tres reyes que

el monte Arturo con los brazos

el camino pasaban sin cesar ca

a caballo que marchaban a la

el mozo tenía los ojos bien abie

los potros no se espantaron co

trajin y siguieran todos juntos a

la cuneta, tras de la "Blanca",

derecha y tranquila, sacudiendo

De cuando en cuando, como el

por lo alto del monte, oíase a

la campana de San Juan, que ha

silencio del campo llegaba la fies

el camino, a lo lejos, poblado d

o a caballo que iba a Vizzini.

"¡Viva San Juan!", y los cohe

derechos y relucientes tras los

Canzinia, como las estrellas que

agosto.

—¡Es como la Nochebuena!

al muchacho que le ayudaba a

manada", que en todas las hac

fiesta y luminaria y se ven hogu

el campo.

El muchacho dormitaba, ar

despacio una pierna tras otra, y

nada. Pero Jeli, a quien aqueja

la nada le hacía hervir la sangre,

no callado, como si los cohetes

que obscuridad, callados y relucien

te, le partieran a él el alma.

—Mara también habrá ido a la

Juan—decía—, porque todos los

Y sin preocuparse de que Alfio,

no respondía nada, exclamó:

—¡No sabes! Ahora Mara es a

está más crecida que la madre que

y cuando la vi de nuevo no

misma con quien iba a agarrar

y a vaeer las nueces.

Y se puso a cantar en alta voz

ciones sabía.

—¡Alfio! ¿Te duermes?—le gr

bo terminado—. ¡Mira que la

siempre tras de ti!

—¡No, no me duermo!—respo

ronca Alfio.

cómo el lucero nos mira allí, sobre como si disparasen cohetes también Dominica? Ya falta poco para que pero llegaremos a la feria a tiempo un buen lugar. ¡Ya verás. "Mo- tendrás cabezuda nueva, con tus rados para la feria! ¡Y tú también,

hablando a los potros para que azaran oyendo su voz en la oscuridad, le dolía que el "Estrellado" y el fueran a ser vendidos en la feria. Sean vendidos los llevará el amo a no se los verá en la manada, como con Mara después que se marchó

está muy bien en Marínico; que a visitarlos me pusieron delante pan, y todo lo que da Dios, porque el mayoral, y tiene las llaves de todo, y me habría comido toda Mara casi no me conocía de tanto hacía que no me vio, y se puso. ¡Anda! ¡Mira quién está aquí! Por de los caballos, el de Tebidi!" cuando uno retorna de lejos, que la cresta de un monte reconoce la tierra donde nació. La "señal" que teutase a su hija, ahora ande, porque la gente que no sabe murmura. Mara se reía, y "dian" de cocer el pan, según estaba de ponía la mesa, extendiendo el mantel de la misma.

te acuerdas de Tebidi?—le preguntó la "señal" Lia salió para fresco del barril.

me acuerdo—me dijo—. Allí había una, y un campañero que parecía un salero, y desde el atrio se veían bien había dos gatos de piedra, la guardia a la puerta del jardín. Dentro de mi todos aquellas cosas que ella me las iba diciendo, estaba de arriba abajo, con unos tornaba a decirme: "¿Cuánto has se echó a reír y me dió un pes-

manera perdió Jeli, el guardián de el pan, porque justamente en to, apareciendo de improvisto un no se había oído antes, según su paso a paso, al llegar al llano mare, con gran estrépito de látigo como si lo llevase el diablo. Los atados, se desbandaron en un re- parecía aquello un terremoto, precisos no pocos gritos, llamadas de Jeli y del muchacho, antes agruparon en torno a la "Blanca", trotaba sin rumbo, con su cen- to. Apenas contó Jeli sus caballos, faltaba el "Estrellado", y se llevó la cabeza, porque por aquel sitio y el camino corría a lo largo del y en el barranco fue donde se patas el "Estrellado", un potrillo doce onzas como doce ángeles del Gimiendo y gritando llamaba Jeli que no se veía por parte alguna: ¡Oh! ¡Oh! Por fin, el "Estrellado" desde el fondo del barranco, con brusco relincho, como si el pobre fuese tenido el don del habla.

madre mía!—gritaban Jeli y el mu- Ay qué desgracia, madre mía!—antes que se encaminaban a la fiesta, lloran tan dolorosamente en las obs- preguntaban qué se les había per- lego, cuando sabían de lo que se tra- guían su marcha.

llado" permanecía inmóvil en el mis- que había caído, con las patas en- tras Jeli lo tocaba por todas partes, y hablándole como si pudiese enten- pobre animal levantaba la cabeza difi-

cultosamente y la volvía hacia él, con un alien- to quebrado por el espasmo.

—¿Qué se le habrá roto?—lloriqueaba Jeli, desesperado de no poder ver nada, debido a la mucha oscuridad; y el potrillo, inerte como una piedra, debía caer pesadamente la cabeza. Alfio, que se había quedado en el camino, al cuidado de la manada, tranquilizándose antes que Jeli, sacó el pan del zurrón. El cielo se había puesto blancuzco, y los montes del contorno parecían despuntar uno por uno, altos y negros. Desde la revuelta de la carretera comenzaba a divisarse el pueblo, con su monte Calvario, y el del Molino de viento estampado en el amanecer, umbríos aún, salpicados de las blancas manchas de los rebaños; y, como los bueyes que apacentaban en el alto del monte, en el azul iban de un lado a otro, parecía como si la corteza del monte se animase y bullera de vida. La campana no se oía ya desde el fondo del barranco; los caminantes cada vez eran más raros, y los pocos que pasaban tenían premura por llegar a la feria. El pobre Jeli no sa-

EL NIÑO DEL PERRO



Se diría el título de un cuadro de un pintor fante de esos títulos que están completamente de más si los consideramos por el serio que prestan). ¿Por qué no llamarle más bien "Los orejas del perro"? o "El perro de las orejas"? O simplemente "Orejas"? Pues la maravillosa expresión que vemos en la cara "pensante" de este perrito se debe exclusivamente a la posición, el movimiento de sus orejas. También este cuadro podría llamarse "Cachorros", porque los dos están en la infancia. E igualmente, no andaría descaminado quien le llamase "El cachorro y la fiera"; ¿no se acuerda el lector de cómo era el mismo cuando niño?

bía a qué santo volverse en aquella soledad; el mismo Alfio, por si solo, no podía servirle de nada; por eso éste mordisqueaba su pedazo de pan tranquilamente.

Al fin vióse acercar a caballo al mayoral, que desde lejos gritaba y blasfemaba al ver la manada detenida en el camino; tanto, que Alfio, asustado, echó a correr monte arriba. Jeli no se movió de al lado del "Estrellado". El mayoral dejó su cabalgadura en el camino y bajó al barranco a su vez, intentando ayudar al potrillo a eirgirse tirándole de la cola.

—¡Déjelo estar!—decía Jeli todo pálido, como si él hubiese sido quien se hubiera roto las piernas—. ¡Déjelo estar! ¿No ve que el pobre animal no se puede levantar?

En efecto, el "Estrellado", a cada movimiento y a cada esfuerzo que le obligaban a hacer, daba un ronquido que parecía un doloroso gemido. El mayoral se desahogaba dándole puntapiés y pescosones a Jeli, clamando contra los ángeles y santos del cielo. En tanto, Alfio, ya más tranquilo, había retornado al camino para

no dejar sin guarda a los caballos, e intentaba disculparse diciendo:

—Yo no tengo la culpa. Yo marchaba delante con la "Blanca".

—¡Ami ya no hay nada que hacer—dijo al fin el mayoral, luego que se convenció de que todo era tiempo perdido—. Aquí ya no se aprovecha más que la piel, que es buena.

Jeli, cuando vió al mayoral sacar la escopeta de las alforjas de la mula, se puso a temblar como una hoja

—¡Sácate de ahí, hogazán!—le gritó el mayoral—. ¡Que no se coló no me te derribo junto a ese potrillo, que valía bastante más que tú con todo el puerco bautismo que te echó el brblón del cura!

El "Estrellado", no pudiendo moverse, volvía la cabeza con ojos espantosos, como si lo hubiese entendido todo, y el pelo se le rizaba en ondas a lo largo del lomo; parecía como si por debajo le corriera un estremecimiento. Así, pues, el mayoral mató allí mismo al "Estrellado", para sacarle al menos el pellejo, y el ruido sordo que hizo en la carne viva el tiro a boca de jarro lo sintió dentro de sí Jeli.

—¡Ahora, si quieres seguir mi consejo—le dijo el mayoral—, mejor es que no te presentes al amo a que te pague lo que te debe, porque te lo pagará en amarga moneda.

El mayoral se marchó con Alfio, con los demás potros, que, sin mirar siquiera donde quedaba el "Estrellado", iban buscando la hierba del ribazo. El "Estrellado" se quedó solo en el barranco, esperando que fuesen a desollarlo, con los ojos espantados aún y las cuatro patas rígidas; feliz al cabo, que no pensaba más. Jeli, que presenció la sangre fría con que el mayoral apuntó y disparó mientras el pobre animal volvía la cabeza penosamente, cual si tuviera sentido, dejó de llorar y se quedó mirando al "Estrellado", sentado en una piedra, hasta que llegaron los hombres que iban a despellearlo.

Ahora ya podía marcharse de paseo, a divertirse o quedarse en la plaza todo el día, viendo a los señores en el casino, como mejor le placiera, que ya no tenía pan ni techo, y era preciso buscarle un amo, si es que alguno, después de la desgracia del "Estrellado", lo quería.

Así son las cosas del mundo, en tanto Jeli andaba buscando un amo, con el zurrón a cuestas y cayado en la mano, la banda tocaba alegremente en la plaza, con sus sombreros de plumas, en medio de una multitud de gorras blancas, espesas como moscas, y los señores estaban tan satisfechos sentados en el casino. Toda la gente iba vestida de fiesta, como el ganado de la feria, y en un rincón de la plaza veíase una mujer con falda corta y medias color de carne, que parecía llevar desnudas las piernas, tocando el tambor ante una tela pintada, donde aparecía una carnicería de cristianos derramando sangre a raudales; y entre la gente que allí estaba mirando con la boca abierta, vio Jeli al señor Colás, al que conocía de cuando estaba en Passantillo, quien le dijo que el amo se lo encontraría él, porque el compadre Isidoro Macca buscaba un guardián para su plaza de cerdos.

—¡Pero no digas nada de lo del "Estrellado"!—le advirtió el señor Colás—. Una desgracia le pasa a cualquiera, pero es mejor no hablar de ello.

Fueron, pues, a buscar al compadre Macca, que estaba en el baile, y en tanto el señor Colás entró con el encargo. Jeli aguardó en la calle, entre la gente que estaba en la puerta. En la sala había una porción de parejas que saltaban y se divertían, todas sofocadas, haciendo un gran ruido de pisadas sobre el piso, que ni aun el "ron-ron" del contrabajo se oía, y apenas acababa una pieza, que costaba un grano, levantaban el dedo para indicar que deseaban otra, y el del contrabajo marcaba una cruz con carbón en la pared para llevar la cuenta y comenzaba otra vez.

—Estos gastaban sin medida—decía Jeli—, y no están como yo apurados por falta de un

ño, cuando tanto sudan y se afanan por gusto, como si estuvieran a destajo.

El señor Colás regresó diciendo que el compadre Macca no precisaba a nadie. Entonces Jeli volvió las espaldas y se marchó cabizbajo a la ventura.

Mara vivía hacia San Antonio, donde las casas escalan el monte, frente al valle de la Canzina, todo verde de chumberas, y al fondo las ruedas de los molinos que espumaban en el torrente; pero Jeli no se animó a ir hacia aquellos sitios ahora que ni aun para guardar cerdos lo querían; y vagando por entre la gente, que le zarandeaba de un lado a otro sin preocuparse de él, le parecía estar más solo que cuando estaba con los potros en las lomas de Passanitelito, y sentía deseos de llorar. Por último, el señor Agripino lo encontró en la plaza, cuando iba de aquí para allá con los brazos colgando, viendo la fiesta, y comenzó a llamarlo: "Jeli, Jeli!", y se lo llevó a su casa. Mara, muy peripuesta, con unos largos pendientes que le daban en las mejillas, estaba a la puerta mano sobre mano, cargadas ambas de anillos, aguardando que anocheciese para ir a ver los fuegos artificiales.

—¡Oh! —dijo Mara— ¿También tú viniste para la fiesta de San Juan?

Ea verdad, Jeli no se atrevía a entrar, porque estaba mal vestido; pero el señor Agripino lo empujó diciéndole que no se veían por primera vez y que ya sabían que había ido a la feria con los potros del amo. La "señá" Lía le sirvió un buen vaso de vino, y luego se lo llevaron a ver la luminaria con las comadres y los demás vecinos.

Jeli, al llegar a la plaza, se quedó con la boca abierta, maravillado; era todo un mar de fuego, como cuando se incendian los rastros, por los muchos cohetes que los feligreses disparaban ante el santo, que parecía regodearse con ellos desde la embocadura del Rosario, negro, negro, bajo el dosel de plata. Los feligreses iban y venían por entre las llamas como diablos, y había inclusive alguna mujer desceñida, despeinada, con los ojos desorbitados, encendiendo cohetes a su vez, y un cura con la sotana al viento y destocado, que parecía un poseído, de tanta devoción como tenía.

—Ese es el hijo del señor Neri, el mayoral de la Salonia, y ya lleva gastadas más de diez liras de cohetes —decía la "señá" Lía, mostrando a un mozo que andaba dando vueltas por la plaza con dos cohetes en cada mano, como dos velas; y todas las mujeres se lo comían con los ojos, gritándole:

—¡Viva San Juan!

—Su padre es rico y tiene más de veinte cabezas de ganado —agregó el señor Agripino.

Mara sabía también que en la procesión había llevado el estandarte grande, y que lo sostenía derecho como un huso, tan fuerte y robusto como el mozo.

El hijo del señor Neri parecía como si oyese todo aquello y prendiese los cohetes por la Mara, haciendo la rueda delante de ella; tanto que, luego de los fuegos, los acompañó hasta el baile y el cosmorama, donde se veía el antiguo y el nuevo mundo, pagando él, claro está, inclusive por Jeli, que iba detrás de la comitiva como perro sin dueño, a ver al hijo del señor Neri con la Mara, que daba vueltas y se acurrucaba como canamorada paloma, teniendo sostenida con garbo una punta del delantal. El hijo del señor Neri saltaba como un potro, tanto que la "señá" Lía lloraba de gusto, y el señor Agripino decía con la cabeza que sí, que la cosa iba bien.

Cuando al fin se cansaron, fueron de un lado para otro por "el paseo", arrastrados por la gente como en una correntada, viendo los transparentes iluminados, donde corrían la cabeza a San Juan, que a los mismísimos turcos daría consuelo, que el santo pateaba como un canchilillo bajo la segur. Allí cerca estaba la banda, que tocaba bajo un techado, semejante a un paraguas de madera todo iluminado,

y en la plaza había tan enorme muchedumbre que jamás se vieron tantos cristianos en una feria.

Mara marchaba del brazo del hijo del señor Neri, como una señorita, y le hablaba al oído y se reían, viéndose que se divertían mucho. Jeli no podía más del cansancio, y se quedó dormido sentado en un banco, hasta que lo despertaron los primeros petardos de los fuegos artificiales. Mara, siempre al lado del hijo del señor Neri, apoyaba ambas manos cruzadas en su hombro, y a la luz de los fuegos parecía, ora blanca, ora roja. Cuando los últimos cohetes en haz escaparon del cielo arriba, el hijo del señor Neri se volvió hacia ella, que estaba muy pálida, y la besó.

Jeli no dijo nada; pero en aquel instante se le trocó en veneno toda la fiesta que hasta entonces había tenido, y volvió a pensar en sus desgracias, que se le habían olvidado, y en que se había quedado sin amo y no sabía qué hacer ni adónde dirigirse, y que no tenía pan ni techo; en fin, que era preferible

CUANDO NO ENSAYAN...

El gran hombre de teatro, Lucien Guitry, está atendiendo unos ensayos, pero debe ausentarse por media hora para hacer cierta inspección. Al primer dice a sus camaradas:

—Voy a ver un decorado... trabajan solos. Terminada su inspección, vuelve al teatro y entra por la sala. Encuébrese una puerta del fondo, escucha con atención, y dice a alguien que le acompaña:

—Las veces son naturales: no ensayan.

MUCHAS PALABRAS, PERO...

Un necio alabábase en presencia de Voltaire de saber cuatro idiomas.

—¿O felicitó —dijo el gran filósofo—, ya se ve que tenéis cuatro palabras para cada idea.



tirarse al barranco, como el "Estrellado", al que en aquel momento estarían comiendo los perros.

Entretanto, la gente a su alrededor estaba muy alegre. Mara saltaba con las compañeras y cantaba por la pedregosa callejuela, a medida que volvían a su casa.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —decían las compañeras, según se iban separando unas de otras.

Mara, tal contento tenía en la voz, que daba las buenas noches como si cantara, y el hijo del señor Neri parecía entontecido por completo, y como si no quisiera dejarla, en tanto el señor Agripino y la "señá" Lía disputaban al abrir la puerta de la casa. Nadie se ocupaba de Jeli; sólo el señor Agripino se acordó de él, y le preguntó:

—Y ahora, tú, ¿adónde vas a ir?

—No lo sé —dijo el pastor.

—Mañana vete a buscarme y te ayudaré a encontrar colocación. Ahora vuelve a la plaza donde hemos estado oyendo la banda; ya encontrarás lugar en algún banco; que lo que es a dormir al sereno debes estar acostumbrado.

Sí que estaba acostumbrado, pero lo que más lo apenaba era que Mara no le dijese nada y lo dejase de aquella manera a la puerta, como a un mendigo; tanto que al día si-

guiente se lo dijo, apenas pudo verla un momento en su casa.

—¡Ay, Mara, cómo te olvidas de los

—¡Eres tú, Jeli! —dijo Mara—. No olvidé de ti. (Pero estaba tan cansada de los fuegos artificiales!)

—¿Es que al menos quieres al hijo Neri? —le preguntó dando vueltas entre los dedos.

—¡Qué estás diciendo! —respondió mente Mara—. ¡Mi madre está ahí oyendo todo!

El señor Agripino le encontró puse ovejero en la Salonia, donde era may Neri; pero como Jeli estaba poco en el oficio, tuvo que conformarse a lario bastante escaso.

Ahora atendía a sus ovejas y aprender cómo se hace el queso, el la cuajada y todo fruto pastoril; per charlas que sostenían por la noche rral entre los demás pastores y la tanto las mujeres pelaban las judías je, si se hablaba del hijo del señor se casaba con Mara la del señor A no decía nada, y ni aun se atreva boca. Cierta vez que el campero le Mara ya no quería nada con él, haber manifestado todo el mundo a marido y mujer, Jeli, que cuidaba en que hervía el leche, respondió poco a poco al cuajo.

—Es que Mara ha crecido y se tan linda, que parece una señora.

Pero como era trabajador y par dió pronto el oficio, como si en nacido, y como estaba bastante convivir con el ganado, quería as, y así el "mal" no hacía tan en la Salonia, y el rebaño prospero un contenido para el señor Neri visitaba la hacienda; tanto que, por vo, se sirvió inducir al patrón a tase el sueldo a Jeli, de suerte que nar casi igual que cuando era a caballos. Eran dineros bien gastados no se preocupaba de contar las cando el mejor pasto para sus reses las ovejas parían o estaban enferma vaba a pastar en las alforjas del cargaba a cuestas con los corcos balaban en la casa, con el hocos soso, lumiéndole las orejas. En la vada de la noche de Santa Lía, cuatro palmas de nieve en el de la Salonia y en todos los rante leguas y leguas, que no se por el campo cuando nació el vez habría sido la ruina del señor fue la de tantos otros, si Jeli no levantado tres o cuatro veces d che a espantar las ovejas en el los pobres animales se sacudieran lomo y no se quedarán sepultados chos de los rebaños vecinos, seña señor Agripino cuando fue a eclar zo a un huerto de habas que pos lonia. Por cierto que también a aquella historia de la boda del Neri con su hija Mara no era chera Mara tenía pensado otra cosa.

—¡Si decían que se casaba para exclamó Jeli.

—¡No es cierto nada de eso: nadie; sólo charlas de gentes que se meten en los negocios ajenos señor Agripino.

Pero el campero, que conocía porque lo había oído contar en to iba al pueblo, refirió la cosa era, después que se marchó el no; ya no se casaban porque el Neri se enteró de que Mara, la de pino, se entendía con don Alfo to, que conocía a Mara desde el señor Neri había manifestado q su hijo fuese honrado, como su

no quería más cuernos que los de

allí presente también, sentado en los demás para almorzar, y en aquel cortando el pan en rebanadas. No pero el apetito se le quedó por todo ante.

conducía las ovejas, volvió a pensar cuando era niña, y estaban juntos e iban al valle del Tacirano y al la Cruz, y ella le miraba, con la pingada, según iba a agarrar nidos de los árboles, y también pensaba, fono, que iba a buscarle desde la y se tiraban de bruces en la largar con una pajita en los agujerillos. Evocaba todas estas cosas, sentado en un ribazo, acariaciando con las manos; los altos nogales los espesos matorrales de los videntes de los montes, verdes de los grises olivos, que se esfumaban en el valle; los techos rojizos y el campanario, "que parecía el salero" entre los naranjos del jardín. El tiempo se extendía ante sus ojos, pero, manchado con la hierba abrumadora, silencioso en el lejano horizonte,

era, apenas las vainas de las habas a doblar la cabeza. Mara fue a con su padre, su madre, el muchachorro, para recogerlas, y durmieron en la hacienda los dos o tres días la cosecha. Así que Jeli veía a la de día y de noche, y muchas veces junto a las teleras del redil y de rato, en tanto el muchacho congo.

estaban en Tebidi —decía Mara—, éramos pequeños y estábamos al filo del camino.

se acordaba de todo, aunque porque siempre había sido un muchacho y parco en palabras. la recolección, la víspera de la fue a despedirse de Jeli, cuando haciendo el requesón y recogía el caso.

decirte adiós —dijo ella—, por retormarnos a Vizimí. la cosecha de habas? La hierba tora se las comió todas

be a que llevó poco —dijo Jeli—, hemos tenido que matar las corno no tenían pasto... En toda la han nacido ni tres dedos de hierba. si eso te importa poco, que buen tu salario siempre lo tienes.

cierto; pero me da pena entregar animales al cortador.

das cuando viniste por la fiesta de que te habías quedado sin amo? lo recuerdo.

deré fue quién te empleó aquí con Neri?

por qué no te casaste con el hijo Neri?

no era la voluntad de Dios. Mi mala suerre —continuó luego de pausa—. Desde que nos marchamos, todo nos salió mal. Las habas, la pedazo de viña que teníamos. Adhermano se marchó al servicio militar, nos murió una mula que valía cuan-

se —respondió Jeli—, la mula bayata, que lo hemos perdido todo, ¿quién se case conmigo?

desenueza un vástago de endrina, que hablaba, con la barbilla hundiéndose en los ojos bajos, rozando, sin adonde el codo, el de Jeli. Pero el pas los ojos en el suelo, no contestaba suerte que ella continuó:

Tebidi decían que seríamos marido y

mujer, ¿lo recuerdas?

—Si —dijo Jeli, y dejó el cucharón en el borde de la manteca—. Pero yo sólo soy un pobre pastor y no puedo pretender a la hija de un propietario como es tu padre.

Mara se quedó callada, y al cabo de un rato dijo:

—Si tú me quieres, yo me caso contigo de buena gana.

—De veras?

—Si, de veras.

—Mi padre dice que tú ya sabes el oficio y que no eres de los que te gastas el jornal, sino que de un cuarto haces dos, y no comes para no consumir tu pan; de modo que llegarás a tener ovejas también tú, y serás rico.

—Si es así —concluyó Jeli—, yo también me caso contigo de buena gana.

—Buena... —le dijo Mara una vez que se hubo hecho la obscuridad y las ovejas fueron sacallando poco a poco—, si quieres un beso, te lo doy, ya que vamos a ser marido y mujer.

Jeli lo recibió muy complacido, y no sabiendo qué decir, agregó:

—Yo siempre te quise; hasta cuando ibas a dejarme por el hijo del señor Neri...

PARA ESTAR A MANO

Al finalizar una velada musical, la dueña de casa pide al tenor mundano que cante aún alguna cosa.

—Con el mayor gusto — responde el artista —; pero me parece que es muy tarde y temo molestar a los vecinos.

La dama entonces, contesta:

—¡Bah! No importa, ahora les toca a ellos... ¡Tienen un perro que nos fastidia todos los días!

DISTRACCION DE AMPERE

Ampère sale cierto día de su casa, y escribe en su puerta con tinta: "No estoy".

Vuelve poco después, y en el momento de abrir, ve la inscripción; la lee, da una vuelta y baja nuevamente la escalera.



Pero no se animó a decirle los demás.

—Lo ves? ¡Estábamos destinados el uno para el otro! —concluyó Mara.

En efecto, el señor Agripino consintió, y la "señá" Lía hizo prestamente un jubón nuevo y un par de calzones de velludo para el yerno. Mara estaba fresca como una rosa; con aquella mantilla blanca semejava el cordero pascual, y aquel collar de ámbar le hacía más blanco el cuello; de modo que Jeli, cuando caminaba a su lado por las calles, marchaba muy tieso, vestido de paño y de velludo nuevo, y no se atrevía a sonarse con el pañuelo de seda rojo para pasar inadvertido; pero los vecinos y cuantos sabían la historia de don Alfonso se le reían en la cara. Cuando Mara dio el sí quiero y el cura se la entregó por esposa con una gran bendición, Jeli se la llevó a su casa, y le pareció que le habían dado todo el oro de la Virgen y todas las tierras que había visto en sus andanzas con la manada.

—Ahora que somos marido y mujer —le dijo cuando llegaron a casa, sentado frente a ella y haciéndose muy pequeño—, ahora que somos marido y mujer, te diré que no me parece verdad que me quieras..., cuando habrías te-

nido tantos otros mejores que yo..., tan linda como eres...

El pobre no sabía decirle otra cosa, y tan contento estaba de tener a Mara en su casa, arreglando y tocándolo todo, en su papel de ama, que no cabía en el traje nuevo. No encontraba momento para abrir la puerta y volverse a la Salonia; cuando amaneció el lunes, tardaba grandemente en cargar las alforjas sobre la albarda del burro, el tabardo y el paraguas de hule.

—¡Debias venir a la Salonia tú también! —le dijo a sus esposos, que habían quedado mirándolo desde el umbral—. Debias venir conmigo.

Pero ella, echándose a reír, le contestó que no había nacido para pastora y que en la Salonia no tenia nada que hacer.

Efectivamente: Mara no había nacido para pastora, no estaba habituada a la tramontana de enero, cuando las manos se congelan sobre el cayado y parece como si se le fueran a caer a uno las uñas; a los furiosos aguaceros en que le penetra a uno el agua hasta los huesos; al polvo asfixiante de los senderos, cuando las ovejas caminan bajo el ardiente sol, a la yacida dura, al pan mohoso, a los largos días silenciosos y tristes, en que por el abrasado campo no se ve a lo lejos, sino muy rara vez, algún campesino tostado por el sol, que marcha detrás de su borriquillo, por la carretera blanca e interminable. Jeli, al menos, sabía que Mara estaba tan a gusto entre sábanas, hablando delante del fuego, en corro con las vecinas, tomando el sol en el arriate, en tanto el volvia del campo, cansado y sediento o empapado en agua, cuando el viento arrastraba la nieve hasta dentro de la casa y apagaba el fuego de zumaques. Todos los meses Mara iba a cobrar el salario a casa del amo, y no le faltaban huevos en el gallinero, aceite en la lámpara ni vino en la botella. Dos veces al mes iba a verla Jeli, y ella lo aguardaba en el balcón, huso en mano; luego, cuando había atado el burro en la cuadra, sacándole la albarda y echado la cebada en el pesebre, y colocada la leña bajo el cobertizo del corral o lo que traía a la cocina, Mara le ayudaba a colgar de un clavo el tabardo, a sacarse las perneras mojadas ante el hogar, y le servía el vino, mientras el potaje hervía ruidosamente y ella preparaba la mesa poco a poco, preventiva, como buena ama de casa, a la vez que le formulaba alguna pregunta y le hablaba de las cosas de la casa; de la clueta, que había puesto a empollar; de la rela que tenía en el telar, del ternero que estaban criando, sin olvidar ninguno de los quehaceres; de suerte que Jeli se sentía tan a gusto como un Papa.

Pero la noche de Santa Bárbara volvió a una hora inusitada, cuando todas las luces de la calleja estaban apagadas y el reloj de la ciudad daba las doce. Una noche de lobos; y el lobo precisamente había entrado en su casa, mientras él estaba a la intemperie, por causas del salario y por la yegua del amo, que estaba mala y era necesario que la viera luego el veterinario. Golpeó y sacudió la puerta, llamando a Mara con grandes voces, mientras el agua del alero le caía encima y le chorreaba por los tobillos. Al fin fué su mujer a abrirle y comenzó a regañarle, como si hubiese sido ella la que hubiere correteado por los campos con aquel temporal, con una cara, que le prometió:

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—¡Tengo, que me has asustado! ¡Te parece hora de cristianos ésta? ¡Mañana estará enferma!...

—Ve a acostarte, yo prenderé el fuego.

—No, es preciso que vaya por la leña.

—Yo iré.

—¿Que no te digo!

Cuando Mara retornó con la leña en los brazos, Jeli le preguntó:

—¿Por qué abriste la puerta del corral?

—¿Es que no había leña en la cocina?

—No; fui por ella al cobertizo.

Ella se dejó besar friamente, y torció la cara.

—Su mujer lo deja en remojo a la puerta —murmuraban los vecinos— cuando está en casa el toro!

Pero Jeli no sabía que era engañado, ni los demás se lo decían, porque nada le importaba, que ya se había casado con daño, luego que el hijo del señor Neri la había plantado al saber la historia de don Alfonso. Jeli, por el contrario, vivía feliz y dichoso con tal virupero, y hasta engordaba como un chanchito, "que dientes y cuernos duelen al apuntar, mas luego sirven para comer".

Al fin, el zagal del ganado se lo dijo en la cara, cierta vez que se enfadaron debido a unos quesos molidos.

—Como don Alfonso se entiene con tu mujer, te crees que eres su cuñado, y hasta te has puesto mas orgulloso que un rey de corona con los cuernos que llevas.

El mayoral y el campero, que estaban presenciosos, creyeron que iba a correr la sangre; pero Jeli se calmó, como si no fuese con él, con una cara de tonto que los cuernos le sentaban bien en realidad.

La Pascua acercábase, y el mayoral enviaba a todos los hombres de la hacienda a confesarse, con la esperanza de que con el temor de Dios ya no robasen más. También Jeli fué, y al salir de la iglesia buscó al muchacho con quien había tenido aquellas palabras y lo abrazó, diciéndole:

—El confesor me dijo que te perdona; pero yo no estoy enfadado contigo por aquellas habladurías, y si no vuelves a morder el queso, a mí no me importa nada de lo que me dijiste de sobra.

Desde aquel momento, lo apodaron "Cuernos de oro", y el remoque quedóse, y a todos los suyos, aun después de haberse lavado los cuernos con sangre.

También la Mara había ido a confesarse, y volvía de la iglesia muy envuelta en su mantilla, con los ojos bajos, como una Magdalena. Jeli, que la aguardaba taciturno en el arriate, cuando la vio venir de aquella manera, que bien se veía que traía al Señor consigo, la miraba muy pálido, de arriba abajo, como si la viese por primera vez o le hubiese cambiado a su Mara, y no se atrevió ni a levantar los ojos hacia ella, mientras desdoblaba el mantel y ponía las escudillas sobre la mesa, tan tranquila y compuesta como de costumbre. Luego de pensarlo un poco, le preguntó muy calmadamente:

—¿Es cierto que te entientes con don Alfonso?

Mara fijó en él sus límpidos y bellos ojos,

y se hizo el signo de la cruz.

—¿Por qué quieres hacermela pecar en este día? —respondió asombrada.

—¿No, no quiero creerlo todavía!... Porque don Alfonso y yo anduvimos siempre juntos cuando chicos, y no pasaba día sin que fuese a Tebidi... igual que dos hermanos... Además, él es rico, que tiene el dinero a paladas, y si quisiera mujer, se casaría, que no le faltaría pan que comer.

Mara, por el contrario, íbase encendiendo, y comenzó a regañarle con tan malos modos, que él ya no levantaba la nariz del plato.

Al cabo, para que lo que estaban comiendo no se les volviese veneno, Mara cambió de tema y le preguntó si no había pensado en azadonar aquel poco de lino que habían sembrado en el habar.

—Si —respondió Jeli—, y allí se dará bien el lino.

—Si es así —dijo Mara—, te haré dos camisas nuevas este invierno para que no tengas frío.

Jeli, en verdad, no comprendía lo que quería decir cuando ni que eran celos; todo lo nuevo entrábase difícilmente en la cabeza, y eso era tan voluminoso que le costaba un trabajo de todos los diablos que le entrara, máxime cuando veía ante sí a su Mara, tan linda, tan blanca, tan arreglada, la misma a quien había querido él y en quien había pensado tanto tiempo, tantos años, desde pequeño, que el día que le dijeron que se iba a casar con otro no tuvo deseos de comer ni beber. Y pensando también en don Alfonso, no podía creer en una bibrionada semejante; le parecía estar viéndolo aún con aquellos ojos francos y aquella boca risueña con que iba a llevarle dulces y pan blanco a Tebidi tantos años atrás —¡una acción tan negra!—, y que aun no habiéndolo visto de nuevo, porque él era un pobre pastor y se pasaba todo el año en el campo, se le había adentrado en el corazón. Pero la primera vez que por desgracia volvió a ver a don Alfonso ya convertido en hombre, Jeli sintió como un golpe en el corazón. ¿Cómo había crecido y qué buen mozo era! ¡Con aquella cadena de oro sobre el chaleco, aquella americana de velludo y aquella barba atusada que parecía de oro también! Nada orgulloso además, que lo palmó en el hombro y le llamó por su nombre. Había ido con el amo de la hacienda y con una partida de amigos, a hacer una excursión en el tiempo de la escuela de las ovejas; y Mara había llegado de improviso, con el pretexto de que estaba encinta y sentía antojo de quesón fresco.

Era un hermoso y cálido día en los cam-

pos rubios con los setos en flor y hileras verdes de las viñas. Las ovejas y balaban de gozo al sentirse de todo aquel vellón, y en la cocina se preparaban un buen fuego para todas las provisiones que el amo llevaba para el almuerzo. Los señores aguardaban a la sombra de los mandaban tocar tambores y con segallón seguía las ovejas, sentía el ruido de sí, sin saber por qué, le venía una espina, un clavo agudísimo que le trabajaba poco a poco si fuera un veneno.

El amo había ordenado que se los cabritos, el castrado de un año y unos pollitos. En suma: quería hacelas en grande, sin reparar en hacérselas los honores a sus amigos; todos aquellos animales se retorcerían de dolor, y balaban los cabritos al chillito. Jeli sentía que las piernas balaban, y de vez en cuando le pasaba la lana que iba cortando y la hacelas brinaban las ovejas se convirtieron en gre.

—¿No vayas! —le dijo a Mara Alfonso la llamó para que saliese los demás—. ¡No vayas, Mara!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que vayas!

—¿No ves que me llaman?

El no dijo más. Se quedó callado, muerto, encorvado como estaba las ovejas. Mara se encogió de hombros a bailar. Estaba alegre y colorado, los ojos negros que parecían dos bombas, los dientes blancos al reír, los sobre las mejillas y el pecho de cabellos, lo mismo que la Virgen. Jeli se irguió de pronto, afeando las tijeras, tan pálido como su padre cuando temblaba con la fiebre, fuego en la cabeza. Vio que con su barba rizada, su americana y su cadena de oro sobre el chaleco a Mara de la mano y la sacaba vio que alargaba el brazo, como charla contra su pecho, y que hacier; entonces, que le perdona no vio nada más, y de un solo tirón igual que a un cabrito.

Después, cuando lo llevaron al arado, rendido, sin que hubiese la menor resistencia, exclamó:

—¿Qué! ¿Tampoco tenía que si me ha sacado a mí Mara! ♡

Fin de "JELI EL PASTOR"

COMO VIVE LA PRIMERA DAMA DE LOS EE. UU.

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 22)

—Bueno, Anna, bueno. Todo eso está bien. Pero, ¿qué has visto tú? —la interrumpe el marido, impacientándose.

—Lo que acabo de decirte. Todos estuvieron muy gentiles conmigo.

—Entonces... no has visto nada, Anna, escucha bien lo que voy a decirte: debes acostumbrarte a ver. ¡Es esencial que sepas ver!

—¿Ver? ¿Qué? He ahí el problema. Anna Eleanor comprende en el acto el significado de la advertencia. Comprende también que no es el marido quien habla, sino el presidente de los Estados Unidos; y que el presidente espera de ella exactamente lo que él haría si pudiera moverse sin dificultad. El próximo informe contrasta con el primero: es breve, claro y preciso:

—Trabajando a un solo turno, las fábricas

de Montgomery que hoy visité, ocupan a cinco mil obreros. Si trabajasen dos turnos de ocho horas diarias, no sólo se duplicaría la cantidad de obreros, sino que sería necesario habilitar nuevas minas de hierro de la zona de Cavanagh y traer más carbón de Pensilvania. Aunque en mínima parte, las flamantes fábricas de Montgomery ayudarían a resolver el terrible problema de los "parados".

Otros informes, por el tenor del de las fábricas de Montgomery, se refieren al problema minero, a la cuestión ferroviaria, a la construcción de viviendas en las regiones miserables de los Estados del sur; a ciertos informes importantes que ha tenido que ir a buscar fuera del país (como los de Puerto Rico, en 1933); y así como entra y observa, y a menudo sugiere soluciones para complejísimo problemas sociales y económicos, no tarda en conocer los íntimos engranajes de la alta política, conocimientos que le permiten intervenir activamente en las campañas presidenciales.

En 1940 —asegurada ya la reelección por

tercera vez de Franklin Delano la presidencia del país— estalla en el Partido Demócrata, donde de varios candidatos a la vicepresidencia Eleanor vuela desde Nueva York presentándose en la Convención Demócrata, donde pronuncia un discurso, que no sólo termina en las partidarias, sino que es aclamada por el presidente de Henry A. Wallace, presidente, que era el candidato Roosevelt.

Ahora, mientras escribo estas líneas anuncian sucintamente, como y corriente: "Después de haber navegado por ciertas zonas de las naves Eleanor Roosevelt ha llegado a la naval de Port Gulick, en Panamá, inspección".

Tal es, en síntesis, el ritmo de mujer excepcional, primera dama de los Estados, y "ojo mágico" del que aquel gran país. ♡

AS AVENTURAS DE CHU-MAN-FÚ



J. CHRISTIE M.
(ESPECIAL PARA LEOPLAN)

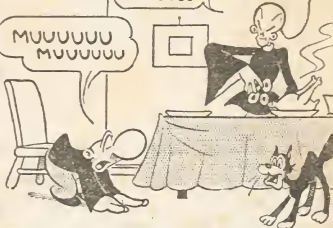
AL LA NUEVA MAGIA QUE HE
ESTADO, QUELIDO AYUDANTE.
ME UN POCO DE ESTA MALA-
DE VACA



NO NOTO
NADA DE
EXTRAÑO,
SÓLO QUE
ESTA RI-
QUÍSIMA



AHOLA NOTALAS, TU COMPOLTAMIENTO
SELA' EL DE UNA VACA POL UNOS
MINUTOS



OBSELVAL
CÓMO ME
COMPOLTO
CON ESTE
TUTO DE
AVE



JA
MENTE.
E ES-
NO SI-



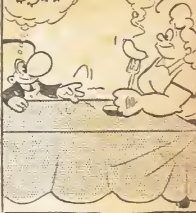
ENSEÑEME LA MAGIA, CHU,
PARA HACERLE UNA
JUGARRETA A MI
ESPOSA



LE GUSTAN MUCHO
LOS CHORIZOS.
LA HARE SEN-
TIRSE CERDO



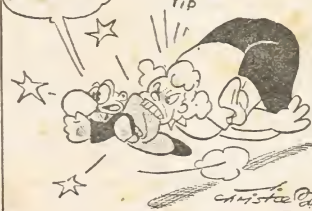
ESTABA DE-
SEANDO CO-
MER CHORI-
ZOS



GUAA



¡SOCORRO!

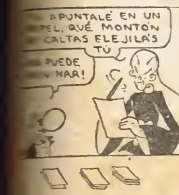


DEBELÁS HABEL
LEGOLDADO QUE NO
TOODOS LOS CHORIZOS
SON DE CELDO VEL-
DADELO



30

Lecciones de Magia de Chu-Man-fú



EL SECRETO CONSISTE EN ARREGLAR
ANTERIORMENTE LA BARAJA, DE TAL MANE-
RA QUE EL PRIMER MONTÓN DE DOS CARTAS
SEA UN AS Y UN DOS, EL SEGUNDO DE TRES
CARTAS DIFERENTES Y EL ÚLTIMO DE PUROS
TRES.

LA PERSONA QUE HAGA LA PRUEBA
DEBE ESCRIBIR SIEMPRE EN EL PAPEL: " UN
MONTON DE TRES "





Problema de ingenio, de lógica, charadas, adivinanzas, acertijos, y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

¡210!

K MA

: UN a

(Las soluciones en el próximo número)

CHARADAS

Mi primera con segunda en una barca lo hallas, y animal bastante listo en mi segunda con cuarta. Tercia cuarta es vegetal de bastante aplicación, y dos tres cuatro lo hay en cualquiera población; el todo suele venir en cualquier tiempo del pero con mucha frecuencia en los días de verano.

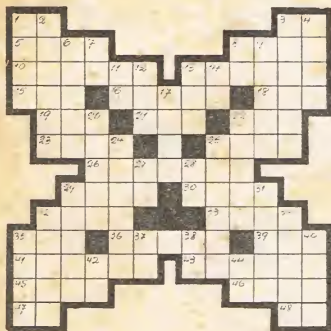
Segunda primera - dos verás la cara de Dios.

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

- Hace don.
- ¡Qué!
- (Marco Silvio), emperador romano en el año 69.
- Jefe árabe.
- Estandarte de los emperadores romanos, en el que el emperador Constantino, después de su victoria sobre Majencio, la cruz y el monograma de Cristo.
- Cada una de las butacas colocadas en fila frente al escenario.
- Percibir con el oído.
- Lugar donde se oían los músicos y cantores en Atenas.
- Yunque pequeño de plateros.
- Nivel.
- Manja.
- Gran extensión de agua salada que cubre la mayor parte del globo.
- Consonante (nombre plural).
- Clara.
- Primer libro del Pentateuco de Moisés, y de toda la Biblia, en el cual se refieren los principios del mundo.
- Mezcla de gases, de vapor de agua y de partículas más o menos tenues, que se desprende de los cuerpos en combustión.
- Diosa de los egipcios, esposa de Osiris y madre de Horo.
- Delicado, menudito.
- Palos aguzados que servían a los indios para labrar la tierra.
- Deseo, necesidad de beber.
- Paleta con que extienden el yeso los albañiles.
- Acusativo del pronombre personal femenino plural, de la



- tercera persona.
- Juanete, hueso saliente del pie.
- Llamador de hierro o bronce que se pone a las puertas.
- Región de Rusia oriental.
- Orilla adornada de ciertas telas y vestidos.
- Artículo.
- Iniciales del nombre y apellido de un conocido novelista francés (1840-1902).

VERTICALES

- Engaño, fraude, trampa.
- Moldura que se hace en las escudillas y tableros de las puertas y ventanas.
- Instrumento músico de cuerdas, usado en la antigüedad.
- Altar donde se ofrecían sacrificios (plural).
- Hacer una cosa, ejecutarla.
- Símbolo químico.

(La solución en el número próximo)

- Preposición inseparable.
- Cuerpo simple dotado de un brillo particular, buen conductor, en general del calor y la electricidad.
- Nombre de un signo matemático.
- Poema del género lírico, dividido en estrofas iguales.
- Alabanza.
- Apócopes.
- Punto cardinal.
- Preposición.
- Nombre de una especie de junco cubano.
- Pasta de harina o fécula reducida a granos, que se usa para hacer sopa.
- Sitio lleno de riscos o de peñascos.
- Negación.
- Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona.
- Nombre de dos constelaciones del hemisferio boreal y austral.
- Saxon con sal.
- Fabulista latino, libertado de Augusto.
- Arma blanca, especie de espada de un solo corte.
- Primer rey de los hebreos.
- Iniciales del nombre y apellido de un célebre compositor de música, suizo (1802-1861).
- Nombre con que algunos gramáticos designan tres consonantes diferentes del alfabeto sánscrito.
- Ciudad de Checoslovaquia (Bohemia), a orillas del Elba.
- Violonista polaco contemporáneo, nacido en Varsovia en 1840, que en 1862 ingresó como primer violín de la capilla del gran duque de Weimar.
- Nota de la escala diatónica.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LOS
"JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"
BUEN ORDEN

TOCANTE

DE CAZA

DE LA "CHARADA"
MARGARITA

DE LA
"CHARADA ANAGRAMA"
TORINO

DEL PROBLEMA "EL DRAPEADO"

Se trata un segundo cuadrado mágico de 10x10, al primero, de modo que la suma de los dos lados homologos sea 55. Se recorta el papel en la forma del segundo cuadrado y se dobla en la forma.

DE "UNA CONSPIRACION FRUSTRADA"

Siendo las 9 la hora del levantamiento, el número señalado por el detenido, para el día no había más que añadir 12 ó 5, según el día contado mentalmente, en esta forma: 9 + 12 = 21, y 21 + 5 = 26, el número del periodo: 9-10-11-12-13-14-15-16-17 en sentido contrario al de las manecillas, lo cifra a que correspondía el día 17 será la hora que se trata de averiguar.



PELLEGRINIENSE, Pellegrini. — Los estudios en el Colegio Militar no son gratuitos. Sin embargo, existe la posibilidad de seguir los cursos en esa forma, pues cada año se otorgan algunas becas, las cuales se obtienen por concurso. La dirección de dicho establecimiento es: Colegio Militar, San Martín, Buenos Aires.

B. S. MARTÍNEZ, 9 de Julio. — Para quitar las incrustaciones, que se forman en lag pavas al cabo de algún tiempo de usarlas, puede emplear la sosa cáustica, el carbonato sódico o un compuesto del ácido tánico. Este último debe ser utilizado con mucha prudencia.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

¿CONOCE USTED NUESTRAS ESTATUAS?

He aquí lo que representan las fotos de las páginas 20 y 29

- Monumento a Luis Viale, en la Costanera (capital federal).
- Monumento al ejército de los Andes, en el Cerro de la Gloria (Mendoza).
- Monumento al general Arenales, en la plaza 9 de Julio (Salta).
- Monumento al sargento Cabral (Corrientes).

C. F. PÉGAZ, T. Recordará usted que tenía un cómodo Banco, lo cual le holgadamente. Esa vida de holgarse viviendo en la mansión de su familia. A eso se refiere el título de la obra de Maugham "La luna y seis lunas", es decir, el arte, y seis lunas, y nada, y la miseria, lo que el hambre. En otro orden de ideas, ser aquello tan conocido de "la cebolla".

RICARDO E. ORTIZ, Capital. — Es nota de su pedido y procuraremos